

MICHEL MOUTOT

LAS CATEDRALES DEL CIELO



Grijalbo

MICHEL MOUTOT

Las catedrales
del cielo

Traducción de
Elena Bernardo Gil y Alicia Martorell Linares

Grijalbo

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

*A Sophie, Pierre y Félix.
A mi padre. Aquí lo tienes, por fin*

... amor, dale a tu hijo lo que tú tuviste: un padre.

SHAKESPEARE,

Soneto XIII

1

Nueva York

12 de septiembre de 2001

El sudor me abrasa los ojos. Ya no aguanto las gafas de soldador, la mascarilla, me ahogo. Lo malo es que si me las quito, solo Dios sabe qué voy tragar. Este polvo y este humo son tóxicos. Las torres estaban hasta arriba de porquería. Mi tío me contó que la estructura de acero traía un revestimiento de amianto proyectado y pintura con plomo. Además, en muchas plantas del World Trade Center había consultas de dentista, y en los sótanos se almacenaban productos químicos. Luego está el gas freón de los climatizadores gigantes, por no mencionar el queroseno de los aviones. Estamos respirando veneno.

Si hay supervivientes en este magma, en este juego de mikado infernal, esta es la única forma de encontrarlos. Cortar acero, partir vigas, despejar pasos, abrir caminos, túneles por los que avanzar, explorar huecos, puede que encontrar refugios. Cinco minutos más. Cinco minutos más y habré terminado de quemar esta sección metálica. Podré fijarla al cable para que la grúa se la lleve por los aires. Cuidado con los desprendimientos. ¿Dónde está el gancho?

El humo se espesa, el olor es insoportable, casi ni me veo las manos. De

las rampas de iluminación sale un halo de luz polvorienta. Estoy en una viga temblorosa y tan caliente que quema; el calor me atraviesa los zapatos, noto que se me funden las suelas. Tengo que cambiarme de sitio. Se supone que Andy está a mi derecha, pero no lo veo. Lo oigo. El ruido del soplete, ahí detrás, las chispas... tiene que ser él. ¡Mierda! La llama de la antorcha de plasma se está debilitando, necesito más oxígeno. Venga, me quito la mascarilla. Bebo agua. El cielo palidece sobre el Hudson, pronto amanecerá.

Ayer por la mañana llegué temprano a la obra, la construcción de un hotel en la punta sur de Manhattan. Para nosotros, los *ironworkers* —en Quebec nos llaman «montadores de acero»—, encargados de conectar las estructuras de los rascacielos, el trabajo estaba casi concluido. Quedaban unas vigas por enclavijar y soldar, las últimas, arriba del todo. Estaba previsto celebrar la terminación del esqueleto del edificio, el *topping-out*, una semana después. Otro rascacielos para el horizonte de Manhattan.

En ese rascacielos, como en todos los de la ciudad, estábamos nosotros, los indios mohawk: de Canadá o de Estados Unidos. Venimos de reservas cercanas a Montreal o a la frontera. Nueva York escaló el cielo con el sudor y la sangre de nuestros padres. No hay obra de altura, puente metálico o rascacielos donde no se oigan, en todo lo alto, órdenes, indicaciones o tacos en nuestro idioma. Los carpinteros del hierro mohawk son famosos por su valor, experiencia y fiabilidad, en Norteamérica y en el resto del mundo.

A mis cuarenta y tres años, soy la sexta generación de montadores de acero. Me llamo John LaLiberté, pero todos me llaman Cat. Mi verdadero nombre es *O-ron-iake-te*, «Lleva el cielo».

Hasta donde me alcanza la memoria, siempre he querido seguir los pasos de mis antepasados, haciendo equilibrista por vigas de treinta centímetros de

ancho con la ciudad a nuestros pies. Por eso nos llaman también *skywalkers*, «caminantes del cielo». Mi padre era Jack LaLiberté, apodado Tool. Murió en noviembre de 1970. Fue el único carpintero del hierro que perdió la vida en la construcción de las Torres Gemelas del World Trade Center. Debo de estar a escasos metros del lugar donde cayó.

A las 8.45, Andy y yo estábamos sentados en una plataforma de madera del piso 35. Andy tenía los pies colgando en el vacío y yo estaba apoyado en una caja, un poco más atrás. Se dice que no tenemos vértigo pero, para mí, es más complicado. El aprendiz había bajado a buscar los cafés del primer descanso de la mañana. El sol brillaba, corría una brisa ligera, no había ni una nube. Era un día de finales de verano. Si me inclinaba a la derecha veía el puerto hasta New Jersey, la estatua de la Libertad y las torres del puente de Verrazano, donde mi tío Joe perdió dos dedos de la mano izquierda.

A nuestra espalda, a lo lejos, oímos un zumbido que se acercaba muy deprisa. Un Boeing, atronador, nos pasó por encima. Estaba tan cerca, tan bajo, que pude leer su matrícula, distinguir los remaches de las alas, ver las ventanillas, si me apuras vislumbré las caras de los pasajeros, e identifiqué también el logotipo de American Airlines.

Nos miramos, atónitos, y nos volvimos justo a tiempo de ver cómo el avión se empotraba en la torre Norte del World Trade Center. De golpe. La fachada de cristal lo engulló, desapareció dentro. Como si fuera una escena de película, un efecto especial. Casi no había llamas. Se veía solo la silueta del avión recortada en lo alto del rascacielos, ladeada hacia la izquierda y con las alas bien perfiladas, como en los dibujos animados.

—Andy, nos vamos —dije yo—. Tú, deja los cafés. Andando.

En los ascensores de obra colocados en el exterior del edificio no había un alfiler. Los obreros, desconcertados, soltaron las herramientas. Nadie sabía por qué, pero ese accidente era tan raro, de tal magnitud, que no era cuestión

de quedarse mirando cómo salía humo de la torre, a quinientos metros, ni de seguir trabajando como si nada. Empujones en las escaleras, palabrotas, gritos, veinticinco pisos. Ya estábamos en la acera.

Dos coches de bomberos pasaron a toda velocidad por la calle Greenwich; se oían más sirenas bajando por la vía rápida del Hudson. El jefe de obra, Eddie Falcone, gritó:

—¡Quitaos de en medio! ¡Dejad paso! La mitad de los bomberos de Nueva York se va a plantar aquí. Venga, una hora de descanso. Pero ¡que a nadie se le ocurra largarse! En cuanto lo apaguen, volvemos al tajo. Y más vale que recuperéis el tiempo perdido. El acero que había que soldar hoy tendrá que estar terminado antes de que acabe el día.

Nos quitamos los cascos y los fijamos al cinturón con el mosquetón. En grupos, con los brazos en jarras, nos quedamos mirando al cielo.

—No puede ser que haya chocado, por más que el piloto haya tenido una indisposición o le haya dado un infarto. Además, siempre van dos en cabina, ¿no? ¿Cómo puede haberse empotrado en plena torre con todo el espacio que hay alrededor? ¿Será que no la ha visto? —dije yo.

Conté los pisos que había entre el punto de impacto y el tejado. Unos diez. Para entonces, el incendio se veía con toda claridad. El queroseno en llamas tenía que haberse expandido como el napalm por mesas de despacho, muebles y remesas de papel. De la cicatriz gigante subía un penacho de humo. Entonces lo vi:

—¡Joder! Esas cositas moviéndose al borde del abismo ¡son personas! ¡Veo a un hombre con camisa blanca y a una mujer con un vestido oscuro! ¿Cómo van a salir de ahí?

Se oían las sirenas por todas partes. Los bomberos llegaron y aparcaron los camiones en la explanada, a la sombra de las torres. ¿Cómo se apaga un incendio en lo alto de un rascacielos? El avión tuvo que arrasar con todo a su

paso, era imposible que el sistema automático contraincendios aguantara. Pensé: «¿Dónde habrá agua? No creo que tuvieran depósitos arriba. Mi tío me lo habría dicho, se pasó años construyéndolas». Como todos los mohawk de mi edad, crecí acunado por la historia de la construcción de las Torres Gemelas, seña de identidad y orgullo de una generación entera de *ironworkers*.

Fui andando, sin apartar los ojos del cielo, hasta el food truck de Afzal, mi amigo paquistaní. Hace tres meses que, durante las diez horas que se pasa de pie en su remolque de acero inoxidable, nos sirve su café recalentado en vasitos de papel de color azul decorados con motivos griegos. Él también miraba a la torre, casi sin prestar atención a los clientes, con la vista igualmente fija en lo alto. «No puede ser», musitaba. Yo me eché la leche y el azúcar casi sin percatarme. Estaba removiendo el café con la cucharilla de plástico cuando, de pronto, la torre Sur explotó.

La bola de fuego se agrandó, engulló varios pisos, escupió nubes de papel y trozos de metal del tamaño de un coche. A mi alrededor la gente lloraba, gritaba, vociferaba, echaba a correr. ¿Qué había pasado? ¿Lo habrían provocado las llamas de la torre Norte? ¿Cómo era posible?

Desde donde yo estaba no pude ver el otro Boeing, pero un hombre gritó:
—¡Es un avión, otro avión! ¡Dios! ¡Nos atacan, es la guerra! ¡Huid, huid!

Yo tiré el vasito de café y me fui a buscar a Andy. Estaba en mitad de la calle; había cogido por los hombros al aprendiz y caminaba con él hacia atrás, en dirección a la entrada de la obra, al tiempo que miraba a lo alto con la boca abierta. De las dos torres salían catedrales de humo. Un montón de *ironworkers*, obreros y carpinteros estaban pegados a la valla, muy juntos, como para tranquilizarse. Llamaban a casa:

—Pon la tele, rápido. Vuelve a llamarme si dicen qué pasa.

Eddie Falcone colgó el teléfono e hizo bocina con las manos:

—¡Todo el mundo a casa, se acabó! En estas condiciones no se puede currar. Todos a casa, ya volveremos mañana por la mañana... Si es que se puede. Vete a saber lo que tardarán en apagar ese desastre.

Dejamos en el vestuario herramientas y cascos, y nos cambiamos de zapatos. La calle estaba llena de gente, grupitos de personas inmóviles en la calzada que no se apartaban más que para dejar pasar a bomberos, policía o ambulancias. Ya no se veían coches; debían de haber cortado los accesos.

Ni se me pasó por la cabeza volver a Brooklyn. Quería saber cómo se las iban a apañar para apagar semejantes incendios. A lo mejor con helicópteros... Llegaron coches de policía haciendo chirriar los neumáticos cuando frenaron, atravesados en los cruces; luego colocaron barreras de madera y pidieron a la gente que evacuara la zona.

Nosotros y otro equipo mohawk caminamos dos manzanas, hacia el ayuntamiento, y nos metimos en el Highlands Sports Bar, donde solemos quedar por la tarde, después del trabajo, para tomar unas cervezas y charlar un rato antes de volver a Brooklyn. Cuando empezamos la obra, el dueño se dio cuenta de que haría negocio si tenía cerveza de barril Boréale de Montreal. En la barra no había nadie, ni tampoco en la sala; ocho pantallas de televisión emitían CNN y New York One. Planos fijos de las torres ardiendo, imágenes aéreas y travelling de camiones de bomberos. Se hablaba de un ataque al Pentágono, de otro avión secuestrado, de que se había dado orden de aterrizar inmediatamente a todos los aviones que sobrevolaban Estados Unidos. ¿Cuántos aviones habrían secuestrado, convertidos en misiles en potencia? ¿Cuáles eran los objetivos? ¿La Casa Blanca? ¿El Capitolio? ¿La CIA? ¿La sede de la ONU?

Incluso filmados desde lejos se distinguían puntos negros que se arrojaban al vacío. ¿Estaban saltando? El aprendiz, que había vuelto a la obra a buscar

las llaves porque se las había olvidado en la taquilla, entró corriendo en el bar, lívido.

—¡Están saltando! ¡La gente salta de las torres, lo he visto, es tremendo! Uno estaba en llamas. Cuando caen al suelo hacen un ruido horroroso.

El presentador confirmó que mucha gente se tiraba por la ventana para escapar de las llamas, pero añadió que la cadena no iba a difundir esas imágenes en primer plano. Rick, el dueño del bar, no sabía si cerrar o dejarlo abierto. Era incapaz, como nosotros, de apartar los ojos de la tele.

—En un rascacielos no hay nada peor que el fuego —dijo Andy, que cuando era joven se había pasado meses recubriendo estructuras metálicas con material ignífugo—. A cierta temperatura, nada aguanta. El acero se funde. Además, por encima de determinada altura, sin agua, los bomberos no pueden actuar. Si las vigas maestras se reblandecen, con el peso que soportan, ceden y todo se viene abajo. Se van a caer, os lo digo yo.

—¡No puede ser! Los ingenieros tuvieron que prever el fuego cuando construyeron las torres, ¿no?

—Yo te digo que se van a caer.

Unos cuantos decidieron volverse a Brooklyn, pero yo no. El World Trade Center era un poco mío, de mi familia. Mi padre murió allí. Un tío mío y varios primos construyeron esas torres. Montones de mohawk se pasaron años en ellas. Fue la mejor obra de los años setenta, y la más grande. Como decía un hermano de mi madre, que fue representante del sindicato de montadores de acero en su reserva de la frontera, «aquí todos vivimos a la sombra de las Torres Gemelas». Siempre que salía su silueta alargada en una película o un programa de la tele, mi madre afirmaba: «Esas son las torres de tu padre».

Cuando yo era pequeño y veníamos a Nueva York me llevaban a desayunar al Windows on the World, el restaurante panorámico del piso 106.

Con la nariz pegada a los cristales, yo miraba el tráfico del puerto, los transbordadores de Staten Island, el sol sobre Jersey City y los coches, que parecían hormigas por la West Side Highway. Me imaginaba que yo era un piloto al timón de un buque inmenso: la isla de Manhattan. Cuando el viento soplabá fuerte se notaba que las torres se movían, oscilaban suavemente.

Pero en ese momento no podía regresar a mi casa en Bay Ridge, poner la tele y quedarme tan tranquilo, así que me fui a la calle Greenwich. Andy, que de camino a la parada del metro había cambiado de idea y se había dado la vuelta, se vino conmigo.

Al llegar a la barrera policial sacamos las tarjetas del sindicato y dijimos que teníamos que volver a la obra.

—Bueno, pero tengan cuidado.

Desde los jardines, en una esquina de la calle que da a Broadway, vi las torres rodeadas de luces giratorias. El humo era más denso, más negro. Había llamaradas ardientes, rojas, intensas; del mismo color que la llama de nuestros sopletes cuando está lo bastante caliente como para empezar a cortar.

De pronto, la parte de arriba de la torre Sur tembló, osciló y luego, como un boxeador que se derrumba atontado, se vino abajo. Empezó por las plantas de arriba, que se apilaron unas sobre otras; el peso de veinticinco pisos por encima de la zona en combustión lo arrasó todo, en cascada, como un acordeón cerrándose. Bastaron diez segundos para que del edificio no quedara más que su fantasma de polvo en el cielo. Al momento se nos echó encima un nubarrón, unas volutas grises gigantes que sembraron el pánico. Yo no me podía creer lo que estaba viendo. Parecía una película. La gente chillaba y huía a la carrera. Algunos se paraban, se volvían y se ponían en marcha otra vez con la cara desencajada. Aunque estaba a una distancia

prudencial, me dejé llevar y retrocedí hacia el norte con la multitud, sin saber adónde me arrastraría.

Media hora después, la otra torre se desplomó con el mismo estrépito. Otra explosión de cenizas que ennegreció el cielo, se tragó la punta de la isla, hizo que temblara el agua del puerto, lo cubrió todo a su paso, devoró aceras y aterrorizó a los peatones. Al darme la vuelta vi cómo la avenida desaparecía en la nube. Perdí a Andy. Aferrada a una farola, como para evitar resbalar y caer al suelo, una joven temblaba como un pajarito. Dos mujeres con traje sastre la agarraban por los hombros y le hablaban, pero ella, que sollozaba con la boca abierta, no dijo palabra y cayó de rodillas. Las lágrimas trazaron surcos en la capa gris que le cubría las mejillas. En un semáforo, el conductor de una camioneta *pick-up* intentaba evitar que cuatro jóvenes se le subieran detrás. Al final renunció, les preguntó adónde iban y arrancó. Una mujer salió corriendo del metro y gritó: «¡Han encontrado tres bombas en un colegio del Bronx! ¡Bombas!», a lo que un hombre respondió: «¡Dios mío, mis hijos!», y se marchó corriendo, zigzagueando entre los coches.

Yo me encaminé hacia el este, hacia el puente de Brooklyn. Éramos miles, aturcidos, silenciosos, apresurados, avanzando por las aceras y la calzada. Algunos, cubiertos de polvo, parecían espectros blancos. Había gente que les ofrecía botellas de agua para que bebieran y se limpiaran los ojos. La pasarela desaparecía bajo una marea humana, pero yo dejé de seguirlos. Sabía adónde tenía que ir: al sindicato de montadores de acero, el New York City Ironworkers, Local 40. Lo tuve claro cuando se derrumbó la torre Sur. Cientos de carpinteros del hierro de la ciudad lo tuvimos claro.

En ese momento, el World Trade Center era un esqueleto de miles de toneladas de metal. No sabía qué quedaría en pie, pero sí que los bomberos y el personal de rescate nos iban a necesitar para moverse entre los escombros y buscar supervivientes. Hace más de un siglo que elevamos puentes y

rascacielos en Estados Unidos, pero también los desmontamos, los cortamos. Cuando tienen que desaparecer para dejar sitio a otra cosa en una ciudad, en un país que se reinventa constantemente, la normativa obliga a que lo hagamos nosotros. En las ciudades estadounidenses o canadienses no se vuelan las torres con explosivos, sino que se trocea el acero con sopletes y antorchas de plasma, y las grúas cargan los trozos en camiones. Es un trabajo difícil y peligroso. Más difícil y más duro que ensamblar vigas nuevas, por los escombros y la suciedad. Somos montadores de acero, pero también desmontadores.

Intenté llamar al sindicato, pero no había línea. Supuse que la red telefónica estaría saturada. En una esquina, a la entrada de Chinatown, un taxista se había parado para comprar algo de beber y estaba paralizado, anonadado ante la tele de la tienda. Le pregunté si podía llevarme a la calle Quince.

Fuimos en silencio por calles inundadas de peatones que se apartaban a nuestro paso. En algunos cruces, como los que llevan al edificio de Naciones Unidas, había volquetes cargados de arena que nos obligaban a dar un rodeo. En todas las esquinas se veían transeúntes agolpados alrededor de un transistor colocado sobre el capó de algún coche. Incluso había televisores en la calle, y los habían puesto encima de los expendedores de periódicos.

El taxista me dejó en la esquina de la Sexta Avenida; se negó a que le pagara. Ya había muchos compañeros delante del local del sindicato con su traje de faena, el casco a la cintura y los guantes en el bolsillo de atrás. Por la puerta pasaban coches con mujeres al volante, que se paraban para dejar que bajaran más compañeros. El vestíbulo estaba tan lleno que no había forma de acercarse a los televisores. Nos saludamos con palmadas en el hombro. No hacía falta hablar. Andy había tenido la misma idea que yo y estaba ahí, me saludó con un gesto. Había algunos mohawk, muchos eran amigos, y también

vi a un primo lejano al que llevaba años evitando; nuestras familias están enfrentadas por una vieja rencilla sobre terrenos, allá arriba, en la reserva. En esta ocasión, le saludé.

El delegado del sindicato, responsable local, había recibido una llamada de los bomberos: le pidieron que formara equipos y que estuviéramos disponibles. Fue escribiendo nombres en una libreta de papel amarillo. A la puerta había tres *pick-ups* cargadas de botellas de oxiacetileno, sopletes, antorchas de plasma y cajas de herramientas. Ya había voluntarios de sobra; a los últimos en llegar les pidieron que volvieran al día siguiente: «No os preocupéis, con semejante panorama esto va para largo».

Ya era de noche cuando llegaron dos camiones de la Guardia Nacional.

—Os llevamos a la Treinta y ocho con la West Side Highway. El material está de camino. De ahí iréis al World Trade Center —nos explicaron.

Nos subimos a la parte trasera y bajamos a toda velocidad por avenidas desiertas. La Policía de Nueva York y el FBI estaban montando oficinas provisionales en remolques en los antiguos muelles del Hudson. Cinco kilómetros al norte de lo que no tardaría en llamarse «Zona Cero», cientos de coches y camiones con la insignia de todos los organismos de seguridad locales y federales habían estacionado en terraplenes, aceras y aparcamientos. Se trajeron a remolque montones de proyectores gigantescos, de los que se usan en los estadios y las grandes obras. Soldados con casco y traje de combate, con un fusil automático al hombro, colocaban barreras. Cientos de personas de uniforme o vestidas de calle se cruzaban en todos los sentidos. Algunos estaban atareados. Otros, los más, andaban en círculo comentando el cataclismo, se agolpaban frente a las pantallas, hacían correr rumores, contaban por teléfono cómo habían vivido ese día. Discutían, gritaban órdenes contradictorias, había momentos en los que por poco se hubieran

echado a reír pero se contenían, iban en busca de material que nadie sabía para qué serviría y volvían con las manos vacías.

El temblor ronco de los aviones a reacción rasgó el aire de la tarde. Dos puntos luminosos surcaron el cielo; eran jets del ejército.

—Joder, espero que sean de los nuestros —masculló un policía.

Nosotros aguardamos haciendo cola delante de un remolque del FBI donde anotaron nuestros nombres y nos dieron una identificación en la que ponía: «City of New York. World Trade Center Emergency». Tuvimos que seguir esperando, sentados en el suelo o en cajas. Nos trajeron sándwiches y botellas. Yo me aparté del grupo y fui caminando por la orilla, hacia el sur, en dirección a la nube. Enseñé la identificación y el casco a los primeros policías que me detuvieron:

—Soy *ironworker*. Ahí nos necesitan.

—Vale. Anda con ojo.

Una *pick-up* se paró y yo me monté en la parte de atrás. La última barrera estaba en Canal Street. Desde allí no podíamos seguir en coche, tuvimos que continuar a pie. A partir de ese punto, calzada, aceras, coches, arbustos, farolas, carteles, papeleras, todo desaparecía bajo diez centímetros de ceniza gris, fina como el talco. Un paisaje de invierno nuclear, una película de ciencia ficción. Una Pompeya moderna. Como sucede cuando nieva en Nueva York, el rumor de la ciudad se había acallado. El silencio era tan profundo que me zumbaban los oídos. No oía mis pasos. La mezcla de polvo, cenizas, hojas de papel y cemento pulverizado lo ahogaba todo. En los parabrisas alguien había escrito con el dedo: «Bombardead Oriente Próximo», y un poco más allá: «¡Venganza!», «Matad a todos los musulmanes» y «No tenemos miedo».

Éramos cuatro caminando codo con codo, en silencio. Yo me aferraba a la idea de que iba a poder hacer algo, de que el material, los sopletes, iban a

llegar. De que tal vez pudiera salvar vidas. En todo caso, tenía claro que quería ser actor, no espectador de ese cataclismo incomprensible. ¿Quién podía odiarnos tanto? Me acordé de la bomba que habían puesto en 1993 en un aparcamiento subterráneo del World Trade Center, que causó varios muertos y cientos de heridos por los cristales que salieron volando. Nunca entendí quién hizo eso ni por qué. ¿Serían los mismos?

En una boca de incendio había un hombre sentado. Era un bombero. Estaba sollozando y temblaba como una hoja. El uniforme había desaparecido bajo una capa de tres centímetros de polvo y su pelo parecía un casco blanco. Uno de los que venían conmigo le tendió una botella de agua, que él cogió sin mirarnos. Se la echó por la cara y se bebió las últimas gotas. También nos cruzamos con un policía, un fantasma pálido. Iba dando pasitos como un autómatas, con los brazos colgando y la mirada ausente, arrastrando los pies. No respondió a nuestras preguntas. Había zapatos por todas partes, sobre todo de mujer. Zapatos de tacón abandonados para correr más deprisa.

Un hombre bien peinado, vestido con un traje oscuro impecable, cogió uno de los miles de papeles que alfombraban el pavimento, lo leyó, lo dejó con delicadeza en el suelo y cogió otro.

Giramos a la derecha en West Broadway. Allí, al final de la avenida, de las dos torres de ciento diez pisos que se veían desde todos los rincones de Nueva York, y que servían como punto de referencia cuando uno se perdía en lo más profundo del Bronx o en una zona industrial de New Jersey, con una iluminación nocturna que hacía que parecieran dos vigías en las noches de bruma, solo quedaba un caos humeante cuyos límites me costó discernir. Nido de dragones heridos, forja monstruosa. La luz de los proyectores de emergencia llegaba a través de columnas de humo. De la maraña metálica escapaban llamaradas rojas y amarillas, vigas retorcidas, pedazos de paredes derrumbadas, estructuras machacadas, montañas de escombros. Lo único

reconocible eran las columnas metálicas medio resquebrajadas, pedazos de la armadura externa del World Trade Center, de unos sesenta metros de altura, hincadas en el suelo en lo que debió de ser la base de la torre Sur. El Millenium Hilton Hotel, maravilla de acero y cristal, era una cáscara vacía y humeante.

Pasamos delante de un taxi clavado al asfalto por una flecha de metal y con la parte trasera prensada por algo enorme que parecía el motor de un camión. En una de las puertas había dos regueros de sangre. Un poco más allá los coches parecían haberse fundido en el sitio, transformados en carcasas renegridas de un grosor de sesenta centímetros. Las mangueras de largo alcance de los camiones de bomberos enviaban cortinas de agua y en algunos lugares se evaporaban antes de tocar su objetivo; en otros, transformaban el polvo blanco en un barro blancuzco que se pegaba a las suelas.

Para estimar la altura del montón conté las plantas de un edificio cercano, afectado pero en pie: siete. Siete pisos de escombros, millones de toneladas humeantes. El «montón». A falta de otra palabra, bautizamos así esa montaña monstruosa que no tenía nombre, así que, ¿por qué no el «montón»? Debajo tenía que haber cientos, tal vez miles de víctimas que no pudieron salir a tiempo. ¿Cuántas? ¿Habría supervivientes? ¿Cómo encontrarlos y acudir en su ayuda? ¿Por dónde empezar?

Las fuerzas de salvamento asaltaron el monstruo como hormigas sobre una carcasa gigante. Cavaban al azar con picos y palas encontrados en coches o camiones, con pedazos de escombros, con las manos desnudas. En algunas zonas, iluminadas como si fuera pleno día, se habían formado cadenas. Cientos de cubos de plástico blanco, salidos de vete a saber dónde, pasaban de mano en mano llenos de cascotes que vaciaban un poco más allá. Los tres hombres que me acompañaban se unieron a ellos.

Me fijé en las estructuras, vigas de acero desmayadas por todas partes. Las

más grandes tendrían más de un metro de sección. Algunas quedaron retorcidas, contorsionadas, plegadas, cortadas como si fueran alambre, unidas entre sí, atadas, enredadas por kilómetros de gruesos cables de acero: los de las docenas de ascensores. Bajo diez metros de chatarra se adivinaba la carrocería de un camión. Lo único reconocible era, en una puerta, las siglas de los bomberos de Nueva York, FDNY, Fire Department New York. Estaba tan aplastado que no tendría más de ochenta centímetros de alto. A mi alrededor resonaban muchos bip-bip estridentes. Le pregunté a un policía:

—¿Qué es ese ruido?

—Las balizas del traje de los bomberos. Se encienden cuando están sepultados. Los oímos pero no los vemos. No sé cómo vamos a sacarlos de ahí. Si es que hay alguno vivo... Ya me extrañaría, con todo esto.

Recorrí lo que tenía que haber sido la explanada que estaba delante de las torres, la World Trade Center Plaza, pero no reconocía nada. Tropecé con trozos de metal, mis pasos levantaron hojas blancas, formularios, facturas e informes mezclados con cenizas y polvo de cemento. En medio de la calle, como abandonada por la mano de un gigante, enorme, había una rueda de tren de aterrizaje. Una pareja daba vueltas a su alrededor sacando fotos e intentando tocar el neumático, pero un policía los echó:

—¡Oigan! ¡Esto es la escena del crimen! ¡Váyanse!

Se había dado orden de evacuar la punta de Manhattan desde el sur de Canal Street, vecinos incluidos. Se habían ido, algunos cargados de maletas, con la indicación de no volver hasta nueva orden. Un poco más allá reconocí lo que había sido la pasarela cubierta para peatones, que atravesaba la West Side Highway. Estaba caída y obstruía las cuatro vías de la avenida, justo por donde tenían que pasar las grúas. Como tengo experiencia en demoliciones y sé que todo depende de ellas, pensé: «¿Dónde vamos a montarlas, cómo las vamos a situar, cómo vamos a usarlas con el menor riesgo posible? Para

levantar todo esto harán falta muchas. Habrá que empezar por despejar huecos para ellas».

Escalé por carrocerías de coches enmarañados. En la avenida, a lo lejos, distinguí camiones plataforma y luces de emergencia: traían la primera grúa. Me acerqué un poco. Era una Manitowoc: seiscientas toneladas sobre orugas trasladadas en cuatro piezas, en remolques, desde New Jersey. Los camiones aparcaron en una explanada. Reconocí a Frank Abramo bajándose de una de las cabinas. Menudo, casi delgado, con una camiseta sin mangas manchada de aceite y un ancla tatuada en el hombro. Es uno de los mejores conductores de grúas de la costa Este. Trabajé con él hace dos años, en una obra de demolición cerca de Boston.

—Frankie, ¿te echo una mano para montarla?

—¡Cat! ¡Ya lo creo, me vienes al pelo! ¿Estás solo? ¿Y los demás? Hay que darse prisa.

—Vienen luego. Vamos a ello.

Nos pasamos tres horas ensamblando tramos de la pluma, atornillando piezas, montando el contrapeso, yendo y viniendo para colocar los seis largos cables en los cabrestantes y las poleas con una plataforma elevadora a la que llamamos *cherry picker*, «recolector de cerezas». Frank arrancó el motor, de una potencia como para propulsar un buque, y comprobó los mandos. El monstruo ya podía avanzar. Cuando se empezara a trocear la carcasa de la pasarela, la grúa podría alzarla y ponerla a un lado o cargarla en camiones. La vía estaría entonces despejada para acceder al montón con equipamiento pesado.

¿Por dónde pasar? Elegimos una calle lo bastante ancha para las orugas. Lo malo era que estaba llena de escombros, montones de vehículos, coches aplastados bajo pedazos de las Torres Gemelas. Intentamos remolcar unos con todoterrenos potentes, empujar otros, apartarlos a las aceras, pero había

muchos, y algunos pesaban demasiado. Pedí ayuda a cuatro *ironworkers*; uno de ellos era Thomas, un mohawk, amigo de uno de mis tíos.

—Chicos, buscad barras de hierro. Romped los parabrisas, la trasera y los laterales. Mirad primero que no haya nadie en los coches, gente inconsciente o víctimas.

Encontraron el cadáver de una chica joven en un Ford blanco. Los bomberos cortaron el habitáculo para sacarla. Thomas estaba lívido. Se sentó en el bordillo, se secó los ojos, se levantó y se fue. No volví a verlo hasta pasados unos meses, en la reserva.

De camino a la pasarela caída sacamos cinco cadáveres aprisionados en trampas de metal. Cuando los operarios del FDNY los sacaban y los ponían en una camilla nosotros volvíamos la cabeza, mirábamos a otro lado. Muchos *ironworkers* hemos sido soldados, sobre todo marines. Yo mismo fui explorador de infantería en el primer batallón de los US Rangers en la guerra del Golfo. No se puede decir que no hayamos visto muertos y heridos en zonas en guerra, pero en ese momento estábamos en casa, en Manhattan. Era otra cosa.

—Frankie, ¿ya estás? Hay que acercar la grúa a la pasarela, ahí. Me voy a poner delante de ti. Si ves que levanto los banderines de color naranja, párate. Si no, sigue, pase lo que pase.

—Vale. Vamos.

Frankie bajó el brazo de la grúa. Los tubos de escape soltaron un humo negro. Las orugas mordieron el asfalto, las aceras, machacaron pedazos de metal que habían salido disparados a cientos de metros de las torres. La máquina pasó por encima del capó de un coche, ¡crac! Otro, ¡crac! Otro más, ¡crac! Hizo que se tambaleara una camioneta, apisonó lo que quedaba de otra. Un hombre con traje de calle, pero con gorra y cazadora del FBI, se me acercó corriendo.

—¡Paren, paren! ¡Paren la grúa! ¡No toquen nada! ¡Esto es la escena del crimen, no se puede tocar nada!

—Oiga, ¡que esto no es como en las películas! Es terrorismo. Váyase a coger a los canallas que han secuestrado los aviones y déjenos trabajar. Si no despejamos la vía con esta grúa, la gente que esté herida se va a morir, y pronto. Así que apártese.

Un bombero le pasó el brazo por los hombros y se lo llevó.

La grúa Manitowoc avanzaba como un monstruo prehistórico, empujando o aplastando todo lo que encontraba a su paso. Llegó a un espacio despejado a unos doscientos metros de la pasarela. Frankie posó los estabilizadores en el suelo, desplegó el brazo y levantó por los aires dos camiones deformados, que depositó en la orilla del Hudson. Los voluntarios, que se alegraban de tener algo que hacer, fueron llegando. Unos camiones empezaron a descargar en las aceras sopletes y botellas de oxígeno; llegaron también cajas de botellas de agua, bebidas isotónicas y sándwiches. De una chalana amarrada a uno de los muelles cercanos se estaba desembarcando material.

Dos equipos de montadores de acero hicieron saltar las primeras chispas. Reconocí a Andy, que estaba de espaldas. Empezaron por las fijaciones de la pasarela y las vigas metálicas caídas en un edificio cercano. Como la grúa ya estaba colocada, me fui con ellos. Las mangueras para el oxígeno eran demasiado cortas; necesitábamos adaptadores para unirlos, pero no había, así que mandé a un «punk» —a los aprendices los llamamos así— a buscarlos. Entre zumbidos de generadores, a la luz de varias docenas de proyectores, los obreros emprendieron su trabajo con sierras eléctricas en las partes de hormigón. Las circulares mordían amasijos de chapa. En plena noche llegaron unos veinte *ironworkers* montados en la trasera de un par de *pick-ups* en cuyas esquinas habían fijado banderas de Estados Unidos. Los recibió un oficial de bomberos explicando que necesitaba ayuda para despejar lo que

podría ser la entrada de unas escaleras bajo los escombros. Los bomberos creían que los sótanos habrían resistido en algunos sitios y que tal vez allí hubiera supervivientes. Fuimos con él, cargando sopletes y arrastrando botellas de oxígeno. Nos repartieron las primeras máscaras para protegernos del polvo. Eran flojuchas, material de bricolaje, pero eran mejor que nada.

Cuanto más nos acercábamos al montón, más nos costaba respirar. El monstruo escupía bocanadas de humo gris, algunas más acres que otras. Como aún no teníamos grúa, cortamos las vigas de acero en trozos pequeños para intentar moverlos tirando entre todos de los cables y ver si así abríamos algún pasaje. A veces usábamos tornos montados en la delantera de los todoterrenos. Cada movimiento levantaba nubes de ceniza y polvo, y el calor era insoportable. Yo tenía la ropa empapada y los guantes agujereados. Todo ardía ante mí, a mi alrededor. Para entenderse había que quitarse las máscaras y gritar, no se oía nada, casi ni veíamos lo que hacíamos. Los bip-bip agudos de las balizas de los bomberos nos obsesionaban. Los equipos de salvamento intentaban usarlas para localizarlos, pero se oían por todas partes.

El personal de rescate excavaba túneles bajo los escombros, golpeaba el metal, gritaba, lanzaba señales luminosas, desaparecía reptando por las cavidades, salía para pedirnos que cortáramos alguna viga de acero. Algunas eran tan gruesas que se tardaba una hora en seccionarlas. El arco incandescente de la lanza, a dos mil grados, avanzaba milímetro a milímetro. Cuando terminamos de cortar el trozo, seguía pesando tanto que era imposible moverlo incluso tirando del cable entre seis, así que tuvimos que esperar a las grúas, que se estaban montando en los alrededores de la Zona Cero. Cuando por fin se conseguía mover un trozo de viga se producían desprendimientos que amenazaban con enterrar a los equipos de socorro.

—¡Cat, Cat! ¡Por aquí! ¡Hemos oído golpes! Hay que despejar. Trae el soplete grande.

Las estructuras metálicas estaban tan enmarañadas que parecían un plato de espaguetis gigante, con aristas y trozos cortantes por todas partes. No quise decirles nada a los bomberos, pero íbamos a necesitar muchas horas y botellas de oxígeno para abrirnos paso en ese magma de escombros y acero. Corté las primeras vigas, las más finas. En cuanto se enfriaban los trozos, los dejaba pasar. Al cabo de media hora, excavando entre la mezcla de cenizas y polvo, un bombero a mi derecha gritó:

—¡He encontrado algo! ¡Una mano! ¡Es una mano!

Uñas pintadas de rojo, pulsera de plata; la mano de una mujer. Limpió a su alrededor; tenía al lado el que debía de haber sido su teléfono. Yo me aparté un par de metros; tres personas estaban arrodilladas retirando cenizas y buscando el cuerpo. Pero, entre lágrimas, no sacaron más que un brazo.

Salimos del montón. Los bomberos envolvieron la extremidad en una manta de supervivencia, la depositaron en una camilla y regresaron a las ambulancias. Yo me senté en el bordillo de la acera, sacudí la cabeza, me bebí de un trago una botella de agua y me aclaré los ojos con otra. Al final de la calle vi que la nube de polvo bajaba hasta el puerto y envolvía la estatua de la Libertad. Un *ironworker* joven, con los músculos marcados hasta el último centímetro de su cuerpo y el torso desnudo, sin más vestimenta que un mono Carhartt sin cerrar y todavía limpio, recogió mi lanza de oxígeno y, sin decir palabra, tirando del carrito con las dos botellas, se marchó para ocupar mi lugar en el montón. En la trasera del casco llevaba una pegatina de la bandera confederada. No me dio tiempo de avisarle para que se cubriera; no se podía estar con el torso desnudo en ese infierno, era imposible, tenía que protegerse. Mis antebrazos estaban llenos de cortes, sangraban. En una valla, alguien había escrito con aerosol negro: «¡Dios bendiga América!», y al lado: «Nuestras lágrimas serán su sangre».

Al fondo de lo que parecía una calle vi hombres y mujeres con monos

blancos vaciando cajas e instalando proyectores, caballetes, mesas y sillas plegables. Era la Cruz Roja de Estados Unidos. No tenía hambre, pero me moría de sed. Un chico me tendió una botella de bebida energética de color azul y unas chocolatinas.

—¿Quiere comer algo? Hay que curarle esos brazos. Venga conmigo.

Me pasé media hora en una silla plegable intentando sonreír, incapaz de decir una palabra. Tenía los ojos llenos de tierra y me ardían al cerrarlos. Me había quitado las botas de cuero; las suelas estaban medio fundidas. Una mujer joven me dio un par de calcetines blancos. Se lo agradecí con un pestañeo. Las manos me dolían tanto que ella se arrodilló para ayudarme a ponérmelos.

—Espere un momento, voy a ver si encuentro un par de botas Timberland de su número. Acaba de llegarnos una caja.

Un jefe del sindicato, Art Leary, que pertenece a una dinastía irlandesa de *ironworkers* venidos de Terranova casi tan antigua como la de los mohawk, llegó con doscientos compañeros. Tiene más de cincuenta años, el pelo blanco y lleva mucho tiempo retirado de la construcción. Se había vuelto a poner la casaca reforzada y las botas altas Redwing; llevaba el casco en la mano.

—Hola, Cat. ¿Cómo está el patio ahí dentro?

—Venid y os lo enseño. ¿Lleváis guantes? Os advierto que vais a ver cosas que no se olvidan así como así.

Un hombre de la Cruz Roja nos dio unas mascarillas antipolvo algo mejores, de silicona, con dos cartuchos de filtro que, según él, había que cambiar cada dos horas.

—Vuelvan por aquí, tenemos de todo —nos dijo como despedida.

Fuimos hasta donde se encontraba Andy. Llevaba tres horas quemando acero, tenía la cara abrasada, se negaba a parar y se había quitado la máscara

con la excusa de «con esto me ahogo, es del todo imposible». Mandé a un punk pelirrojo a buscarle una de las máscaras que acababan de llegar, sin embargo tampoco se la puso. Poco después empezó a toser, y así seguiría hasta el final.

Las grúas levantaron los primeros tramos metálicos y los pusieron en camiones. Uno de los camioneros avisó:

—¡El acero está quemando la madera de la plataforma!

Hicimos gestos al gruista para que volviera a levantarlo, y a los bomberos para que lo rociaran con la manguera.

Un equipo de salvamento necesitaba ayuda para abrirse camino hacia el interior del monstruo. Trepamos por piezas de metal tras asegurarnos con el pie de que estuvieran asentadas. Como todo estaba conectado, había que andarse con cuidado para no provocar derrumbes en el montón, porque eso podría enterrar a los diez tíos que escuchábamos cómo cavaban al otro lado, aunque no los viéramos.

Las vigas de esas dimensiones acumulan energía. Como estaban retorcidas como si fueran alambre, no era fácil adivinar qué pasaría cuando se liberase la energía al cortar un trozo. Podía saltar por los aires o derrumbarse y arrasarlo todo a su paso. Había que ir despacio y estar preparado para salir corriendo si el trozo no reaccionaba como uno se esperaba.

La mezcla de polvo y humo dejaba en la boca un regusto metálico y amargo. Los *ironworkers* estamos acostumbrados al humo; nos pasamos el día dándole al soplete. Pero eso era distinto. Era por todo lo que ardía allí abajo. Papeles, plástico, muebles y toda clase de productos. Y cuerpos humanos. No podía evitar pensar en ello. Todos pensábamos en ello. Pero nadie lo decía.

Me puse con una viga gruesa del centro del montón. Si conseguíamos despejarla, tal vez pudiéramos acceder a uno de los sótanos.

—Rápido, me parece haber oído un ruido ahí abajo —dijo un policía.

Levantó una chapa para mirar y, al hacerlo, reavivó el fuego. Las llamas subieron a un metro de altura, el calor me quemaba la cara. Cerré los ojos, retrocedí gritando. Los bomberos vinieron corriendo, ahogaron el fuego con dos mangueras y, de paso, también a mí.

Cuando mi botella de oxígeno se vació, con las primeras luces del alba, un aprendiz conectó mi tubo a otra. Paré un momento y me quité la máscara para tomar un trago de agua.

Ya vuelve a pitar el oxígeno. Saco el Zippo, enciendo el soplete y termino de quemar los últimos centímetros. Con la presión de los escombros, el trozo de acero cede, bascula hacia atrás, se sumerge en el magma y provoca un desprendimiento. Todo se hunde a mi alrededor, el suelo desaparece bajo mis pies. Me caigo. Todo es negro.

2

Kahnawake (Canadá)

Junio de 1886

Para los niños de Kahnawake, que juegan a orillas del San Lorenzo y nadan en sus aguas, pocas cosas resultan tan emocionantes como la llegada de la maderada a la entrada de los rápidos de Lachine.

El primero en verla se pone a dar gritos, corriendo por la orilla, para avisar al pueblo. Los colegiales salen alborotados de las aulas de la misión católica y al poco hay montones de niños arracimados en la orilla o encaramados a los árboles para ver quién tripula la primera balsa de troncos gigantes, la almadía delantera, de pie, agarrando el gancho con las manos. Ese es el maestro del río, el primero en pasar los rápidos y entrar en Montreal, y también el primero en regresar a la reserva, como un héroe, al día siguiente o al otro.

La maderada empieza en los altos del San Lorenzo hacia mediados de mayo. Los navateros, con ganchos y cartuchos de dinamita, liberan de su cárcel de hielo los troncos que se cortaron el año anterior y se arrojaron al río. Los palos bajan veloces por la corriente, forman atascos que hay que deshacer, se traban en afluentes y lagos. En la orilla del lago Ontario, a quinientos kilómetros al oeste, millones de metros cúbicos de robles y pinos Douglas se amarran con cuerdas formando almadías enormes que hay que

conducir hasta Montreal, a veces hasta Quebec. En esos bosques flotantes viajan hombres que al caer el día acampan en grandes tiendas, donde comen y duermen. Se pasan semanas enteras remando, enderezando y empujando troncos. Hay que burlar los sortilegios del río, aprovechar la fuerza de la corriente sin dejar que te lleve, esquivar recodos sin salida de los que no se escapa así como así. Cuando uno se mueve en equilibrio sobre los palos, lo más importante es no resbalar, porque si te caes los troncos te pueden aplastar. Los inmigrantes venidos del norte de Europa, noruegos, daneses y alemanes, son los más hábiles en este oficio. Son gancheros, el río los lleva, conocen sus secretos y saben que pueden morir en cuestión de minutos si dan un paso en falso. Pero cuando llegan a los rápidos de Lachine, Montreal río arriba, tocan tierra y, a cambio de unas monedas de plata con la efigie de la reina Victoria, dejan que sean los mohawk quienes se encarguen de trajinar la maderada.

Casi todos son de Kahnawake, un pueblo cuyo nombre significa «cerca de los rápidos». Los mohawk se bañan en el San Lorenzo antes de aprender a andar, duermen en barcas y, apenas entrados en la pubertad, ya saben domesticar el furor de Lachine a bordo de sus canoas. Conocen los rápidos, las rocas, las trampas. Desde hace siglos, antes y después de la llegada de los tramperos franceses, son los reyes de *Kaniatarowanenneh*, «el gran camino de agua», un camino que les ha servido para ir de caza o a la guerra, para transportar convoyes de canoas con cargamentos de piel de nutria y castor, desde las tierras altas hasta Montreal y Quebec. La desaparición casi total de esos animales de pelo brillante, prácticamente extinguidos en apenas unas décadas en los bosques del Nuevo Mundo, los obligó a buscar otro medio de alimentar a los suyos.

Pese a las facilidades que les dieron los jesuitas para dedicarse al campo, pocos mohawk se convirtieron en campesinos. Encorvarse sobre la tierra,

cultivar maíz, tabaco y calabazas era cosa de mujeres. En verano, mientras ellas cosechaban, ellos pescaban en el San Lorenzo, sus afluentes y lagos. En otoño y en invierno se marchaban en largas partidas de caza. Habían recorrido su tierra y también otras lejanas, eran remeros expertos, y algunos se habían convertido en guías de expediciones, al servicio de la caballería americana, de los primeros geógrafos o de emigrantes que se dirigían al Oeste. Algunos, desde tiempo inmemorial, se iban a Nueva Inglaterra a pasar el verano. En sus carromatos vendían medicinas tradicionales, ungüentos, cataplasmas, raíces medicinales procedentes de los bosques canadienses. Cuando se produjo el auge de la industria maderera y se deforestaron millones de hectáreas alrededor de los Grandes Lagos, ellos encontraron en la conducción de troncos un nuevo medio de vida en el río. Una vida aventurera y gratificante, peligrosa y heroica, digna de la que llevaban sus antepasados cazadores, quienes se ausentaban semanas enteras para perseguir grandes presas, y que regresaban a la aldea para pasar el invierno cargados de caza, truchas y percas que se ponían a secar.

Algunos maestros intentaron prescindir de los mohawk y pasar los rápidos sin su ayuda, pero lo único que consiguieron fue encontrarse con el cargamento desperdigado, las almadías rotas y los palos sueltos por el río, lo cual salía mucho más caro que pactar un salario con los indios. En pocos años, los mejores gancheros se forjaron una fama que se extendió hasta la desembocadura del San Lorenzo. Un buen día, un armador fluvial llegó a Kahnawake y propuso a los más hábiles cambiar la madera bruta de la almadía por el timón barnizado de un barco a vapor.

Los mohawk son los reyes de los rápidos, invencibles en los remolinos que se forman en Lachine. Angus Rochelle, de cuarenta y seis años, es uno de ellos. Pelo corto y espeso, nariz aguileña, piel cetrina, ojos rasgados, luce una amplia sonrisa que, a la menor ocasión, se transforma en carcajada estentórea.

Le gusta ponerse un cinturón de perlas cuando va al timón. A veces, los domingos o en ocasiones especiales, para regocijo de todos, se coloca la *kostowa*, el tocado tradicional con grandes plumas que apuntan al cielo, y se divierte observando cómo le miran los pasajeros al constatar que el piloto es indio. Sus hijos gritan de alegría al verle pasar por delante del pueblo, como maestro del río, de pie sobre la almadía. Empapado, fornido, risueño.

En 1875, el dueño del vapor *Great Eastern* —dos puentes, chimenea bicolor, sesenta metros de metal y madera, construido en Ogdensburg para desafiar los rápidos— lo contrató. Al principio estuvo bajo las órdenes de un viejo piloto llegado de Francia, Jean Sabourin, que le enseñó los trucos del San Lorenzo, sus trampas, sus maravillas, sus secretos de navegación. Sabourin había viajado siendo muy joven desde su Charente natal y se había pasado años cazando por los bosques, recorriéndolos y haciendo trueque de pieles de nutria y castor con las tribus que se encontraba. Había viajado siguiendo las vías fluviales hasta el Mississippi y el golfo de México. Decía haber llegado incluso a California, pero nadie se lo creía. Cuando le abandonaron las fuerzas para remar contracorriente, el dueño del vapor le puso un timón en las manos. Se convirtió en uno de los príncipes de los ríos que van de los Grandes Lagos a las olas del Atlántico. Un día, Sabourin consideró que Angus ya había aprendido todo lo que tenía que saber. Se marchó a Quebec y se embarcó para terminar sus días en Francia, cerca de Saintes, donde hasta el día de su muerte pasó las tardes haciendo las delicias de los niños con sus historias del gran continente americano.

Angus se quedó solo en la cabina, feliz y orgulloso, soberano del río; casi siempre era el primero en amarrarse a los muelles de la gran ciudad. En verano, los sábados y los domingos el barco se llenaba de gente procedente

de Montreal para ir de excursión. El resto de la semana lo compartían turistas canadienses deseosos de conocer su país, con sus bonitos vestidos y sus canotier, cazadores que iban corriente arriba para internarse en el reino de los lagos, viajeros con sus carromatos de herramientas y cacharros de cocina, familias de colonos en la primera etapa del viaje de sus vidas hacia la tierra prometida, comerciantes de madera, prisioneros que habían quebrantado su destierro, aventureros de todo pelo, leñadores con pantalones de paño, soldados de camino a sus fuertes hechos de troncos...

También estaban los que querían sentir la emoción de bajar los rápidos de Lachine en condiciones seguras. Se daban cita de buena mañana en la estación de Bonaventure y tomaban el tren a Lachine, donde se subían al vapor. Con los primeros remolinos el navío se balanceaba, se bamboleaba, las mujeres y los niños gritaban. Pero las aguas se calmaban pasados unos minutos y, poco después, abordaban un muelle de Montreal. Durante años, las compañías de seguros exigieron que el piloto fuera un mohawk de Kahnawake para esos tramos tan movidos.

Cuando el deshielo engrosa el San Lorenzo y los rápidos hierven hasta el extremo de imponer prudencia a los pilotos e impedir la navegación durante varios días, el *Great Eastern* suele ser el único que, con las calderas a todo gas, corona con su humo negro las chorreras de Lachine.

«Mi barco de vapor no es más que una canoa grande. A pesar de su metal, su potencia y su fuerza, si me enfrentara al río en lugar de respetarlo, si quisiera domesticarlo, el río lo partiría en dos como una cáscara de nuez», suele decir Angus. Cuando llega el buen tiempo y los remolinos se amansan, sube a sus hijos a bordo. Los pequeños juegan al escondite en las crujías, pescan con caña, devoran rebanadas de miel y mermelada en la cocina. Si

están con él, Angus pasa más cerca del pueblo para saludar a los parientes y amigos que estén en la orilla.

Su hijo mayor, Manish (para los blancos, Mike), de diecisiete años, se pasa los días en la cabina de pilotaje. Angus le cede el timón, le enseña el pálpito del corazón de la caldera:

—Mira, hijo, ¿ves esa chorrera de ahí? El agua está un poco más verde y se arremolina. Es una corriente buena. Hay que saber usarla. Mira, mira cómo lo hago: un golpecito de timón a la derecha, meto la proa un poco al bies en ese pequeño rápido y ahora... Ahí lo tienes, estoy en mejor posición para salir.

Manish, de espalda ancha, musculoso e intrépido, tiene la nariz aguileña de su padre y los ojos almendrados de su madre, una ojibway procedente del Oeste. Pese a su juventud, ya es uno de los mejores gancheros de la reserva y, aunque nunca han hablado abiertamente de ello, Angus espera conseguir pronto un contrato para él en la compañía.

En invierno, cuando no está en su vapor entre Cornwall y Kahnawake, Angus ayuda a su hermano Joe a transportar, en barcos más pequeños, a los viajeros llegados en tren desde el cruce de Moore, en el estado de Nueva York. Joe volvió hace un año de su aventura africana y de momento no ha encontrado nada mejor.

La línea de ferrocarril, recientemente construida, se detiene en una pequeña estación de madera situada a la entrada de la reserva. Los viajeros son estadounidenses y canadienses, casi todos blancos, y luego tienen que recorrer dos kilómetros hasta la orilla del San Lorenzo. Los caballos toman la calle ancha y, en el muelle, embarcan en una flotilla de pequeñas embarcaciones. Aún quedan algunas de remo o a vela, pero las más recientes ya son de vapor. Bajando la corriente solo se tarda media hora en alcanzar los muelles de Montreal. En invierno, cuando el río se hiela, cruzan en carruajes conducidos por adolescentes, a veces en trineos. Atraviesan Kahnawake

arropados con mantas. Algunos se paran a comprar tazones de sopa de maíz humeante, ropa confeccionada con pieles o los mocasines que bordan las mujeres.

Después los caballos bajan poco a poco por el lecho del San Lorenzo y, en menos de una hora, al trote por el hielo y la nieve compactada, entran en las calles de la ciudad francoparlante.

Los viejos aún recuerdan los relatos de sus abuelos, que contaban que, antes de la llegada de los blancos, los mohawk vivían en casas alargadas, cabañas comunitarias que podían tener cincuenta metros de largo y siete de alto. Había varias familias por casa, con zonas comunes y otras privadas que disponían de un hogar por familia, y su estructura de madera había dejado admirados a los primeros exploradores europeos. Hasta donde se alcanza a recordar, a los mohawk siempre les ha gustado la construcción, dar forma a la madera, construir bóvedas complejas. Los pueblos, sobre colinas y rodeados de fortificaciones de troncos, con calles y plazas, estaban tan bien diseñados que los franceses los llamaron «fuertes» o «castillos».

Entre ellos, los mohawk se llaman *Kanienkehaka*, «pueblo del pedernal». «Mohawk» procede de un término usado por sus enemigos ancestrales, los algonquinos, que los llamaban *Mohowawogs*, «devoradores de hombres». Nadie sabe ya si era costumbre comerse a los enemigos vencidos o si era un insulto, una forma de hablar, un homenaje a la ferocidad de los guerreros de antaño. A su llegada, los primeros colonos ingleses y holandeses transformaron el término *Mohowawogs*, que les costaba trabajo pronunciar, en su versión fonética, «mohawk». Es una de las seis naciones iroquesas, confederación de tribus de la costa nordeste que organizó un sistema casi democrático mucho antes de la llegada de los primeros colonos. El término «iroqués» también es una adaptación de los blancos. Entre ellos se llaman *Haudenosaunee*, «pueblo de las casas alargadas».

Los ingresos obtenidos por los hombres con su trabajo en el río y por las mujeres con los objetos y las ropas artesanales que venden en Montreal les han permitido construir en Kahnawake grandes casas de piedra y madera. Las calles, estrechas, son de tierra batida en la orilla del San Lorenzo y también alrededor de la iglesia de San Francisco Javier, con sus sacerdotes católicos. Si se mira desde el río, prácticamente delante de cada hogar se ve un pontón y una o dos piraguas. En previsión de las crecidas, las puertas de las casas están elevadas algo más de un metro, y se accede a ellas por una escalera de madera.

Los misioneros, jesuitas franceses que fundaron el pueblo, fueron expulsados por la conquista inglesa de Nueva Francia en el siglo XVIII. Cien años antes habían logrado convencer a unas treinta familias convertidas al catolicismo para que abandonaran sus tierras ancestrales, situadas al norte de lo que es ahora el estado de Nueva York, y se instalaran a orillas del San Lorenzo. Tras varias mudanzas debidas al agotamiento de las tierras y a la excesiva cercanía de unos colonos franceses que traficaban con alcohol, escogieron esas laderas de tierra fértil, frente a los rápidos, para construir su iglesia y su presbiterio. Los religiosos la llamaron Sault-Saint-Louis, pero luego recibió el nombre mohawk de Caugnawaga, y a continuación, Kahnawake. En la reserva, tres familias explotan un lugar llamado Dame Aveugle, «dama ciega», una cantera de piedras que, una vez talladas y transportadas a Montreal en barcazas, se emplean para construir edificios y puentes.

Angus y Joe, rodeados de chiquillos, están enganchando los caballos al carro para ir a la estación. Hoy vuelve Peter, el hermano mayor de Angus y Joe. Lleva un año recorriendo caminos con el Buffalo Bill's Wild West del coronel William F. «Buffalo Bill» Cody. Alto, atlético, buen jinete, excelente bailarín, de pómulos altos y con la piel más cobriza que sus hermanos, Peter

Rochelle es uno de los cincuenta indios del espectáculo. Conoció a Cody un año antes, la primera vez que pasó por Montreal. Al día siguiente se presentó en la carpa, con el traje tradicional y el tocado mohawk bordado de perlas. Le bastaron cuatro pasos de baile para conquistar al coronel, que siempre estaba buscando fieros pieles rojas. Dos días después se marchó con él. Boston, Nueva York, Atlantic City, Washington y luego Florida y Nueva Orleans. Un tren entero con docenas de caballos, tres bisontes, camellos, carpas inmensas de lona y unos diez tipis.

Al detenerse en el andén de Kahnawake, la locomotora suelta los últimos chorros de vapor. El primero en bajar es Peter. Con su túnica de ante bordado, su pelo sujeto por detrás y sus botas de caballería, es aún más grande de lo que los niños recuerdan, y estos se lanzan sobre él dando gritos. Coge a dos, acaricia la cabeza de otro. Saluda a sus hermanos:

—Hola, chicos. Qué bien que hayáis venido a recogerme.

Por la noche, junto a la chimenea, en casa de Angus, empieza a contar sus aventuras:

—El coronel quiere que para el espectáculo nos parezcamos a los indios de las Grandes Llanuras, con sus tocados de plumas de águila. Esa es la imagen que tienen de nosotros los blancos del Este. Tenemos varios siux y algunos cheyenes. Nos han enseñado unas palabras, sus gritos de guerra y su forma de montar a pelo. ¡Si vierais la cara que ponen los niños cuando nos lanzamos a la carga por la pista, dando voces y empuñando lanzas y tomahawks! No tiene mucho que ver con nosotros, los mohawk, pero es divertido. Y lo pagan bastante bien. Dice el coronel que el año que viene iremos en barco para hacer una gira por las grandes ciudades de Europa.

En el espectáculo Peter representa a un jefe guerrero al que Buffalo Bill vence cuerpo a cuerpo y le arranca la cabellera.

—Lo que más me gusta —dice a los niños, subyugados— es el desfile de

la tarde por la ciudad. La caballería de Estados Unidos abre la marcha; son soldados de verdad, no sé cómo se las arregla el coronel para tenerlos. Cambian a menudo. Después vienen los vaqueros, los jinetes del Pony Express y luego nosotros, los indios. Ponemos cara de ser muy feroces, miramos con ojos de locos y empuñamos las hachas. Mi tocado de plumas llega hasta la tripa del caballo... No, no me lo he traído, es muy delicado. Detrás vienen jinetes de muchas clases: árabes con sus caballos pequeñitos, gauchos de Argentina, mogoles de ojos rasgados, cosacos de Rusia... Todos llevan sus armas y sus mejores galas. Mirad, os he traído esto.

Entonces saca de su maleta de piel un tubo que contiene un cartel del espectáculo, como los que se pegan por las calles unos días antes de la llegada de la caravana a una ciudad. El dibujo representa una carga de la caballería con Buffalo Bill en primera línea, con la barba al viento, vestido con un traje de ante. A su alrededor, montados en purasangres encabritados, hay un árabe, un indio con todas sus plumas, un cosaco con uniforme de gala, un mexicano agitando un látigo bajo su amplio sombrero. En letras grandes se lee: EL SALVAJE OESTE DE BUFFALO BILL. CONVENCIÓN DE JINETES INTRÉPIDOS DEL MUNDO, Y debajo: RIVALIDADES ÉPICAS DE PUEBLOS SALVAJES, BÁRBAROS Y CIVILIZADOS.

Peter tiende el cartel a Angus.

—Toma, es para ti. Por si quieres ponerlo en el barco...

—Pero ¿de dónde vienen todos esos extranjeros? —pregunta Joe.

—El coronel tiene agentes por todo el mundo. Ellos los buscan, los encuentran y los mandan a América. Es un buen actor. ¡Si vierais cómo hace del general Custer cuando muere con sus hombres en la batalla de Little Bighorn hace diez años! También se le dan muy bien los negocios; debe de ser muy rico.

Fiel a la tradición mohawk, Peter se marchó solo, pero los otros indios

viajaban con sus familias, de modo que sus mujeres e hijos se pasaban meses recorriendo los caminos con ellos. Antes del espectáculo, por unas monedas, los habitantes del Este visitaban el poblado de Iona, conversaban con las mujeres, jugaban con los niños y se hacían retratos.

—En las grandes ciudades de la costa nosotros somos los únicos indios que verán en su vida. En las gacetas y en los folletines leen tantas historias sobre el Salvaje Oeste, la frontera y los pieles rojas... El verano pasado estuvimos una semana en Atlantic City. Es una ciudad nueva a orillas del océano, en New Jersey, construida de la nada junto a la playa. Se llega en tren desde Filadelfia. Acaban de terminar unos hoteles inmensos para los turistas que quieren respirar el aire del mar. No os imagináis el lujo que hay allí —dice Peter, divirtiéndose de lo lindo—. El alcalde invitó a toda la tropa a alojarse dos días seguidos en el mejor hotel, el United States and Surf House. Yo tenía una bañera en la que habríamos cabido tres. ¡Y no sabéis cómo es el salón restaurante! También hay un paseo muy amplio de madera, sobre pilotes, a lo largo de las playas, con pontones que se adentran en el mar. Hay cafés, atracciones... La gente va allí desde toda la región, incluso desde Nueva York y Washington. Llenamos la carpa todas las noches, ocho días seguidos.

Peter vuelve a abrir la maleta y saca una carpetilla de cartón. Dentro, envueltas en papel de seda, hay dos fotografías. En la primera Peter aparece en primer plano, sentado con el traje mohawk de las grandes ocasiones, al lado del jefe pawnee, Ed Burgess, y del famoso guerrero siux Sam Lone Bear, que lleva un tocado de plumas de águila que forma como una cola a sus pies. Detrás, de pie, está Buffalo Bill con traje oscuro y mirada sombría, bajo un Stetson enorme y con la melena suelta que le llega a los hombros; a su derecha tiene a Johnny «Cow-Boy Kid» Baker, y a su izquierda al mayor

Frank North, fundador de los Pawnee Scouts y figura destacada de las guerras indias.

—Un fotógrafo que trajo una cámara portátil inventada por George Eastman, un señor de Rochester, se pasó tres días con nosotros en Atlantic City. El coronel regaló dos fotos a cada miembro de la tropa.

En la segunda foto se ve a una bella mujer, con el pelo rubio platino, vestida con una malla de lentejuelas. Luce una gran sonrisa a lomos de un caballo blanco. Se la ve inmóvil, serena, y está subida en una estrecha plataforma de madera a quince metros de altura, al final de uno de los pontones de la ciudad, frente a tres hoteles de lujo.

—Tres segundos después saltó al agua, caballo incluido —dice Peter, mientras niños y adultos abren los ojos como platos—. Lo llaman «los caballos buceadores». Ella se pone un casco, espolea al caballo y os juro que los dos saltan al mar, de cabeza. Desaparecen en las olas, luego suben y ella sonrío. ¡Es increíble!

—¿Por qué has elegido esta foto, si solo podías llevarte dos? —pregunta Angus, guiñando el ojo a la concurrencia.

—Era bonita, nada más —responde Peter ruborizándose—. Ella es de los Apalaches. Aprendió a cabalgar y a andar al mismo tiempo. En el espectáculo sale también Little Annie Oakley. Es muy bajita, me llega al pecho, pero ¡si vierais de lo que es capaz con una pistola! Se pone a treinta pasos de un naipe, dispara y lo corta en dos a la primera. Todas las noches. No la he visto fallar nunca.

Cuando se marche, a Peter le acompañarán cinco jóvenes de la reserva que montan bien a caballo. Entre ellos está su sobrino, Jay, de dieciséis años, uno de los hijos pequeños de Joe. El destino es Filadelfia, donde la caravana del Salvaje Oeste se ha detenido unos días.

Al unirse al circo de Buffalo Bill, Peter ha seguido una tradición que

empezó veinte años antes para los mohawk de Kahnawake: tras hacer gala de su talento como bailarines en una visita que hizo a Montreal el príncipe de Gales, futuro rey Eduardo VII de Inglaterra, un grupo recibió una invitación para viajar a Europa. Bailaron vestidos con sus atuendos de ceremonia en la Exposición Universal de París en 1867, y después en Londres y otras capitales europeas.

Las historias del tío Peter han llenado de sueños las cabezas de los niños. Esa noche, tras la puesta de sol sobre el río, corretean por la casa, atacan diligencias, bailan en círculo..., no quieren irse a dormir. En Kahnawake, debido sin duda a la tradición de las casas alargadas, varias familias conviven bajo un mismo techo. Angus, su mujer, Ajala, y sus cinco hijos viven con Sarala, hermana de Ajala, que tras haber enviudado cría sola a sus tres hijas. Su marido, que llevaba la maderada en el San Lorenzo, se ahogó cinco años antes. Estaba saltando de palo en palo cuando uno de los troncos, que él creía fijado al resto, rodó y le arrastró hacia el fondo. Encontraron su cadáver cuatro días más tarde, río abajo, pasados los rápidos.

Después de la cena consiguen atrapar a los niños y mandarlos a la cama. Al poco, unas doce mujeres, de una en una, van llamando a la puerta. Esa noche, a petición de Ganesa («la afortunada»), madre del clan del Oso en Kahnawake, las integrantes del consejo del clan se van a reunir en casa de Angus. Ganesa es la madre de Angus, Joe y Peter; tiene más de setenta años y, por su sabiduría y talante dialogante, ha recibido el título de «madre», autoridad máxima del clan. Es una mujer alta y fuerte de mirada risueña, sonrisa desdentada y manos gigantes que siempre lleva un pañuelo rojo en la cabeza. Su aplomo, inteligencia y sentido del humor le han permitido, con el paso del tiempo, bajar los humos a los insolentes y asentar su autoridad. No tenía ni treinta años cuando todos en Kahnawake sabían ya que un día sería la madre del clan del Oso.

Las mujeres mohawk ejercen indirectamente el poder, y Ganesa se había preparado para ello. Las madres y las esposas son las propietarias de la tierra, y tienen derecho de veto ante cualquier decisión del consejo tribal que pueda conducir a una guerra. Las ancianas se reúnen para participar en las grandes decisiones y designar al jefe del clan. Si no es digno de su confianza, o si empieza a acumular errores, pueden destituirle.

Ganesa arrima su silla al fuego, reaviva las llamas, añade dos leños y hace un gesto con la cabeza para indicar a sus hijos que tienen que irse.

—Hermanas, gracias por haber acudido a mi llamada. Esta noche tenemos que hablar de Russ. Le elegimos hace dos años como jefe de guerra, pero me han llegado quejas y he presenciado escenas incómodas. No estoy segura de que eligiéramos bien. ¿Qué pensáis vosotras?

Las mujeres del clan, por turnos, relatan incidentes recientes. El puesto de jefe de guerra era clave dos o tres siglos atrás, cuando eran frecuentes las refriegas contra hurones o algonquinos, y más tarde por los enfrentamientos con los colonos y los soldados blancos. Ahora Russ Scott es como un sheriff, y se encarga de mantener el orden en la reserva, resolver conflictos de manera amistosa y echar un ojo a los adolescentes. Va armado, dispone de dos ayudantes y, sobre todo, debe demostrar que tiene autoridad, sangre fría y sentido común.

—La semana pasada bebió y tuvo una pelea delante de la tienda de la señora Anderson. Llegó incluso a sacar el revólver —dice una integrante del consejo—. Y no es la primera vez. Creo que no es digno de ese puesto y que va a traernos problemas. Ya nos reprochan bastante los canadienses que tengamos un jefe de guerra como para que encima les demos argumentos. Ya ha recibido varios avisos; creo que hay que sustituirle.

El turno de palabra va pasando de una a otra. La hermana mayor de Russ Scott no se anda con medias tintas:

—Ya os avisé. En el fondo es un buen chico, pero el puesto le va grande. Su problema con la bebida viene de atrás. Tenemos que nombrar a otro.

Lucy Rogers, la más joven del consejo, habla en último lugar:

—Cuando bebe me da miedo. La semana pasada, ya de noche, me siguió hasta casa. Debería haberme sentido tranquila y protegida, es nuestro jefe de guerra, pero estaba inquieta. Esto no puede seguir así.

Se procede a la votación: ocho votos a favor de la expulsión, entre ellos el de Ganesa; dos abstenciones y dos en contra.

—Mañana hablaré con John. Convocaremos a Russ para anunciarle nuestra decisión —dice la madre del clan—. Id pensando en quién puede sustituirle. Nos veremos la semana que viene. Venid con alguna sugerencia, tantead el terreno.

John Farber es el jefe del consejo de Kahnawake. Le llaman «guardián de la paz». Le nombraron las madres después de meses de consultas. De ello hace ocho años, y todos en la reserva se alegran de aquella decisión. Fue piloto de vapores en el San Lorenzo; ahora gestiona la cantera, pero pasa la mayor parte del tiempo en la casa comunal a disposición de quien le necesite. Conoce bien a los canadienses, tiene buenos contactos en Montreal y, en muchas ocasiones, ha conseguido que la administración de los blancos favoreciera a los mohawk en sus arbitrajes. También le dieron la razón en los litigios territoriales con los agricultores del vecino Chateaugay, que linda con las tierras indias.

—Conviene pedirle a John su opinión. Además, él sabrá cómo hablar con Russ y, sin duda, tendrá algún nombre que proponer para sustituirle —estima Ganesa.

A continuación la asamblea solventa algunos problemas menores, comenta las últimas noticias y se divierte a cuenta de los avatares de unos y de la

buena suerte de otros. Se habla de bodas, nacimientos, trabajo en el campo y vida en el río.

En el momento en que las asistentes se levantan para volver a sus casas, la madre del clan ve, medio escondidas detrás de un tabique, las cabecitas de dos niñas que estaban espiando.

—Vosotras dos, venid aquí. ¿Todavía no estáis dormidas?

Las niñas acuden despacio, con un poco de vergüenza pero sin miedo.

—Esta ha tenido una pesadilla, ha gritado y me ha despertado —dice la mayor.

La pequeña se frota los ojos y mira sin quitarse las manos de la cara. Ganesa se sienta a cada niña en una rodilla.

—Bueno, os cuento un cuento y luego volvéis a la cama, ¿de acuerdo? ¿Cuál queréis?

—¡La mujer del cielo, la mujer del cielo!

Ganesa sonrío.

—¿Otra vez? Bueno. Hace mucho tiempo, mucho antes de la creación de nuestro mundo, existió el pueblo del cielo. Vivían en una isla, un mundo maravilloso que estaba allí arriba, muy alto, en las estrellas. Un día, un jefe de ese pueblo se enfadó con su hija, que se había quedado embarazada. La expulsó tirándola por el hueco de un árbol desarraigado. Ella, al caer del cielo, vio un planeta azul cubierto de agua. Unas ocas muy grandes la descubrieron e, intrigadas por aquello que caía del cielo, se le acercaron. Consiguieron atraparla volando ala contra ala, y se dieron cuenta de que estaba esperando un niño. Las ocas son muy fuertes y valientes, pero sabían que no podrían sostener mucho tiempo a la mujer del cielo, así que le preguntaron a la gran tortuga si podía llevarla. La tortuga dijo que sí, y las ocas dejaron a la mujer sobre su caparazón. Pero la tortuga, aunque era gigante, no era lo bastante grande para la mujer del cielo, de modo que los

castores, las nutrias y las ratas almizcleras se sumergieron en el mar para coger barro, que colocaron sobre su caparazón. Al secarse, el barro se convirtió en tierra. Pusieron tanto que se formaron los continentes. Por eso llamamos a América del Norte «la isla de la Tortuga». La mujer del cielo tenía en sus bolsillos semillas, fresas, frambuesas y hojas de tabaco. Dio la vuelta a la gran tortuga en sentido inverso al de las agujas del reloj y se produjo el milagro del nacimiento. De unas semillas brotó el maíz, de otras nacieron el tabaco, los bosques y los frutos. Por eso, cuando bailamos en las ceremonias en la casa alargada, lo hacemos siempre en ese sentido, para que las plantas, los árboles y el maíz sigan creciendo.

La niña más pequeña se ha dormido junto a las brasas, con la cabeza sobre las rodillas de la madre del clan, pero los ojos de la mayor brillan de curiosidad. Ha oído esta historia millones de veces, pero nadie la cuenta tan bien como Ganesa.

—¡Otra vez, otra vez! —exclama—. ¡Cuéntame cómo sigue, lo de los gemelos!

—La mujer del cielo dio a luz una niña. Los animales la protegían. Creció y no tardó en convertirse en una mujer. Una noche, mientras estaba dormida, el viento del oeste se coló bajo su falda y la fecundó. Ella supo que estaba embarazada, y que además esperaba gemelos. En su vientre había dos niños que se peleaban, porque ya eran rivales.

»Uno de ellos no tenía ningún inconveniente en nacer de forma natural, pero el otro quería salir por la axila de su madre. Sabía que eso la mataría, pero ya desde el vientre era malo sin remedio. La joven se lo contó a su madre y le dijo que no sobreviviría al parto. Y así sucedió. El primer gemelo nació de forma natural, pero su hermano desgarró el costado de su madre y ella murió. El segundo nunca perdonó al primero que hubiera nacido antes que él; el primero nunca perdonó al segundo que hubiera matado a su madre.

»Esa rivalidad supuso el comienzo de la lucha eterna entre el bien y el mal. La mujer del cielo enterró a su hija bajo una gran montaña de tierra. Del lugar donde estaba su pecho brotó el maíz, la calabaza creció de donde tenía los pies, las judías, de donde tenía las manos, y el tabaco salió de donde estaba su cabeza.

»Cuando se hicieron mayores, los gemelos empezaron a crear el mundo tal y como nosotros lo conocemos. Usaron arcilla para moldear todas las cosas, incluidos los seres humanos y los animales. Cuando las figuritas estuvieron listas, las acercaron al horno para cocerlas. Les echaron tres veces su aliento y empezaron a moverse y a abrir y cerrar los ojos: estaban vivas. El gemelo bueno, al que llamamos el Creador, hizo al hombre y a la mujer, los animales y las plantas comestibles.

»Pero su hermano, el Espíritu Malvado, se moría de celos e hizo cuanto pudo para contrarrestar lo que construía su gemelo y hacer daño a los humanos. Creó las enfermedades, los huracanes y las guerras. Ninguno podía destruir lo que el otro creaba, pero sí modificarlo. Cuando el Creador hizo las plantas, el Espíritu Malvado las empequeñeció y dificultó su cultivo. Cuando el Espíritu Malvado creó serpientes venenosas descomunales o mosquitos gigantes de picadura mortal, el Creador logró reducirlos al tamaño que tienen ahora.

»Al final, cuando el mundo estuvo terminado, se produjo el enfrentamiento. Se pelearon y, en su lucha, alzaron montañas, abrieron lagos y valles. Tras unos días terribles, el Creador venció pero, como no quería matar a su hermano, lo arrojó a un profundo foso, a las entrañas del mundo. Desde entonces está ahí escondido, pero consigue enviar emisarios maléficos. Esos son quienes provocan las desgracias, las masacres y las epidemias. Con los primeros blancos trajeron el alcohol, la gripe y la viruela, que diezmaron nuestro pueblo mucho más que las guerras. Después el Creador, victorioso y

satisfecho con su obra, subió al mundo celestial. Desde allí vela por vosotras mientras dormís, hijitas. Y así termina esta historia. Es muy tarde, llévate a tu hermana y volved a acostaros.

Cuando acaba la reunión, las mujeres del consejo regresan a sus casas y Angus y Joe acuden junto a su madre. Peter, cansado por el periplo, duerme en la habitación reservada a los viajeros. El fuego que les ha dado calor por la tarde se está apagando, con uno de los leños de pino ya casi consumido. En el caldero, la sopa de maíz sigue tibia. Ganesa está satisfecha con la decisión. Llevaba semanas decidida a destituir a Russ Scott, pero temía la reacción de aquel hombre violento e imprevisible.

—Angus, por favor, ve mañana a donde John y dile que hemos tomado una decisión sobre Russ: ha dejado de ser nuestro jefe de guerra. Cuento con que él se lo anuncie; tengo miedo de que se lo tome mal, y John sabrá calmarle. Nuestra decisión no afecta a los dos ayudantes, pero como son muy amigos puede que no quieran seguir en el puesto. Yo, personalmente, no creo que necesitemos designar un jefe de guerra por el momento. Los tiempos cambian. John representa a la tribu y tiene toda la autoridad necesaria. En todo caso, es al consejo a quien corresponde tomar esa decisión. Ahora me voy a dormir. Buenas noches, hijos.

Se echa un chal sobre los hombros, abre la puerta, mira las estrellas, escucha el soplo del viento sobre el río y desaparece en la noche.

Al día siguiente, Angus se acerca andando a la casa comunal, construida a la salida del pueblo siguiendo el modelo de las casas alargadas. Es donde se conservan los archivos de la tribu y se reúnen los responsables de la reserva. El año anterior se instaló allí la primera línea telefónica de Kahnawake, un estuche de madera y latón colgado en la pared bajo el porche. Los viejos no entienden cómo funciona, pero los jóvenes están fascinados. A la entrada, Angus saluda a su prima, sentada tras el mostrador. En el banco de los

visitantes hay tres blancos hablando en inglés y en francés con acento quebequés, vestidos con traje y sombrero. Tras esperar unos minutos, John Farber sale a buscarle.

—No me extraña —le dice a Angus—. He intentado muchas veces convencer a Russ para que deje de beber, le he avisado de que no es digno de ser un jefe de guerra mohawk. Siempre me dice que sí, me promete que lo va a dejar, pero luego no hace caso a nadie. Su padre se mató de tanto beber, y su madre igual. Iré a verle para anunciarle la decisión del consejo. Creo que lo más conveniente es que se marche de la reserva un tiempo, que se vaya de caza, que baje por el río hasta el lago Ontario o que visite a sus hermanos en Estados Unidos. Dile a la madre que ya me ocupo yo. Por cierto, dile también que voy a hablar con unos ingenieros canadienses que han venido de Montreal, son esos que has visto a la entrada. Me escribieron hace una semana pidiéndome una entrevista. Creo que quieren construir un puente de hierro sobre el San Lorenzo.

3

Nueva York *Agosto de 1968*

Jack LaLiberté, apodado Tool, lleva un mes trabajando en un edificio del centro de Manhattan, cerca de la estación Grand Central.

En la obra, que consiste simplemente en agregar cinco plantas a un edificio de antes de la guerra, trabajan unos diez *ironworkers* mohawk que, como él, proceden de las afueras de Montreal. Muchos llevan años instalados en Brooklyn o en New Jersey con sus mujeres e hijos, pero Jack, a sus cuarenta y dos años, vive solo en Nueva York; vuelve a Canadá una semana de cada dos y entre un contrato y otro. «Para mi familia sería imposible vivir en la ciudad», asegura este hombre alto y moreno de ojos claros que tiene la mejilla cruzada por una cicatriz, recuerdo de un accidente en su segundo día como aprendiz.

Cuando trabajaba en Chicago, San Francisco o Cincinnati, solo veía a su mujer y a sus dos hijos de tarde en tarde. El trabajo en este edificio de viviendas es fácil y está bien pagado, un poco por encima de la tarifa sindical, pero lamenta haberlo aceptado. No es que carezca de interés; lo que pasa es que ahora toda la ciudad habla de esas torres. Las Twin Towers, esas Torres Gemelas que se van a elevar hacia el cielo, en la punta sur de la isla. Tendrán

ciento diez pisos y serán las más altas del mundo. Salen en la tele y en la portada de los periódicos; sus colegas y la gente que pasa por ahí no tienen ojos para otra cosa. Su hermano, que lleva seis meses en esa obra, dice que nunca ha visto nada igual. Así que una tarde, antes de volver a su apartamento de Bay Ridge, se pasa por el sindicato, que tiene el monopolio de contratación en los proyectos de construcción de gran envergadura.

—Tom, no puedes hacerme esto —le dice al delegado del sindicato, el New York City Ironworkers, Local 40—. No se ha construido nada tan descomunal como el World Trade Center desde las pirámides de Egipto. Es algo que no pasa más que una vez en la vida, así que, por favor, encuéntrame un trabajo allí, aunque no sea de montador. Estoy incluso dispuesto a empezar descargando camiones y fijando cables. Lo que sea, pero ¡ahí!

En marzo se había ido a San Francisco. Cuatro meses de trabajo para reparar una sección del Bay Bridge, el puente de la Bahía, que había sufrido daños porque un aeroplano de la aviación naval se estrelló contra él durante un entrenamiento, sin que nadie supiera cómo ni por qué. El puente aguantó y solo murieron los dos pilotos; un milagro, visto el tráfico que había a esa hora. California, la Bahía de San Francisco, Alcatraz y el Golden Gate, del que había oído hablar a los viejos de Kahnawake que lo construyeron en los años treinta, una fortuna en horas extra, un motel fantástico con vistas al Pacífico, el sol, chicas en bañador como no había visto otras... Un trabajo de ensueño, pero por su culpa se perdió los primeros contratos de la obra del siglo en Nueva York.

—No te preocupes, Jack. Van a empezar pronto la segunda fase —le dice el delegado del sindicato—. Sé que van a necesitar un montón de gente dentro de una semana o dos. Vuelve por aquí, que yo te guardo un puesto, te lo prometo.

Poco después, el teléfono suena en el piso que comparte en Brooklyn con

su hermano Tom y otro compañero, también de Kahnawake.

—Tool, es para el Trade Center, el lunes por la mañana. De montador. ¿Te va bien? ¿Puedes dejar lo que estás haciendo en Midtown?

—¡Pues claro! Dalo por hecho. ¡Muchas gracias, de verdad!

—Muy bien. Preséntate allí a las siete. Habrá mucha gente, y aún me falta personal para todo lo que piden. Voy a llamar a Siracusa, Boston y Providence. Coméntalo en la reserva, por si alguien estuviera interesado.

Ese fin de semana, Jack no viaja a las afueras de Montreal sino que llama a su mujer:

—Cariño, ¿qué te parece? Coge a los niños y venid en tren de visita. Yo os espero en la estación. Empiezo el lunes. Son las Torres Gemelas, ¿has visto los reportajes en la tele? Estoy seguro de que nunca se me presentará la ocasión de trabajar en algo tan descomunal, ¿qué te parece? ¡Ciento diez pisos de estructura de acero! Los edificios más altos del mundo, ¡unos monumentos! Ya han terminado los bajos, están a treinta metros sobre la calle y ya es increíble. Tenéis que verlo. Una obra como esa son por lo menos dos años de trabajo, puede que más, y con una buena paga. Vamos a poder rehacer el porche, cambiar de coche, y puede que hasta ampliar la cocina.

Al día siguiente, alguien lleva en coche hasta la estación de Montreal a Louise y a los dos chicos, John, de doce años, y Robert, de ocho, que se suben al Adirondack Express. Son once horas de viaje, pero los billetes están a buen precio y el paisaje es espléndido en la ribera del Hudson.

—Niños, sentaos en el lado derecho para ver mejor el río.

El sábado por la noche Jack está en la Grand Central, al final del andén. Bajo la rotonda de la sala grande, los niños saltan a sus brazos. Llevaban dos semanas sin verle. Tom y el amigo con el que comparten piso en Brooklyn se han ido a pasar el fin de semana a Canadá, así que tiene sitio para todos.

El domingo por la mañana se levantan temprano y devoran unas tortitas

con grosellas en el Denny's que hay en la esquina de la calle. Los días de diario, por las mañanas, Jack pasa por allí y sale con un café humeante en un vasito de cartón.

—¡Cómo han crecido tus hijos, Jack! —dice Joyce, la camarera, una rubia mofletuda y muy alta con un delantal blanco que no se digna mirar a Louise mientras esta la fusila con la mirada.

En la Octava Avenida se meten en el metro, en dirección a Manhattan. Quieren recorrer a pie toda la verja de las obras, que ocupan un espacio tan gigantesco que va a cambiar la geografía del bajo Manhattan. Se han derribado más de ciento cincuenta edificios viejos de ladrillo rojo para hacer sitio a los gigantes. Un barrio histórico, Radio Row, así llamado por la gran concentración de tiendas que vendían radios y piezas sueltas de electrónica, ha quedado borrado del mapa. Montones de camiones arrojan al Hudson toneladas de tierra extraída para asentar los cimientos. Una vez más, la isla se va a ampliar artificialmente con ese excedente. Va a nacer un nuevo barrio que, de momento, no tiene nombre. Se habla de Battery Park City.

Los planos prevén varias docenas de edificios y un puerto de recreo. Los niños gritan, ríen, corretean, se persiguen, trepan, corren, saltan, son chiquillos del bosque maravillados por las calles, la gente, las tiendas y el tráfico de la gran ciudad. Al pasar por delante de los portales se esconden detrás de los coches, los cubos de basura o las farolas, dan rodeos y a veces casi reptan para evitar que los porteros los vean. El juego se llama «los porteros del espacio». John ha convencido a su hermano de que bajo sus disfraces, sus hombreras y sus gorras, los porteros de Nueva York son criaturas maléficas procedentes de otra galaxia que fulminan y convierten en estatuas de sal, o algo peor, a los niños a los que ven ante sus puertas. Robert tiene algo de miedo, así que respeta al pie de la letra las normas del juego. Se paran en seco ante el escaparate de una tienda que expone el contenido de una

cápsula histórica enterrada en 1884, cuando se construyó el mercado cubierto Washington, entre las calles Vesey y Fulton, y que fue encontrada por el operario de una excavadora cuando estaba echando abajo un aparcamiento. La caja oxidada contenía catorce tarjetas de visita de comerciantes, un programa de ópera y una litografía con la imagen de Grover Cleveland, gobernador del estado de Nueva York, elegido en dos ocasiones presidente de Estados Unidos, en 1884 y 1888. Un manuscrito bien conservado, con treinta y dos firmas, estaba protegido por un cristal. «Queremos que se recuerde que trabajamos aquí y esperamos que, si este mercado se sustituye por otra cosa, esa cosa sea otro mercado», dejaron escrito los firmantes.

—¿Os dais cuenta, niños? Este mensaje ha viajado por el tiempo casi un siglo, ahí quieto, enterrado. Os estaba esperando, estaba esperando a que lo leyeráis.

A Robert le cuesta un poco entenderlo. Algo más adelante, ante un cartel fijado en la verja en el que están dibujadas en perspectiva las futuras Torres Gemelas y el barrio remodelado, con una plaza muy amplia y varios edificios de menor altura, Jack abraza a su mujer.

—Cariño, no hay ni un solo *ironworker* en este país que no quiera construir eso. Cuando los niños sean mayores y las vean, se sentirán orgullosos de su padre, seguro. Su abuelo no podía pasar por delante del Empire State Building, ni verlo en la tele, sin hablar de los meses que pasó allí. Era suyo, para siempre. Manhattan es la isla de las montañas construidas por los hombres. Nosotros, los mohawk, somos desde hace mucho tiempo los constructores de las montañas de acero, y estas son las más altas que se han visto nunca. Las más altas de América, del mundo. Se verán desde todas partes, y se tardará mucho en superarlas.

Lo que fascina a Jack e intriga a Louise y a los niños, que no están seguros

de entenderlo bien, son las grúas. Cuatro enormes brazos colocados formando un cuadrado dentro del edificio.

—Es la primera vez que veo algo así —explica Jack—. Lo normal es que se suban las vigas y el resto del material con unas Derrick, que son unas grúas que se ponen en la acera. Pero en este caso ninguna podría haberse elevado tanto. Por lo visto, estas vienen de Australia y van a ir subiendo con las torres, pero no sé cómo. Como vienen de allí, las han llamado «grúas canguro».

Vuelven andando, compran perritos calientes, helados, dan la vuelta a la punta sur de la isla. Se paran delante de los edificios de Wall Street y Jack les cuenta a sus hijos quién, de entre sus parientes, amigos, antepasados y vecinos, ha trabajado en cada rascacielos.

—Joseph se cayó desde una altura de dos pisos, ahí. Tuvo suerte, pero se rompió la cadera. Louis, el primo de mamá, se resbaló en invierno en una viga de ese edificio. Por eso cojea.

A última hora de la tarde vuelven por la pasarela peatonal del puente de Brooklyn. Los niños aún tienen energía para perseguirse y jugar al escondite.

El lunes por la mañana, a las seis y media, Jack sale del metro en la estación de Bowling Green. Su hermano Tom, que trabaja en la torre Sur, se ha quedado en Canadá por una interrupción de dos semanas en su contrato. Montadores de acero, carpinteros, albañiles y conductores de maquinaria se acercan a la reja de entrada. Todavía es pronto para los empleados de las oficinas. En la calle prácticamente solo hay obreros, barrenderos y repartidores. Junto a los puestos de café, en los bares y restaurantes que ya han abierto, los equipos se van agrupando con panecillos recién hechos o donuts grasientos en la mano. Esa mañana han llegado muchos nuevos. Se reconocen, se dan palmadas en la espalda, se llaman unos a otros.

Todos están ahí: los *newfies*, descendientes de los colonos irlandeses de

Terranova, los mejor considerados entre los *ironworkers* neoyorquinos desde hace cuatro generaciones, líderes del sindicato; los *Jersey boys* del estado vecino con su pinta de chicos malos, los fortachones de Nueva Inglaterra, los rebeldes llegados del Sur, incluidos algunos tejanos de acento incomprensible, y los californianos. También, naturalmente, los mohawk provenientes de Kahnawake o de otras reservas, como Akwesasne, a orillas del San Lorenzo, en la frontera entre Estados Unidos y Canadá, y los iroqueses de la Confederación de las Seis Naciones. Las Torres Gemelas les atraen como imanes. Acuden de todos los rincones del país para llevarse un trozo del pastel, tener meses de trabajo garantizado y tarifas negociadas por el sindicato, las mejores que se han visto nunca.

Acuden por el prestigio de las obras, y también por la reputación de Karl Koch, director de la Koch Erecting Company, que por veintidós millones de dólares se ha llevado la licitación ofrecida por la Autoridad Portuaria de Nueva York y New Jersey, agencia propietaria del terreno, para construir las Torres Gemelas. No es un gigante del sector, sino más bien una gran empresa familiar. Koch es formal, paga bien y no escatima en horas extra para cumplir los plazos. Algunas semanas prácticamente se consigue doblar la paga. Doscientas mil toneladas de acero por subir, encastrar, atornillar y soldar para dominar Manhattan y el mundo a quinientos metros altura. El jefe de obra, Bill «Pelo Rojo» Kelly, reúne cada lunes al personal en la explanada para explicar el plan de la semana, los objetivos que hay que cumplir y las dificultades a las que habrá que enfrentarse.

—Veo caras nuevas. Bienvenidos. Las bases están terminadas, hoy vamos a ponernos con las plantas que van por encima del vestíbulo. Vamos a empezar montando los árboles de acero, que son el verdadero punto de partida de nuestra carrera hacia el cielo. Lo que hacemos aquí no tiene nada que ver con lo que ya conocéis. Vais a tener que conectar y soldar acero, eso

sí, pero la estructura de estas torres no se parece a nada de lo que ya hayáis visto o montado. Los capataces van a explicároslo, pero, por decirlo con pocas palabras, más que cruzar vigas como en un edificio clásico aquí ensamblamos un esqueleto exterior prefabricado. Esa estructura externa va a soportar el peso del edificio, con solo cuatro pozos de columnas internas para los ascensores. Estudiad con calma los planos, los tenéis colgados, y haced todas las preguntas que se os ocurran. Siempre habrá un ingeniero o un jefe de equipo que pueda contestaros. Buena suerte a todos. Estamos escribiendo la historia, ¡podemos estar orgullosos!

Al primer vistazo, mirando el cargamento de los camiones estacionados junto a las verjas, Jack se ha fijado en que, más que las clásicas vigas de metal con forma de I mayúscula, aquí hay elementos gigantes prefabricados, como grandes tridentes metidos en cajones de acero soldado. Un buen trabajo que mide por lo menos veinte metros de alto y debe de pesar muchas toneladas.

Como ha ido solo y no con una cuadrilla, como suele ocurrir, en su primer día le ponen en el equipo de los de Terranova, los *newfies*. No conoce a ninguno. Los mohawk, como todas las familias de montadores de acero, prefieren trabajar entre ellos, con sus amigos, hermanos o primos, o con personas que conocen desde hace tiempo. Cuando se corren tantos riesgos, con el peligro de una maniobra errada y el temor constante de caer, necesitas tener total confianza en tu compañero, que está al otro lado de la viga y va a cuidarte como tú cuidas de él. El menor descuido puede hacerte perder el equilibrio y enviarte al vacío.

Pero Jack no se queja, y se presenta mientras guarda sus cosas en el vestuario de una de las casetas prefabricadas. Los *newfies* y los mohawk se conocen y se respetan desde los años veinte por haberse encontrado en los

primeros puentes colgantes y los primeros rascacielos, en Nueva York y otros lugares.

Cuando llega a una obra, lo primero que hace Jack es pegar en su taquilla una foto de su mujer con sus hijos, a los que tiene cogidos por los hombros. Después cuelga de un gancho la bolsita de piel con hojas de *oyenkehonwe*, el tabaco de ceremonia que cultiva en su huerto de Kahnawake; sus semillas se recogen y se plantan desde hace años. Algunos indios llevan bolsitas de tabaco al cuello, por debajo de la camiseta, como amuletos de la suerte. Jack prefiere un estuche de mayor tamaño, decorado con una cabeza de oso. Antes de subir lo mira, lo sopesa, acaricia con el pulgar la piel de napa. A veces se mete unas hojitas en el bolsillo del pantalón.

Se ha puesto las botas de cordones sin tacón, para evitar engancharse y tropezar mientras caminan en la altura por una viga de treinta centímetros de ancho. Se ajusta el cinturón portaherramientas Miller. Está casi nuevo, solo tiene dos años. El que heredó de su abuelo, decorado con una hilera de perlas, que su padre le dio cuando cumplió veinte años, acabó hecho jirones. Está en casa, encima de la chimenea, como un trofeo. Mete en su sitio la herramienta de los *ironworkers*: la *spudwrench* o llave ajustable de cola. Es una herramienta de acero negro que por un lado termina en punta, para meterla en los orificios que vienen perforados de fábrica, alinearlos y colocar las piezas; por el otro tiene una llave inglesa. Es su arma, su tesoro, su amuleto, su tomahawk. Lleva tres generaciones en la familia. El lado de la llave inglesa está mellado, y el de la punta tiene mil muescas, pero no la cambiaría por nada del mundo. Siempre ha pensado que John la heredará algún día.

Se ha llevado su casco. Es blanco, con una pluma de águila pintada por detrás y la sigla de las Seis Naciones iroquesas por delante. Pero hoy se va a quedar en el vestuario porque Karl Koch ha encargado unos cascos World

Trade Center decorados con la silueta de las Torres Gemelas. Están nuevecitos, son cómodos y obligatorios.

A esa altura, tres pisos sobre la calle, los ascensores exteriores aún no están instalados. Los hombres suben por unas escaleras de madera a las plataformas de trabajo, a una hora en la que el sol ya quema la piel. Jack reconoce a un gruista con el que trabajó un año antes en una central eléctrica de Jersey City.

—¿Qué tal esas grúas, Bob?

—¡Hola, Tool! Oye, ¿has visto? Me está costando un poco acostumbrarme pero, qué quieres que te diga, esto es el futuro. Las tenemos encima y no en la acera porque suben con nosotros. Están montadas sobre unos gatos hidráulicos que las elevan once metros cuando se termina una planta. Se alzan, se ponen unas estructuras por debajo y ya está. Y así hasta el tejado. Además, cada una puede levantar sesenta toneladas. ¡Menudo cambio! Vamos a teneros delante de las narices en lugar de andar adivinando lo que estáis haciendo y seguir las instrucciones a ciegas cuarenta plantas por debajo. Es de locos, ¿no? ¿Ves ese canguro dibujado ahí? Las llamamos así, «grúas canguro». Las han inventado los australianos, ¡qué tíos! Ya verás, es increíble el tiempo que se gana para subir las cosas. Además, la cabina parece un hotel de tres estrellas. Todo se hace por teléfono, ya no hay que andarse con gestos. Esto es el futuro, te lo digo yo.

Esa mañana vuelan por encima de las cabezas elementos prefabricados para la solera, placas metálicas de dieciocho metros por seis que hay que atrapar, desprender y fijar unas a otras. Un paseíto para los *ironworkers*, acostumbrados a hacer equilibrista por vigas de acero a merced del viento, a merced del menor fallo de un gruista o de un paso en falso.

Tom Castella dirige el equipo. Aunque ha nacido en Brooklyn y solo ha estado dos veces en Terranova en toda su vida, al seguir en contacto con los

suyos, una pequeña comunidad en la que se casan entre ellos, conserva el acento irlandés de sus antepasados.

—Un mohawk con los Fish... Pues bienvenido, Jack. Te llaman Tool, ¿no? Aquí se trabaja con las reglas de los *newfies*, así que tendrás que adaptarte, ¿vale? Ya verás que es más fácil que conseguir que una cuadrilla de indios nos acepte a nosotros. Tenemos acento, hacemos las cosas a nuestra manera, pero ¡por lo menos hablamos inglés!

En dos días, la solera de la primera planta está instalada. Por debajo queda lo que será el inmenso vestíbulo de entrada de la torre Norte. Aún no han terminado de colocar las placas metálicas cuando las hormigoneras, al otro lado, empiezan a verter su contenido que, alisado a mano, forma el suelo definitivo. El miércoles por la mañana se enganchan los primeros «árboles de acero» a los cables de las grúas. Esos árboles son unos tridentes descomunales que tienen la altura de tres pisos, veintiún metros, y pesan cincuenta toneladas; hay que fijarlos en vertical, unos junto a otros, para componer la armadura exterior de las torres.

—En mi vida he visto nada que se le parezca —dice Jack al ver pasar el primer elemento sobre su cabeza—. Los ingenieros los tienen bien puestos, ¿no? Esas cosas parecen fuertes, pero el edificio tiene que aguantar por fuera. Ciento diez pisos. ¿Te das cuenta de lo expuesto que va a estar al viento? ¿Qué pasa si hay un huracán? ¿De verdad no hay vigas de soporte por dentro?

—No —responde Castilla—. Ese es el truco para ganar espacio. Los niveles van a estar prácticamente libres de estructuras verticales, con la salvedad de las cajas de los ascensores. Por el precio al que van a vender o alquilar todo esto, esa diferencia puede suponer un dineral. El arquitecto es un japonés, un genio, al parecer. Le sacaron en la portada de *Time Magazine* hace cinco años, cuando ganó el concurso. Para el viento, dicen que las torres

están diseñadas para aguantar tormentas dos veces más violentas que las que se han registrado hasta ahora en Nueva York.

Se pasan todo el día atrapando árboles de acero con manos, pies y, a veces, hasta piernas. Entre tres o cuatro, los colocan encima de su sitio e indican al gruista que los baje despacio. Meten el extremo puntiagudo de la llave de cola en uno de los orificios de fijación para tener buen agarre: en cuanto dos orificios están alineados, Jack introduce en los agujeros la *spudwrench* con un golpe seco, y los demás agujeros se alinean. Entonces saca dos bulones enormes del estuche de cuero que lleva a la cintura, mete el tornillo y coloca la tuerca sin apretarla mucho. Ya está. Del apriete definitivo se encarga otro equipo, y al final llegan los soldadores.

A la hora del café, Warren O'Donnel, un hombre de Queens cercano a la edad de la jubilación, le tiende a Jack su paquete de tabaco.

—Ya ves, indio. Además de darnos trabajo para tres años, estas torres son el curro más seguro que hemos tenido. ¿Has visto eso? Con esos muros de vigas por fuera y nosotros por dentro, con los pies bien plantados en el suelo de unas plataformas, no hay riesgo de que nos caigamos por ningún hueco. Ya verás, no hará falta que salgamos a hacer el payaso sobre vigas de treinta centímetros a cincuenta metros de altura. De todas formas, yo ya no tengo edad para eso. Ahora, también te digo que no pienso dejar la *spudwrench* mientras estas torres no estén acabadas, me cago en la leche. Quiero montar la última viga. Estos edificios son más altos y fuertes que nada. ¡La ciudad está luciendo sus musculitos, chaval! *Only in New York*.

Las piezas de ese mecano gigante se fabrican en una docena de factorías del país, y también en Canadá. Los suministros llegan de acererías locales y no de gigantes del acero como US Steel y Bethlehem Steel, que se habían conchabado para ofrecer el mismo precio y habían entregado presupuestos inflados de entre treinta y cuarenta millones de dólares, que fueron

rechazados. Se abrió incluso una investigación por acuerdo ilícito. Los elementos, que en algunos casos llegan en tren o en camión desde Seattle o Texas cruzando el país de cabo a rabo, se ensamblan en hangares y aparcamientos de New Jersey, al otro lado del puerto. Ninguno es intercambiable; cada pieza tiene que ir en el lugar previsto. El montaje del puzle y la logística están en manos de ingenieros que, gracias a un programa informático específico para ello, creado por IBM, consiguen que cada día, al amanecer, las piezas necesarias estén a mano para seguir trabajando. Lo llaman *Critical Path Method*, «método de la ruta crítica». Sus ordenadores son de los primeros que se usan en Manhattan. Los manejan los pocos técnicos que saben hacerlo fuera del Pentágono y la NASA. Basta con que una viga llegue con retraso o se produzca un atasco de estructuras prefabricadas al pie de las torres, en un barrio donde es imposible aparcar, para que todo se paralice. Los administradores e ingenieros de la Autoridad Portuaria, muchos de los cuales son antiguos oficiales de logística y del cuerpo de ingenieros del ejército estadounidense, han diseñado un plan digno del desembarco de Normandía.

Diez días después de la llegada de Jack, la torre Norte ha subido tres pisos, los correspondientes a la altura de las piezas exteriores prefabricadas. A las pocas semanas, aunque ya estén instalados los primeros ascensores en los flancos de la torre, subir y bajar, sobre todo a la hora de la comida, empieza a plantear dificultades. Miles de obreros se desplazan a la vez, así que hay que echarle paciencia, hacer cola y apretarse en la cabina del ascensor como sardinas en lata.

A primeros de octubre, tras haberse comido un sándwich comprado en una tienda de West Broadway, Jack regresa solo a la puerta de acceso. Llega tarde; treinta y cinco minutos de pausa no bastan. La cola serpentea a lo largo de treinta metros porque uno de los ascensores está averiado. En la zona de

camiones, en la calle de al lado, un capataz señala por teléfono al gruista que ya están fijados los cables y puede subir la carga. En tres zancadas, Jack salta a la trasera del camión, se sube a la carga y se agarra al cable principal. Con un guiño y una indicación del pulgar hacia arriba, pide al capataz que dé la señal. *Riding the iron*, «cabalgar el acero», es un viejo truco de los *ironworkers*. Lo prohibieron hace unos años, pero en algunas obras aún se tolera. Los vestíbulos del sindicato de todo el país están decorados con fotos de hombres volando por los aires, agarrados al cable con una mano mientras se construía el Empire State Building. La carga se eleva suavemente, pasa sobre los cascos que hacen cola para subir en ascensor. Todos se ponen a silbar, a gritar y a reír.

—¡Ahí, ahí! ¡Arriba, Tool, el indio volador!

En el edificio, las cabezas se asoman entre las vigas y saludan al valiente. Jack está en la gloria, gesticula, les hace el saludo militar. Pero las risas y los gritos alertan a un capataz, representante del sindicato, responsable de que se aplique la normativa de seguridad. Baja un piso y va corriendo al lugar adonde debe llegar la viga. Allí, plantado con las piernas separadas, los brazos en cruz y mirada asesina, recibe a Jack cuando salta a tierra.

—¿Se puede saber qué coño haces, Tool? Conoces de sobra las reglas. Esto no es un curro cualquiera, es el World Trade Center. Vienen periodistas un día sí y otro también, cámaras y jefazos de visita. No me queda otra que echarte porque, si no, soy yo quien se quedará sin trabajo. Si el jefe de equipo de ahí abajo te ha visto y te ha dejado subir, también se irá a la calle. El gruista se libraré porque hay pocos. No hay más remedio, Jack.

Jack LaLiberté, con el casco en la mano, se marcha poco después de las dos de la tarde sin que la sonrisa se le haya borrado de la cara. No se molesta ni en vaciar la taquilla. A la mañana siguiente se marcha a Kahnawake para descansar unos días.

Una semana después, el delegado del sindicato llama a la reserva.

—Necesitamos dos cuadrillas completas para el Trade Center. El jefe de obra quiere mohawk. ¿Tienen ahí gente dispuesta?

—Dos cuadrillas, doce hombres. Sí, seguro que sí. Pero con una condición: que incluyan a Jack LaLiberté. Si no le vuelven a contratar, de aquí no sale nadie.

—¿Jack? ¡Pues claro! Le necesitamos, a él y a unos cuantos más. No sabía nada de lo de la semana pasada. Algún idiota con exceso de celo. Saluda a Tool de mi parte, nos vemos el lunes.

4

Nueva York

12 de septiembre de 2001

Al caer, he cerrado los ojos y he soltado el soplete. No se ha apagado, veo la llama azul ahí, a mis pies, a la derecha. Recobro el aliento. «Respira, respira, cálmate.» No he tenido ni tiempo de asustarme. ¿Estaré herido? No lo parece. Brazos, piernas... Nada roto. Tenía una linterna, una Maglite que me dieron los de la Cruz Roja. ¿Dónde la habré metido? ¿En qué bolsillo? Tendría que haberme puesto una frontal en el casco. He caído de pie, me he hecho daño en las piernas, me he torcido un tobillo. Debo intentar incorporarme. ¡Ay! Me duele el costado, a la altura de la cadera. Consigo apartar los cascotes moviendo los codos. He tenido suerte: no me he caído en un abismo como los que he visto toda la noche entre los escombros humeantes, sino en una pequeña cavidad. Me quito un guante. Bajo un brazo a lo largo del cuerpo para palpar los bolsillos del pantalón y encuentro la linterna, ahí, contra la pierna. Deslizo la mano y consigo atraparla. Aparto la máscara antipolvo, que se me ha salido un poco.

Consigo encender la linterna con la boca. Bajo mis pies hay una placa metálica bastante ancha. Salto un poco, dispuesto a agarrarme a los lados si se derrumbara, pero aguanta, menos mal: no hay riesgo de que caiga más

abajo. Noto a la derecha una viga de acero grande y torcida, y otras dos más pequeñas a la izquierda. Me he encajado entre las dos. Cuando me muevo, a mis pies caen polvo y cascotes, ¡me cago en la leche! Estoy en esas cuando el soplete prende unos papeles; lo que me faltaba. Intento pisotearlos, pero el humo me ahoga. Tengo que bloquear el tubo de entrada del acetileno para cortar la llama, pero no doy con él.

Levanto la cabeza y abro la boca en busca de aire fresco. La entrada del agujero está tres o cuatro metros por encima de mí. De pronto veo una luz, un haz blanco que se mueve.

—¡Socorro, socorro! ¡Estoy aquí abajo! ¡Sacadme de aquí! ¡Auxilio!

Doy golpes con la linterna en una viga, taconeo en la placa metálica. El resplandor de varias linternas parece acercarse al orificio. Grito con todas mis fuerzas a la vez que toso:

—¡Aquí, estoy aquí abajo!

Subo el brazo a lo largo del cuerpo y dirijo mi linterna hacia arriba. Un casco, la cara de un bombero.

—¿Me oyes? Te he visto caer, estaba detrás de ti, pero con el derrumbe y todo este polvo no conseguía encontrar el sitio. Aguanta, te vamos a sacar. ¿Estás herido?

—Me duele un costado, creo que me he cortado, pero no parece grave. Daos prisa, aquí abajo hace mucho calor, noto el fuego acercándose y me cuesta respirar.

El bombero intenta llegar hasta mí cabeza abajo, ayudado por dos compañeros que le sujetan las piernas. Pero el hueco es demasiado estrecho. Jadea, se queda atascado por los hombros, vuelve a subir. Un foco muy potente dirigido hacia abajo lo ilumina todo a mi alrededor y me deslumbra.

—¡Cat, Cat! ¡Soy yo, Andy! ¿Cómo estás, chaval? ¿Me oyes? ¡No te muevas! Enseguida venimos.

—Andy, ¡imbécil! ¿Cómo quieres que me mueva? Estoy atascado. Me alegro de oírte, pero daos prisa.

—¡Oye! —grita el bombero—, si te bajamos un arnés, ¿crees que podrás pasártelo para que te subamos?

—No estoy seguro. Esto es muy estrecho y me cuesta moverme, pero por lo menos podré atarme a él. Daos prisa, el fuego sube, noto el calor bajo los pies, ¡rápido!

Gano un poco de espacio dando golpes con los codos a cada lado. Cae una polvareda de cascotes. Sujeto la linterna con los dientes, me agarro a una viga con la mano derecha, me elevo. Noto algo duro bajo el pie y me subo encima. He ganado cincuenta centímetros y respiro un poco mejor. ¡El arnés! Ahí está, lo veo bajar. Guardo la linterna en el bolsillo de la camisa, ya no me hace falta; hay luz como si fuera pleno día porque acaban de dirigir otro foco hacia mí.

—¡Más abajo, más abajo, seguid bajando! ¡Ya lo tengo!

Intento pasar un brazo. Lo consigo, pero no voy a poder girarme para meter los hombros y las piernas, así que subo el otro brazo y me agarro a la cinta con las dos manos. No tendría que haber tirado los guantes, y ahora no tengo espacio para agacharme y recuperarlos.

—¡Tirad! ¡Subid la cuerda!

Me suben. Muevo los pies en busca de puntos de apoyo, choco con paredes y escombros y me protejo la cabeza metiéndola entre los hombros. Piso una viga grande y gano un metro de golpe.

—Despacio, no tiréis demasiado fuerte. Un momento, estoy bloqueado.

Me contorsiono, paso con la cabeza de perfil entre una placa de acero y un trozo de cemento muy grande. Ya solo faltan dos metros. Suelto el arnés, que sale disparado hacia arriba.

—¡No pasa nada, ya salgo! ¡No hace falta que volváis a bajarlo! Aquí hay

más espacio, estoy trepando, creo que son muebles de metal aplastados.

Dos bomberos con casco se meten en el agujero hasta la cintura, me cogen por los sobacos y me izan, ¡ya está! Me arrastro por los cascotes, me tumbo de espaldas, respiro, toso, escupo.

—¡Cat, Cat! ¿Estás herido?

Tengo a Andy encima, con un pañuelo rojo en la cabeza y los ojos desorbitados.

—Hola, Andy. Me duele un poco el costado. He debido de cortarme con algo pero estoy bien, no creo que sea profundo. No sabes el miedo que he pasado ahí abajo. Esto es la forja del diablo, chico.

Un paramédico de los bomberos llega a la carrera con su bolsa en la que aparece el logotipo. Se arrodilla, se quita la máscara antipolvo, me pregunta si me duele algo, me levanta la camiseta, palpa la herida.

—Tiene usted un corte de diez centímetros. Trabajar aquí sin ropa de seguridad es de locos. No parece profundo. Le llevo al puesto de primeros auxilios, está ahí mismo. ¿Puede levantarse? ¿Puede andar, o pido una camilla?

—Creo que puedo, gracias.

Me levanto y me apoyo en su hombro para dar los primeros pasos. A mi alrededor, entre las muchas personas de salvamento que se dedican a rebuscar, algunas creen que soy una víctima que sale con vida de entre los escombros. Todos sueñan con que eso suceda, así que empiezan a gritar y a aplaudir. Andy les explica que soy uno de ellos, que me he caído en un agujero y me han sacado en menos de diez minutos. Pero aplauden de todos modos; es la primera cosa positiva que ven en la Zona Cero. Supervivientes de la catástrofe, en cambio, no han visto ninguno.

Salimos del montón. Me duele. Tengo la camiseta empapada de sangre. Caminamos doscientos metros entre generadores, excavadoras que van

llegando, camiones de los que descargan maquinaria, camionetas, cajas de material, tiendas de campaña y sistemas de iluminación. Andy me sostiene por un lado y el paramédico por el otro. La Cruz Roja se ha instalado al amanecer en la planta baja del edificio de American Express. La monumental cristalera estalló, pero lo demás ha aguantado. En la acera, más o menos despejada, han alineado unas treinta camas de hospital. Están vacías. Hay médicos y enfermeras esperando. También se amontonan cajas de alimentos, de material, botellas de agua. Pero no hay heridos. Ni uno. Solo gente como yo, de salvamento, que viene para una cura.

No tengo tiempo de dar las gracias al paramédico, que desaparece enseguida dejándome con un joven médico de rizos rubios, traje verde y estetoscopio al cuello.

—Pase por aquí, tumbese. ¿Dónde le duele? ¿Puede mover todas las extremidades? ¿Se ha mareado en algún momento? ¿Ha perdido el conocimiento? Pues ha tenido suerte. Tiene un buen corte, pero es un corte limpio. No ha llegado a las costillas. Le voy a dar unos puntos, pondremos una venda, y listos. ¿Está al día con la vacuna del tétanos? ¿Cómo se ha hecho esto?

—Me he caído en un agujero. Todo se ha derrumbado a mi alrededor cuando he terminado de cortar una viga. Habrá sido un trozo de metal afilado, seguro. Gracias, doctor.

Me inyecta un poco de anestesia local, coge hilo y aguja. Miro para otro lado. No es que sea un blandengue, pero cuando hay agujas de por medio prefiero no ver lo que está pasando. En solo unos minutos me ha cerrado la herida, unos diez puntos. No he notado nada. Sonrío tontamente a los que pasan y miran con gesto amable. Una enfermera de pelo cano y enorme trasero, enfundado en un traje militar, me guiña el ojo levantando el pulgar.

—Ahora, a descansar —dice el médico—. Quitaremos los puntos dentro de

seis días. Supongo que lleva aquí desde ayer, ¿no? ¿Ha dormido? Hay camas en la sala de al lado, échese en la que quiera. No tenemos muchos heridos. Los esperamos pero, viendo todo eso, no sé yo si llegará alguno. Antes de irse a dormir, pase a que le laven los ojos.

En un rincón, detrás del gran mostrador de la entrada, cuatro mujeres y un hombre están sentados bajo un cartel que reza, escrito a mano: CLÍNICA OCULAR. Con algodón, agua templada y gasas, esperan a los bomberos, policías y personal de salvamento para aclararles los ojos, enrojecidos por el polvo y el humo, ponerles gotas de colirio y pomada. Varios hombres, uniformados o con traje de faena, están sentados en butacas plegables. Están inmóviles, impasibles, con los hombros caídos. Respiran ruidosamente y tienen una mirada de espanto.

Yo empiezo por echarme una botella de agua mineral por la cabeza, para intentar quitarme la capa de polvo blanco. Después, una pelirroja muy guapa con traje de la Cruz Roja me limpia la cara y me lava los ojos. Le doy las gracias.

—Tiene que llevar puestas las gafas y la máscara todo el rato, ¿sabe? Me han dicho que mañana recibiremos modelos más seguros. Nos preocupa mucho la toxicidad de lo que puedan estar respirando ahí dentro.

Sentado, con el rostro entre las manos de la enfermera, siento cómo me invade el cansancio. Ella me pone ocho gotas en cada ojo. Los cierro y me cuesta volver a abrirlos.

—Creo que voy a echarme un rato...

Arrastro los pies hasta la sala contigua, me siento en la primera cama, me desato las botas, me las quito, me tumbo. Al lado hay un grandullón rubio y con bigote roncando suavemente. En el antebrazo, con rotulador, se ha escrito su nombre y ha puesto: «En caso de accidente, avisen a Kathy», seguido de un número de teléfono.

La primera imagen que me viene a la mente al cerrar los ojos es aquella mano de mujer, con anillos en los dedos y las uñas pintadas. Un tío me dijo que también habían encontrado una cabeza decapitada, pero de hombre, intacta, sin ningún cuerpo cerca.

Cuando el ruido de unos muebles que alguien arrastra me despierta, brilla un sol resplandeciente. A mi alrededor hay un grupo de jóvenes con camisetas amarillas colocando mesas y deshaciendo cajas. En la espalda y en el pecho, con letras blancas, pone: IGLESIA DE LA CIENCIOLOGÍA.

—¿Quiere otro par de calcetines? Tenemos montones, no se prive. ¿Quiere comer algo?

—No, gracias. En cambio, si tuvieran alguna camiseta de mi talla...

Me cambio y luego me cruzo con el médico que me ha cosido en la entrada.

—Pero ¿adónde va usted?

—Gracias, doctor, pero tengo que volver. Estoy bien, he dormido bien. No me duele. La venda no se ha movido. Ahí debe de haber cientos de personas atrapadas, en los sótanos y en el aparcamiento. Los bomberos nos necesitan para avanzar. Tengo que ir.

El médico suspira.

—Que le cambien la gasa cada seis horas.

Cuando salgo del edificio todo está diferente y me cuesta trabajo orientarme. Unos buldóceres despejan los escombros del solar, que en algunos sitios ya parece una avenida. Allanan zonas para que aparquen las máquinas, mientras unas palas mecánicas con brazos hidráulicos terminados en tenazas atrapan en lo alto montones que ponen en el suelo, en las zonas despejadas. Los equipos de salvamento, con palas y rastrillos, corren a examinarlos.

Alrededor de las máquinas, tras el barullo de las primeras horas, se nota

que ya hay un principio de organización. Se han formado equipos: dos vigías lo más cerca posible del brazo mecánico, para detectar cuerpos o restos humanos. A la menor duda, alertan con gestos o por radio al operario, que lo para todo. Unos diez bomberos y policías con rastrillos, palas o herramientas de jardín escarban a continuación en los escombros. Los cadáveres de los bomberos son los que mejor se han conservado gracias a la protección de su traje, con su nombre inscrito en la parte baja de la espalda. Si encuentran a uno, sus colegas se ponen a buscar frenéticamente alrededor, porque saben que trabajan por equipos e incluso conocen a los desaparecidos.

Cuando aparece un cuerpo, todo se paraliza. Lo colocan en una camilla, lo cubren con una bandera de barras y estrellas y lo trasladan a una ambulancia entre una guardia de honor. Todos se quitan el casco y se llevan la mano al corazón. Y en cuanto el vehículo se aleja, los motores se vuelven a encender y los hombres regresan al montón.

Me abrocho los cordones de las botas y veo a un grupo de *ironworkers* junto a unas botellas de oxígeno.

—Llegas en buen momento, necesitamos dos para seccionar. ¿Qué tal se te da manejar la lanza?

Me paso la tarde cortando vigas siguiendo las indicaciones de los bomberos, que nos piden que despejemos caminos, abramos pasos y túneles. Esta llama azul a siete mil grados es un volcán domesticado en miniatura que puede cortar cualquier cosa, incluso hormigón. Pero, incluso así, a veces se necesita más de una hora para cortar las vigas de mayor tamaño, y hay que poner el máximo cuidado para que no se derrumbe todo.

Nos dan otras máscaras antipolvo, más grandes y herméticas, y también unos *walkie-talkies*.

Saco la navaja y hago un agujerito en la máscara, para meter el micrófono y poder hablar sin quitármela. Unas manos anónimas han escrito en hojas de

papel o en la máscara por dentro: «Tenga siempre puesto el respirador». Pese a ello, soy de los pocos que lo cumplen, como si los demás no fueran conscientes de la toxicidad de lo que respiramos o como si no se preocuparan de eso, obnubilados por la urgencia y el afán de encontrar supervivientes.

La maraña de escombros sobre el nivel del suelo es tal, y está tan compactada, que las probabilidades de que alguien siga vivo son ínfimas, así que nos pasamos horas despejando las escaleras. Puede que en los sótanos haya supervivientes, agrupados a la espera de que vayan en su ayuda. Pero, por el momento, nada. Cuando alguien oye un ruido, cualquier cosa que pueda parecer una llamada o una señal, pide silencio, pero es en vano. Hay demasiadas máquinas moviéndose a nuestro alrededor.

De pronto, tres toques de sirena: alerta. Riesgo de derrumbe, hay que irse. Apago el soplete, lo dejo en el suelo y salgo pitando. Una pala mecánica ha desplazado un elemento estructural. Todo se bambolea y amenaza con caerse. El operador lo vuelve a poner en su sitio con precaución. Unos ingenieros se acercan e inspeccionan el área. Otra sirena nos indica que podemos seguir con lo que estábamos.

Con las gafas de soldador casi no me doy cuenta de que cae la tarde. Unos voluntarios reparten sándwiches, barritas energéticas, chocolate y agua en cubos con hielo. Entre corte y corte de viga nos tomamos un descanso sentados en barras metálicas que no estén demasiado calientes.

Veo pasar a Andy. Encima del mono se ha puesto un abrigo largo de cachemira, del estilo de los que llevan los banqueros y los brókeres de Wall Street. No ha dormido en toda la noche, y está tan cansado que se tambalea; lleva el soplete cogido por el mango con la boca arrastrando por el suelo.

—¡Eh, tú, mohawk! ¿Vas disfrazado? —le suelto.

—¡Cat! ¿Qué dices? Creía que estabas en el hospital, no sabía en cuál.

—Me han dado unos puntos aquí mismo, en el puesto de la Cruz Roja. Es

solo un corte, nada grave. Y tú, ¿adónde vas con esa pinta?

—Tenía frío y me serví yo mismo, como todo el mundo, en la tienda de Brooks Brothers de al lado. —Me enseña la etiqueta, que sigue cosida a la manga—. ¿Ves el precio? ¡Dos mil ochocientos dólares! Es repugnante, he visto gente yéndose cargada de ropa... Estoy agotado, no puedo más, voy a buscar un sitio donde dormir. ¿Te vienes?

—Espérame cinco minutos. Tengo que terminar de cortar esto. Luego vamos a buscar algo de comer.

Cuando acabo, dejo la lanza térmica a un *ironworker* que ha llegado hace un par de horas desde Filadelfia. Los puentes y los túneles de Manhattan siguen cerrados, pero él ha convencido al dueño de una zódiac, en el puerto de Jersey City, para que cruzara el río Hudson. Se subieron seis a la lancha. En medio del río, los guardacostas les pararon, aunque los dejaron seguir tras un breve control. Han atracado muy cerca de aquí, en un sitio adonde, por lo que me ha dicho, están llegando barcasas para llevarse los escombros.

Al subir hacia Canal Street nos cruzamos con un grupo de voluntarios con traje de faena: bomberos, policías, socorristas. En la esquina de una calle, el dueño de un restaurante ha sacado las mesas a la acera y ha instalado una barbacoa a gas. Se ilumina con lámparas de petróleo y bombillas desnudas enchufadas a un generador, y está asando salchichas y filetes de carne picada para hacer hamburguesas.

—Sentaos si tenéis hambre. Como me he quedado sin luz, estoy vaciando las cámaras frigoríficas. Todo es gratis. También tengo cervezas frescas, aún me queda un poco de hielo.

Nos sentamos al lado de unos polis y un agente del FBI de paisano. Llegan unos bomberos. Uno de ellos le da una palmada en la espalda a Andy y levanta una nubecilla de polvo.

—Muchas gracias, chicos. Sin los *ironworkers* no podríamos hacer gran

cosa ahí abajo. Sois indios, ¿no?

—Sí, mohawk.

—Ah, sí, vosotros sois los que construís los rascacielos. No tenéis vértigo, ¿verdad?

—Construimos los rascacielos, y también los cortamos; por eso estamos aquí. En cuanto al vértigo, sí que tenemos, como cualquiera.

Un representante del sindicato le ha explicado a Andy que, a partir de hoy, gracias a un acuerdo con el ayuntamiento, los hoteles de Nueva York van a cobrar cincuenta dólares por noche, con pensión completa, a todas las personas que participen en las tareas de salvamento en la Zona Cero.

—Estaría bien ir a uno de los grandes hoteles de Times Square, pero no tengo fuerzas —me dice mi amigo con una sonrisa—. Tampoco hay manera de volver a Brooklyn. Vamos a buscar un hotel por aquí cerca, en el West Side, ¿te parece?

Devoramos dos hamburguesas, nos bebemos tres botellas de Bud, le damos las gracias al dueño.

—Cuando se me acaben las reservas tendré que marcharme. Me lo ha dicho la poli, van a evacuar todo el barrio... Pero yo voy a pedir permiso para volver a abrir. Alguien tendrá que alimentarnos, ¿no? Esto no se va a terminar en un día ni en dos...

A la salida de la zona cerrada al público, tras las barreras del Departamento de Policía de Nueva York, el NYPD, a ambos lados de la West Side Highway hay cientos de personas. Han venido por curiosidad, cansados de pasarse horas viéndolo por la tele, pero también para aplaudir a los camiones de bomberos y a los vehículos de auxilio. Algunos han traído banderas, otros han hecho carteles en los que han escrito cosas como GRACIAS, DIOS BENDIGA AMÉRICA O LA LIBERTAD NO ES GRATIS. Un chico joven ha escrito: QUE AYUDE A AFGANISTÁN. AUNQUE LO DUDO.

Una rubia alta, vestida con una camiseta de tirantes fluorescente, tiende botellas de agua a los voluntarios que pasan en la parte de atrás de las *pick-ups*, pero van demasiado deprisa para atraparlas. Su compañera, que lleva un pantalón corto de color rosa, da saltitos, manda besos y grita: «¡Sois unos héroes!».

Según pasamos, recibimos palmadas en la espalda de agradecimiento. Tres calles por encima de Canal Street entramos en el vestíbulo de un Sheraton con los cascos y las herramientas fijados a la cintura. El portero nos dice:

—Bienvenidos. Es un honor recibirles.

Una vez dentro, unos turistas agrupados en torno a unas maletas con ruedas se nos quedan mirando. Dos chicas jóvenes empiezan a aplaudir y los demás se añaden a los aplausos. Andy les responde haciendo un gesto con la mano, pero yo no quito la vista del suelo hasta que llegamos al mostrador de recepción.

—¿Tienen habitaciones? Podemos compartir una.

—Desde luego, enseguida. Muchas muchas gracias por lo que están haciendo.

En el ascensor, Andy murmura:

—Lo peor ha sido hace un rato, cuando han recogido la cara de una mujer. Solo la cara. La piel y el pelo, sin cráneo. He mirado para otro lado, pero demasiado tarde. Ya lo había visto.

Entramos en la suite; es inmensa. Las ventanas dan al norte, la Zona Cero está enfrente. El zumbido de las máquinas y los generadores llena la noche incluso con las ventanas cerradas. El polvo y el humo invaden la calle, casi no se ve el otro lado. Me quedo un buen rato bajo la ducha, y me enjabono tres veces hasta que consigo que desaparezca el olor que tengo incrustado en la piel. Cuando salgo del baño me encuentro a Andy roncando, tumbado

bocabajo y vestido de pies a cabeza, con los brazos en cruz. Le quito las botas, me acuesto en la otra cama y me duermo como un tronco.

Por la mañana me despierta el ruido del agua. Es temprano, poco más de las seis. Está amaneciendo.

—Andy, ¿tienes tabaco?

—Sí —me contesta a través de la puerta del baño—. Mira en la mesilla, en mi saquito. Sírvete, hay unas cuantas hojas.

A pesar de la saturación de las líneas telefónicas, ayer consiguió llamar a su casa, a Akwesasne. Le dijeron que habían empezado las ceremonias en la casa alargada. Cantaron, bailaron y quemaron hojas de tabaco en recuerdo de las Torres Gemelas y de las víctimas, y también para proteger a los *ironworkers*. Parece que en la Zona Cero estamos un montón de mohawk de las Seis Naciones, y que muchos más se preparan para venir. Nuestros padres construyeron esas torres; son nuestras. Tenemos que estar ahí, en primera fila, para su funeral.

Cuando Andy termina, lleno la bañera y echo en el agua tres hojas de tabaco, para purificarme de los horrores de ayer y prepararme para los de hoy. Cierro los ojos y entono las primeras palabras de la oración de acción de gracias: *Ohenten Kariwatekwen*; no sé cómo sigue. Son las enseñanzas del profeta Skaniiateriio, de la tribu seneca, al que también llamaban Handsome Lake.

Nunca he seguido mucho las ceremonias de la casa alargada, y tampoco es que crea demasiado en las enseñanzas de Handsome Lake, pero, frente a semejante desastre, cualquier cosa que reconforte viene bien. Sé que mi familia ha quemado por mí las hojas de tabaco que cultivamos en el huerto. El humo que sube al cielo es una forma de entrar en contacto con el Creador, de darle las gracias y pedirle ayuda.

Llaman a la puerta. Cuando Andy abre, no hay nadie. En el suelo, bien

dobladas, hay cuatro camisetas blancas, calcetines, dos pares de guantes de trabajo y el *New York Times*. Abro el periódico. En la portada, sobre la foto a toda plana de un *ironworker* levantando un tubo de metal, se lee: «Los equipos de salvamento, en estado de choque, buscan en el lugar de los ataques. Se estima que podría haber miles de muertos. El FBI reconstruye los movimientos de los piratas del aire».

Bajamos a desayunar. A esa hora, en la sala hay más personal de salvamento y bomberos que clientes. Los puntos me tiran un poco debajo del brazo izquierdo, así que me tomo dos analgésicos. Tendré que pasarme por la Cruz Roja para que me cambien la venda. Comemos como auténticos ogros.

En la mesa de al lado hay dos funcionarios de la Agencia Federal de Gestión de Emergencias, la FEMA, que se lamentan por la cantidad de voluntarios y de donaciones que hay. No saben qué hacer con tanto.

—No es fácil decirle a alguien que ha venido en autobús desde California que no lo necesitamos, pero ayer no me quedó más remedio que hacerlo. Y seguro que hoy llegarán más. En cuanto a las cajas de botas, guantes y calcetines, habrá que buscar adónde mandarlas, hay demasiadas, nunca necesitaremos tanto. Voy a hablar con US Aid, seguro que ellos podrán enviarlo a algún sitio, a América del Sur o a África.

Nos vamos a pie por Canal Street. En la esquina con la calle Primera, una *pick-up* se para y nos dice que subamos.

Pasamos la barrera de control, mejor organizada y más estricta que el día anterior, enseñando nuestras tarjetas plastificadas. El equipamiento se amontona por todas partes. En una plaza, el fabricante De Walt ha instalado el semirremolque que normalmente usa para vender generadores, atornilladores y sierras eléctricas al público que acude a los circuitos de carreras automovilísticas Nascar. El Dodge nos deja delante y yo echo un vistazo a las herramientas.

—Pidan lo que quieran, señores. Si no lo tenemos, lo traeremos de New Jersey a lo largo del día.

Enfrente, en la acera, están descargando dos camionetas con el rótulo de Carhartt. En unas mesas de camping está extendida toda la gama de prendas de trabajo. Algo más lejos veo un semirremolque de McDonald's. Una hamburguesería en un camión, con sus mesas y sillas plegables delante. Por un panel luminoso desfilan unas letras: GRATIS PARA PERSONAS CON PERMISO DE ENTRADA AL SUR DE CANAL STREET. Hacemos un alto y nos marchamos con unos vasos de café.

Al acercarme a la Zona Cero, en los muelles del Hudson, veo que han alineado montones de contenedores y camiones frigoríficos. A su alrededor trajina personal médico, bomberos y agentes con chaqueta azul y las siglas NYPD o FBI.

—Son las morgues para las víctimas. Van a traer más —nos explica un policía—. Han encargado miles de bolsas negras para cadáveres...

Cuando llego delante del montón me siento tan desamparado como la víspera. Sigue saliendo humo por todas partes, y cada vez que una pala mecánica levanta algo parece alimentar con oxígeno los fuegos subterráneos. ¿Supervivientes? ¿Cómo va a sobrevivir nadie ahí abajo? ¿Por dónde empezar? ¿Qué hay que hacer?

Un capataz del gigante neoyorquino de obras públicas Bovis nos cuenta que, aunque la tarea es tan ingente como ayer, hoy ya se han adoptado medidas y se ha organizado un poco el trabajo. Aunque esto sea la tumba de miles de personas, «más de lo que cualquiera de nosotros es capaz de soportar», como ha dicho el alcalde de Nueva York, Rudy Giuliani, se va a tratar la Zona Cero como si fuera un terreno de demolición de seis hectáreas de extensión.

Se ha dividido en cuatro partes, y se ha confiado cada una de ellas a una

empresa de construcción neoyorquina. Cada una va a traer su material e instalarlo en su parte. Cuando se hayan inspeccionado los escombros en busca de cadáveres o de restos humanos, los cargarán en camiones que los transportarán a las barcasas amarradas en el Hudson. Desde allí cruzarán el puerto con destino a Fresh Kills, un antiguo vertedero público, en Staten Island, que se ha reabierto para dejar allí los restos de las Torres Gemelas.

Los encargados de dirigir las operaciones de salvamento son los bomberos, que tienen equipos por todas partes y supervisan las obras en busca de supervivientes o para encontrar cadáveres. Entre seis y diez bomberos vigilan cada máquina.

—Vosotros estáis aquí para ayudarlos a abrir camino. Cortad lo que os manden sin rechistar. Procurad no mirar mucho cuando resulte demasiado duro —nos dice el jefe de equipo—. Para la contratación, el New York City Ironworkers, Local 40, tiene la exclusiva. Todo pasa por ahí. Dentro de poco tendréis nuevas tarjetas de acceso, ya os informaré.

Un capitán de bomberos nos pide que nos montemos en una cesta suspendida en el cable de una grúa y subamos a una altura de veinte metros para cortar y dejar caer un trozo de fachada que amenaza con derrumbarse sobre un punto en el que se afanan unas treinta personas.

Con nuestras botellas de acetileno y nuestros sopletes, Andy y yo volamos por encima del magma. El humo es tan denso que, incluso con las nuevas máscaras, es imposible respirar.

—Bájennos, esto no hay quien lo aguante. No se ve nada y nos ahogamos. Necesitamos máscaras de oxígeno.

Los bomberos, alertados, nos están esperando. Nos ponen en la espalda una bombona de oxígeno y máscaras integrales en la cara. Uno de ellos se sube con nosotros en la cesta, para enseñarnos a usarlas y asegurarse de que todo vaya bien. Así, equipados como astronautas, subimos sobre las ruinas.

Han evacuado el sector que está a nuestros pies. Envueltos en el calor de unos altos hornos, cortamos la fachada en pedazos que caen pesadamente y levantan nubes de polvo. Cuando las bombonas de oxígeno están casi vacías, el bombero nos da una palmada en el hombro y nos hace un gesto para que paremos.

Avisa por radio al piloto de la grúa y, en pocos segundos, nos deja en el suelo. Estoy extenuado, deshidratado, asfixiado.

—Gracias, muchachos —dice el jefe de equipo de los bomberos—. Dos compañeros vuestros van a relevaros. Id a descansar.

Me bebo de un trago una botella de agua mineral y, de otro, una de bebida energética. Salimos del montón en busca de un sitio donde descansar o unas sillas en las que desplomarnos cuando oímos un clamor, justo delante de nosotros. Al acercarnos vemos una camilla naranja y, sobre ella, a un policía de uniforme, blanco de polvo, que pasa de mano en mano por encima de las cabezas sonrientes del personal de salvamento en dirección a una ambulancia que le espera con las puertas abiertas.

—¡Hemos sacado a uno! ¡Es un policía! ¡Está vivo, está vivo!

Policías y bomberos saltan de alegría, se abrazan y aplauden. Los demás lanzan al aire sus cascos de trabajo, dan palmas, gritan, silban y vocean: «¡América! ¡América!».

—Le encontraron ayer, se salvó porque estaba en el hueco de un ascensor cuando todo se vino abajo. Un soldado le oyó gritar —relata un teniente de New Jersey—. Estaba enterrado hasta el pecho, con las piernas atrapadas. Nos hemos pasado la noche excavando sin parar, cortando a su alrededor y haciéndole hablar todo el rato para que no se nos fuera. Hablaba de su familia y de sus hijos; tiene cuatro. Antes de que amaneciera, los médicos dijeron que tal vez hubiera que amputarle para sacarle de ahí, pero nosotros nos negamos. A base de cavar hemos conseguido envolverle en una red de plástico y

subirle. Tiene muchos huesos rotos, pero saldrá de esta. Se llama McLoughlin, John McLoughlin, y trabaja en la comisaría de la Autoridad Portuaria.

Un grupito sonriente se ha acercado al teniente para oír la historia. Al final, un capitán de bomberos de New Haven, recién llegado a juzgar por lo limpio que tiene el uniforme, le estrecha la mano y luego le abraza, le palmea la espalda con fuerza y exclama:

—Habéis encontrado uno, ¡podemos encontrar más! ¡Vamos a encontrar más!

5

Kahnawake (Canadá)

Junio de 1886

El jefe del consejo de Kahnawake en 1886, John Farber, vio cómo construían un puente sobre el San Lorenzo. Lo recuerda muy bien. Fue hace veinticinco años. El gran puente Victoria, la primera gran obra que cruzó el río en el país, a diez kilómetros aguas abajo de la reserva. Una maravilla y todo un acontecimiento: medía tres kilómetros, el más largo del mundo; una estructura de hierro forjado importada de Inglaterra y posada sobre veinticuatro espolones de piedra maciza en forma de proa de barco para resistir la corriente y las crecidas, y para romper el hielo.

Para los mohawk, cuya existencia está ligada a la gran vía fluvial, bajar el río y pasar bajo sus arcos de metal simbolizaba la llegada de una nueva era. Lo observaban con una mezcla de admiración y miedo. El puente era la puerta a un tiempo desconocido, su presencia implicaba que tal vez su mundo fuera a tambalearse y que iban a tener que volver a adaptarse. El puente Victoria anunciaba el fin de los barcos de transporte, la desaparición de las almadías, la victoria de la rueda sobre la maderada, la unificación del país, el ferrocarril, el acortamiento de las distancias, la industrialización, el triunfo de

una sociedad blanca, extraña y, vista desde la orilla, en Kahnawake, siempre amenazante.

Su padre, Ronald Farber, gerente de la cantera que su familia había horadado en la roca, firmó un jugoso contrato para suministrar a la Canadian Trunk Railroad cientos de toneladas de piedra para construir los pilares del puente. Contrataron a un montón de hombres de Kahnawake durante más de tres años, que tallaron las piedras y las transportaron en barcas a remo y a vela. Presidió la ceremonia inaugural el príncipe de Gales, que llegó de Londres en representación de su madre, la reina Victoria. Los gancheros mohawk hicieron en el río una demostración de fuerza y destreza, ataviados con sus mejores galas y pinturas de guerra.

—Así que, señores, si lo he entendido bien —dice John Farber a los tres representantes de Dominion Bridge Company, a los que ha hecho pasar a su despacho de la casa comunal—, lo que quieren es construir otro puente Victoria. ¿Es que con uno no basta?

—En cierto sentido, no, gran jefe —contesta James Ruppert, el ingeniero. Es inglés, se peina con raya a un lado y es famoso en varios países y autor de dos obras destacadas en el Nuevo Mundo—. Debido a la expansión del ferrocarril en el país, su importancia para la constitución de un estado federal y el aumento del tráfico, el Victoria ya está saturado. La Canadian Pacific Railroad, cuyo objetivo es enlazar los Grandes Lagos canadienses y estadounidenses con la costa atlántica, nos ha encargado la construcción de un nuevo puente. Lo hemos estudiado, y la ubicación más apropiada va de Kahnawake a la isla de Montreal. Antes de nada queremos, por supuesto, contar con la conformidad del gran pueblo mohawk.

Louis Jolicoeur, director adjunto de la Dominion, prosigue en su mal inglés:

—La llegada del puente a la reserva supone, no pretendemos ocultarlo, que

tendremos que usar tierras que se perderán para el cultivo, la madera o la caza. Estamos dispuestos a compensarles con un precio justo. Y le podemos garantizar que, al igual que sucedió en su momento con el puente Victoria, serán muchos los hombres de su tribu que accederán a un empleo, y percibirán la mejor paga que existe en la actualidad.

Jules Laflèche, con un gran mostacho rubio, corbata negra y sombrero derby sobre las rodillas, es el futuro jefe de obra. En 1858 trabajó como aprendiz en el puente Victoria y aún recuerda unas pocas palabras de mohawk, aprendidas cuando supervisaba desde el muelle el transporte de las piedras talladas.

—Cuando llegué a Canadá y empecé a trabajar en el puente Victoria, yo era joven y venía de Europa. Estuve dos años construyendo los pilares del puente con albañiles llegados de Italia, Estados Unidos y todas las provincias del este de Canadá. Pero sin el trabajo, el valor y la colaboración de su comunidad no lo habríamos conseguido. Me alegro de que se vuelva a presentar la ocasión de colaborar, porque estoy convencido de que ustedes entenderán que el gran pueblo mohawk saldrá muy beneficiado con la construcción de este nuevo puente.

Saca de un tubo de cartón unos planos que, extendidos sobre la mesa de John Farber, muestran una obra majestuosa: una celosía de vigas de acero sobre pilares de piedra, con dos arcos más amplios en el centro para el paso de barcos grandes.

—Creemos que las obras durarán al menos tres años y habrá trabajo para cientos de sus hombres —dice Louis Jolicoeur—. El presupuesto está aprobado y el gobierno de Canadá participa mayoritariamente. Es una obra fundamental para el desarrollo de nuestra provincia y del país. Necesitamos una respuesta con bastante celeridad, como se puede imaginar...

El jefe da la vuelta a la mesa, se acerca el plano a los ojos, lo vuelve a dejar

y pasa un dedo por la orilla derecha, donde están dibujadas las primeras casas de la reserva.

—He entendido el proyecto, señores. Estoy a favor. Los puentes sobre el San Lorenzo son el futuro. Van a transformar la vida de los mohawk de Kahnawake. Oponerse sería de locos, y sacarle partido, de sabios, pues es mejor evolucionar con este cambio que esperar a que nos arrastre. Sin embargo, he de consultarlo con el consejo. Soy jefe, pero tengo que rendir cuentas. Vamos a reunirnos; ¿podrían ustedes enviarnos a alguien que comparezca ante los ancianos y responda a sus preguntas? Pronto les haré saber cuándo.

—Naturalmente —responde Jolicoeur—. El señor Ruppert está a su disposición. Tenemos la oficina en Montreal, de modo que puede venir y hablar con el consejo cuando mejor les convenga. Podemos dejarle el plano y los croquis del puente indicando el lugar donde hemos pensado construirlo para que vean cómo va a afectar a sus tierras. Diga a los ancianos que, hasta cierto punto, esto se puede cambiar teniendo en cuenta su opinión y sugerencias. Este gran proyecto solo es posible con su apoyo y aprobación. Haremos todo lo que esté en nuestra mano para llegar a un acuerdo.

Los tres blancos se levantan, cogen los planos, los vuelven a introducir en el tubo de cartón, estrechan sonrientes la mano del jefe indio, se ponen el sombrero, saludan a los presentes y se suben al carruaje que los está esperando ante la casa comunal para llevarlos de vuelta al embarcadero.

En el umbral de la puerta, John Farber los ve alejarse y le pide a Lucy, su colaboradora, que envíe emisarios por la reserva para que los miembros del consejo de ancianos se reúnan con él en la casa alargada esa misma tarde. Poco después, unos niños con cartas en la mano salen a la carrera hacia la calle mayor.

Al caer la tarde, en la chimenea arde un fuego de carpe y abedul. No hace

fresco, así que no es realmente necesario, pero a nadie le cabe en la cabeza que una reunión del consejo pueda celebrarse con el hogar apagado. Nueve hombres y cuatro mujeres, el más joven de todos de cuarenta y cinco años, están sentados en círculo en unos grandes sillones de madera. Los han elegido los suyos, y representan a los tres clanes de Kahnawake: el del Oso, el de la Tortuga y el del Lobo. El croquis pasa de mano en mano. John Farber comenta la ubicación del puente y cómo afectará a las tierras de la reserva, las perspectivas de empleo, la paga para los hombres del pueblo y la compensación que cabe esperar para la tribu.

—Hace mucho, durante más de un año, estuve cruzando material para la construcción del puente Victoria. Fue un buen trabajo, estuvo bien pagado, pero en esta ocasión nuestros barcos van a dejar de tener utilidad —dice uno de los ancianos—. Si las mercancías y los pasajeros cruzan directamente el Gran Río sin parar en nuestro pueblo, ¿qué va a ser de los pilotos, las tripulaciones y los peones?

—Es cierto —responde el jefe—, pero hay que tener en cuenta que, si les negamos el derecho de que el nuevo puente pase por nuestras tierras, ¿creéis que los blancos renunciarán al proyecto? No. Lo harán en otro sitio, río abajo, en Sainte-Catherine o en otro lugar, y lo habremos perdido todo. Podéis estar seguros de que en los próximos años el ferrocarril atravesará el San Lorenzo, y por varios sitios. Y luego vendrán las carreteras. ¿Habéis visto pasar por el camino de Chateaugay esos coches a motor que no necesitan caballos y escupen humo? Cada día habrá más. Ya no vivimos de la caza y del transporte de pieles para los franceses. Dentro de poco la maderada bajará a Quebec en vagones, no por el río. Creo que tenemos que aceptar ese puente y tratar de sacarle provecho, como hicieron nuestros antepasados comerciando con los primeros blancos venidos de Europa, en lugar de luchar contra ellos. De lo contrario nos barrerán, transformarán nuestras reservas en morideros,

como sucede en el Oeste de Estados Unidos, como bien sabéis. El ingeniero inglés que ha dibujado los planos acepta un encuentro con el consejo. ¿Qué opináis?

Cuatro días después, a primera hora de la tarde, James Ruppert arriba a Kahnawake. Al poco, acompañado por un intérprete, llega a la casa comunal, donde los miembros del consejo le esperan sentados en torno a una mesa en la gran sala. El ingeniero se quita el sombrero, vacila, no sabe si tiene que estrechar manos o esperar a que le indiquen en qué silla sentarse. Le han acogido con un murmullo que, aunque no entienda ni una palabra de mohawk, le ha parecido desaprobatorio.

—¿Pasa algo? —pregunta tras dos interminables minutos de silencio a Denis, su intérprete, un mestizo nacido en la reserva hace más de treinta años, de madre mohawk, pero que se marchó de niño y desde entonces ha vivido en Montreal con la familia de su padre angloparlante.

—Todavía no lo sé... Espere.

Tras intercambiar unas palabras, se vuelve hacia el ingeniero con una sonrisa.

—Verá usted, lo que sucede es que... cómo decirlo... A algunos miembros del consejo les parece que es usted algo joven para tratar con ellos un proyecto de tanta envergadura. Piensan que quizá los responsables del puente, los mayores en cierto modo, se han quedado en Montreal para no tomarse la molestia de venir a hablar con unos indios; aquí se concede más importancia a la edad y la experiencia que en Montreal. A más de uno casi le parece ofensivo. Perdone que tenga que hacerle esta pregunta, pero ¿qué edad tiene usted?

James Ruppert, reprimiendo una sonrisa, hace un gesto de negación con la cabeza.

—Por favor, señale a los honorables miembros del consejo que tengo canas

en las sienes. Tengo cuarenta y dos años, cumpliré pronto cuarenta y tres. En Inglaterra tengo dos hijos, y el tercero está en camino. En Gales hay un puente, que he diseñado yo, cuya arquitectura se admira en todo el mundo. Para venir a su gran país he rechazado propuestas muy jugosas en Australia, donde hay tantas grandes obras por construir. Puedo garantizar a los miembros de esta asamblea que soy digno de su confianza, y que si los jefes de la Dominion Bridge Company me han enviado es porque he diseñado los planos que están sobre la mesa, y estiman que soy la persona más indicada para presentar el proyecto. Lejos de ser una ofensa, pueden considerar mi presencia aquí como un honor que no se concede a todos nuestros interlocutores.

El ingeniero se cruza de brazos, frunce el ceño y se reclina en el respaldo de su asiento buscando la mirada de los más viejos. La traducción de su discurso se recibe con gestos de asentimiento y murmullos de aprobación. Lo primero que le preguntan es cuánta superficie de tierra ocuparía el puente en la reserva. Luego siguen: «¿Cómo enlazará con la estación de Kahnawake?», «¿Qué pasará con las tierras sobre las que puede que pase la vía férrea?», «¿Cómo se calcularán las indemnizaciones?».

Cuando los miembros del consejo preguntan cuántos hombres podrían contar con un empleo, para qué tareas, durante cuánto tiempo y con qué paga, el ingeniero entiende que la partida está ganada. Dos miembros del consejo mantienen hasta el final una expresión adusta, pero los demás asienten, se pasan los planos y hablan de cómo repartir de forma igualitaria los empleos, o el uso que se podrá dar a la cantidad que se entregue a la tribu. Tras estrechar respetuosamente la mano de los ancianos, sin haber firmado ningún documento, James Ruppert se vuelve en canoa a Montreal portando buenas noticias.

Las obras comienzan a principios de agosto. Primero en la orilla izquierda,

cerca del pueblo de Lachine. Montones de albañiles procedentes de todo el país, de América y de Europa, empiezan a alzar los pilares monumentales con piedras talladas en Kahnawake y otras dos canteras situadas río abajo. Hay que apresurarse porque el invierno se acerca.

Unos cuarenta mohawk, algunos llegados de otras reservas, cortan en la cantera los bloques de piedra, y otros tantos se ocupan de transportarlos en barcazas hasta el otro lado. Para finales de otoño, los dos primeros pilares parten ya la corriente. A mediados de diciembre el río empieza a arrastrar bloques de hielo. La navegación se va haciendo más difícil y, a finales de mes, el San Lorenzo se inmoviliza bajo su máscara blanca. Hace tanto frío, con temperaturas que alcanzan los treinta grados bajo cero, que después de Navidad se detienen las obras. Se retoman en febrero. La empresa ofrece una prima a los valientes que acepten trabajar con los bloques de piedra en esas condiciones.

Pese a ponerse guantes de lana debajo de los de piel, los dedos se hielan, los rostros se agrietan, los labios se cortan y los dedos de los pies duelen dentro de las botas. Cada veinte metros hay bidones metálicos convertidos en braseros, donde se agrupan los trabajadores entre tarea y tarea para entrar en calor. El viento baja por el lecho del río desde las zonas polares y atraviesa como un cuchillo las capas de ropa superpuestas.

Con prendas de piel vuelta, piel de oso negro y cuero que le han cosido su madre y sus tías, Manish Rochelle está mejor equipado que los albañiles a los que ve trabajar. Cada mañana, al salir el sol, el joven se pone sus botas de piel de nutria, se calza sus raquetas de madera y tendones de ciervo y, tras cruzar en menos de media hora el gran río helado, llega a las obras del puente, que aún no tiene nombre.

El verano anterior, pese a las reticencias de su padre, que quería que para la temporada de verano le contrataran de grumete en un vapor, fue uno de los

primeros jóvenes de Kahnawake que se ofreció voluntario para transportar las piedras talladas. No le gustaba el trabajo en la cantera, demasiado sucio y duro, y prefería entregar materiales para la obra, sobre todo a veinticinco centavos la hora. En la reserva, e incluso en Montreal, con dieciocho años no podría encontrar mejor paga. Las idas y venidas entre las dos orillas terminaron con el invierno, pero ahí está Manish cada mañana al comienzo de la jornada. Se ha dado cuenta de que los albañiles, capataces e ingenieros siempre necesitan mano de obra para llevar herramientas, preparar los huecos, acarrear vigas y maderos, o ir a buscar a la orilla algo olvidado. Junto con su amigo Robert, que también tiene dieciocho años, y debido a que habla inglés y se desenvuelve en francés, Manish se ha hecho indispensable.

Uno de los capataces, un quebequés cuyos padres llegaron de Francia cincuenta años antes, le ha tomado bajo su protección y se empeña en convencer al jefe de obra de que, aunque las entregas de piedra no se hayan retomado aún, necesita a ese par de jóvenes mohawk y quiere mantenerlos en la lista de pagas.

A finales de marzo se anuncia el deshielo. La superficie del río no es lo bastante segura para cruzarla con raquetas, pero el agua tampoco está como para sacar las canoas. Manish y Robert no pueden llegar a la orilla opuesta, donde la construcción de los pilares avanza a buen ritmo. Todos los años por esas fechas Kahnawake se queda unas semanas aislado de Montreal.

Deciden ir de caza: una semana en el bosque, hacia el norte, a lo largo del río. Ponen trampas de lazo, disparan a las perdices blancas con la carabina, intentan alcanzar con flechas a las liebres de las nieves sin conseguirlo. Duermen en refugios de caza tradicionales, tres noches acurrucados uno contra otro bajo la tienda de pieles, como cuando eran pequeños. En la inmensidad blanca, ciervos, corzos, perdices y zorros dejan huellas que se aprecian de un solo vistazo. Pero sorprender a los animales en el silencio del

invierno, cuando hasta el menor ruido corre deslizándose por la nieve como ondas por el agua, es otro cantar.

Cuando vuelven al pueblo muertos de hambre, con las manos casi vacías, ven que algo ha cambiado en las obras. Está demasiado lejos, no lo distinguen bien, pero parece que las estructuras empiezan a elevarse sobre el primer pilar.

Todos los días van a la orilla, palpan con el pie la superficie que se derrite y observan en la corriente la deriva de los bloques de hielo, que se desmigán a medida que suben las temperaturas. Una mañana, pese a las amonestaciones de los pescadores más viejos sentados en el embarcadero, que les avisan del peligro que tienen los bloques grandes de hielo, los muchachos echan al agua una canoa de madera y corteza de abedul fabricada por el padre de Robert, constructor de embarcaciones de mucha fama. Pasan zigzagueando entre los bloques de hielo, en algunos sitios rompen la capa blanca con los remos, se deslizan cuando hay rápidos y remontan la corriente.

—¡Mike! ¡Robert! ¡Por aquí, chicos!

Charles Dubois, el capataz francés, está de pie sobre la viga de hierro que une los dos primeros pilares. Se ha quitado el gorro y lo usa como un banderín para atraer la atención de los dos remeros. Los ha visto acercarse desde lejos, y le intriga esa primera canoa del año.

Cerca del solar en obras el hielo es todavía demasiado grueso, de modo que se dejan ir a la deriva a lo largo de doscientos metros y tocan tierra río abajo. Tras caminar diez minutos por la orilla, donde el barro poco a poco está sustituyendo a la nieve, llegan al pie de uno de los pilares del puente.

—¡Esperad, que voy! —grita Dubois, mientras baja por el andamio de maderos—. Hola, chicos, me alegro de veros. Si habéis conseguido cruzar, significa que dentro de poco se reanudará la entrega de piedras. Ya va siendo hora, porque por este lado no hay nada, es imposible recibir nada. ¿Podréis ir

hoy a ver al señor Farber y preguntarle cuándo cree que podrá volver a mandar suministros? ¿La cantera está funcionando? También nos faltan palos.

Sobre sus cabezas hay unos diez obreros que, en equilibrio sobre las estructuras metálicas o desde las plataformas provisionales de madera, fijan vigas y largueros de hierro. Después, dando fuertes golpes con la maza, meten remaches al rojo vivo en los agujeros previstos en las piezas metálicas y así quedan fijadas.

—Ya lo veis, hemos empezado a ensamblar las estructuras metálicas — dice Dubois—. Al menos, de eso sí tenemos. La fundición está en esta orilla, a cinco kilómetros.

En la orilla han construido una grúa de madera a la que llaman «Derrick». Cuatro caballos de tiro enganchados a un sistema de cuerdas y poleas levantan y suben por los aires las vigas de metal negro, que los obreros atrapan, guían hasta su sitio y luego fijan. En lo alto, sobre las plataformas, hay pequeños braseros de carbón vegetal que humean hacia el cielo azul.

—Jefe, ¿para qué tienen fuego ahí arriba? ¿Es para calentarse? —pregunta Manish.

—No, es porque las piezas de hierro se unen con unos remaches, los roblones, que tienen que caber en los agujeros que vienen ya hechos de la fundición. Hay que calentar los roblones al rojo vivo para que sean maleables y entren a golpes. Cuando se enfrían, la fijación es muy sólida. No hay nada mejor. Por lo que he leído en un periódico, el año que viene se va a usar esta misma técnica para construir una torre de hierro de trescientos metros en Francia, en el centro de París. Si queréis, podéis subir a verlo.

Charles Dubois los acompaña hasta el andamio y explica a los sorprendidos carpinteros que esos indios vestidos con pieles están autorizados a escalar por los palos para subir a lo alto de los pilares de piedra. En diez

segundos, los mohawk han brincado por las vigas, escalado por las viguetas y se pasean por uno de los dos espolones de piedra tallada. Seis obreros, muy ocupados en fijar una viga de hierro perpendicularmente a otra, apenas los ven. Con un fuelle, un aprendiz aviva el fuego del carbón vegetal en la pequeña forja portátil. Rebuscando en las brasas, un hombre bajito y moreno, con la cara ennegrecida, atrapa con unas pinzas de mango largo un roblón, lo observa, le da vueltas, lo vuelve a poner en las brasas y coge otro que le parece que está más a punto. Con gesto preciso se lo lanza a un obrero que está a tres metros, de pie, en equilibrio en la intersección de dos vigas, que lo atrapa al vuelo con un cono metálico que lleva fijado en la mano derecha. Lo deja caer al fondo, lo recoge con una pinza y lo sitúa delante del agujero. De inmediato, un coloso con una melena rubia que le cae hasta los hombros, bigote de vikingo, manazas de gigante y brazos como piernas, voltea la maza de seis kilos y pega un golpe seco en la cabeza del roblón, que se hunde hasta la mitad. Tras otros tres mazazos ya solo sobresale la cabeza, que remata a continuación con un martillo que lleva colgado del cinturón. El rojo vivo de la cabeza del roblón empieza a pasar al naranja.

—¿Qué diablos hacen ahí ese par de salvajes? —pregunta en francés, con fuerte acento quebequés. Como nadie contesta y los adolescentes se quedan mirando al suelo, los echa con un gesto.

Manish y Robert bajan y se pasan la tarde en la orilla observando el ballet de los remachadores. En cuanto fijan dos vigas, los obreros las recorren como equilibristas, con paso seguro y rápido. A ellos les recuerda la forma en que sus padres, tíos y primos se mueven por los almacenes de madera, en lo alto de las casas alargadas, cuando la tribu se junta para construir una nueva.

También les maravilla la destreza del que lanza y del que recibe los roblones. Es un poco como en los partidos de lacrosse, ese juego indio ancestral, y con frecuencia brutal, donde dos equipos se pasan y disputan una

pelota atrapándola con un palo largo en cuyo extremo lleva fijada una red. Los dos adolescentes se cuentan entre los mejores jugadores de Kahnawake.

—Casi todos los que andan por ahí arriba son marineros venidos de la costa o de Europa: bretones, vascos, nórdicos —les cuenta Charles Dubois—. Están habituados a trabajar en las alturas, entre mástiles y cordajes. Aunque no todos. También tenemos varios montrealeses que se manejan muy bien. Bueno, yo ya he terminado por hoy. Llevad mi recado a la cantera y vamos a ver si este dichoso río se deshiela pronto. Tened cuidado al volver. ¡Adiós!

Los días siguientes, Manish y Robert, a veces con otros chicos de la tribu, pasan a la orilla izquierda en cuanto el San Lorenzo se lo permite para ver cómo avanzan las obras y cómo se mueven los carpinteros del hierro. Cuando el hielo se ha fundido, aunque no lo bastante para que las barcazas cargadas de piedras talladas puedan volver a cruzar, los contratan de peones para llevar carretillas, transportar herramientas o suministros y ayudar a desplazar las vigas metálicas con poleas.

—He estado hablando con uno de los remachadores —dice Manish una mañana—. Les pagan la hora a cincuenta centavos; es la mejor paga de la obra, sin contar a los capataces. Me dijo que un primo suyo se ha venido desde Chicago. Como no sabía nada de este trabajo, le ha enseñado cómo se hace y en pocos días ha conseguido apañarse.

Dos semanas después, los bloques de piedras talladas que se amontonaban en la orilla, del lado de Kahnawake, se pueden volver a cargar en las barcazas. El San Lorenzo sigue llevando bloques de hielo, pero se pueden sortear. Ello supone para los hombres de la reserva el regreso a la obra, el trayecto en barco entre la cantera y la orilla. Los espolones de piedra no tardarán en estar terminados en la orilla derecha. Las estructuras metálicas avanzan sobre las aguas.

Muchos, como Manish y Robert, se quedan embobados mirando a los

remachadores. Los muchachos se lo han contado a los mejores carpinteros de la reserva, los constructores de las casas alargadas, incluso a los que no trabajan para la Dominion Bridge Company, y se han acercado en canoa para observar su ballet. Aplauden el lanzamiento de roblones, admiran la destreza de los obreros, su seguridad en las alturas, e intentan entender cómo funcionan los nuevos martillos neumáticos, que acaban de llegar para sustituir la maza a la hora de meter en su sitio los roblones al rojo entre un ruido ensordecedor.

Cuanto más avanzan sobre el agua, más ayuda necesitan los montadores de acero; con los aprendices ya no es suficiente. Hay que llevarles roblones, agua, cerveza y herramientas. El capataz no ha empezado ni siquiera a buscar cuando Manish, Robert y otros dos mohawk mayores que ellos se ofrecen voluntarios. La paga no es mejor que en las barcazas, pero así estarán en el puente. Al principio, los remachadores los acogen con frialdad. Esos indios, ¿hablan francés o inglés? ¿Se puede confiar en ellos?

Charles Dubois los avala:

—Si no dan la talla, os prometo que iré a buscar gente a Montreal. Dadles una oportunidad. Es muy práctico, porque viven justo enfrente y conocen el río y la zona como la palma de su mano.

Ofrece a los recién llegados unas botas de piel como las que llevan todos en la obra, reteniéndoles su coste de la primera paga.

—Jefe, si no le importa, nos quedamos con nuestros mocasines —dice Manish—. Estamos acostumbrados a ellos. Si no nos van bien, siempre estaremos a tiempo de cambiar.

La primera mañana deciden que los aprendices se quedarán en las plataformas de madera, arriba, para que se concentren en los braseros, que tendrán que alimentar y orear permanentemente. Queda a cargo de los indios llevar los roblones y las herramientas que puedan necesitar los carpinteros.

En el suelo, Robert llena un cubo de veinte kilos de roblones. Sobre la estructura, Manish tira de la cuerda de una polea, recoge el cargamento y lo reparte en dos cubos. Con uno en cada mano para mantener el equilibrio, avanza por la viga con los pies mirando hacia fuera, bien apoyados en el metal. Camina con paso seguro y rápido, con la mirada al frente y la espalda muy recta. Es consciente de que todo el mundo le mira. En solo unos segundos llega a la plataforma, vierte los remaches en una caja de hierro y recoge dos botellas de agua que envía abajo, para rellenarlas. No resulta más difícil que cruzar ríos y arroyos sobre troncos de árboles en las Adirondacks cuando sale de caza, más bien al revés. Cuando se construye una casa alargada, los maderos de arriba, por los que hay que desplazarse todo el día, son más finos e irregulares que esas vigas de hierro.

Los cuatro indios parecen estar tan cómodos en las estructuras como los obreros más veteranos. Son rápidos, fiables, incansables, y nunca se les cae nada. Charles Dubois los mira sonriente.

—¿Has visto? Estos mohawk tienen la agilidad de una cabra montesa —le dice una tarde al capataz—. Me lo figuraba.

Las relaciones con los franceses y los ingleses van mejorando. Cambian cerveza montrealés por panes de maíz. Una mañana, uno de los aprendices no se presenta, ya sea por enfermedad o porque se ha ido a correr otras aventuras. El jefe remachador le pide a Manish que coja el fuelle y vigile las brasas.

—Tienes que mantener este lado de aquí, el de la derecha, a fuego vivo, y tener preparado a la izquierda un poco de carbón para ir añadiéndolo. Es sencillo. No toques los roblones, de esos me ocupo yo.

Para el final de la semana, su paga casi se ha multiplicado por dos.

—Normal, muchacho —le dice el contable con mangas de lustrina en la cabaña construida con troncos de madera, al tiempo que empuja hacia él un

montoncito de monedas—. Ya me ha dicho Dubois que ahora eres aprendiz remachador.

Cuando las vigas de metal empiezan a estar ensambladas en la orilla derecha, cerca de Kahnawake, unos diez adolescentes esperan cada tarde la marcha de los obreros para escalar por las estructuras y desafiarse. Quién cruzará antes, quién subirá más, quién saltará de una traviesa a otra sobre las aguas negras del río.

A algunos les entra vértigo antes incluso de dar el primer paso y se bajan a toda velocidad mientras los demás se mofan. Otros, aunque también tengan vértigo, no lo demuestran y, sin perder la sonrisa, encadenan retos. Unos pocos, los más temerarios, parecen ignorar el peligro y corren de un lado a otro como si anduvieran por tierra firme. A veces un guardia intenta echarlos a gritos, pero no se arriesga a perseguirlos.

Una mañana de mayo, una delegación de la Dominion atraca en la reserva. Los pilares de piedra están terminados. James Ruppert y Louis Jolicoeur han ido para pagar las últimas facturas de la cantera, dar las gracias a los propietarios y asegurarse de que todo vaya bien con los mohawk de Kahnawake. En la casa comunal, el consejo de ancianos está casi al completo. Envuelto en papel de estraza, Jolicoeur ha portado un dibujo del ingeniero con el corte del puente y todas sus medidas, de metro y medio de largo y enmarcado con madera de cerezo.

John Farber ha encargado a las mejores artesanas de la tribu que confeccionen un cinturón típico de perlas y conchas, un *wampum*, en el que han dibujado el perfil estilizado de la obra con las casas de Kahnawake a un lado y, al otro, los primeros edificios de Montreal.

—Nosotros, los iroqueses, señalamos desde siempre los grandes acontecimientos, los tratados, los acuerdos políticos y comerciales con otros pueblos confeccionando cinturones *wampum* —dice el gran jefe—. Reciba

este por el nacimiento del gran puente de ferrocarril sobre el San Lorenzo, en el que participan nuestros hombres.

Les espera un festín, y la pipa de la paz pasa de mano en mano. Cuando los visitantes se disponen a marcharse, un hombre se acerca a John Farber y le dice algo al oído. Entonces se vuelve hacia el ingeniero y el director adjunto:

—Señores, tengo algo más que pedirles. Sé que algunos de nuestros jóvenes han empezado a trabajar en el puente al lado de sus hombres, fijando el hierro. En Kahnawake tenemos a los mejores carpinteros de la zona. Su fama es tan grande que, en ocasiones, otras naciones iroquesas nos piden ayuda para construir casas de estructuras complejas. A nuestros hombres les gustaría aprender su arte de ensamblar el hierro con clavos ardientes. ¿Podría formar a unos pocos? Si no dieran la talla o crearan problemas, acuda a mí. Pero respondo por ellos.

—Gran jefe, tengo que consultarlo con la dirección de la empresa — contesta Louis Jolicoeur—. Pero no veo motivo por el que no pueda hacerse. Estamos esperando unos equipos de montadores de acero que tienen que venir de Boston, pero no sabemos por qué no acaban de llegar. Vamos acumulando retrasos. Mientras vienen, voy a proponer que nuestros hombres enseñen el trabajo a diez de sus valientes. Primero como aprendices, a ver qué tal, luego como remachadores si son capaces. Si están a la altura, todos saldremos beneficiados.

6

Nueva York *Marzo de 1970*

A finales de invierno, una mañana de niebla helada, el acero deja de llegar. Al presentarse Jack LaLiberté y su equipo a las seis y media al pie de la torre Norte solo ven dos camiones en la zona de descarga, cuando debería haber al menos diez. Las vigas grandes suelen entrar antes del amanecer, las llevan en barcazas arrastradas por remolcadores desde la orilla de New Jersey. El material que hay ahora da para empezar la jornada y poco más.

Bill Kelly, el capataz, va dando zancadas por delante de la verja de entrada, se quita el casco, lo tira al suelo y grita en el *walkie-talkie*:

—¿Qué dices? ¿En huelga? ¡Qué tomadura de pelo es esa! ¿Desde cuándo? ¿A santo de qué? ¡Será posible! ¿Cuánto va a durar? ¡Aquí no tengo ni para empezar! Con esa gilipollez de la producción ajustada no me dejan tener material de reserva, so pretexto de que no hay sitio. Como esto no se solucione hoy mismo, mañana estaremos en paro técnico. ¡Putos marineros!

Tras semanas de negociaciones y con un preaviso de dos días, los pilotos de remolcadores del puerto de Nueva York han dejado de trabajar. Piden mejoras salariales y de cobertura sanitaria. Pueden trasladar alguna pieza entrando en Manhattan por el túnel Holland, pero está prohibido que las de

mayor tamaño circulen por la isla y tienen que cruzar el Hudson en barcazas que atracan en el muelle 13, muy cerca de la obra. Si no hay remolcadores, tampoco hay barcazas.

En solo unas horas, las obras del World Trade Center pueden quedar paralizadas. Pelo Rojo Kelly se encierra en su barracón y berrea al teléfono mientras las grúas elevan por el aire gélido las últimas vigas y chapas prefabricadas para los suelos.

En el piso 30, el viento que llega de Canadá por el valle del Hudson cala hasta los huesos y enrojece las orejas de los pocos idiotas que se han olvidado el gorro. Aunque dentro de la estructura estén más protegidos del viento que en una obra normal, los *ironworkers* sufren con el frío. No es que sean frioleros, pueden trabajar doce meses sin parar con tal de que no llueva, pero con el frío el acero se vuelve resbaladizo y peligroso. Antes de que den las doce ya han colocado varias vigas, pero luego no sube nada más. Jack baja en busca de novedades.

—Fatal, esto está fatal —le dice Kelly—. Esos cabrones no se bajan de la burra, y las empresas de transporte no aflojan. Esto va para largo. Id a echar una mano a los soldadores, ayudadles a terminar los suelos. Hay trabajo para dos o tres días, ya veremos después. Yo voy a llamar a Malcolm Levy a la Autoridad Portuaria, a ver si puede mediar con el ayuntamiento o la dirección del puerto. Pero lo dudo. La última vez, hará diez años o así, esto duró tres semanas. ¡Hay que joderse!

Levy, jefe de proyecto en la Autoridad Portuaria, vuelve a llamar al día siguiente.

—Está todo bloqueado. En el puerto esto se veía venir desde hace meses, y ahora ha estallado. Pero, Bill, el encargado de construir esas torres eres tú, así que haz algo. El ayuntamiento no puede, no está dentro de sus competencias,

y los barcos no van a navegar en una temporada. Pero ni hablar de parar las obras. Busca una solución, ese es tu trabajo.

—¿Cómo que ese es mi trabajo? Pero ¿tú te crees que soy Dios? ¿Que puedo hacer milagros? ¿Cómo coño quieres que traiga esas putas vigas? Te recuerdo que cuando te insistí para tener una zona de almacenamiento cerca del solar me mandaste a la mierda, tú y todos los listos del estudio.

Una mañana, al llegar al solar, mandan a los metalúrgicos de vuelta a casa. No se puede hacer nada: paro técnico. Jack, como todos los mohawk, piensa que no le vendría mal subir a la reserva, pero el representante sindical se lo desaconseja porque cree que las cosas pueden solucionarse en cualquier momento y es mejor no alejarse demasiado.

En la ribera del Hudson, Pelo Rojo Kelly observa la otra orilla. Carteret, New Jersey, los depósitos, los almacenes de la Koch Erecting Company están ahí, al otro lado, a solo veinte kilómetros en línea recta.

—En línea recta...

Vuelve corriendo a su oficina, saca la guía telefónica de Connecticut y llama a Stratford, a la United Aircraft. Su excuñado, mecánico de aviación, lleva quince años trabajando allí, y Pelo Rojo Kelly sabe de lo que son capaces.

—Buenos días, le llamo de las obras del World Trade Center, en Nueva York. Sí, las nuevas torres gigantes en la punta de Manhattan. Dígame, ¿tienen ustedes un helicóptero de los grandes, de esos que llaman «grúa del cielo»?

—¿El Sikorsky S-64 Skycrane? Sí, tenemos uno. Ahora está en San Luis. Pero se lo puedo enviar.

—¿Qué carga puede levantar?

—Diez toneladas, doce en determinadas condiciones.

—Muy bien, resérvemelo, se lo confirmo de aquí a una hora.

El teléfono suena en el despacho de Malcolm Levy.

—Malcolm, soy Kelly. He dado con la solución. Vamos a traer el material en helicóptero.

—Pero, Bill, ¿estás majara? ¡Sobrevolar la ciudad con vigas gigantes atadas a un helicóptero! ¿Te has vuelto loco, o qué? No te lo van a autorizar. ¡Y el dineral que puede costar! ¿Estás de guasa? ¡Es imposible!

—Demasiado tarde, ya está hecho. Me has pedido que haga algo para que las obras no se paren porque ese es mi trabajo, ¿no? Pues ahora apáñatelas tú para encontrar la pasta y arreglar el papeleo. Las vigas van a venir volando desde New Jersey.

Tres días después, el mastodonte del cielo, ocho toneladas pintadas de color vivo, con un rotor gigante de seis aspas, se posa en un muelle del río Hudson. El piloto, un canadiense de Vancouver, está especializado en incendios de bosques. Pero le hace gracia ser el primero en transportar trozos de rascacielos por encima de Manhattan y, además, se lo pagan muy bien. Una mañana, al amanecer, despegó hacia Carteret. Tras ocho minutos de vuelo se posa en el área de almacenamiento, observa el espacio, inspecciona las cargas; asciende de nuevo, se mantiene en vuelo estacionario a treinta metros sobre las vigas. El copiloto dirige la maniobra desde el suelo voceando por radio y luchando para mantenerse en pie por la fuerza del aire que levantan las aspas. Menos de una hora después, la primera pieza de chapa de siete toneladas está fijada. El mosquetón que la une al cable tiene un mando automático, para soltar la carga si surgen problemas.

El helicóptero sube, el cable se tensa, la pieza se eleva. Vuelo estacionario, se estabiliza. El Sikorsky enfila hacia la estatua de la Libertad. Al principio, todo va bien. El aparato sobrevuela lo más despacio posible las zonas industriales pero, al llegar al agua, al estrecho de Kill van Kull que separa New Jersey de Staten Island, una borrasca que llega del mar lo golpea como

una bofetada. La chapa empieza a dar vueltas sobre sí misma y, empujada por su propio peso, cada vez gira más rápido y el cable se retuerce. El piloto se da cuenta de que su vida y la del resto de la tripulación corren peligro, que en unos segundos no habrá manera de controlar la carga y los arrastrará en torbellino al agua. Intenta una última maniobra, pero no funciona. No hay barcos a la vista. Acciona el mecanismo de emergencia.

El aparato brinca en las alturas, la pieza metálica gira y se hunde en las aguas del puerto provocando una ola de espuma. El capitán de un remolcador que se acerca, acciona la sirena de niebla desde su cabina y, sin entender lo que acaba de ocurrir, observa cómo el helicóptero vira hacia Manhattan.

Bill Kelly está impaciente en el muelle. Ve un punto en el cielo que se va agrandando sobre el Hudson, pero no lleva nada colgando. Grita por radio:

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde está el acero?

—Vale, vale, ya voy. Aterrizo y se lo cuento.

La grúa del cielo se posa en el muelle, el piloto baja y se quita el casco. Kelly está que echa humo, le fulmina con la mirada.

—La pieza ha empezado a dar vueltas, no se podía hacer nada. Hemos tenido que soltarla para no caernos. Estábamos sobre el agua y no ha habido daños. No creo que lo haya visto nadie. Me temo que no vamos a poder transportar sus piezas por el aire; la exposición al viento es demasiado fuerte, sobre todo encima del agua; no hay forma de estabilizar la carga. Me lo figuraba, pero no quería dejar de intentarlo. Lo siento, pero es muy peligroso.

En las comisarías y los puestos de bomberos de Bayonne, New Jersey y Staten Island los teléfonos suenan sin parar. Hay muchos testigos: pescadores, automovilistas o gente que estaba paseando han visto cómo la pieza se hundía en el mar. La voz llega a la prensa: «Un helicóptero suelta siete toneladas de acero en Kill van Kull», dice el titular del *Staten Island Advance*.

Tardan unos días en identificar el helicóptero y llegar hasta la Autoridad Portuaria y las obras de las torres gigantes. La Guardia Costera envía una patrullera. Los buceadores consideran que la pieza de metal, que se ha hundido en el limo, no supone un peligro para la navegación y puede quedarse donde cayó. Allí sigue.

A los *ironworkers*, para recibir su paga, se les exige que acudan cada mañana a la hora habitual. Los primeros días, los capataces les asignan tareas menores que hacen refunfuñando: ayudar a los soldados, reforzar las estructuras existentes, ordenar el material... Pero hoy, a la hora del almuerzo, les dicen que se vuelvan a casa, que no hay nada que hacer, y que ese día se les pagará media jornada. Jack LaLiberté se pasa una hora paseando por la punta de Manhattan, contempla a los turistas que se agolpan en el muelle de embarque de los transbordadores que llevan a la estatua de la Libertad, y luego coge el metro para volver a Bay Ridge. Cruza la puerta del Denny's y se acoda en la barra. Una camarera le sonrío extrañada.

—Pero bueno, Jack, ¿hoy no trabajas? No te solemos ver por aquí a estas horas...

—Paro técnico, bonita. La huelga de los pilotos de remolcadores impide que el acero llegue a las torres. ¡Si vieras cómo están los jefes! Se tiran de los pelos. Nosotros también. Hoy solo nos han pagado la mitad de la jornada y mañana, nada de nada. ¡Esos marineros hijos de puta nos han dejado tirados!

Dos hombres morenos, cincuentones y barrigudos, con cuello de toro y que lucen en el antebrazo un tatuaje del Teamster, el sindicato de camioneros, están sentados al fondo del bar. Se miran y enarcan las cejas.

Uno de ellos, el que tiene bigote, se levanta del taburete y se acerca a Jack.

—Perdona, pero hemos oído lo que acabas de decir. ¿Trabajas en las Torres Gemelas? ¿No se puede llevar el acero por carretera? —pregunta con un fuerte acento de Brooklyn.

—Sí, pero solo piezas pequeñas. Dicen que las vigas de carga y los elementos prefabricados de la estructura exterior son demasiado grandes para pasar por túneles o puentes. Que los camiones no pueden girar. Así que está todo parado.

—Mi hermano y yo tenemos una empresa de transporte. Ferrari, en Atlantic Avenue. El punto de salida, ¿está en New Jersey?

—Sí, en Carteret.

—Tal vez tenga solución. Conocemos gente que igual puede ayudar. ¿Sabes con quién hay que hablar en la obra?

—Con el capataz, Bill Kelly. Tengo su número por aquí. Si podéis trasladarlo, le haréis un gran favor a un montón de gente.

Al día siguiente, el teléfono suena temprano en el barracón de Pelo Rojo Kelly.

—Es usted muy amable, señor Ferrari, pero los principales transportistas de Nueva York dicen que no se puede. ¿O es que se cree que no los he llamado? Así que, por favor, no me haga perder tiempo. Tengo mucho trabajo.

—Mire, le aseguro que hay una solución, no diga todavía que no. Lo que le propongo es que me pague mil dólares por cada cargamento entregado en el Trade Center. Si el acero no le ha llegado a las cinco de la madrugada, no me paga. No corre usted ningún riesgo.

—Pero ¿cómo...?

—No se preocupe por el cómo, eso es cosa mía. Le entregamos el acero antes de que amanezca y las obras continúan, así de sencillo. Usted consigue sus piezas, nosotros nuestra paga, y todos contentos. Podemos empezar pasado mañana. ¿Le parece?

Tras cinco segundos de silencio en la línea, Kelly contesta:

—Pasado mañana por la mañana, de acuerdo. Haremos una prueba. Si me

trae cinco camiones antes de que amanezca, el contrato es suyo. Cinco mil dólares. Voy a darle la dirección de New Jersey, tome nota.

La noche siguiente, hacia las dos de la madrugada, seis *pick-ups* Ford F-150 y Chevy Silverado, con tres hombres en cada cabina, aparcan delante de los almacenes de la Koch Erecting Company en Carteret. Les siguen cinco semirremolques de plataforma, los más grandes que existen. Las portezuelas no llevan ninguna sigla ni identificación. Una palabra en el puesto de control y las puertas se abren. Los coches se quedan fuera, los hombres esperan en grupitos, fumando un pitillo o con las manos metidas en los bolsillos. Los camiones de carga pesada entran. En cada remolque ponen dos vigas. Las referencias, que indican el emplazamiento en las torres y el número de la grúa que tendrá que alzarlas, se han escrito en blanco, con plantilla. Los conductores no hablan con nadie, inmóviles tras sus volantes y sus gafas de sol.

—¿Quiénes son esos? ¿Cómo es que no los hemos visto antes? —pregunta un jefe de equipo—. ¿Me puedes explicar por dónde piensan entrar en Manhattan? ¿Y se puede saber por qué montaron el numerito del helicóptero, si al final resulta que podían mandar camiones? No sé qué líos se traen...

El convoy se pone en marcha a poca velocidad, luces giratorias en la noche, con cuatro *pick-ups* delante y dos detrás. Pasan por el puente Goethals y entran en Nueva York por Staten Island. Cuando salen del puente de Verrazano, a la entrada de Brooklyn, cuatro motoristas de la policía abren camino, luces giratorias azules. Piden a los pocos automovilistas que circulan en plena noche por la vía rápida que se paren en el arcén hasta que pase la comitiva. A la entrada del puente de Manhattan, que da acceso a la isla, les esperan unos coches patrulla de la Policía de Nueva York. Las motos se van; las *pick-ups* ya no están.

Con su escolta azul, por calles donde giran pasando a escasos centímetros

de los coches aparcados, los cinco camiones llegan puntuales al pie de las torres. La reja se abre, entran ordenadamente y un capataz les indica dónde aparcar en función de los códigos pintados en las piezas para que estén a mano de las grúas canguro.

Hacia el mediodía, cuando todas las piezas ya están montadas y casi todas colocadas en su sitio, los hermanos Ferrari aparcan su Cadillac negro delante de la reja de la torre Norte y preguntan por Bill Kelly.

—Buen trabajo, caballeros —les dice sonriente mientras les estrecha la mano en su oficina—. No les preguntaré por dónde han pasado ni cómo se las han arreglado. Casi prefiero no saberlo. Solo les pido que me tengan otros cinco camiones aparcados al pie de las grúas cuando venga mañana por la mañana. Pasen por administración para el pago y el papeleo.

—Perdone, señor Kelly —responde Jo Ferrari, dando vueltas al sello que lleva en uno de los dedos—. El pago, si no es molestia, que sea en metálico. Diez mil dólares que entregarán a Giani, uno de los conductores, mañana cuando llegue. Diez mil dólares cada dos días, si todo va bien. Como comprenderá, nuestra forma de trabajar conlleva ciertos gastos que tienen que hacerse en efectivo. Que tenga un buen día.

Los camiones anónimos de los Ferrari Brothers abastecieron la obra durante doce días. Jugando con la contabilidad, con el beneplácito de la dirección, sacaron de las arcas diez mil dólares en metálico cada cuarenta y ocho horas. Una tarde, tras muchos días de negociaciones, la huelga de marineros terminó. Las barcazas volvieron a atracar y las vigas gigantes llegaron de nuevo al muelle 13. Bill Kelly nunca más volvió a oír hablar de los hermanos Ferrari.

—Bueno, chicos —dice Kelly a través de un altavoz a los cientos de obreros reunidos, una vez solucionado el problema—, vamos a tener que darnos prisa. Llevamos retraso por culpa de esa puta huelga. A partir de hoy

vamos a recibir quinientas toneladas de acero cada mañana, y en breve serán ochocientas. Hemos de ir a un ritmo de tres plantas cada diez días. Montadores, tenéis que darlo todo. La primavera está a la vuelta de la esquina, no hará tanto frío, espero que estéis dispuestos. Los más currantes y valientes se pueden sacar un dineral en horas extra. Gracias, y que os vaya bien el día.

Jack acompaña a uno de sus sobrinos, Max Rochelle, en su primer día de aprendizaje. Tiene dieciocho años y acaba de terminar el instituto. No ha querido quedarse en Chateaugay, con los canadienses franceses, a pocos kilómetros de Kahnawake. En el último curso había pocos indios: seis chicas de la tribu, y él era el único chico. Sabía desde hacía tiempo que los estudios no eran lo suyo, y los blancos no se privaban de hacerle notar que ese no era su sitio. El ejemplo de sus tíos, sus dos abuelos y tres de sus primos mayores le mostró el camino a seguir: sería *ironworker*.

Trabajan al aire libre, por encima de la gente, orgullosos de construir y de estar bien pagados. Tienen buenas casas, cochazos, motos, motos acuáticas y fuerabordas. A la hora de la cena, cuentan sus viajes y aventuras, sus juergas, hablan de los jueves por la tarde, que son los días de paga, de las riñas, las montañas de acero, el miedo, el vértigo, las peleas, las chicas guapas de Miami, los truenos, las primas en metálico metidas en sobres, los «mira, ese edificio lo he construido yo», los «joder, qué poco ha faltado», los golpes de suerte, los litros de cerveza roja y los accidentes.

Cuando tenía doce años, como todos los chicos de la reserva, escaló y jugó al escondite en el armazón del viejo puente Victoria, de noche, a la luz de la luna, cuando el San Lorenzo brillaba hasta parecer fosforescente y los remolinos centelleaban como polvo de diamante. Las madres se lo tenían

prohibido a los chicos, y los padres sonreían y miraban para otro lado. Una tarde, su vecino Peter, al que dijo: «Seguro que no te atreves a recorrer la viga sin pararte», tropezó y cayó al agua. Era uno de los pocos adolescentes de la reserva que sabía nadar y era verano, por tanto el agua no estaba gélida. Cayó de pie y se salvó, nadando hasta la orilla; solo se hirió levemente. Max fue corriendo y le tendió una rama. Exceptuando a la pandilla de muchachos aterrados, nunca nadie supo de aquello.

Noche tras noche trepando por las traviesas de hierro oxidado, el pie de Max fue ganando seguridad. Descubrió la audacia. No tenía miedo ni vértigo o, al menos, era capaz de dominarlos, de aparentar ante sus amigos que estaba tan campante para impresionarlos. Era lo que le decían sus tíos: respetar el propio miedo, dialogar con él, ir amansándolo poco a poco, aprender a conocerlo para domarlo. Apretar los dientes, hacer como si fuera de lo más normal adelantar un pie y luego otro sobre treinta centímetros de metal a treinta metros de altura. No todos lo conseguían, ni mucho menos, pero quienes lo hacían parecían tener un don único. Sin haberlo probado aún, esperaba con todas sus fuerzas formar parte de esa casta; soñaba con ser capaz de seguir, por las alturas, los pasos de sus antepasados. Ahora la cosa iba en serio. El World Trade Center no tardaría en ser la torre más alta del mundo...

En su primera mañana, tras haber llegado de Canadá dos días antes, lleva zapatos nuevos, el cinturón de herramientas de su abuelo, un peto que le va grande y una bola en el estómago.

—Jo, aquí tienes al chico, mi sobrino, ese del que te hablé —le dice Jack al capataz cuando están en la cola para meterse en el ascensor con otros cincuenta hombres, como en una lata de sardinas.

Max intenta sonreír, pero le sale una sonrisa crispada.

—Se va a quedar con nosotros si esto le gusta. Si aguanta una semana, rellenaré los papeles para que haga el cursillo.

—Vale, Tool, es cosa tuya. Ya sabes que a vosotros, los mohawk, siempre os he dejado organizaros a vuestro aire, y ha ido bien así. No seré yo quien os enseñe el oficio. Si tú me dices que el chico vale, por mí no hay problema, te firmaré el formulario.

La cabina se detiene en el piso 35. Los albañiles, que son los primeros en llegar, han empezado a extender por el suelo de metal veinte centímetros de cemento. La mezcla sube en grúa en unas tolvas, y de ahí se pasa a los depósitos delanteros de unos vehículos con dos ruedas delante y una detrás, pilotados por unos tipos risueños, que circulan a toda velocidad por las chapas metálicas vertiendo el cemento. Otros obreros, casi todos latinos, con botas de goma y chapoteando en el cemento hasta media pantorrilla, igualan la capa con una especie de rastrillos sin dientes. Jack se los queda mirando, se encoge de hombros y los señala con la barbilla.

—Esos de ahí, tanto da que estén en el piso 35 o en el sótano; se pasan todo el día metidos en barro...

Suben por escaleras de tablas y tablones, construidas por los carpinteros, que desembocan a cielo abierto. Piso 36: el viento fresco, cargado con los olores del puerto y el océano, salta al rostro. Los muros externos de cajones de acero están a medio terminar. Quedan unos diez metros por cerrar: esa es su faena del día.

—Bueno, hoy no toques nada, te quedas conmigo. Irás a donde yo vaya y te fijarás bien en todo. No tendrás mucho que hacer, aparte de ir a buscar herramientas o cervezas, o traer tuercas y tornillos. Estate atento, no hagas preguntas tontas y, sobre todo, no hagas dos veces la misma pregunta. Si te digo que te quedes donde estás, te quedas. Para empezar, estás de suerte: este

es el trabajo menos peligroso que he visto nunca. La torre se monta de dentro afuera. Ya verás: llega en piezas sueltas, las apilamos, las fijamos y los soldadores las sueldan. Así de fácil. Casi nunca estamos sobre el vacío. Solo debes tener cuidado con las cajas del ascensor.

Por encima de sus cabezas, los motores de las grúas canguro empiezan a zumbar. Un cajón prefabricado en acero de tres metros de ancho y veinte de alto surge de la nada y les pasa por encima. El cable que lo ha elevado está situado arriba del todo, a un lado, para asegurar que se desplaza horizontalmente y cuidar que no se retuerza. Mark Bowen sujeta con las dos manos un cable de acero, el cable de maniobra. Es un tipo jovial de New Jersey que ya hace mucho que no puede escalar por una estructura ni andar en equilibrio por una viga, y que ahora se divierte diciendo que se pasa todo el día jugando con cometas de veintidós toneladas.

Con sus gruesos guantes de ante, confeccionados a medida por una tía abuela de Kahnawake, Jack limpia a toda velocidad la superficie de acero sobre la que va a posarse, como una pluma, el inmenso lienzo de muro. En su cabina climatizada, delante del contrapeso de doce toneladas, el gruista está en contacto con el equipo por teléfono, pero sobre todo puede ver desde arriba lo que hace. Antes, cuando usaban grúas Derrick, los gruistas trabajaban a ciegas, guiados tan solo por las señales que les mandaba «el hombre señal» con la cajita mecánica que llevaba sobre el pecho, colgada a la bandolera. Las piezas metálicas volaban por los aires como si fueran gigantes borrachos, implacables y peligrosas. Con las grúas australianas los accidentes han disminuido y las piezas se posan unas sobre otras, a veces como por arte de magia. En cuanto la pieza está colocada y los agujeros perforados en fábrica coinciden, Tool mete en uno de ellos la parte puntiaguda de su llave de cola y los otros tres orificios se alinean.

—¿Ves? —le dice a Max mientras da martillazos para que entre el primer

tornillo, del tamaño de un champiñón—. Lo importante es llevar siempre encima el perno que necesitas. Como tengas que pararte para pedirlo y esperar a que te lo traigan, pierdes mucho tiempo y pones a todo el mundo en un apuro.

Recupera la herramienta y, con el lado de la llave, ajusta la tuerca pero sin bloquearla.

—Ahora pásame esa escalera que tienes detrás. Hay que apretar los tornillos a medias y dejarlos así para los soldados. Esos italianos... Aún no han llegado, los muy vagos.

En el primer descanso, el nuevo baja a buscar cafés y sándwiches. En lo que tarda en volver, hacer cola en el ascensor y subir las escaleras de madera, los cafés casi se han enfriado. Cuando llega, se encuentra a Jack sentado en una caja, al lado de un hombre atlético de pelo gris, mirada triste y mandíbula cuadrada.

—Max, te presento a Carl Furillo. Su nombre no te dirá nada porque eres muy joven y porque nosotros somos más aficionados al hockey o al lacrosse, pero Carl fue una estrella del béisbol con los Dodgers de Brooklyn hace... ¿Cuándo fue eso, Carl?

El hombre se sube la visera de la gorra, se encoge de hombros y suspira:

—Jugué con los Dodgers desde 1947 hasta 1956, pero, Tool, ya sabes que no me gusta hablar de eso. Cuando me lesioné, me dejaron de lado como si fuera un trapo viejo. Y de no haber sido por mí, nunca habrían vencido a los Yankees en 1955...

—Ya lo ves, muchacho —dice Jack, riéndose y sopesando el bíceps de su compañero—, ¡este brazo derecho era el más fuerte de las World Series! Carl era el mejor jugador de su generación en la posición de jardinero. Le llamaban «el fusil de Reading», porque fue allí, en Reading, Pennsylvania,

donde empezó a jugar. ¡Si hubieras visto cómo lanzaba! Los receptores que tenía enfrente se morían de miedo.

El antiguo campeón se saca del bolsillo de la pechera un destornillador pequeño y lo utiliza para remover el café en su vasito de cartón.

—Qué hijos de puta... No les bastó con echarme cuando me lesioné, cosa que estaba prohibida como ponía en mi contrato letra por letra, sino que encima, como los llevé a juicio, el dueño de los Dodgers me puso en la lista negra. Perdí el pleito y nadie más me aceptó como jugador, ni tampoco como entrenador, y eso que tenía todos los diplomas habidos y por haber. Ni un solo equipo en todo el país, ni siquiera en las divisiones inferiores. Por eso estoy aquí. Cuando lo pienso, incluso ahora me dan ganas de liarme a golpes. Pero bueno, ya pasó. Es mejor no pensar en ello.

—Carl llegó ayer —explica Jack—. Trabaja en los ascensores, es el jefe de equipo de esta parte de la obra. En cuanto terminemos estos tres pisos y los armazones para las cajas, él se pondrá a montar la maquinaria. Ya verás, hijo, es un trabajo de narices. Carl no presume, pero no pasa una semana sin que alguien se le acerque con un cromó de coleccionista para que se lo firme.

El antiguo jugador se levanta.

—¡Bah!... Ahora mi vida consiste en construir ascensores y nada más. Casi ninguno de los jóvenes de mi cuadrilla ha oído hablar de los Dodgers de Brooklyn... Gracias por el café, chicos. Al próximo invito yo. Hasta luego.

Se aleja a grandes zancadas, moviéndose con agilidad sobre las chapas. Max ve entonces que, en la parte trasera del casco amarillo, lleva una pegatina con el dibujo de una tortuga.

—Pero... tío, ¿ese también es mohawk? ¿Furillo no es un apellido italiano?

—¿Por qué lo preguntas? Claro que es «espagueti», y además al cien por cien. Sus abuelos vinieron de Nápoles.

—¿Y por qué lleva una tortuga en el casco?

Jack se echa a reír.

—¡Ah, lo dices por eso! No es uno de nuestros clanes. Es la marca del Club de la Tortuga. Lo creó Bullard, el fabricante de cascos de obra de Kentucky. Se lo dan a los que han salvado la vida gracias al casco. Carl me contó que hace cinco o seis años le cayó en la cabeza un perno del tamaño de un puño. De no haber llevado nada, habría salido de la obra con los pies por delante. ¿Ves? Es otra de las ventajas de ser montador. Estás siempre por encima de los demás, por encima del mundo, en las nubes, con los dioses y las aves. Si te caes será culpa tuya, algo habrás hecho mal, o en todo caso por culpa del gruista, que no habrá controlado bien la viga. Pero no te morirás a lo tonto por culpa de un imbécil que esté por encima de ti, al que se le escape el mazo o el martillo neumático. No te puedes imaginar la cantidad de cosas que se caen en una obra; es un peligro constante. Esto es un caso especial, hay menos peligro, pero cuando empieces tu primer edificio clásico verás lo que digo.

Se pone el casco, que en uno de los lados lleva una pegatina que dice: «Claro que puede confiar en el gobierno. Si no, pregúntele a un indio».

—Vamos, sígueme. Tenemos que colocar un par de piezas antes de la hora de la comida. La primera va a llegar de un momento a otro, ya he avisado a la grúa, así que vamos a prepararnos.

Cuando suena la sirena que marca el final de la jornada, Max sabe que estará toda la vida en las montañas de acero. En su primer día las horas han pasado como minutos. Ha estado con un equipo que ha construido bloque a bloque, entre gritos, palabrotas, broncas y risas, un trozo del edificio más alto del mundo. Ese es su lugar.

Tras cambiarse en el vestuario, tío y sobrino se dirigen al metro. Jack coge

la línea 4, hacia Brooklyn, pero Max se sube a la 6, hacia el norte de Manhattan. En su tercer día en Nueva York, quiere ver el Chrysler Building.

En la pared de su clase, en Kahnawake, había una foto de un par de montadores de acero sobre una de las gárgolas de cabeza de águila, metálica y gigantesca, cuando se estaba construyendo en 1930. Aunque no pueda subir a ver esas esculturas míticas, al menos podrá mirarlas desde la calle.

Los días se van haciendo más largos y las temperaturas van subiendo, incluso en las alturas. El ritmo de la obra se ha acelerado, se han reforzado los equipos, una breve huelga de operarios de ascensor los ha obligado a subir a pie durante dos semanas; todo el mundo protestó, pero eso no ha supuesto realmente un retraso.

En uno de los descansos para comer, un punk, uno de los aprendices, se da cuenta de que la torre Norte ya ha llegado al piso 60 y el rumor de la calle se ha apagado. Se han pasado meses trabajando entre ruidos, oyendo el rugido de los motores diésel y respirando sus humos, entre el zumbido del tráfico y el bullicio de la ciudad. Pero ahora, exceptuando el runrún de las grúas canguro, el único sonido que les llega es, de vez en cuando, la bocina de un camión, la sirena de un remolcador o la de una ambulancia. En el esqueleto gigante solo queda el silbido del viento que, a esa altura, sopla todo el rato. Si se saca la cabeza entre dos vigas verticales —las futuras ventanas, de solo cuarenta y cinco centímetros de ancho— para mirar hacia abajo y entretenerse viendo los coches como miniaturas, se recibe en la cara, como una bofetada, la ráfaga de aire del mar. Sin embargo, dentro, protegidos por los montantes de acero ordenados unos junto a otros, todo está tranquilo. Es una suerte para los *ironworkers*, que en otras obras tienen que estar pendientes de los cambios del viento cuando juegan a ser equilibristas. El arquitecto ha diseñado ventanas estrechas para mayor tranquilidad de los futuros usuarios de la torre, pues con vanos más anchos podrían tener vértigo.

Cuando llegan a la obra, el sol ya se ha asomado sobre el océano. Desde los ascensores externos se divisa toda la ciudad, el puerto y los muelles de Brooklyn, donde se amarran los mercantes cargados de productos de Europa y plátanos de Centroamérica; después está la costa de New Jersey, las dunas del Atlántico hasta Asbury Park y Sandy Hook, la lengua de arena que cierra el puerto al sur. Hacia el norte, la mirada hace un alto en el puente George Washington para continuar por el valle del Hudson hasta Tarrytown. En días claros se ven sesenta kilómetros a la redonda.

Una mañana de mayo, Jack y Max están todavía en los ascensores abrochándose las botas de piel cuando oyen gritos:

—¡Chicos, venid a ver esto, rápido!

Cuando abren la puerta enrejada de la cabina descubren que el suelo todavía sin terminar del piso 75 está alfombrado de pájaros muertos. Cientos de animalitos negros de pico blanco, como estorninos, amontonados en las chapas metálicas. En las esquinas, donde más hay, algunos todavía pían y se mueven. Ni uno solo vuela por el cielo, de un azul intenso.

Los hombres apartan las aves con el pie para despejar los travesaños, algunos los agarran por las alas, con dos dedos. Bill Kelly, a quien han avisado por radio, levanta un pajarito con la punta del pie y le da la vuelta.

—Y esto, ¿qué coño es? Venga, vosotros tres, los jóvenes, coged palas y escobas y limpiadme todo esto. Voy a llamar al señor Koch para ver qué hacemos, seguro que habrá que avisar a un especialista en pájaros. Daos prisa, porque dentro de media hora quiero montar el primer elemento.

Los chicos cogen unos sacos grandes de rafia para tirar las aves; llenan una docena. Por la tarde aparecen dos mujeres jóvenes escoltadas por un capataz. Una de ellas lleva una cazadora con la insignia del Museo de Historia Natural. Es como si la plataforma se paralizara de repente. Algunos sonrían tontamente, otros se quitan el casco, el conductor de la grúa sale de la cabina,

y los menos listos silban. La mayor de las dos ornitólogas saca un animal de uno de los sacos y lo levanta con delicadeza por un ala.

—Son passeriformes migratorios —explica—. En esta época van del golfo de México a Canadá, y pasan por aquí. La única explicación plausible — agrega con severidad— es que siempre han seguido el valle del Hudson; el río les sirve de referencia. Como este edificio tan grande no está iluminado por la noche, no lo han visto y se han estampado contra él. Es un riesgo del que ya se avisó en un informe; yo misma lo firmé. Me temía que no harían caso, y no saben cuánto lamento ver que estaba en lo cierto. Voy a hacer otro informe para el museo, que lo remitiré al ayuntamiento y a la Autoridad Portuaria. Aunque, evidentemente, no servirá para nada. Seguro que lo de hoy vuelve a repetirse.

A lo largo de toda la época de migraciones más pájaros se estamparon contra la torre, y hubo que recogerlos y tirarlos en bolsas de basura antes del inicio de la jornada. La torre Sur, que se empezó después y que por entonces solo tenía veinte pisos, todavía no les suponía un obstáculo.

El 8 de mayo, la cuadrilla de mohawk está terminando de atornillar un elemento prefabricado del muro externo cuando por los pisos se empiezan a extender los gritos. Se oyen insultos, compañeros exclamando: «¡Hostia, vamos a bajar!», «¡Tendrán caradura para venir a hacer eso delante de nuestras narices!» y «¡Putos comunistas!».

Los equipos dejan el trabajo, los hombres abandonan las herramientas y se forman grupitos, que rápidamente van a los ascensores. Algunos llevan barras de hierro en la mano o enormes llaves ajustables, y todos van con el puño cerrado y una mirada iracunda. Jack guarda el mazo en la caja y baja por la escalerilla:

—No os mováis, voy a ver qué pasa.

Unos diez obreros están esperando que vuelva el ascensor.

—Fred, ¿qué pasa ahí abajo? ¿Adónde va todo el mundo?

—¡Son rojos, Tool! ¡Miles de rojos! Una manifestación de comunistas en Manhattan. Esos imbéciles de pacifistas están ahí, frente al ayuntamiento. Mi hermano arriesgando la vida en Vietnam para defender este país y a esos niños mimados, esos burguesitos, esos bobos de la universidad, no se les ocurre nada mejor que ponerse delante de mis narices para escupirle a la cara. Por lo visto, hasta tienen banderas del Vietcong. ¡Aquí, en Nueva York! ¡Se van a enterar!

Cuando llega la cabina, se meten todos dentro. Jack LaLiberté, en cambio, vuelve sobre sus pasos con aire pensativo, hasta donde los once mohawk del último piso le esperan mano sobre mano. Se quita el casco, se limpia el sudor de la frente con la manga y se sienta en un cajón de madera.

—Es cosa de blancos, chicos. Nos quedamos aquí, no nos involucramos. Es su guerra. Ahí abajo va a haber tortas para dar y tomar.

—¡Vaya con Tool! ¡Así que te rajás! —le espeta uno de los indios, Bruce Danforth, un oneida que mide por lo menos dos metros y tiene la envergadura de un armario, dos dientes rotos y la bandera de barras y estrellas tatuada en el bíceps derecho—. No me extraña, viniendo de ti o de cualquier miembro de tu familia. Por lo visto tu apellido significa «libertad» en francés, pero será la libertad de huir y dejar a los compañeros en peligro. También tú te cagas de miedo, como cuando lo del puente de Quebec a principios de siglo. ¡Menuda familia! ¡Traidores y miedicas! ¡Tendrían que haberos prohibido andar con herramientas en un puente o un rascacielos hasta el fin de los tiempos!

Jack, rojo de ira, suelta el casco y se abalanza contra él. Otros hombres se interponen, le sujetan. El coloso se ha dado la vuelta.

—Los que no aceptan que se manche el nombre de nuestros hermanos, que luchan en Vietnam contra los amarillos, que vengan conmigo. Los demás

podéis quedaros con ese gallina. En esa familia siempre han sido unos flojos. A muchos se les ha olvidado lo que hizo su antepasado en Quebec, pero los oneida tenemos buena memoria.

Cuatro indios le siguen hacia la escalera de madera; los demás rodean a Jack e intentan calmarle.

Poco después, Max, que está sentado un poco aparte en una pila de tablones, tira de la manga a uno de los mohawk.

—¿Qué es eso del puente de Quebec?

—¿Tu familia no te lo ha contado?

—No, nunca.

—Calla, no hay que hablar de eso delante de Jack. La catástrofe del puente de Quebec, en 1907, ¿te suena?

—Cómo no. Cuando se derrumbó murieron muchos *ironworkers* indios, eso lo sabe todo el mundo en Kahnawake, hasta se estudia en el colegio.

—Pues ese día hubo un problema con uno de tus antepasados. Una historia bastante turbia. Se supone que traicionó a su cuadrilla, que se marchó sin avisar a nadie, o algo así. Ya te lo contaré en otro momento, aquí no. O, mejor aún, pregunta a una de las madres del clan la próxima vez que vayas a la reserva. Las mujeres son más objetivas para este tipo de cosas, y más listas.

En la calle, Bruce Danforth y los oneida se suman a una procesión amenazante de cientos de obreros con traje de faena que se han bajado de las dos torres esgrimiendo sus herramientas, y gritan:

—¡América! ¡América! ¡Fuera los comunistas!

Cuando llegan a la plaza del ayuntamiento y ven a miles de jóvenes melenudos con banderas con el arcoíris, fotos ampliadas de las víctimas de los bombardeos y siglas pacifistas, se les echan encima.

Danforth es uno de los primeros que grita «¡Rojos fuera!» y empieza a dar puñetazos y patadas, seguido de otros que van armados con barras de hierro.

El pánico se extiende, los jóvenes intentan huir. A los más débiles los tiran al suelo y los muelen a palos. La policía solo interviene cuando se recrudece la violencia de las palizas. En pocos minutos, los obreros se han apropiado del lugar y rugen de alegría y de rabia. Alguien le da a Danforth, que saca una cabeza al resto, un altavoz con el que lanza a gritos una proclama patriótica que concluye con un «¡Dios bendiga América!».

Cuando los obreros se marchan por grupitos sin que los policías, que han visto lo que han hecho, les digan nada, los servicios sanitarios tienen que atender a setenta heridos. Los periódicos sensacionalistas bautizaron ese día como «Bloody Friday», y dejó huellas en la sociedad estadounidense, que consideró durante mucho tiempo a los montadores de acero, fueran los que fuesen, unas pandillas de brutos reaccionarios.

En las obras de la torre Norte, Jack y su cuadrilla bajan a nivel de calle y esperan órdenes tomándose unas cervezas. Con las grúas paradas, sin nada que suba, nadie trabaja.

Bill Kelly se une a ellos.

—Por lo que sé, los chavales protestaban por la muerte de tres o cuatro estudiantes en una universidad de Ohio cuando la Guardia Nacional se lio a tiros. Pero claro, a nuestros compañeros no hay que tocarles las pelotas con banderas del Vietcong. En fin, marchaos. De todas maneras es viernes, hoy ya no volveremos al tajo. Habéis hecho bien en quedaros al margen, las cosas se han puesto muy feas. He intentado hacerles entrar en razón, pero se me habrían tirado encima.

7

Nueva York

14 de septiembre de 2001

No sé si serán los ronquidos de Andy en la cama de al lado o la lluvia contra la ventana de la habitación del hotel lo que me ha despertado. Está lloviendo, eso es bueno, va a enfriar el montón y fijar el polvo, puede que incluso apague los incendios que hay ahí abajo. Ayer, en la Zona Cero, con el tremendo calor y esa mezcla de humo y partículas en suspensión no se veía más allá de los guantes y la punta del soplete. Además, aunque no me quité la máscara más que para beber o hablar, siento la garganta ardiendo. Tengo que ir a por más recambios para los filtros antipolvo, creo que gasté cuatro.

Ayer acabamos temprano. Ya han planificado las rotaciones de equipos y un tío del sindicato vino con seis sustitutos y nos dijo que nos fuéramos para que ellos ocuparan nuestro puesto y tomaran nuestras herramientas. Cuesta pararse. Y más en ese momento, justo cuando habíamos terminado de cortar dos vigas que tal vez dieran acceso a un sótano. Me habría gustado ver qué pasaba después. Los bomberos decían que tal vez hubiera supervivientes en un parking subterráneo. Al principio nos negamos a irnos y a dejar nuestros

sopletes, pero nos amenazaron con anularnos los pases. Dicen que hay que organizarse, que tenemos para semanas, puede que para meses, y que el sindicato, el New York City Ironworkers, Local 40, ha recibido el encargo de poner algo de orden, seleccionar a los voluntarios y dejar entrar solo a los que sean realmente útiles, con sus carnets profesionales.

Creo que el policía de la Autoridad Portuaria es el único superviviente que sacaron ayer de los escombros, pero eso no puede ser, vamos a encontrar más. En esas torres había miles de personas, no sé cuántas con exactitud, pero miles. Se rumorea que podían ser entre veinte mil y sesenta mil. Muchos tuvieron tiempo de huir; vi las imágenes de la gente saliendo por las puertas y corriendo por la explanada. Pero ¿cuántos se han quedado aprisionados ahí abajo, a cuántos no les dio tiempo a salir? Tal vez se hayan refugiado en el aparcamiento o en las galerías comerciales del sótano. Nos estarán esperando. Seguro que habrá muchos heridos. Pasarse horas cortando acero, despejando vías por las que circular y no poder estar ahí para ver si sirve de algo, si los bomberos que se cuelan por los túneles encuentran supervivientes, es muy frustrante.

Nos fuimos del recinto con paso lento, blancos de polvo, con los cascos echados hacia la parte de atrás de la cabeza, cuando en Canal Street vimos a un hombre con delantal de cocina que venía hacia nosotros. La suya era la primera sonrisa que veía desde el martes por la mañana. Se plantó delante y nos enseñó el cartel de un restaurante italiano, NINO, colocado en la acera. Nos cogió el brazo.

—Pasad, por favor. He recibido autorización para mantenerlo abierto. Es gratis para el personal de rescate, la gente de la Zona Cero, y además me han enviado provisiones de toda la ciudad. ¡Habrá que alimentaros, en los días y las semanas que vienen! Venid, sentaos, podéis ir a lavaros las manos y la cara. ¡Tengo lasaña para dar de comer a medio Manhattan!

Dentro, en una sala alargada, solo había polis, *ironworkers*, enfermeras o bomberos. Algunos estaban solos, silenciosos, inclinados sobre su plato, perdidos en sus pensamientos. Otros, los más, estaban en grupo y tomaban una cerveza tras otra sin calmar la sed. Hablaban a voces, soltaban tacos, contaban cómo les había ido el día. Pero, exceptuando las de dos guapas morenas que estaban en la entrada, la de la madre del dueño, Josephine «Mama» Vendome, y las de los voluntarios vestidos de calle para ayudar en el servicio, no se veía ni una sonrisa. Todos estaban estupefactos, traumatizados, superados por la magnitud del drama, igual que nosotros.

Cerca de la caja, colgado con una chincheta, había un dibujo infantil de la estatua de la Libertad con un «Dios bendiga América» escrito en grande. Y otro de la silueta de las dos torres rodeadas por un corazón. Junto a la entrada había una cesta para recoger donativos, y ya estaba medio llena de billetes.

Comimos a toda prisa lasaña y salchichas, nos bebimos dos Budweiser y respondimos con pocas palabras a lo que nos preguntaron nuestros vecinos de mesa. Cuando nos levantamos, llegaron tres mohawk. Reconocimos sus caras, su equipamiento; uno tenía una larga trenza que le bajaba por la espalda, pero ni Andy ni yo los habíamos visto antes. Por lo que nos había dicho el delegado del sindicato, en la Zona Cero estamos unos cincuenta indios. Algunos llegaron esa mañana, o por la noche, desde las reservas de Kahnawake, de Akwesasne, las oneida y onondaga. Pero aunque nosotros, las cuadrillas de mohawk, solemos trabajar juntos en todo el país, no nos conocemos todos. Los saludamos con una inclinación de cabeza.

Al llegar al hotel, me di un baño antes de acostarme y puse en el agua tres hojas de tabaco para lavar los horrores del día. No estaba muy seguro de que fuera lo más conveniente para mi herida, pero los puntos estaban muy juntos, aguantaban bien y ya no me dolía. Me quedé traspuesto en el agua; me

despertó el ruido de una puerta. Me arrastré hasta la cama y me dormí como un tronco.

Acabo de vaciar los bolsillos del pantalón para pasar su contenido a otro limpio. En el bolsillo de atrás está mi petaca de bourbon, con funda de piel, con una garra de oso grabada. No la he tocado desde la catástrofe; ni siquiera he pensado en ello. Me siento en la cama, desenrosco el tapón de latón, aspiro el olor del alcohol y cierro los ojos.

Me veo de nuevo en la estructura metálica del puente viejo. Es verano, tengo quince años. Éramos cinco o seis chicos, escalamos los pilares de piedra y trepamos a los arcos de hierro. Bajo nuestros pies, la luna hacía brillar las aguas del San Lorenzo.

—¡Vamos, John, te toca a ti! ¡A ver si puedes! ¡Sin sujetarte, suelta esa viga!

Doy un paso, y luego otro, sobre el acero de treinta centímetros de ancho. Cuando abro la mano para soltar la viga, todo me da vueltas. Me quedo paralizado, los remolinos fluorescentes del río se enroscan como atrayéndome, se me corta el aliento y me resulta imposible avanzar. Un sudor glacial me recorre la espalda.

—¿Te decides, o qué? ¡Hay que ver! ¡Mirad, chicos! ¡John es un miedica! Ya verás cuando se entere tu padre.

Se ríen, silban, me tiran monedas. Vuelvo a aferrarme al metal que tengo sobre la cabeza, me agarro con las dos manos, camino dando pasitos cortos sin bajar la vista, llego al otro lado, me dejo caer a lo largo de una viga, salto a la orilla y salgo a todo correr oyendo las burlas.

Al día siguiente después de la cena, mientras mi madre friega los platos,

voy al salón, abro la caja de herramientas de aluminio que mi padre ha transformado en mueble bar y saco una botella. Four Roses Kentucky Bourbon. El primer trago me abrasa la garganta, me quema el estómago. Toso en el hueco del codo, me tomo otro trago, otros dos. El fuego me baja por las entrañas, espero unos segundos y vuelvo a empezar.

—Mamá, voy a dar una vuelta con los chicos. Volveré pronto.

Cuando llego con los demás, en el punto de cita habitual, en la orilla, la cabeza me da vueltas y la voz me suena más grave.

—Venga, vamos a volver. No sé qué me pasó ayer, pero seguro que hoy va bien. Yo paso el primero.

Es una historia que he oído cientos de veces en las cenas familiares: un tío de mi madre, ironworker legendario, no era capaz de trabajar en las alturas sin haberse tomado tres whiskies. Cuando me encuentro de pie al extremo del puente viejo, entiendo por qué: empiezo a andar por la viga con paso firme y riéndome, me paro a mitad de camino, doy media vuelta a la pata coja y termino dando saltitos como un mono. ¡Yupiii!

—Muy bien, John, eso está mejor —me dice uno de los mayores de la pandilla—. Ayer casi nos creímos que eras un cobardica. Bienvenido al club.

Aquella noche entendí lo que era el vértigo y cómo superarlo. Un año después, al entrar como aprendiz, me compré mi primera petaca. Justo antes de subir me tomaba dos tragos, no más. Cuatro metros o cuarenta, cuando estás en lo alto, tanto da.

Me guardé el secreto mucho tiempo. El día que Andy se enteró, se echó a reír.

—¡Así que tú también! Me lo imaginaba, por tu aliento. No te preocupes, hombre, que no eres el único. Mi padre bebió todos y cada uno de los días que trabajó. Solo hace falta no dejarse llevar.

Ahora, sentado en la cama, abro el cajón de la mesilla de noche y guardo la petaca. El otro día, cuando nos alzaron en una cesta por encima de los escombros no noté nada, y no había bebido.

Según la nueva planilla de organización, a las ocho nos esperan a la entrada de la Zona Cero. Andy, al que no le gusta la decoración de madera y espejos del restaurante del hotel, propone que nos paremos a desayunar en el semirremolque del McDonald's.

—Me encantan sus tortitas.

Tras enseñar a los policías nuestros pases para cruzar la barrera —uno de ellos nos saluda mientras el otro nos abre el paso—, damos un rodeo hasta el puesto de Carhartt, donde, antes de que preguntemos, dos voluntarios nos tienden un par de ponchos de plástico con capucha para la lluvia.

—¿También queréis gorras? ¿Y guantes?

El camión del McDonald's está justo al lado, en una explanada de la calle Greenwich. Han puesto mesas y sillas de plástico protegidas por un toldo.

A esta hora, la mitad de las mesas está libre.

—Estábamos en Pennsylvania, de camino a Daytona porque hay una carrera Nascar dentro de tres días, cuando la dirección nos pidió que viniéramos a Nueva York para servir gratis al personal de rescate —dice una de las camareras mientras nos llena los vasos de café—. Nos sentimos muy orgullosas de estar aquí. Espero que podamos quedarnos mientras ustedes necesiten comer y beber. Siéntense, voy a traerles las tortitas y las salchichas.

Cuatro bomberos se sientan a una mesa, dejan en el suelo los cascos y cuelgan en el respaldo de la silla sus chaquetas ignífugas, con su nombre escrito en letras grandes en la parte baja de la espalda.

—Gracias por lo que están haciendo —nos dice el capitán alzando su vasito de plástico—. Supongo que están viendo cosas terribles, lo siento mucho. Nosotros estamos acostumbrados, pero para ustedes no debe ser fácil.

Dentro de unos días les costará menos, ya verán. Hay que blindarse, no queda más remedio.

Las cabezas se vuelven para seguir con la mirada las piernas de una camarera con minifalda verde que pasa esquivando sillas. Todas, menos la de nuestro vecino de la izquierda, que está solo. Tiene la frente apoyada en las manos y la mirada fija en su vaso. Es un latino cincuentón, de bigote gris, con la cara sucia, vestido con pantalón y chaqueta tejanos. No deja de murmurar:

—Voy a encontrarle... Sí, seguro que le voy a encontrar. Habrá sobrevivido, estoy convencido. Es fuerte. Mi hijo es fuerte.

La joven se para a su lado y le rellena el vaso.

—¿Su hijo ha desaparecido?

—José, se llama José Marzano. Veintinueve años. Bombero en la compañía Engine 22, Manhattan. Ha desaparecido, pero estoy seguro de que no ha muerto. Estaba en la torre Sur. Ha sobrevivido. Se escapó a tiempo, estoy convencido. O puede que esté atrapado en algún sitio. El martes por la mañana yo estaba trabajando en la autopista, al norte, hacia Whitestone. De lejos, porque desde ahí arriba hay buenas vistas de la ciudad, vi el fuego en la primera torre, el humo que subía hacia el cielo. Justo antes nos pasó por encima un avión que volaba muy bajo, pero no podía imaginar que el incendio era por eso. Llamé a su parque de bomberos y el teniente me comentó que su compañía había ido al World Trade Center, y que no sabía más. Me fui de la obra y me volví a casa. Mi hija, en la cocina, me dijo: «¡Mira, mira, papá, es José!». Su hermano estaba saliendo en la tele, en New York One. Se le veía colocando mangueras desde un camión aparcado junto a una de las torres. Parecía tranquilo. Otros dos le ayudaban a sacar las mangueras. Le llamé al móvil, y me extrañó que me contestara al cabo de cinco intentos. Me dijo: «Hola, papá, estoy bien; no te preocupes. Estoy en el quinto piso, hay una mujer embarazada atascada entre dos puertas y voy a

ayudarla a salir». Yo le dije: «¡Ten cuidado! ¡Es demasiado peligroso, sal de ahí! ¡Baja, sal de ahí enseguida!». Y entonces se cortó. Un biiiiip larguísimo. Creo que fue cuando la torre se cayó. Fui a toda velocidad al parque de bomberos, para ver si había salido, si habían vuelto con mi hijo. El capitán estaba llorando. Me cogió por los hombros y me pidió que pasara a la habitación del fondo. Estaba claro que no iba a ser para nada bueno. Me dijo: «Su hijo es un héroe», y yo le contesté: «No me diga que mi hijo es un héroe, ¡no quiero oírlo!». Y ellos: «De aquí han salido once compañeros; cinco han vuelto. Faltan seis, y su hijo es uno de ellos. Los estamos buscando». Intentaron consolarme, me ofrecieron una silla, café, que me quedara con ellos. Pero yo les contesté que lo que necesitaba era ir a las torres y ayudar. Fui bombero ocho años, sé cómo se hace. Quiero encontrar a mi hijo.

Manuel Marzano se interrumpe, se toma a sorbitos el café frío, da vueltas a un trozo de bollo entre los dedos. Una barba de tres días bajo el bigote entrecano y unas marcadas ojeras le comen la cara. Tiene las manos y los antebrazos sucios, rojos, llenos de rasguños. El pantalón se le ha roto a la altura de la rodilla y en la chaqueta tiene desgarrones.

A nuestro alrededor, las conversaciones han cesado y nadie toca su plato. La camarera ha dejado la bandeja y se ha sentado a su mesa con los ojos llenos de lágrimas. Le pregunta:

—¿Por eso está aquí?

—Fui a la Guardia Nacional para ofrecirme de voluntario. Me pasé horas esperando. Cuando llegué aquí, en autobús, me dijeron que era tarde, que había demasiada gente y que ya no cogían voluntarios, así que fui a una barrera. Un policía me cortó el paso y me pidió mi pase para entrar. Le dije: «No tengo. He venido a buscar a mi hijo. Es bombero, Engine 22. Si no quiere que entre, tendrá que pegarme un tiro». El policía se apartó, y yo entré.

Desde entonces no deja la pala más que para comer, echarse cabezadas de

tres horas en el coche, que tiene aparcado cerca de Canal Street, y llamar a casa.

—Les digo a mi mujer y a mi hija que no me iré hasta que le encuentre. José tiene tres hijos, que me dicen: «¡Abuelo, abuelo, ve a buscar a papá! Nadie sabe dónde está. Con lo fuerte que eres, seguro que le encuentras». Están en casa, pendientes de la tele. Me llaman cada dos por tres: «¿Has encontrado a papá? ¿Has encontrado a papá?». Y yo les digo: «Todavía no, pero seguro que lo haré dentro de poco».

Andy se seca los ojos con la manga. En la mesa de al lado, un bombero se recoge una lágrima con el guante. La camarera le vuelve a llenar el vaso, va a buscarle azúcar. Mirando fijamente la mesa y sujetándose la cabeza entre las manos, Manuel Marzano sigue hablando en tono monocorde, como si hablara solo.

—He encontrado cuerpos, trozos de cuerpos. No me dejan excavar donde está él, cerca de la segunda torre. Dicen que es demasiado peligroso, que aún quema, que se puede derrumbar. Dicen que hay cuatro o cinco pisos de sótanos y que tal vez esté ahí. Pero ya han pasado tres días. Yo siempre mantengo la esperanza, nunca hay que perderla, pero desde el miércoles no han sacado a nadie. Yo quiero encontrar a mi hijo, vivo o muerto. Entero o a cachos, lo encontraré. Mi hijo es fuerte, es fuerte. No puedo volver a casa sin él. No podré volver a casa y mirar a la cara a su madre si lo dejo aquí. Ya no me quedan lágrimas. Me duele todo, la espalda, los brazos, ya no puedo cerrar las manos, no me entra nada de comer. Excavo y excavo todo el día como loco porque lo que quiero es encontrar a mi hijo.

Aprieta los puños, se seca los ojos, se le quiebra la voz.

—Por ahí hay gente que no está haciendo nada, que anda paseándose. Se sacan fotos delante de los pedazos del edificio que aún siguen en pie en lugar de ponerse a excavar. Los hay incluso que traen mochilas y se llevan algún

trozo de recuerdo. Ya lo verán, en cualquier momento nos encontraremos con cosas que se subastan por internet. Ayer por la tarde amenacé con la pala a un gilipollas que quería quitar un cartel del Word Trade Center para llevárselo. Yo era bombero en Brooklyn. Mi padre era bombero. Vino de Puerto Rico en 1922. José decía: «Quiero ser bombero, como el abuelo. El abuelo era el mejor bombero».

Intenta levantarse, se le doblan las rodillas y vuelve a sentarse. La camarera le coge la mano, pero él no parece darse cuenta. El capitán de bomberos se acerca y le pone una mano en el hombro. Tampoco lo nota.

—Bueno, me vuelvo. Voy a escarbar hasta esta noche a las nueve. Tengo una furgoneta, es práctico para dormir. Mañana regresaré. Necesito un pantalón. ¿Saben dónde puedo conseguir uno? A José le gustaba ayudar a la gente. Ha muerto ayudando a la gente. Si está vivo... ¡Dios! ¡Si está vivo iré a la iglesia y rezaré hasta que me muera! Esto me está comiendo por dentro. Cuando tenga su cuerpo en las manos, aunque no sea más que un trocito, me voy a derrumbar y voy a sacarlo todo como nunca. Porque es mi único hijo. José es mi único hijo.

Deja su vaso, nos mira sin vernos. Se levanta, recoge la pala que tiene a los pies y, con pasitos cortos y arrastrando los talones, con la cabeza gacha, cruza la calle y desaparece en el humo blanco.

Nadie a nuestro alrededor se atreve a romper el silencio. La camarera, llorando, pasa la bayeta con grandes gestos circulares en la mesa que acaba de quedar libre. Un bombero murmura:

—En mi parque, un hermano está buscando a un hermano. Y sé que hay muchos padres, antiguos bomberos, que están aquí desde el principio. A los que hayan perdido a un pariente o a un ser querido, el departamento les ha autorizado a venir si quieren excavar en el montón. Lo que más cuesta es convencerlos de que paren y descansen un poco.

La lluvia amaina, golpetea con menos fuerza en el toldo. Nos levantamos y nos ponemos los ponchos de plástico.

—Gracias. Hasta luego, quizá...

—Pasen a la vuelta, siempre tenemos café recién hecho. Buena suerte.

Las docenas de fuegos agazapados debajo de los escombros, los chorros de las mangueras contraincendios, algunas instaladas en las plantas de los edificios que rodean la Zona Cero, la tormenta que se va calmando... Todo ello hace que por encima del magma ascienda una mezcla de humo blanco, gris, más oscuro en algunos sitios. Por la noche han instalado unas grúas y palas mecánicas con pinza hidráulica. Están por todas partes, moviéndose; parecen monstruos prehistóricos rodeando un festín. Las cadenas humanas del primer momento casi han desaparecido, sustituidas por equipos de *ironworkers*, bomberos y voluntarios que trabajan alrededor de cada máquina para despejar vías, retirar piezas, rebuscar en ellas y llevarlas a la parte de atrás si no hay nada. Desde allí se cargan en camiones que no paran de ir y venir hasta las barcazas en el Hudson.

Se hacen varias reuniones con los equipos de la mañana, por grupos. Capataces, oficiales de policía y bomberos asisten a la reunión de planificación, que se celebra en un aula de la escuela de primaria 69, transformada en cuartel general.

—Bueno, lo principal es la seguridad —dice un jefe de equipo por un megáfono—. Ayer evitamos un drama por los pelos. Una pieza de tres plantas se derrumbó y cayó en parte sobre una pala mecánica. Por suerte, la cabina aguantó. Así que, si oyen sonar tres veces la sirena, déjenlo todo y salgan corriendo. Los ingenieros evalúan los riesgos permanentemente. Tenemos que buscar y encontrar supervivientes, si Dios quiere, pero también tenemos que evitar añadir nuevas víctimas.

A otro carpintero del hierro al que no conozco de nada, un tipo fornido con

bigote venido de Chicago, a Andy y a mí nos piden que sustituyamos a tres cortadores de acero que se han pasado la noche despejando un camino hacia un hueco del que parecen subir ruidos, como golpes en el metal. Están usando lanzas de oxígeno, sopletes potentes que funcionan con barras de magnesio. Como es la primera vez que vamos a utilizarlos, nos explican cómo funcionan.

—Veréis que casi hemos terminado de cortar una viga muy grande que cierra el paso a un túnel —dice uno de ellos—. No queríamos irnos, queríamos terminar el trabajo y ver qué hay ahí abajo, pero nos han echado. Buena suerte, y tened cuidado, porque caen un montón de cosas. No os quitéis el casco.

Cuando llegamos al lugar indicado, cuatro bomberos y dos enfermeras están mirando en un monitor de vídeo las imágenes que transmite una minicámara atada a un palo que han metido en el paso que nosotros tenemos que terminar de abrir. Registra lo que hay en la cavidad dos o tres metros por delante.

—Eso parece una puerta, fijaos en el picaporte, ahí —dice uno de los bomberos—. Ve un poco la derecha... Ahí, más abajo, ¿ves? Es lo que estamos buscando, la entrada a un pasillo... Pero parece que está bloqueado. Pasa a la izquierda del cable para que no se enganche. ¿Qué es eso? Acércate un poco. ¡Hostia puta! ¡Jefe, jefe, ven a ver esto, hay una cosa ahí que parece el asiento de un avión! ¿Puedes ampliarlo?

Todos nos arremolinamos ante la pantalla, donde se distinguen unas butacas de plástico recubiertas con la típica tela de los asientos de Boeing. Al subir un poco la cámara, pasados unos minutos se ven las letras AMERICAN AI. El resto es ilegible, está torcido. Al lado se ve algo que parece un cinturón de seguridad. El operario insiste, sube, baja, bloquea la cámara, la desbloquea, da marcha atrás para intentar captar planos más amplios. Son, efectivamente,

los asientos de uno de los aviones que los terroristas lanzaron contra las torres. No se ven manchas de sangre, ni hay rastro de los pasajeros, al menos no en el estrecho campo de la cámara.

—Muy bien, ya vale —dice el capitán de bomberos—. Sácala, tenemos que entrar a ver. Metalúrgicos, os toca. Terminad de cortar esa viga horizontal grande y avisad antes de que ceda, para que todo el mundo se aparte. Después, ya veremos si se puede bajar.

Nos ponemos máscara, casco, guantes reforzados y encendemos dos lanzas de oxígeno. Hay que reptar tres metros, después ponerse de pie y trepar por un montón de cascotes para llegar a la viga de carga que han estado cortando durante la noche. Encuentro el corte; necesitaremos alrededor de una hora. Andy empieza por mi izquierda, a tres metros. La llama azul del soplete muerde el acero, las chispas se pierden detrás, en la negrura. Avanzo centímetro a centímetro, el metal es grueso, debía de ser una de las grandes vigas que sostenían la entreplanta, o una de las cajas del ascensor. El tío de Chicago, que también se llama John, me va pasando barras de magnesio. Como hay que trabajar con los brazos en alto, empiezo a tener calambres y le paso el relevo. A nuestra espalda los bomberos le miran mientras trabaja. Un ingeniero gira la cabeza en todos los sentidos, palpa los escombros con una vara para tratar de averiguar cuáles son los puntos débiles o notar síntomas de derrumbe.

Quedan cinco o seis centímetros por cortar cuando la viga empieza a ceder con un largo crujido.

—¡Todos atrás! —grita el ingeniero.

John cierra la entrada de aire del soplete, se vuelve hacia nosotros, se quita la máscara y sonrío.

—Creo que va a valer. ¿Nos pueden mandar un cable de grúa? Me parece que vamos a poder levantar este trozo.

La viga ya no se mueve, parece estable, el ingeniero da luz verde. Andy sube y regresa a los dos minutos trayendo en la mano el gancho gigante de un cable de grúa y en la otra ell *walkie-talkie*.

—El operario está en el canal 4. Cuando queráis.

John le coge el gancho.

—Dámelo, voy a ponerlo.

Pasa por debajo de la viga de carga, entre los dos trozos cortados, lanza el cable, lo coge por el otro lado, lo fija y vuelve con nosotros tan tranquilo, como si acabara de jugar una partida de bolos. Se quita la máscara.

—En los marines fui desminador —explica.

Cuando ya estamos todos fuera del agujero, un bombero hace el recuento para asegurarse de que no falte nadie.

—Vale, vale, grúa 12, Alan, Alan, puedes empezar. Levántalo despacio, con mucho cuidado.

El cable se tensa y en dos segundos lo que quedaba de viga cede y provoca un derrumbe que, a pesar de la lluvia, levanta una nube de polvo que nos engulle. Nos alejamos más, hasta un puesto de descanso y avituallamiento de la Cruz Roja con tres mesas y sillas plegables.

—Vamos a esperar un poco a que baje, y luego miramos si se puede pasar —dice el jefe de grupo de la policía.

—Hola, usted es John, ¿no? ¿Se acuerda de mí?

Una mujer muy guapa, con el uniforme de la Cruz Roja, rizos pelirrojos que escapan de la gorra y las mejillas pecosas, me tiende una botella de agua con una sonrisa.

—Antes de ayer estaba en la clínica de los ojos. Se los lavé, los tenía llenos de polvo. Tenía una herida en el costado. Usted es indio, ¿no? De Montreal, ¿verdad?

—Sí, mohawk. Me acuerdo de usted. Muchas gracias. ¿Cómo está?

—No es que haya dormido mucho, pero bien. No he pasado por casa desde el martes; estoy durmiendo con otras tres personas en ese camión que está ahí detrás.

—¿De dónde es usted?

—De East Flatbush, Brooklyn. Me llamo Mary Sullivan.

—Somos casi vecinos, yo vivo en Bay Ridge.

—Es verdad. A veces voy a una pizzería que queda cerca del puente de Verrazano.

—Me parece que la conozco. Si es la que yo creo, el dueño es amigo mío.

—¿No vive usted cerca de Montreal?

—Trabajo aquí y voy a Canadá de vez en cuando.

—¿Quiere algo más? ¿Café? Está recién hecho.

—Gracias, me vendrá bien.

Me siento, me quito el casco, me lo pongo en las rodillas, me limpio la cara con el pañuelo y abro un paquete de galletas. Ella trae la cafetera y dos tazas grandes de porcelana.

—Estoy harta de los vasitos de plástico. He encontrado estas en un restaurante abandonado en Broadway y me he traído seis. ¿Azúcar?

—No, gracias.

Se sirve una taza, acerca una silla plegable. Debe de rondar los treinta años, tiene ojos verdes con destellos dorados, un cuerpo esbelto y una sonrisa luminosa que sube las comisuras de sus labios hasta la mitad de los carrillos.

—¿Trabaja a jornada completa en la Cruz Roja?

—Para nada. Soy voluntaria. Tres semanas al año y algunos fines de semana. El resto del tiempo trabajo en una editorial especializada en enciclopedias y libros de texto en Manhattan, en el Upper West Side. ¿Qué tal va su herida?

—Bien, aunque me han puesto diez puntos debajo del brazo. Dentro de un

rato tengo que ir a que me cambien la venda, pero ya casi no me molesta. Creo que dentro de cuatro días me podrán quitar los puntos.

A petición de los bomberos han traído una manguera contraincendios para regar la entrada de la cavidad que acabamos de despejar y asentar el polvo.

—Muy bien, vale así —dice el teniente de la policía—. Voy a ir con el ingeniero a echar un vistazo, a ver qué pinta tiene. Estad preparados. Si hay vía libre, bajaremos para intentar encontrar alguna entrada a los sótanos. Que nos acompañen dos *ironworkers*, por favor.

—Me tengo que ir. Gracias por el café. Si tiene tiempo, una tarde, ¿le apetecería ir a tomar una pizza? No en Bay Ridge, cerca de aquí. Para cambiar un poco de aires, después de todo esto.

Ella sonrío y asiente.

—Por mí, estupendo. Un momento...

Arranca un trozo de cartón de una caja de botellas de agua, se saca del bolsillo de la chaqueta un rotulador negro y escribe un número.

—Si no estoy aquí, llámeme.

El jefe de grupo de la policía y un bombero salen de lo que ahora parece la entrada de un túnel.

—Hay un montón de cosas derruidas y atravesadas, pero ninguna grande. Y parece que aguanta. Vamos a poder despejar un paso. Jeff, ve al puesto de control, necesito unos treinta tíos lo antes posible para hacer una cadena. Si puedes, vuelve con ellos.

Entramos en la galería y empezamos a sacar con las manos todo lo que se puede acarrear. Si pesa demasiado, hacemos palanca con una barra de hierro. Hay que agacharse, a veces avanzar gateando. Oigo a mi espalda cómo se va formando la cadena humana; echamos hacia atrás todo lo que podemos. Delante, dos bomberos destrozan a hachazos un tabique de yeso. De pronto, uno de los golpes suena a hueco.

—¡Joder, por fin! ¡Ya estamos! ¡Hay un pasillo, un pasillo muy grande!
¡Luz, traednos luz!

Alguien me da en el hombro y me doy la vuelta para coger dos linternas cuadradas, de pilas, que alumbran como si fueran faros de coche. Avanzamos. Andy, que va justo delante de mí, se pone a cuatro patas para pasar por debajo de un trozo de tabique. Le sigo. Se levanta, se mete de lado por el paso horadado a golpe de hacha por los bomberos. Y ahí estamos, en una especie de pasillo, o más bien una sala alargada, como un trastero. El haz de las linternas recorre el techo, que ha aguantado. En un rincón hay cajas y botes de plástico grandes, como de pintura. Y también dos escaleras de mano de aluminio.

—¡Jefe! ¡Hay una puerta, ahí! —dice un bombero.

Las linternas se vuelven hacia él. Está cerrada; la abre a patadas. Entran seis bomberos y nosotros los seguimos con el ingeniero, dos polis y tres enfermeros con camillas. El haz de luces nos muestra, en un silencio sepulcral, unos coches. Están intactos, aparcados en su sitio, cubiertos de polvo blanco al igual que el suelo y los extintores de las paredes. Paso el dedo por el capó de un Mercedes todoterreno: de dos a tres centímetros, cenizas y cemento pulverizado.

—¡Bomberos, somos los bomberos! ¿Hay alguien? ¡Hola! ¿Hay alguien? ¡Si está herido o atrapado, si no puede hablar, golpee con algo, haga ruido! ¡Estamos aquí para ayudar! ¡Indíquenos su posición!

La capa de polvo atenúa los gritos del jefe de equipo, que coge la palanqueta que lleva colgando del cinturón y da varios golpes en una viga metálica. No hay respuesta. Se lleva la radio a los labios: «Puesto de control de bomberos, puesto de control de bomberos, aquí Gantz. Hemos conseguido entrar en un aparcamiento del sótano. Esquina noroeste. Por el momento no hay nadie. Empezamos el reconocimiento, cierro».

—No estoy seguro de que puedan captarme desde aquí abajo —dice—. Bueno, formemos tres grupos. Por ahí, por ahí y por ahí. Todos de vuelta aquí en quince minutos. Que nadie se pierda, tomad puntos de referencia. Y aguzad el oído. La radio debería funcionar entre nosotros a este nivel, en el canal 6. Ingeniero, usted venga conmigo. El primero que encuentre algo, que avise a los demás.

Voy hacia la derecha con dos bomberos, un poli y un enfermero. En la mochila llevo una lanza de oxígeno y barras de magnesio. Avanzamos entre hileras de coches, elevando los pies a conciencia para no levantar polvo. El aparcamiento es muy grande, pero los únicos signos de vida que vemos y oímos son los de los otros dos equipos. El 11 de septiembre debió de saltar la alarma de un Cadillac; la sirena ya no suena, pero los intermitentes siguen encendidos y sus destellos brillan débilmente bajo el manto gris. La puerta lateral de un monovolumen se ha quedado abierta y en el suelo han dejado abandonadas unas bolsas de deporte, como si alguien hubiera querido llevárselas y luego hubiera cambiado de idea para ir más rápido.

Oímos unos golpes de metal y enfocamos inmediatamente las linternas hacia la derecha, pero son solo los compañeros avisando de su presencia. Limpio con la mano la ventanilla del conductor de un Dodge muy grande, como si pudiera encontrar a alguien dormido dentro.

La radio de los dos bomberos chisporrotea:

—¡Gantz, Gantz! Soy Gómez. Estamos delante de una puerta. Hay un cartel que indica SALIDA DE PEATONES. Debe de dar a otro sitio. ¿Nos da permiso para seguir?

—Gómez, Gómez, aquí Gantz. Paren, paren. Espérennos. Veo dónde están. Este nivel del aparcamiento está vacío, vamos a reunirnos para cambiar de sitio. Atención a todos: reagrupamiento. Acudan a donde se encuentra el

grupo de Gómez. Gómez, Gómez, mande destellos de linterna hacia el techo, por series de tres. Vamos para allá.

Seguimos las señales de luz y llegamos ante una puerta doble. No está cerrada, y el teniente Gantz la abre despacio. Cuando está entreabierta, se bloquea. Centímetro a centímetro, dos bomberos la empujan con el hombro hasta abrir un hueco lo bastante grande para que pasemos. El teniente entra primero.

—Es una galería, una de las galerías comerciales del sótano. Se ha derrumbado una parte. Hay cascotes. Esperad un momento, voy a despejar la puerta.

Le oímos mover a patadas lo que la está bloqueando y le seguimos. Es una de las calles subterráneas que había bajo las torres, donde se alinean las tiendas pensando en los miles de trabajadores que pasaban por aquí a diario al entrar y salir del trabajo. Bajaban a comer, hacían sus compras por la tarde, cuando iban camino del metro o de la estación del Path, el tren de la Autoridad Portuaria que los llevaría a New Jersey.

La capa de polvo que cubre las baldosas del suelo es más gruesa que en el aparcamiento. En algunos sitios están encendidas las cajitas de luz de emergencia que mandan desde el techo aureolas pálidas. Todo lo demás está negro. Por debajo de una puerta sale un humo gris. Recuerda a las películas de ciencia ficción, como en *Alien*, cuando los exploradores se adentran en las entrañas de la nave abandonada.

—Dos equipos, por aquí y por ahí. Canal 6. Regreso a este punto dentro de un cuarto de hora como máximo —dice Gantz—. Miren por dónde pisan.

Cerca de la puerta, cuatro escaparates han estallado por el peso de los cascotes caídos debido a una brecha en el techo. Algo más allá, las vitrinas están intactas.

Bajo la capa de cascotes, en el haz de mi frontal, adivino que el puesto que

está a mi lado es una frutería. A un quiosquero le ha dado tiempo de cerrar y bajar la persiana antes de irse. Paso el dedo por un expositor lleno de ejemplares del *New York Times* del 11 de septiembre: dos centímetros de polvo, fino como el talco. Avanzamos, giramos a la derecha. No hay señales de vida. La capa de polvo es ahora más fina. Las tiendas están cerradas, intactas, con las persianas de hierro bajadas. Detrás oímos al equipo de Gantz, cuyas llamadas retumban en el vacío.

—Rob, Rob, mira. Ahí delante. ¿Eso no son huellas?

Uno de los policías apunta la linterna hacia el suelo, donde se ven tres o cuatro pares de huellas recientes, botas grandes que se distinguen bien en el polvo. Al lado hay un rastro continuo, como de algo que se ha arrastrado.

—Parece que no somos los primeros...

Sin quitar la vista del suelo, siguiendo la pista que gira a la izquierda, llegamos a una pequeña rotonda de la que salen varios pasillos. El que está a mi lado eleva su linterna y vemos que, entre dos escaparates intactos, han reventado el de una joyería de lujo. Los expositores están vacíos, volcados. Dentro, todo está patas arriba.

—Joder... —dice uno de los dos policías, desenfundando su pistola.

Unas huellas de pisadas en el fieltro carmín del escaparate confirman que uno o más intrusos se han colado en la tienda por ahí. Algunos expositores de relojes están intactos, otros rotos como a martillazos, y vacíos. La puerta sigue cerrada. Uno de los polis pasa por el escaparate roto y entra en la joyería.

—Esto no es por el derrumbe. Es un robo. —Pasa a la trastienda—. Hay marcas de golpes en la caja fuerte, pero no han conseguido abrirla.

En el preciso instante en que pone el pie en la vitrina para salir, dos ruidos sordos rompen el silencio. A continuación otro, un poco más lejos, y después oímos el ruido de unos cristales quebrados.

—Ese no es Gantz. Rob, ven conmigo. ¡Y saca la pistola, coño! Vosotros tres, ni se os ocurra moveros de aquí.

Los dos policías salen disparados. El haz de sus linternas baila en las paredes y los escaparates. Yo apago mi antorcha y mi frontal, y los sigo.

—Oye, *ironworker*, ¡que han dicho que no nos movamos!

No respondo. El pasillo hace un codo a la derecha, ya no veo la luz. Pero los oigo.

—¡Alto! ¡Deténganse! ¡No se muevan! ¡Alto o disparo!

Ruidos de cristales, de pasos corriendo. ¡Bang! ¡Bang!

—¡Para, coño, para! ¡Deja de disparar al aire! Vamos a terminar heridos por un rebote. Déjalo, han apagado las linternas, no se ve nada. Déjalo.

Veo nuevamente la luz de las linternas. Los polis vuelven hacia mí. Enciendo la mía.

—¿Quién anda ahí?

Dirijo la linterna a mi cara y enciendo el frontal.

—Tranquilos, tranquilos, soy yo, John. Estoy con vosotros. ¿Qué ha pasado?

—Dos o tres tíos, ladrones. Estaban dando golpes al escaparate de una tienda de ordenadores. Hemos visto sus frontales, pero ellos también han visto los nuestros. Han dejado las mazas y han salido corriendo —dice uno de los policías—. Han apagado las linternas. Creo que se han separado. Imposible saber por dónde se han ido. Demasiado peligroso.

—¡Es increíble! ¿Has visto? Después de lo que ha pasado aquí, unos tíos se presentan en la Zona Cero ¡para robar y no para salvar vidas! Si llego a coger a uno te garantizo que no llega al juicio.

—Para, Rob. Disparar ha sido una bobada. Ahora vas a tener que explicar por qué faltan dos balas en tu cargador. Comisión al canto y toda la pesca. Tenemos que ponernos de acuerdo en la versión. No creo que valga la pena

que contemos que nos hemos topado con unos ladrones. Se lo decimos al capitán y listos, él sabrá qué hacer. ¿No sabías que cada vez que se produce un accidente de los gordos hay robos? Y no solo en Nueva York, créeme. Vamos, tenemos que ir con Gantz. Hay que buscar la manera de asegurar todo esto.

Los dos equipos se dan cita por radio en una de las rotondas, y nosotros vamos detrás. También ellos han visto escaparates rotos, una tienda de teléfonos móviles vacía, huellas de pasos y destrozos.

—Por lo visto, hay un acceso más fácil que el que hemos encontrado nosotros —dice el jefe del equipo—. Puede que desde los túneles del metro o las alcantarillas. En todo caso, está visto que la gente no ha buscado refugio por aquí.

—La verdad es que entre el choque de los aviones y el derrumbamiento de las torres pasó casi una hora —dice Rob, el policía—. Si miles de personas tuvieron tiempo de bajar de los pisos, raro sería que los vendedores y los clientes de las tiendas de los sótanos no hubieran hecho lo mismo. Seguro que a las nueve de la mañana todavía no había mucha gente en las oficinas. Además, muchas salas de los sótanos se clausuraron después del atentado de 1993. Lo recuerdo porque acababa de entrar en el departamento cuando aquellos tarados pusieron un coche bomba en un aparcamiento.

—Bueno, por ahora vale —dice el teniente Gantz—. Vamos a poner una marca en el acceso por el que hemos entrado. El departamento enviará una misión de reconocimiento como Dios manda, que recorrerá los aparcamientos y las galerías comerciales accesibles y encontrará los accesos. En todo caso, en estos sótanos no hay supervivientes... ¿A alguien se le ha ocurrido traer un bote de pintura?

A nadie.

De camino a la salida, uno va dibujando flechas con un rotulador negro en

paredes y puertas. Vemos más huellas en varios sitios, pero no acertamos a saber si son nuestras o no.

—Creía que éramos los primeros en encontrar un acceso a los sótanos, pero está claro que no —señala Gantz.

Cuando salimos del túnel ha dejado de llover. Otro grupo, con material pesado, generadores y focos montados en trípodes, se prepara para sustituirnos. Por lo visto, ayer llegaron de California unos espeleólogos especializados en rescates, con todo su equipo.

—Bueno, voy a informar al puesto de control. Tengo que buscar los planos de los sótanos para saber por dónde hemos entrado, qué parte hemos explorado y qué queda por ver —dice Gantz—. Voy a pedir a los ingenieros que apuntalen nuestro túnel y lo ensanchen. Gracias a todos.

Detrás de las mesas plegables de la Cruz Roja busco la gorra y la melena pelirroja de Mary Sullivan. No me atrevo a preguntar a un voluntario si sabe dónde está. Acabo de servirme un café cuando un capataz me ve. Busca cuatro carpinteros del hierro con sus sopletes para reforzar los equipos que están terminando de cortar la pasarela, que sigue bloqueando la West Side Highway, así que me marcho con él. Algo más allá vemos a Andy y a otros dos tíos que ha enviado el sindicato.

Tenemos tarea para dos días.

Si nos apartamos un poco del montón y nos acercamos al río, en función del viento nos libramos del humo. Después de tres días en pleno magma, sienta bien trabajar al aire libre, en algo que se parece a una obra de demolición clásica, sin correr el riesgo de toparse con cadáveres o partes de ellos. Agrandamos la vía para que las grúas móviles, que cada vez son más pesadas, se puedan acercar. Han ampliado los muelles de carga del Hudson para dejar espacio a barcazas de mayor tamaño, que se van llenando a medida que pasan los camiones, sin interrupción, las veinticuatro horas del día.

La tarde del 17, cuando nos pasamos por la mesa del sindicato para justificar la jornada, Art Leary, del Local 40, nos dice:

—A ver, vosotros dos, los indios, no quiero veros por aquí ni mañana ni pasado mañana. Dos días de descanso obligatorio. Subid a la reserva, descansad y tranquilizad a vuestras familias, que seguro que estarán preocupadas. Aquí hay tarea para meses, ya lo sabéis. Nadie se atreve a aventurar una fecha, pero no me extrañaría que el verano que viene sigamos escarbando por aquí. Esto no se ha hecho nunca, así que no hay plan ni manual de instrucciones. Hay que descansar, recuperar fuerzas. Así que hasta dentro de tres días.

—¡Ni hablar! Los bomberos no tienen que atenerse a eso, así que no veo por qué nosotros sí —protesta Andy.

—Los bomberos tienen trescientos cincuenta hermanos ahí abajo. Por el momento hacen lo que les da la gana, como les da la gana y donde les da la gana. Puede que la cosa cambie más adelante, pero por ahora los dejamos a lo suyo. Largo de aquí, no quiero veros hasta el jueves a las ocho de la mañana.

Volvemos al hotel. Las cosas son sencillas para Andy, que lleva más de quince años divorciado, su exmujer le odia y sus dos hijos son mayores. Se va a quedar en Brooklyn. Tiene una amiga en Bay Ridge; se alegrará de verle. Es uno de esos mohawk que, después del divorcio, se distancian de la reserva y solo regresan una vez al año, en verano, para el *Pow wow*, la fiesta grande de julio. Algunos, ni siquiera eso. La famosa «tierra sagrada» con la que tanto nos machacan no es más real para nosotros que para los inmigrantes irlandeses o sicilianos. Sin embargo, me gusta la idea. Es romántico, algo que está en nosotros, pero hay que admitir que resulta muy lejano. Con todo, conozco a algunas personas, no muchas, para las que es primordial. No son capaces de alejarse de Kahnawake, solo se dirigen a sus hijos en mohawk,

prefieren malvivir en la reserva antes que probar suerte en Nueva York o cualquier otro sitio.

Me planteo si coger la carretera para ir a Canadá. El día 11 por la noche, en cuanto las líneas de teléfono volvieron a funcionar, llamé a mi mujer, Louise. Se quedó aliviada al saber que estaba vivo, pero sobre todo se alegró de poder tranquilizar a nuestra hija, Tami, que tiene doce años y no paraba de llorar viendo la tele. Hace meses que no voy por la reserva. En el último año, Louise me ha enviado dos veces los papeles del divorcio. Aún no los he firmado, un poco por desidia, y también un poco para fastidiarla. Nos casamos demasiado jóvenes. Nuestros padres, que se conocían, lo planificaron todo, pero nosotros supimos enseguida que aquello no iba a funcionar.

Es tarde, decido que no voy a ponerme al volante siete horas después de un día como el de hoy.

—¿Louise? Hola, soy John. Sí, todo bien. Estamos en la Zona Cero; necesitan *ironworkers* para desmontar todo eso, como te podrás imaginar. Bien, sí, es duro, pero bien... Al menos nos sentimos útiles. ¿Te va bien que pase mañana por Kahnawake a ver a Tami? También me gustaría ver a mi madre. Sí, sí, puedo quedarme en su casa, no te preocupes. ¿Mañana por la tarde en la casa alargada? Muy bien, allí estaré. Un abrazo. Dale un beso a Tami.

Cuando cuelgo, Andy me pregunta:

—¿Qué va a pasar en la casa alargada?

—Una ceremonia de homenaje por las víctimas, con colecta y recogida de material para el personal de rescate, y una velada en honor de las Torres Gemelas. Mi padre fue el único mohawk que murió construyéndolas, y siempre han sido parte de la vida de la reserva. Cuatro años de trabajo.

¡Dieron de comer a tantas familias de Kahnawake! Crecimos a su sombra.
¿Te acuerdas de que los viejos siempre decían eso?

—En tal caso, voy contigo. ¿Mañana por la mañana?

—Sí, pero no hace falta que madrugemos mucho. Vale, a eso de las nueve, así llegaremos por la tarde.

Al día siguiente echamos nuestras bolsas de viaje en mi coche, un Ford Crown Victoria modelo Police Interceptor de 1993: maletero grande y asientos amplios; chupa mucha gasolina, pero es perfecto para ir por la autopista hacia la frontera canadiense. Motor potente, suspensiones reforzadas, paragolpes delantero. La policía del estado de Nueva York los revende cuando llegan a ochenta mil kilómetros. Yo lo he pintado de negro y no he desmontado el reflectante que lleva en la carrocería, bajo la ventanilla del conductor. Aunque ya no lleve el puente de luces en el techo, cuando los demás conductores me ven por el retrovisor se hacen a un lado. Para cuando se dan cuenta de que no es un coche patrulla, yo ya he pasado.

El ocho cilindros ronronea en la autopista; ya estamos cerca de la capital del estado, Albany. Las estribaciones de las Adirondacks están a la salida de la ciudad. Para los mohawk son el punto de entrada a territorios ancestrales de caza. En esa inmensa sierra boscosa que fue nuestro territorio durante milenios las carreteras se han superpuesto a las pistas que trazaron los antepasados antes de la llegada de los colonos. En esa región casi no queda ni un indio. Los fueron desplazando hacia el norte con acuerdos nunca cumplidos, guerras, masacres, y el miedo a las enfermedades que traían los blancos. Pero las Adirondacks son nuestras montañas, para siempre.

Los faros iluminan el cartel de la salida 26, Pottersville.

—Andy, necesito un café. Voy a parar en el Black Bear.

Tres curvas después, a lo largo de la antigua carretera número 9, distingo el tejado de metal colorado y las paredes de madera oscura de la taberna. El

Black Bear es un bar-restaurante que, desde hace mucho, es parada obligada para los *ironworkers* que suben semanalmente al norte. Los viejos cuentan que una noche de invierno un mohawk tuvo una avería y paró allí. Los dueños lo acogieron, le dieron de comer junto a la chimenea y le dejaron una cama. Por la mañana, un mecánico de las cercanías le arregló el coche. El viernes siguiente, para agradecerse, el indio volvió con veinte montadores de acero que subían a Kahnawake, y así surgió la tradición: en el Black Bear, a medio camino para ir a casa, siempre se recibe bien a los carpinteros del hierro. Cerveza, café, hamburguesas, bollos caseros. Media hora y vuelta a la carretera. Durante mucho tiempo presidió la barra un cuadro que representaba a un guerrero mohawk con sus pinturas de guerra y un tomahawk en la mano; ahora se ve la bandera de barras y estrellas con el retrato de un indio en el centro.

Aparco el Ford junto a la hilera de pinos oscuros. El aire de la montaña nos pilla desprevenidos. Nos subimos el cuello de la chaqueta y empujamos la doble puerta. La camarera, sin duda por la ropa que llevamos, se da cuenta de que somos un par de *ironworkers* de camino al norte.

—Buenos días. ¿Café o menú del día?

—Solo café, gracias. Y tarta de manzana, si tiene.

Andy va al baño. Me fijo en los carteles que decoran las paredes de troncos. Clásicos americanos como James Dean, Elvis Presley, Fred Astaire y Ginger Rogers, Humphrey Bogart, Harry el Sucio. En una pizarra está anotado el plato del día: «Almejas al vapor, siete dólares cincuenta». Justo encima hay una reproducción de un cartel de los años treinta: SE PROHÍBE TERMINANTEMENTE VENDER CERVEZA A LOS INDIOS. En una esquina del restaurante hay una tiendecita con camisetas y gorras decoradas con una huella de oso negro y una inscripción: ATRÉVETE A SER OSO.

Mientras corta un trozo de tarta templada con helado de vainilla, Andy

parece dirigirse a su plato cuando dice:

—Qué locura, lo que hemos visto esta semana. Ahí arriba no se lo van a creer...

—Sí, sí que se lo creerán. Quedan unos veinte tíos que estuvieron en la construcción de esas torres, puede que más. Lo entenderán.

Pago la cuenta y la camarera se despide:

—Buen viaje, chicos. Es raro veros por aquí entre semana, tan temprano por la mañana...

Echamos tres galones de gasolina en el depósito, compramos seis cervezas y entramos en la interestatal 87. Enciendo la radio, 107.7 WGNA, *Today's Country Music from Albany*, que pone tres canciones seguidas de las Dixie Chicks. Pasado el desvío a Port Henry salgo de la autopista y cojo la 73 Oeste. Son ciento cincuenta kilómetros por las Adirondacks, entre montañas, en pleno bosque. La carretera serpentea, pero es más corta.

Los pinos desfilan como muros negros a ambos lados. El motor ronronea con las revoluciones precisas. Voy cortando las curvas, sonrío bien acomodado en mi asiento. Busco la línea recta de una curva a la siguiente, acorto las trayectorias, hago que la grava canturree en el arcén, acompaño el estribillo, apuro la frenada, dejo que las ruedas traseras se vayan mínimamente, un segundo o dos, y enderezo rozando el freno.

Andy ha reclinado el respaldo y se ha dormido. Cruzamos pueblos desiertos, seguimos ríos, bordeamos lagos, subimos puertos, bajamos valles. Un ciervo cruza a lo lejos, se para en mitad de la carretera y desaparece de un salto entre la maleza.

Saranac, Debar Mountain, Meacham Lake, Malone. Las siluetas de fábricas o de serrerías, que llevan lustros cerradas, se dibujan como gigantes dormidos en el cielo azul intenso. Un cartel de madera clavado a la entrada de un

puente dice, escrito con pintura negra: THIS IS MOHAWK LAND. Ya hemos llegado.

Voy directo a casa de mi madre, en una pequeña calle sin salida que da al San Lorenzo. Me lo esperaba: Tami, que está en el porche pendiente de los coches, me salta a los brazos.

—¡Papá! ¡Papá! Mamá me ha dicho que estás ayudando a los equipos de rescate en las torres que se han derrumbado. No sabes el miedo que he pasado. ¿No es muy peligroso?

—Claro que no, tesoro. Los estadounidenses necesitan a los mohawk porque son conscientes de que somos los mejores para cortar vigas de acero. Ya sabes lo bien que se me da manejar el soplete. Cuando se cayeron las Torres Gemelas fue como un mikado gigante. ¿Sabes qué es el mikado, esos palitos de madera para jugar que hay que ir quitando de uno en uno sin que los demás se muevan? Pues aquí los palitos son vigas de varias toneladas. No hay grúas lo bastante fuertes para levantarlas, así que nosotros las cortamos en trocitos para que las grúas se los puedan llevar. No te preocupes. Lo peligroso fue el día que se cayeron. Ahora lo que hay que hacer es largo y difícil, y puede que debajo haya gente herida esperando ayuda. Hay que darse prisa, pero ya no hay peligro.

Tami da un beso a Andy y me coge de la mano para entrar en casa.

—Papá, ahí es donde murió el abuelo, ¿verdad? En esas torres. No me he atrevido a preguntárselo a la abuela...

—Sí, el abuelo murió cuando las estaban construyendo. Una parte de él sigue allí. Cuando vi que se derrumbaban fue como si alguien hubiera venido a destruir su tumba a martillazos. Tengo que estar allí y ayudar a encontrar supervivientes. Por él, y por mí. Lo entiendes, ¿verdad?

Ella no responde, pero restriega la cabeza contra mi pecho como un gatito.

Louise ha avisado a mi madre, que se llama igual, y nos espera con filetes,

sopa y pan de maíz. Me abraza con los ojos llenos de lágrimas; yo tengo que doblar las rodillas para darle un beso en el pelo.

Ha sacado un álbum de fotos de la estantería y lo tiene abierto en la mesa, cerca de la chimenea, en las páginas donde se lee: «Agosto 1968». En la primera foto aparece ella entre mi hermano Robert y yo, que tendría unos diez años, delante de la entrada a la obra de las Torres Gemelas. Mi padre sacó esa foto la primera vez que fuimos a verle, unos días después de que empezara a conectar las piezas de acero que yo estoy troceando ahora. En otra, Robert está subido a los hombros de papá, que me da la mano, delante de un ascensor de obra. En otra se ve, al fondo, el puerto de Nueva York y la estatua de la Libertad. Hay otra en la que salimos jugando en el puente de Brooklyn.

—Si hubiera vivido, ¿te imaginas la pena que le habría dado a tu padre ver en la tele cómo desaparecían esas torres? —dice mi madre—. He visto a algunos viejos llorar como niños en la sala de la Legión Estadounidense. Hombres curtidos, compañeros de tu padre, Jones, Wild Bill, Miller, los que lo trajeron después del accidente. Se van a alegrar de verte.

Una de las dos casas alargadas de Kahnawake está al final de la calle. Vamos hasta allí andando. Como manda la tradición, en sus grandes salas rectangulares, con poca decoración o ninguna, recubiertas de madera de suelo a techo y con gradas rodeando una o dos estufas, allí es donde se celebran reuniones, fiestas, bailes... todas las ceremonias.

El aparcamiento está casi lleno. Habrá mucha gente. Ante la gran puerta abierta los jefes de cada clan reciben a los que llegan. Stanley Rochelle es mi tío abuelo, dirige el clan del Oso, al que pertenece mi familia. Me da un abrazo y fuertes palmadas en la espalda.

—¡John! Me he enterado de que acabas de llegar de Nueva York. Gracias por venir. Así podrás contarnos qué ha pasado. Me he acordado mucho de tu

padre. Al atacar el World Trade Center, esos cabrones de terroristas también nos han atacado a nosotros. No se van a salir con la suya. ¡Se van a enterar de lo que es tener a los mohawk de enemigos!

Hay muchos que no sé ni cómo se llaman, pero me suenan sus caras. Estrecho manos, beso a los niños. Hay montones de carpinteros del hierro jubilados, otros aún en activo. En medio de la sala, sobre la estufa apagada, hay unos tazones de arcilla en los que se consumen unas hojas de tabaco de ceremonia. El humo que asciende nos conecta con el Creador. Unos adolescentes empiezan a cantar y a tocar los tambores, pero les riñen. Aún no es el momento.

Se charla en grupitos, las gradas se van llenando. Una manaza se posa en mi hombro y, al darme la vuelta, me topo con Wild Bill Cooper, el mejor amigo de mi padre. Hace años que no le veo. Ha encanecido, sus hombros de coloso se han encogido y las arrugas de su rostro, que rodean una nariz de águila, son profundas. Se apoya en un bastón y apenas puede doblar la rodilla derecha. Pero su mirada sigue brillando con el fuego que tanto me impresionaba y me asustaba de pequeño.

—John, muchacho, qué bien que hayas venido. Ya sabía yo ese maldito día que si estabas en Manhattan irías al Trade Center con un soplete, y que no serías el único. Son las torres de tu padre. Cuando vimos que se caían, aquí, en la tele, al principio nos quedamos helados. Luego nos pusimos a llamar a hijos, sobrinos, a los jóvenes, en Canadá y en todas partes, y les dijimos que cogieran herramientas y sopletes y se fueran a Nueva York. Las Torres Gemelas son nuestras, las construimos nosotros. Así que es a vosotros a quienes corresponde echarlas abajo y después andar por el cielo, atornillar las vigas y honrar a los antepasados cuando llegue el momento de reconstruirlas. —Me agarra por el hombro y me lleva aparte—: Escucha, hijo. Tengo que contarte un secreto.

8

Montreal *Marzo de 1885*

Cuando aparece el penacho de humo blanco en el extremo del andén de la estación de Bonaventure, la banda del sexto batallón de fusileros de Montreal empieza a tocar «The Blue Bells of Scotland» y surge un clamor entre el gentío:

—¡Ya están aquí! ¡Ahí viene el tren! ¡Ya llegan!

Se han congregado cientos de personas, no solo las familias mohawk procedentes de Kahnawake para recibir a sus hombres, sino también canadienses de ascendencia francesa y británica, oficiales, periodistas y curiosos intrigados por los artículos de prensa. Una pancarta suspendida de las vigas metálicas que cubren la vía les da la bienvenida en inglés y francés: WELCOME HOME. BIENVENUS A LA MAISON.

La locomotora bloquea los engranajes con un chirrido, se detiene y expulsa grandes bocanadas de vapor, como si fuera un telón que al levantarse abriera las portezuelas de los vagones para dar paso a una comitiva extraordinaria que empieza a llenar el andén. Uniformes ingleses desparejados, chaquetas rojas con charreteras, pantalones de sarga gris, faldas escocesas, chilabas cuajadas de condecoraciones, borceguíes de piel, babuchas bordadas con

hilos de oro, cascos coloniales, turbantes, gorras militares con las insignias de la Royal Navy, fecs de Egipto con largas borlas negras. Llevan cimitarras, lanzas, farolillos de cristal de colores, espejos con marcos de conchas, ceniceros de coral, banderas, estandartes, collares de amuletos, fusiles largos con incrustaciones de nácar en la culata, alfombras enrolladas, cuchillos y puñales en sus fundas, una reproducción en madera pintada de la Esfinge de Guiza, un racimo de dátiles, una cruz copta chapada de oro puro.

Uno de ellos sostiene una jaula de hierro en la que una pareja de loros verdes y grises mantiene el equilibrio en la percha; otro lleva en cada hombro un monito atemorizado, atado con una correa de piel a un ancho cinturón plateado. Cantan, bailan, ríen, gritan, dejan en el suelo macutos enormes de lona y abren los brazos cuando, entre la multitud que corre hacia ellos, distinguen a sus parientes y amigos. Seis meses después de su marcha a África, los *voyageurs* del Nilo, bronceados, orgullosos y risueños, han vuelto a casa.

La aventura empezó el 20 de agosto de 1884, cuando Henry Charles Keith Petty-Fitzmaurice, nombrado gobernador general de Canadá por la Corona de Inglaterra, recibió en la ciudadela de Quebec un cable encriptado de la Colonial Office de Londres. Una vez descodificado, el representante de Su Majestad leyó que, a petición del general Garnet Wolseley, que se disponía a partir hacia Sudán al frente de una expedición, se necesitaba «enrolar a trescientos buenos *voyageurs* de Cagnawaga (el antiguo nombre de Kahnawake) para servir como pilotos de barcos en una expedición por el Nilo. Enrolamiento de seis meses con paso por Egipto».

«*Voyageurs*»: ese término, en francés, designa a los pilotos de barcos y canoas en los ríos del nordeste de América. Desde el principio de la colonización y el comercio de pieles, la reputación de los mohawk como

gancheros, navegantes, guías y aventureros no tiene igual en el Nuevo Mundo.

En 1870, Garnet Wolseley, por entonces coronel, y su adjunto, el teniente William Butler, estaban acantonados en Canadá cuando un jefe mestizo, Louis Riel, se puso al frente de una rebelión en la provincia de Manitoba. Riel, que dirigía un pequeño grupo en aquel territorio del Gran Oeste, se negaba a someterse a la autoridad de la Confederación Canadiense que se había fundado dos años antes. Se hizo con el control de varias localidades, entre ellas Fort Garry, en el río Rojo, y fundó un gobierno mestizo provisional.

La Corona de Inglaterra y las nuevas autoridades federales canadienses querían apagar la llama secesionista antes de que se propagara. En pocos días se organizó una expedición compuesta por milicianos canadienses y soldados ingleses. Dado que Washington negó autorización de paso a una fuerza armada extranjera, y que el ferrocarril transcanadiense aún se estaba construyendo, solo quedaban los ríos y los lagos de la zona fronteriza con Estados Unidos para que el coronel Wolseley llegara a Fort Garry y metiera en vereda a los rebeldes.

El coronel se acordaba de cuando había estado destinado en 1862 en La Prairie, frente a Montreal, muy cerca de Kahnawake, donde admiraba en el San Lorenzo la destreza, la fuerza y el valor de los gancheros mohawk. Contrató a ciento cuarenta para que fueran sus pilotos en lo que se iba a convertir en «la expedición del río Rojo». Repartieron a los hombres en vapores, y después en canoas. La misión de los mohawk era pilotar, remar, cargar a hombros las embarcaciones y llegar en menos de tres meses a Fort Garry.

Cuando le avisaron de su llegada, Louis Riel huyó a Estados Unidos y la autoridad se restableció en la provincia de Ottawa. «Afortunado el oficial que

cuenta con los hábiles iroqueses, los mejores barqueros de Canadá, para maniobrar sus embarcaciones», escribió el coronel Wolseley.

A su regreso a Londres, ya convertido en general, recordó que los mohawk le habían pedido que organizara una expedición para socorrer al general Charles Gordon, apodado Gordon «Pachá», que, con un puñado de hombres, estaba siendo asediado por miles de musulmanes rebeldes en Jartum, capital de Sudán.

Al frente de la insurrección estaba un temido jefe religioso y político, medio loco y medio estratega, llamado Muhammad Ahmad ibn as Sayyid abd Allah, también conocido como El Mahdi. Era el hijo de un carpintero que logró convencer a gran parte del país de que era ser la encarnación del *Mahdi*, el mítico «imán prometido» de las ocultaciones cuya llegada anuncia el Corán. Quería librar a su país de la tutela de El Cairo y de Londres, y soñaba con crear un califato que fuera desde Bagdad hasta Sevilla.

El ejército de El Mahdi, mal equipado, pero numeroso y fanático, había vencido a las tropas egipcias y sitió al último contingente inglés en Jartum. Gordon Pachá había evacuado a los súbditos ingleses, a las mujeres y a los niños, pero se negó a abandonar la plaza incluso cuando todavía disponía de un vapor en el Nilo que le hubiera permitido huir. Estaba convencido de que la Corona no podía mostrar debilidad sacrificándole, y que acudiría en su auxilio.

En Londres, la opinión pública se sintió conmovida y le apoyó. Hubo manifestaciones en las que se gritó su nombre, la prensa lo convirtió en un héroe del imperio y forzó al Estado Mayor a organizar una expedición desde El Cairo.

Para recorrer a contracorriente el Nilo hasta Jartum, sortear rápidos y cataratas, Butler mandó construir en Inglaterra ochocientos barquitos inspirados en las chalupas balleneras, lo suficientemente ligeros para

transportarlos a hombros cuando los obstáculos fueran infranqueables. Con dos mástiles y velas rectangulares, las embarcaciones podían transportar doce soldados con sus víveres, armas y municiones.

A principios de septiembre de 1884, el secretario militar del gobernador de Canadá, Gilbert Eliot, desembarcó en Kahnawake. En el despacho del jefe del consejo, John Farber, las sonrisas de sus interlocutores eran de buen augurio.

—Señores, tengo el honor de informarles de que el ejército de Su Majestad ofrece cuarenta dólares mensuales, el doble que los sueldos de la región, además de un equipamiento completo para el clima del desierto. La duración del contrato será de seis meses, que pueden ser renovables. Les garantizamos que no tendrán que combatir. Su misión se ciñe a pilotar los barcos que remontarán el Nilo. Necesitamos una respuesta rápida, pues saldremos de Montreal dentro de dos semanas con destino al Mediterráneo, Gibraltar, y de ahí a El Cairo.

La propuesta suponía embolsarse doscientos cuarenta dólares en seis meses, con billete de ida y vuelta para conocer Oriente y sus maravillas, África, remontar en canoa un río mítico, aquel donde, en la Biblia, Moisés fue salvado de las aguas por la hermana del faraón. La lista de voluntarios creció muy deprisa

Joe Rochelle no lo dudó. Tanto para él como para los cincuenta y seis hombres de Kahnawake que firmaron para viajar más allá del horizonte con la idea de regresar semanas o meses después, cargados de historias y de riquezas, aquello equivalía a seguir los pasos de sus antepasados, los cazadores, los guerreros, los exploradores, de los que se decía que algunos, mucho antes de que apareciera el hombre blanco, recorrieron el continente en sus canoas de corteza y llegaron con ellas a orillas del Pacífico y hasta el golfo de México. Entre los mohawk, en eso consistía ser un hombre.

—Es una oportunidad única —le dijo Joe Rochelle a su hermano Angus—.

Sabes perfectamente que, a mi edad, no seguiré mucho tiempo trasegando la maderada. El verano pasado, cuando resbalé entre dos palos, pensé que no lo contaba... Esto otro, el Nilo, África, El Cairo, el desierto... ¡Es la aventura!

Joe fue el primero en alistarse; el segundo fue su amigo y futuro cuñado, Matthew LaLiberté, prometido con Emma Rochelle, que era la hermana de Angus, Joe y Peter; el casamiento estaba previsto para un año después. La paga de *voyageur* del Nilo no podía llegar en mejor momento para cubrir los gastos de instalación de la pareja.

La época del año también era propicia: principios de otoño, justo antes de las primeras nieves y heladas. El regreso estaba previsto en primavera, a tiempo para volver al trabajo forestal, la caza y el transporte fluvial. Ninguno de los *voyageurs* tenía una idea clara de cuál era su destino, pocos eran capaces de situar África, y menos aún Egipto o Sudán, en un mapa, si es que llegaban a ver uno. Sir Eliot prometió llevarles un planisferio la semana siguiente, cuando regresara para recoger la lista definitiva y entregar las primas por el alistamiento.

De vuelta a casa paseando por la orilla del río, tras dejar escritos sus nombres en la hoja, Joe le dijo a Matthew:

—De lo que no cabe duda es de que nunca nos pagarán tan bien por recorrer mundo y pilotar barcos mientras los soldados ingleses se ocupan de remar...

El día de la partida había casi cuatrocientas personas en uno de los muelles principales de Montreal para embarcarse en el *Ocean King*, un paquebote procedente de Escocia. Tenían orden de reclutar a «trescientos buenos *voyageurs*» mohawk, pero en dos semanas solo consiguieron que se alistaran cincuenta y siete. Algunos dudaron, y otros se dejaron convencer de no hacerlo por sus familias, aterradas por las crónicas que llegaban a la prensa —deformadas y con retraso— sobre aquella insurrección de «sanguinarios

africanos musulmanes» de tierras lejanas. Al mando de siete oficiales británicos y un médico, iba un grupo compuesto por aventureros, barqueros, leñadores, peones, cazadores más o menos experimentados, francoparlantes o anglófonos, inmigrantes ingleses y escoceses.

La víspera, en compañía de Angus y Emma Rochelle, Joe y Matthew se despidieron de Kahnawake y celebraron en un restaurante de Montreal la marcha de los héroes.

—Prométeme que volverás dentro de seis meses —le dijo entre sollozos Emma a su novio—. El oficial inglés ha dicho que la campaña se puede alargar, que el contrato se puede ampliar una vez allí... Pero ¡yo te espero en primavera, para casarnos! Júrame que no te vas a retrasar. Y que no vas a correr riesgos.

—Te lo juro, amor —respondió Matthew abrazándola—. En mayo estaré aquí. Ya he encontrado un terreno, cerca del río, para pedir autorización al consejo y construir nuestra casa. Podremos empezar las obras, ya han derribado los árboles para las vigas de la estructura. Estaré ahí, y de una pieza, te lo prometo.

Tras pasar la noche en el hotelito de un amigo de Angus, llegaron con tiempo de sobra, de buena mañana, al muelle de salida. Los oficiales ingleses y canadienses, en formación junto a la escalerilla de embarque, estrecharon la mano de los valientes con efusividad y una amplia sonrisa.

—Es la primera vez que los canadienses participan en batallas por la grandeza del imperio. Su presencia nos llena de orgullo, y también que los escudos de Canadá ondeen en el cielo de África. ¡Les deseo a todos buena fortuna! ¡Que Dios les proteja! —exclamó uno de ellos.

A los pies de la pasarela había gente de sectas evangélicas entregando a todo el mundo una biblia ilustrada a color mientras un pastor repartía bendiciones.

En cuanto Matthew y su hermano pusieron el pie en la escalerilla, Emma, que no podía continuar aguantando las ganas de llorar, se fue corriendo hacia la salida del puerto. Angus habría preferido quedarse en el muelle y saludar con el sombrero cuando se levantara el ancla, pero como no quería dejarla sola, la siguió a zancadas y la consoló pasándole el brazo por el hombro.

La sirena resonó en toda la ciudad. Una muchedumbre abigarrada y entusiasta despidió al navío que, siguiendo el San Lorenzo, partió rumbo a su viaje transcontinental.

La primera parada en Trois-Rivières y la segunda en Quebec permitieron que los que habían llegado tarde a Montreal subieran a bordo tras un viaje en tren. En la explanada de la ciudadela de Quebec, el gobernador de Canadá y otros dignatarios pasaron revista a una tropa variopinta, saludándolos y felicitándolos en francés e inglés.

—La mitad de esta gente nunca se hubiera dignado poner un pie en Kahnawake ni dirigir la palabra a un salvaje si no tuviéramos la reputación que tenemos en el río —protestó Matthew entre dientes mientras veían pasar ante ellos, sobre el barro, a la mujer del gobernador, toda de blanco con sus botines y su crinolina.

Al día siguiente continuaron por el gran río. Cuando ya se acercaban a la desembocadura subieron de la bodega unos cajones cargados con ropa de campaña, que se distribuyeron entre los *voyageurs*: ropa interior de lana gris, un par de camisas de franela, dos pantalones de tweed, un sombrero de ala ancha y una cazadora Norfolk, también de tweed. El intendente además entregó a cada uno una manta de lana, una toalla, utensilios de cocina y un petate de lona gruesa para transportarlo todo.

—Pero ¿no hace en Egipto un calor de mil demonios? —preguntó Matthew a un soldado inglés que le miró, pero no respondió—. ¿Esto no es demasiado abrigo?

Sus sospechas quedaron confirmadas cuando vio a los oficiales probarse uniformes más ligeros, de algodón beis, y cascos coloniales.

El médico de la expedición les entregó a todos una faja de franela y les enseñó a ponérsela dando dos amplias vueltas a la altura del vientre.

—Cuando lleguemos a Egipto, que nadie se la quite. Les protegerá del cólera y la disentería —dijo el mayor Hubert Neilson, enviado por el regimiento de artillería canadiense. Pero nunca llegó a explicar cómo un simple trozo de tela podía proteger de esas enfermedades y, al cabo de unos días en el Nilo, nadie se molestó en ponérsela.

El reparto concluyó con unas gafas con los cristales tintados en azul oscuro, «que les protegerá los ojos del terrible sol tropical», según el doctor. Iban en una bonita funda grabada con la inscripción «B. Laurence, optician. London», y se iban a convertir en uno de los tesoros preferidos de los *voyageurs*, que apenas las usaron en la expedición y volvieron con ellas a Canadá, donde se fueron transmitiendo de una generación a otra como una reliquia o un recuerdo.

Joe y Matthew, como todos los demás, se habían llevado una bolsa de piel con un machete de caza, tabaco de ceremonia y dos pares de mocasines de ante bordados, que no tardaron en preferir a las botas que les entregaron. Joe también se llevó su revólver de seis balas envuelto en un paño de algodón impermeabilizado, y tres cajas de munición.

La comida a bordo era nutritiva y abundante, y se servía a horas fijas en vajilla de metal y porcelana. Todo era gratis, una suerte que asombraba mucho a los voluntarios, acostumbrados a tener que pagar de su bolsillo el rancho de guiso de cerdo con judías que suele servirse en los bosques de tala o las balsas de troncos. Había incluso libros y revistas, en francés y en inglés, barajas y juegos de mesa.

Pasada la desembocadura del San Lorenzo y antes de iniciar la travesía

transatlántica, el *Ocean King* hizo escala para abastecerse en carbón en Sidney, Nueva Escocia, donde tres hombres desertaron. En cuanto la costa canadiense desapareció del horizonte, comenzaron los diez días de travesía con destino a Gibraltar. La marejada balanceaba el barco para desgracia de los *voyageurs*, sobre todo los indios. Al cabo de unos días Matthew consiguió dejar de marearse y pasear por la crujía, pero Joe se pasó el día tirado en la litera, lívido y durmiendo tanto como pudo.

En Gibraltar, el coronel Charles Denison, oficial al mando del contingente, les dio permiso para bajar a tierra. Los hombres permanecieron todo el día al sol, visitando el fuerte, admirando las vistas del estrecho y el tráfico marítimo, y fascinados por los monos que jugueteaban por los acantilados.

Llegada la hora de volver a bordo, dos indios ojibwa que habían empinado el codo más de la cuenta en una taberna se liaron a puñetazos con media docena de policías y unos cuantos transeúntes. Al final llegaron refuerzos, que consiguieron contenerlos y llevarlos de regreso al barco con las manos atadas a la espalda mientras ellos dos berreaban cánticos de guerra. A bordo los detuvieron y los sancionaron con una multa de veinte dólares.

El crucero por el Mediterráneo discurrió como un sueño, por un mar en calma, protegidos del sol por toldos extendidos sobre el puente. Los hombres pasaron el rato jugando a tirar de la cuerda, echando pulsos o midiendo su habilidad al lanzar herraduras. El padre Arthur Bouchard, capellán de a bordo, que había viajado ya por Oriente Medio, daba charlas sobre esas tierras, hacía lecturas y ofrecía consejo sobre las cosas que se deben hacer y las que conviene evitar a la hora de tratar con los autóctonos. Por la noche sonaban guitarras y guimbardas.

—Vimos delfines echando carreras con el barco, ballenas y tortugas marinas en un agua de un azul y una transparencia que no se ve a este lado del océano —cuenta Joe Rochelle a su regreso.

Frente a la isla de Malta, el *Ocean King* adelantó a un vapor más pequeño que transportaba a El Cairo «nuestros barcos, los botes balleneros construidos en Inglaterra para remontar el Nilo. A esta velocidad llegaremos a Egipto antes que ellos, mejor que mejor», según consta en el relato del coronel Denison.

A principios de octubre el vapor atracó en un muelle de Alejandría repleto de gente. Estaba rodeado de buques de guerra de la Royal Navy, falucas, mercantes, barcos de toda índole que descargaban mercancías, vehículos, víveres y municiones.

—Desembarcamos muy rápido, pero nos tenían prohibido salir del puerto. Tuvimos que pasar horas y horas esperando en el muelle, hasta que bajaron nuestro equipaje y todo el material —rememora Joe—. Los egipcios venían a vernos y nos hablaban, pero nadie los entendía. Por la noche los oficiales vinieron a buscarnos.

Los *voyageurs* pasaron su primera noche en tierra sin salir del puerto, en un hangar, descansando en unos catres plegables y envueltos en un calor húmedo y perfumado, junto con soldados llegados de todos los rincones del imperio. A la hora de la cena invitaron a Joe y a Matthew a la cantina de una unidad de gurjas. En su inglés escolar, aquellos soldados bajitos y fornidos procedentes de las laderas del Himalaya y los indios mohawk de las orillas del San Lorenzo conversaron sobre sus tierras natales, sus viajes, sus partidas de caza y sus combates. Los gurjas no entendían por qué Joe y Matthew no iban de uniforme. A los dos amigos, por su parte, les fascinaban los *kukris*, unos cuchillos largos y curvos que los gurjas llevaban sobre el vientre, metidos en su funda. Quisieron comprar alguno, o hacerse con él por medio de un trueque, pero los gurjas se negaron entre risas y sirvieron otra ronda de té con especias.

Al día siguiente los *voyageurs* recibieron unos cascos coloniales blancos,

los hicieron formar en columna y desfilar hasta la estación, donde los esperaba un tren especial. El vagón de los oficiales estaba cerrado con cristales y se parecía a los de primera clase en los trenes canadienses, pero los de la tropa estaban abiertos de par en par. Unos bancos de madera alineados permitieron a los *voyageurs* apilonarse entre arcones, petates y lona para las tiendas.

—En cuanto las ruedas empezaron a girar —recuerda Joe ante una cerveza, acodado en la barra de cobre del restaurante donde se han parado a tomar algo al salir de la estación de Montreal—, la arena que proyectaba el viento nos cubrió de arriba abajo. No había pasado ni una hora y ya teníamos la piel tan oscura como los egipcios.

Coge las manos de su hermana e intenta hacer que se vuelva y deje de mirar a Matthew, al que no ha quitado los ojos de encima desde que ha aparecido en el andén.

—¡Y no sabes qué calor! Emma, un calor que no te puedes ni imaginar. Aquí puede hacer calor en verano, pero allí los olores son tan intensos, y el aire tan húmedo, que casi marean. Así que, para escapar del amontonamiento del vagón y buscar un poco de frescor, nos subimos al techo y nos quedamos allí sentados. Teníamos para nosotros el cielo, y el río a lo lejos; ¡era precioso!

La vía del tren iba paralela a las orillas del Nilo.

—A la altura de Alejandría el Nilo es tan ancho como el San Lorenzo en Kahnawake, pero sin rápidos, y es de color ocre, casi dorado, algo que yo no había visto nunca, en ningún río.

El fértil delta alimentaba zonas húmedas hasta donde alcanzaba la vista, por las que pastaban búfalos. Los campesinos, con el agua hasta la cintura, recogían arroz o formaban brazadas de largos juncos. A algunos, el verde de las terrazas que se cultivan en las colinas les hacía pensar en los jardines del

Edén, recordando las lecturas de la Biblia en la escuela de la misión jesuita de su niñez.

Después estaba el desierto, hasta el horizonte. El tren pitaba para que los dromedarios y sus jinetes se apartaran de la vía, porque la usaban de pista. En las paradas en pequeñas estaciones aisladas, los *voyageurs* iban corriendo a las fuentes para llenar botellas y cantimploras que envolvían en trapos húmedos.

El tren cruzó los arrabales de El Cairo sin detenerse. Vista desde los vagones, la urbe parecía inmensa, gris, baja, polvorienta y superpoblada para aquellos canadienses que, excepto unos pocos, la mayor ciudad que conocían era Montreal, con sus muelles de madera, sus calles trazadas a cordel y sus edificios recientes.

—Un oficial vino y nos dijo que, si todo iba bien en la misión, tal vez pudiéramos parar un día o dos a la vuelta, antes de tomar el barco —cuenta Matthew—. Teníamos curiosidad por ver las famosas pirámides y la Esfinge, que el padre Bouchard nos había enseñado en grabados.

Llegaron a una pequeña estación a la salida de El Cairo, donde hicieron un descanso de una hora para la cena (carne en lata, pan y té), que se sirvió en los vagones y, ya de noche, volvieron a salir con destino a Asiut, un puerto fluvial donde terminaba la vía férrea y al que llegaron al amanecer. Anclada cerca de la orilla había una flota de falucas, barcazas y vapores, algunos con pabellón británico.

—Como nos habían hablado de unas catacumbas antiguas y maravillosas en Asiut, pedimos permiso para ir a verlas, pero los oficiales nos dijeron que no —cuenta Joe—. Decían que no podíamos perder tiempo porque la vida del general Gordon y sus hombres estaba en nuestras manos. Si llegábamos pronto a Jartum podríamos salvarlos, pero si nos entreteníamos por el camino todos morirían.

Pusieron el equipamiento en carros y marcharon todos hasta la orilla del Nilo. Allí se cruzaron con unos prisioneros sudaneses, altísimos, de un negro casi azul, que iban con la cabeza gacha y atados unos a otros con cadenas de hierro. Los vigilaban unos soldados egipcios que les dirigían sonrisas y frases en árabe.

—En el Nilo nos esperaba un convoy fluvial —prosigue Matthew—. Dos vapores pequeños, barcazas y chalupas, las que teníamos que pilotar río arriba.

Cada barco a motor llevaba a remolque una barcaza y un rosario de canoas. A la espera de la partida, repartieron entre los *voyageurs* cacharros de cocina y provisiones, de los que echaron mano los cocineros para preparar la comida. Cada uno se instaló en su sitio. En las barcazas y las canoas metieron las mantas y las lonas para las tiendas previstas en el viaje a Asuán.

—Era casi como estar de vacaciones —dice Matthew sonriente—. Como el vapor tiraba de nosotros, fuimos tan a gusto en las canoas, durmiendo y mirando el paisaje. Había monumentos antiguos por todas partes. A veces eran templos inmensos, horadados en la roca. Otras eran estatuas de personajes sentados o de pie, de una altura de más de veinte metros. Pero casi nunca podíamos acercarnos a verlas. Los pocos egipcios que venían con nosotros casi ni las miraban y, como no hablaban ni inglés ni francés, tampoco podían explicarnos qué era eso que veíamos, pero era increíble.

No se podía ni pensar en navegar de noche, por los bancos de arena. A última hora de la tarde, el coronel Denison indicaba dónde acampar. Si estaba cerca de un lugar antiguo autorizaba a un contingente a visitarlo, pero la prioridad era ir al mercado para comprar pescado, verduras y dátiles para completar el rancho.

Una tarde, cuatro o cinco *voyageurs* se alejaron del campamento al caer la tarde y un poco después se oyó un disparo.

—Estaban robando sandías en un huerto, y los egipcios los pillaron —relata Joe—. En la huida, uno de los nuestros disparó y mató a uno del pueblo. Aquello estuvo a punto de convertirse en una revuelta, así que tuvimos que levantar el campamento antes de que amaneciera. Al día siguiente el coronel intentó averiguar quién había disparado, pero no lo consiguió. Hizo pagar una multa a los que estaban en tierra y mandó que se confiscaran las armas personales. Como yo nunca había sacado mi revólver del petate, y el único que sabía que llevaba uno era Matthew, decidí callarme y quedármelo.

A partir de entonces, la disciplina se reforzó y se prohibió salir del campamento.

La tropa llegó a Asuán después de pasar cerca de las antiguas ciudades de Tebas y Luxor, pero no se detuvieron. Los escoltaron, con los enseres, hasta los vagones de una línea de ferrocarril de unos diez kilómetros, construida para evitar la primera catarata del Nilo, que no se podía salvar a contracorriente. Allí los esperaba un vapor que remolcaba unas cuarenta chalupas para llevarlos hasta Wadi Halfa, el fuerte donde se había concentrado la expedición inglesa para marchar sobre Jartum. Esa fue la última parte del viaje en que los remolcó un vapor. A última hora de la tarde admiraron los templos majestuosos de Abu Simbel y las estatuas colosales de Ramsés II talladas en la piedra ocre, cerca de la frontera con Sudán.

Acodado en la barra, Joe Rochelle se acaba su pinta de cerveza roja y pide otra.

—Pensábamos que sería estupendo disponer de tiempo para visitar esos templos a la vuelta, pero sabíamos que teníamos que darnos prisa.

Unos kilómetros después de Wadi Halfa estaba el punto en el que el Nilo se dividía en varios brazos, ninguno de ellos navegable. Ahí los esperaban, alineados en la orilla, cerca de un inmenso campamento militar, las docenas

de canoas con las que iban a tener que remontar la corriente. Atracaron y levantaron las tiendas para pasar la noche.

Al día siguiente, el jefe de la expedición, el general Wolseley, fue a visitarlos. Estrechó manos, inspeccionó embarcaciones y se reunió con el coronel Denison y los oficiales. Antes de irse, frente a los *voyageurs* congregados en la orilla, dio las gracias a «nuestros hermanos canadienses por haberse sumado a esta odisea, desde el San Lorenzo hasta el Nilo, desde las tierras nevadas hasta el desierto, para poner su extraordinario talento como remeros, que les ha dado fama en el mundo entero, al servicio del imperio y de una noble causa».

—Cuando terminó el discurso, dos hombres le llevaron una de las dos canoas de madera de arce rojo que habíamos transportado desde Kahnawake, pintadas con los colores del clan del Lobo. El gran jefe inglés parecía un niño con zapatos nuevos... Retrasó su marcha para darse una vuelta por el río con cuatro de los nuestros, que remaban con todas sus fuerzas y lograban ir tan rápido como los barcos de vapor —cuenta Joe.

La segunda canoa fue para el coronel Denison, que se pasó en ella la mayor parte del tiempo controlando el convoy de chalupas, pues era más manejable para ir río arriba y río abajo.

La primera tarea de los *voyageurs* canadienses consistió en remontar una sección de rápidos con alrededor de cien canoas, previamente vaciadas, que los soldados ingleses esperaban río arriba, a unos cinco kilómetros.

Se elevaron los dos mástiles, se largaron las velas y, con seis hombres en cada embarcación, se pudo avanzar a buen paso contracorriente. Los pilotos mohawk sabían leer en los remolinos de agua lodosa, zigzaguear por el río en busca de los mejores pasos, deslizar las canoas entre las rocas que afloraban, y se retaban para tener el honor de ser los primeros en llegar. Para superar el obstáculo principal, una catarata de un par de metros, agarraban las cuerdas

que les tendían unos camelleros sudaneses que estaban en las orillas. A bordo se quedaba solo uno, el piloto, mientras hombres y animales tiraban con todas sus fuerzas. La canoa, sin su cargamento, saltaba el obstáculo y seguía avanzando.

—Dejamos las chalupas, bajamos a pie por el sendero que discurría junto a los rápidos, y volvimos a subirnos —explica Matthew—. Hacía calor, mucho, pero era soportable. La verdad, nos imaginábamos que sería peor.

—Sí, pero hicimos bien en no fiarnos de la ropa que nos habían dado al principio, acuérdate —apostilla Joe—. Esas cosas inglesas para ir de caza cuando llueve abrigaban demasiado. Yo las cambié por camisas blancas, que es lo que lleva allí todo el mundo. En cambio, esto otro que nos dieron era perfecto —dice, dando golpecitos al casco colonial blanco, lleno de barro, que lleva sujeto al cinto—. Todos nos lo hemos traído. Para este verano, en el San Lorenzo, va a ser lo mejor.

Una vez superada esa primera prueba, el Estado Mayor pidió que treinta y seis mohawk tomaran la delantera para la tercera catarata, donde tenían que poner a prueba la resistencia de las canoas y su capacidad para remontar los rápidos con su cargamento de hombres, armas y municiones. La carga de las canoas era de más de dos toneladas, con ocho soldados ingleses o egipcios subidos a bordo junto con el piloto mohawk.

Allí, en el alto Nilo, el río a veces tenía casi trescientos metros de ancho y un montón de brazos e islas. Las corrientes eran muy fuertes y muy peligrosas. Se trataba de la zona del río donde más difícil les iba a resultar a los *voyageurs* canadienses remontar las canoas.

Joe Rochelle, haciendo el gesto del piloto agarrando el timón, lo describe así:

—Eran rápidos a los que no era fácil enfrentarse, porque cambiaban de un día para otro con el nivel del río. Pedimos a los oficiales quedarnos en un

mismo sitio para hacer varias idas y venidas, a lo largo de varios kilómetros. Así, al cabo de unos días, ya sabíamos dónde estaban los sitios buenos de paso. Los soldados ingleses pasaban de una canoa a otra; era lo más fácil. La verdad, modestia aparte, es que hicimos un buen trabajo —dice, dando unas palmaditas en el hombro a su futuro cuñado.

Aunque pasaron mucho tiempo en el mismo lugar y subieron y bajaron montones de veces el mismo tramo de rápidos, no llegaron a establecer ningún contacto con los sudaneses.

—Acampamos cerca de un pueblo pero, quitando a los que trabajaban para nosotros, siempre se mostraron hostiles —lamenta Matthew—. Los niños huían cuando nos acercábamos; las mujeres, que llevaban velo, se metían corriendo en sus casitas de adobe rodeadas de tapias. A veces nos tiraban piedras. Los que estaban contratados para el avituallamiento o para tirar de las chalupas solo hablaban cuatro palabras de inglés, o hacían ver que lo hablaban. No creo que llegaran siquiera a entender por qué estábamos nosotros allí, ni por qué llevábamos tantas Canoas hacia el sur. Creo que, sobre todo, tenían miedo de los soldados y de las armas.

—Sí —prosigue Joe—. Pero la verdad es que muchos de los nuestros tampoco entendían qué pintábamos allí ni por qué había que llevar por los rápidos tantos hombres y tanto material. Eso de los rebeldes y el asedio nos parecía muy lejano. Yo preguntaba a los oficiales cuando me cruzaba con alguno, pero me contestaban que tampoco lo sabían, o no me respondían.

Los rebeldes cortaron el telégrafo. Las noticias llegaban a medias, tanto desde el norte como desde el sur. En todo caso, en Jartum se estaba pasando hambre. No iban a aguantar mucho tiempo. Acudieron refuerzos y canoas desde El Cairo. Los mohawk hacían en solo unas horas, de vacío, el camino que habían tardado tres días en recorrer a contracorriente para llevar más armas, víveres y munición. Los militares, sentados entre las cajas, remaban

manteniendo el ritmo. Al timón iba un piloto indio, y otro en la proa, con un gancho para sondear el río o apartar la proa de las rocas.

—En nuestro trozo del río había dos cascadas demasiado altas para saltarlas —agrega Joe—. El ejército había instalado dos campamentos con cientos de soldados y portadores egipcios y sudaneses. Vaciaban las canoas, se lo echaban todo a los hombros y lo cargaban doscientos o trescientos metros, y volvían a meterse en el agua. Hacia finales de diciembre un capitán nos dijo que la situación era de urgencia, que Jartum iba a caer, por lo que enviaron una columna montada en dromedario, por el desierto, para ir en línea recta y evitar un gran bucle del Nilo. Pero, por lo que nos dijeron, llegaron demasiado tarde.

El 28 de enero de 1885 los refuerzos arribaron a Jartum y no encontraron más que ruinas, una ciudad saqueada, incendiada y llena de cadáveres. Dos días antes, las últimas líneas defensivas habían caído y miles de rebeldes cruzaron la fortificación y tomaron la capital de Sudán. Los seguidores de El Mahdi le llevaron, clavada en una lanza, la cabeza de Gordon Pachá. El jefe rebelde murió meses después en circunstancias misteriosas, y eso puso fin a la revuelta.

—A donde nosotros estábamos, bien adentrados en el bajo Nilo, no llegó ninguna noticia hasta más de una semana después —prosigue Matthew—. La muerte del general inglés supuso una triste noticia, pero no implicaba el final de la operación, sino todo lo contrario. Fue un acicate para organizar a la tropa y perseguir a los rebeldes y a su jefe. Pero nuestro contrato de seis meses llegaba a término, así que había que tomar una decisión.

El joven se vuelve hacia su novia, que no le ha soltado la mano desde que ha bajado del tren.

—Para mí, estaba claro. Yo tenía que volver. Y casi todos los mohawk hicieron lo mismo.

A pesar de las pagas extra, de que aumentaron el sueldo mensual a sesenta dólares y prometieron equipamiento nuevo, todos los hombres de Kahnawake, con excepción de un par de jóvenes aventureros, se negaron a reengancharse otros seis meses. Los canadienses llevaban mal el calor, y los seis meses que seguían iban a ser aún más sofocantes. Además, todos sabían que en la reserva se iba a celebrar una reunión importante, en la que se redistribuirían tierras, el 1 de mayo. Los que no estuvieran presentes se quedarían sin nada.

Los *voyageurs* de Kahnawake se despidieron y, en chalupas, vapores y trenes, emprendieron el camino de regreso. Al ir en el sentido de la corriente, todo fue más rápido. A su llegada a El Cairo se llevaron una sorpresa. Por orden del general Wolseley, que quería «recompensar a los *voyageurs* que han hecho una excelente labor en los rápidos del Nilo», se encontraron con un programa de visitas organizadas por la agencia de viajes Thomas Cook.

Joe Rochelle se saca de su bolsa de piel una hoja de cartulina, la desdobra y la lee:

—«A los *voyageurs* canadienses: se informa de que se han tomado las siguientes disposiciones para permitirles visitar El Cairo y las pirámides por invitación del gobierno de Su Majestad».

A continuación iba el programa de una jornada de turismo de lujo, con un tren especial para llevarlos al centro de la ciudad, coches de caballos para visitar el puente de Ksar el Nil, la plaza Abdin, el palacio, la mezquita del sultán Hassan, el bazar y los jardines de Esbekiya.

—Te he comprado esto en una joyería cristiana del bazar —le dice Matthew a Emma, sacándose del bolsillo una bolsita de piel roja.

Dentro hay un collar con cinco hileras de bolas de oro labrado, ligeras como burbujas, que le pone al cuello antes de besarla.

—Llegamos a primera hora de la tarde a las pirámides de Guiza donde,

bajo una carpa, nos esperaba un almuerzo. Unos guías nos llevaron hasta allí. Dimos una vuelta subidos a unos caballos pequeños. ¡Yo escalé una de las pirámides casi hasta arriba! Son tumbas, con entradas secretas, de los grandes faraones de Egipto. Es un espectáculo impresionante, unos monumentos majestuosos. También vimos la Esfinge, es inmensa... A última hora de la tarde regresamos a la estación y salimos para Alejandría.

El 6 de febrero de 1885, por la mañana, un transporte de tropas inglés salió del puerto. Hizo una escala en Malta y otra en Cobh, Irlanda, donde los viajeros transbordaron a un paquebote rumbo a Halifax, en la costa canadiense. En esa ciudad de Nueva Escocia les esperaba el tren a vapor que, el 6 de marzo por la mañana, los llevó a Montreal.

9

Nueva York *Noviembre de 1970*

Esta es la primera vez que John LaLiberté, de dieciséis años, sale de la reserva sin que le acompañe ningún familiar. En el instituto de Kahnawake hubo un incendio, por un cortocircuito en el desván, y hay muchos destrozos en el tercer piso. Tuvieron que intervenir los bomberos y, aunque los daños no sean graves, las aulas van a estar cerradas una semana para reparar la cubierta y rehacer el suelo, de modo que se han cancelado las clases.

—Mamá, por favor, déjame ir con papá a Nueva York. Aquí me voy a aburrir y hace mucho que no voy a verle. Ayer hablé con él y le parece bien, te va a llamar esta noche. Por favor, mami, puedo ir en coche con Sal y los hermanos Jones. No tendremos que gastar nada, porque además el viernes me vuelvo con papá. Me ha dicho que ya soy lo bastante mayor como para acompañarle un día a la torre para ver cómo trabaja. No hay ningún peligro, y el supervisor ha dicho que vale.

Al caer la tarde, el teléfono suena en la cocina de la casa de madera gris. Louise se convence con solo unas frases. Es consciente de que en ese momento su hijo mayor necesita a su padre, así que da su consentimiento para que se marche el domingo por la noche con una cuadrilla que vuelve a

Nueva York. Pasará la semana en Bay Ridge y Manhattan, y regresará a Kahnawake con Jack a tiempo de volver a clase, justo antes de la fiesta de Acción de Gracias.

A las siete de la tarde, el Chevrolet Caprice del primo Sal se detiene a la puerta de su casa. Desde que era pequeño, como muchos de sus compañeros de colegio, John ha vivido al ritmo de la marcha dominical de su padre. Los fines de semana le parecía que Jack no había hecho más que llegar, habían echado una partida de lacrosse o de béisbol el sábado, había arreglado tres maderas de la fachada y enseguida, el domingo por la tarde, ya estaba preparando su bolsa de viaje para volver a marcharse. Él y su hermano pequeño lloraban, le pedían que se quedara, no entendían por qué, al igual que otros padres de la reserva, tenía que irse tan lejos y pasar tanto tiempo fuera de casa para ganarse la vida. En verano, en las vacaciones, o entre obra y obra, a veces su padre pasaba semanas enteras en casa. Sus hijos esperaban que se quedara y encontrara un trabajo normal, como los blancos de Chateaugay que volvían todos los días a casa para cenar, pero un domingo por la tarde llegaba un coche grande que se lo llevaba a Nueva York, Boston o aún más lejos.

Ahora que había llegado a la edad en que la presencia de los padres se hacía menos necesaria que la de los amigos, sus sentimientos hacia el oficio de su padre habían cambiado. El orgullo de saber que estaba construyendo gigantes en el cielo de América, el estatus de los *ironworkers* en la reserva, el respeto por la tradición familiar, los buenos sueldos, los regalos procedentes de la gran ciudad, el último modelo de Nike —que aún no había llegado a Montreal— y la costumbre adquirida habían hecho más soportables sus ausencias. A veces, en la tele ponían reportajes sobre los *skywalkers*, donde resaltaban su valor y destreza fuera de lo común.

«Es lo que hacen los hombres de aquí, y lo hacen mejor que los blancos»,

decía con un brillo en los ojos la madre del clan en las reuniones de la casa alargada.

Los hermanos Jones (Louise nunca recuerda sus nombres de pila, los dos se parecen mucho y nunca sonríen) están sentados detrás. Los acompaña una caja de treinta y dos Budweiser, que le sirve de reposabrazos en el centro del asiento.

—Sal, por favor, que no tome cerveza, que acaba de cumplir dieciséis años. Y por favor, por favor, no corras. Tenéis toda la noche por delante. Ya sabes cuántos de los nuestros han muerto en el trayecto de aquí a Nueva York. La madre dice siempre que los accidentes de la carretera han provocado más muertes que las caídas en las obras.

—Tranquila, Louise, no te preocupes, a mí no me gusta correr. A estas horas, y en esta época del año, hay poca gente en la carretera. Te llamaremos nada más llegar; a él le dejaremos en Bay Ridge antes de ir al trabajo. —Y agrega, dirigiéndose a John—: Venga, chaval, sube delante.

John abrevia la despedida, coloca la bolsa de viaje a los pies del asiento de piel rojiza y se acomoda. Cuando doblan la esquina de la calle, Sal pega un acelerón. Uno de los hermanos Jones le ofrece a John una botella abierta, y el otro le da una palmada en el hombro.

—Bienvenido al mundo de verdad, chaval. Ya verás, de noche el viaje se pasa como en un sueño. Esto te ayudará a dormir. Nueva York te espera, ¡la gran ciudad es tuya!

John sonríe, se arrellana, toma un sorbo de cerveza para darse valor y ve desfilar los pinos cubiertos con las primeras nieves del otoño. Sal pone un casete de Johnny Cash y los hombres cantan a coro el estribillo: «*Because you're mine, I walk the line!*». A John le gustaría hacer lo mismo, pero como no se sabe la canción se limita a balbucear dos o tres palabras.

Poco después llegan al puesto fronterizo. BIENVENIDO A LOS ESTADOS UNIDOS

DE AMÉRICA. Según se acercan, al ver el Caprice y a sus ocupantes, la pegatina del sindicato y la pluma de águila colgando del retrovisor, un domingo por la noche y a esas horas, el agente reconoce a los montadores de acero. Sal frena y baja un poco la ventanilla.

—¡Hola, chicos! —dice animadamente, todo sonrisas bajo la gorra—. ¿Habéis pasado buen fin de semana? ¿Ganasteis ese partido de lacrosse? Tened cuidado en la carretera, y a ver dónde ponéis los pies en la obra. ¿Cómo van las torres? ¿Suben?

—Mucho más de lo que te imaginas. Dicen que para Navidad ya habremos puesto la última viga de la estructura. ¡Son los rascacielos más bonitos del mundo, te lo aseguro! Adiós, Ned, hasta el viernes por la noche.

—*Onen!* («Adiós», en mohawk) —contesta el agente del puesto de control, un rostro pálido muy pálido.

—Pero, Sal, ¿no nos piden los papeles para cruzar la frontera? —pregunta John mientras el coche acelera en la noche.

—No, ya hace mucho que no. En los años veinte detuvieron en Filadelfia a uno de los nuestros, Paul Diabo, de la gran familia Diabo de Kahnawake. Estaba allí construyendo el puente sobre el río Delaware; los mohawk ya tenían fama como constructores de puentes. Pero le acusaron de trabajo clandestino e inmigración ilegal porque, según ellos, él era canadiense y no tenía permiso de trabajo. Ya hacía mucho que trabajaba en Estados Unidos, como todo el mundo, y nadie le había pedido nunca nada. La tribu hizo una colecta para pagarle los mejores abogados y, al final, un juez federal nos dio la razón remontándose a un tratado de hace ciento cincuenta años, de tiempos de la colonia inglesa. Según ese tratado, dado que las tierras ancestrales de los iroqueses, nuestras tierras, estaban sobre la frontera de los dos países mucho antes de que llegaran los blancos, tenemos derecho a pasar de uno a otro cuando nos plazca, y a trabajar donde queramos. Esa frontera no existe

para nosotros. A veces algún recién llegado nos controla porque no lo sabe, pero los demás se lo explican. Nos ven pasar todo el año, y algunos se han convertido en amigos.

El ronroneo del motor, el Chevrolet meciéndose como una chalupa, la calefacción a tope y la tercera cerveza pueden con la emoción de John, que empieza a dar cabezadas mientras pasan entre los árboles negros de las Adirondacks.

Abre un ojo cuando se paran en la gasolinera de Pottersville. Al amanecer, cuando el cielo se vuelve blanco por el este, sobre el valle del Hudson, Sal le despierta dándole un codazo.

—Mira, John, vamos a cruzar el río por el puente George Washington, la entrada a Nueva York. Al menos treinta de los nuestros ayudaron a construirlo en los años veinte. Dos murieron, uno cayó al agua. Creo que era un Rochelle o un LaLiberté, ya se lo preguntarás a tu padre. Podríamos pasar por el túnel, sería más rápido ir por Bay Ridge, pero has de saber que un *ironworker* solo entra en la ciudad por ese puente. Otra cosa sería indigna.

Bajan por la vía rápida a lo largo de Manhattan. John no deja de mirar el *skyline*, la silueta que los rascacielos dibujan en el cielo. Aparcan delante del edificio de cuatro pisos donde Jack tiene alquilado un apartamento en la planta baja, con otros dos mohawk. Sal y los Jones viven a dos calles. En la puerta se encuentran un sobre clavado con una chincheta: «Hijo, he tenido que salir antes. Te dejo las llaves en el Denny's, donde las tortitas, ¿te acuerdas? Pídeselas a Joyce. Volveré sobre las cuatro, iremos a tomar unas pizzas. Hasta la tarde. Papá».

—Bueno, nosotros hemos de marcharnos. ¿Todo bien?

—Sí, sí, gracias. Papá ha tenido que irse, pero le veré después. Gracias por todo, que paséis una buena semana.

El Chevrolet arranca y se va en dirección al norte de Brooklyn; van a llegar

tarde a la obra. En la acera, con su bolsa en la mano, John se vuelve y ve el cartel del restaurante que está en la esquina de la calle. No ha hecho más que entrar cuando una camarera, una morena muy alta, delgada como un fideo y de cabeza alargada, enmarcada en un cabello muy liso, le sonrío.

—Buenos días, ¿quieres desayunar?

—Buenos días, estoy buscando a Joyce. ¿Trabaja hoy?

—Llegará dentro de una hora. ¿Quieres tomar algo mientras?

—Sí, por favor. ¿Tiene copos de avena y jarabe de arce?

—¡Vaya! Tú debes de venir de Canadá. Pero eres un poco joven para ser *ironworker*...

—El *ironworker* es mi padre, se llama Jack. Jack LaLiberté.

—Jack... ¡Sí, claro! Joyce se va a alegrar. Siéntate. Tengo copos de avena, pero no estoy segura de que haya jarabe de arce, voy a mirar. Si no, puedo mandar a alguien a comprarlo.

Una joven rubia con uniforme de trabajo, treintañera, de aspecto cansado, con unos cuantos kilos de más y la melena recogida en un moño, abre la puerta, pasa detrás del mostrador y vuelve con un delantal rosa y una diadema de cartón. En el muchacho sentado a la mesa que le indica su compañera reconoce la nariz aguileña, los ojos claros y las cejas pobladas de su padre.

—¡Tú eres John, el hijo de Jack! Bienvenido a Nueva York. ¡Cómo has crecido! Cada vez te pareces más a tu padre, tienes sus ojos. Hace un año o dos, antes de ir a ver las Torres Gemelas, viniste a comer aquí con tu hermano pequeño, ¿te acuerdas? Ahora estás hecho un hombre. Tengo tus llaves, Jack vino a cenar ayer y me las dejó. ¿Quieres un poco más de café, o más copos de avena?

—No, pero se lo agradezco mucho.

Ella sonrío con la mayor amabilidad.

—Por favor, trátame de tú. Hace mucho que conozco a tu padre.

—¿Me puedes dar las llaves, por favor? Voy a ir al piso, me he pasado la noche en el coche.

—Sí, claro. Voy a buscarlas. Si quieres seguir con la tradición familiar y convertirte en carpintero del hierro, esta noche de domingo a lunes que has pasado en la carretera va a ser la primera de una larga serie, así que más vale que te vayas acostumbrando.

Para pagar los tres dólares con cincuenta de la cuenta cambia el billete de veinte que le dio su madre cuando se marchó.

—Jack me ha dicho que te vas a quedar unos días, que han cerrado tu instituto por un incendio. Así que hasta luego, John, seguro que volveremos a vernos —le dice Joyce, pasando la bayeta por el hule.

En el pasillo del apartamento adivina cuál es la habitación de su padre. De las tres, es la única que está más o menos ordenada y con la cama hecha. Además, se reconoce, de niño, en las fotos que su padre ha puesto en la pared, sobre la mesa de madera barata que le sirve de escritorio. En una está en una canoa con su madre y su hermano; en otras está la familia al completo delante de una catarata, sobre la hierba delante de casa o en una plaza de Montreal. En una esquina ve los bates de lacrosse que hizo a mano su abuelo. Jack le ha dicho muchas veces que le gustaría jugar en Brooklyn, pero que exceptuando las universidades, a las que no tiene acceso, no resulta fácil encontrar un campo de césped. Cruza la cocina, que tiene la pila llena de vajilla sucia y donde se acumulan por docenas las botellas vacías de cerveza, y va al cuarto de baño; curiosamente está muy limpio, y hay tres cepillos de dientes en un vaso de porcelana blanca.

En el salón, que tiene rejas en las ventanas que dan a la calle, enciende la tele, se sienta en el sillón más cómodo y se duerme. Le despierta la sirena de un camión de bomberos. Muerto de hambre, rebusca en la nevera y se prepara

un sándwich con pan de molde y lonchas de queso que tienen la consistencia del plástico. En la entrada encuentra una chaqueta de su padre de paño grueso; se la pone, da una vuelta a las mangas para ajustarlas a su medida y se marcha. Sale a la Tercera Avenida, camina con paso ligero, sonrío a la gente con la que se cruza. En un comercio que regenta una pareja de polacos se compra una Coca-Cola y unas chokolatinas.

—¿Saben dónde puedo encontrar una tienda donde vendan cómics, por favor?

—Más abajo, en la calle Cuarenta y seis, justo después de la tintorería; verás un cartel de Superman. Es en el primer piso, sube por la escalera exterior de hierro.

El vendedor de la tienda, algo mayor que él, embutido en una camiseta que le queda pequeña y con una gorra de los Yankees calada hasta las cejas, apenas levanta la vista cuando suena la campanilla de la puerta. Hay cajas y cajas de cómics, nuevos o de segunda mano, más de los que ha visto nunca. Jack siempre le lleva alguno cuando vuelve a Kahnawake; ahora tiene la certeza de que provienen de esa tienda. Hojea, escoge, deja, duda, se pasa casi una hora admirado y sale de allí con un *Motorista Fantasma* (¿Está vivo? ¿Está muerto?), un *Capitán Marvel*, un *Buck Rogers*, un *Batman Family* y dos *Wonder Woman*, su favorito.

Hace bueno para ser una tarde de noviembre, así que se sienta en un banco, en una plazuela minúscula de la calle Cuarenta y ocho, y devora tebeos y chocolate hasta que las primeras gotas de lluvia le devuelven al apartamento. En el momento en que mete las llaves en la cerradura oye el teléfono. Abre y va corriendo a la cocina.

—¡John, hijo, hola! Soy papá. Así que ahí estás. Sal me ha llamado al Trade Center esta mañana para decirme que te había dejado en casa. Yo termino, cojo el metro y de aquí a una hora me tendrás ahí. Hoy he salido un

poco tarde porque en la obra había unos periodistas que nos han hecho preguntas sobre nuestro trabajo, ya ves. Tiene gracia, ¿verdad? ¿Qué tal todo? ¿Has comido?

—Sí, sí, papá. He salido a comprar cómics. Oye, ¿podemos ir luego a Coney Island?

—Sí, si te apetece. Nos da tiempo. Hasta ahora, hijo.

John está absorto en las aventuras espaciales de Buck Rogers cuando se abre la puerta. Se levanta y sonríe desde el pasillo a su padre, que lleva una chaqueta negra de paño. Le gustaría saltarle al cuello, pero desde hace alrededor de un año no se atreve. Tiene la sensación de que ya no le puede dar un beso como si fuera pequeño, pero tampoco va a darle la mano, como hacen los primos mayores con su tío. Nota que Jack también está un poco incómodo. Al final optan por darse un abrazo; John besa el cuello de piel de su chaqueta y Jack le da tres palmaditas en la espalda.

—¿Qué tal, hijo? ¿No te has aburrido esperándome? Si tenías hambre podrías haber vuelto al Denny's, ¿sabes? Joyce se habría ocupado de ti.

—No te preocupes, me he preparado un sándwich antes de salir.

—Me alegro de que hayas venido. Ya verás, las dos torres están ya bastante altas, son un par de gigantes extraordinarios. Mañana vas a pasar el día con nosotros, así entenderás mejor lo que hacemos y sabrás si esto te llama la atención, si puede llegar a interesarte. Ya tienes edad para empezar a elegir. Tu madre no está por la labor, claro, pero a mí me pasaba lo mismo con la abuela... Tampoco quiero influirte, quien tiene que decidir eres tú. Si tienes vértigo, lo encuentras demasiado duro y prefieres seguir estudiando, a mí me parecerá bien. ¿Te acuerdas de tu primo Max, que estuvo un par de meses con nosotros la primavera pasada? Le gustó, y desde septiembre está en Broadview, Illinois. Ha empezado el programa de aprendizaje reservado a los indios, y creo que está bastante contento.

A John se le suben los colores y se queda mudo. Ni hablar del verano anterior, de los lingotazos de bourbon para espantar el miedo y no perder la dignidad delante de los amigos en el puente Victoria. Ya se verá.

—Esta noche vamos a cenar a donde los hermanos Vitone, esos italianos que conoces, ¿te acuerdas? Los que vinieron el verano pasado para el *Pow wow*. Somos muy amigos, vamos mucho a cenar a su casa. Los he avisado de que esta tarde iría con mi hijo, así que cuentan con nosotros. Vas a tomar la mejor pizza de todo Brooklyn, lo que equivale a decir que de la ciudad y del país, ¿sabes?

—¿Nos da tiempo de ir primero a Coney Island?

—Si quieres, sí, pero tenemos que salir ya mismo. ¿Estás listo?

La primera vez que fue a ver a su padre a Nueva York con su madre y su hermano, que por entonces tendría dos o tres años, Jack los llevó a Luna Park. Desde aquel día, para él, como para millones de personas, los tiouvivos, los puestos de feria, las montañas rusas y los vendedores de perritos calientes del parque de atracciones más famoso de América formaban parte de la leyenda familiar. Aunque a su edad la magia del tren de la bruja y de las luces le impactaban menos, estaba deseando volver.

Poco después, el suburbano vuela sobre pistas de carreras para caballos de madera e hileras de puestos de feria, iluminados por miles de bombillas en esa tarde otoñal. Se bajan en la parada Coney Island-Stillwell Avenue.

—¿Puedo tomar un perrito caliente de Nathan, papá? —pregunta John cuando pasan delante del famoso restaurante amarillo y verde, que ocupa una manzana entera.

—John, cenamos dentro de una hora, no es plan. Ven, vamos a hacer tiro al blanco con la metralleta.

Aunque está chispeando, el paseo marítimo de madera está lleno de gente. Hay pescadores protegidos con chubasquero y sombrero de color verde

echando el anzuelo al Atlántico sin que pique gran cosa. Unos niños sacan del agua con una caña una jaulita de alambre en la que se ha metido un cangrejo atraído por un trozo de salchicha.

El puesto de tiro Dillinger está un poco apartado del paseo. Tiene la fachada negra y está decorado con dianas y coches de policía de los años veinte. Por un dólar les dan dos cargadores redondos, imitación de los de las metralletas Thomson de aire comprimido. Las armas están unidas a un generador por cable y disparan, con dudosa precisión, una andanada de perdigones a una diana de papel. Hay que conseguir arrancar por completo el centro de la diana, de color rojo, con cien balines. Si queda un solo trocito de papel de color, se pierde. John, exultante, los ojos brillando de alegría, dispara una larga ráfaga que se dispersa por la diana. Cuando suelta el gatillo casi no le queda munición y apenas ha tocado el rojo. Dispara los últimos perdigones y da en la diana, pero aún le falta mucho. A su lado, su padre le mira con una sonrisa, se coloca la metralleta y dispara por ráfagas, tres o cuatro balines cada vez, que destrozan el centro rojo.

—¡Muy bien! ¡Sigue, sigue, papá!

El círculo central desaparece poco a poco, pero cuando dispara el último balín aún queda un pedacito carmín en el corazón de la diana.

—Buen disparo, indio, casi. Seguro que es usted un gran cazador —le dice el feriante con una sonrisa forzada—. ¿Otro par de cargadores?

Cinco dólares después siguen quedando pedacitos de papel rojo. John ha imitado la técnica de su padre y ha afinado el tiro.

—Oiga —le suelta Jack al tipo del puesto—, esto suyo, ¿no será un timo? Es imposible conseguirlo con esos cargadores que nos da. Ya llevo cinco dólares gastados y yo...

La sonrisa se borra de la cara del dueño, que dice:

—¡Bill! ¡Ven un momento!

Entonces un niño rubio de unos doce años aparta una cortina, pasa al otro lado del mostrador, acerca un cajón de madera, se sube encima para estar a la altura adecuada, coge una metralleta, mete el cargador y, con pequeñas ráfagas, destroza completamente el centro de la diana con la mitad de la munición. Sin decir palabra, sin molestarse en mirarlos, deja el arma, suspira y se va.

—Bueno, ven, John, hay otro sitio estupendo. La última vez que vinimos con mamá, tu hermano y tú erais demasiado pequeños.

Bajan por el paseo y pasan delante de la torre Parachute Jump, que tiene ochenta metros de altura y una malla de acero con forma de seta gigante: la llaman «la torre Eiffel de Brooklyn». Se construyó en los años treinta para entrenar a los paracaidistas del ejército estadounidense, y los propietarios del parque de atracciones Steeple-Chase la compraron y la instalaron en Coney Island.

—La cerraron hará dos años —dice Jack—. Es una pena, podías bajar en paracaídas atado a una cuerda, debía de ser divertido. Me han hablado de ello muchos compañeros; esperaba que hubieran vuelto a abrirla.

Algo más lejos está Racing Le Mans, una amplia caseta montada sobre la tarima, al pie de la enorme noria blanca. Hay como unas grandes cajas vidriadas con un volante, y con el parachoques de un coche en miniatura hay que hacer que unas pelotas de goma reboten e impedir que caigan en un agujero. Cada rebote da puntos, que aparecen en un contador mecánico. Se ríen a carcajadas, dan saltos y chocan las manos. John empata a su padre, y luego le gana.

—Vaya, vaya, se te da bien el volante... Parece que vas a ser buen conductor. El próximo fin de semana seguiremos las lecciones, dentro de poco podrás sacarte el carnet. En Montreal es más fácil. Bueno, venga, vamos a cenar. Les he dicho a los Vitone que iríamos sobre las ocho.

En la avenida, Jack para un taxi que los deja delante de la pizzería Calabrese, a solo tres calles del apartamento. Junto al horno de leña de ladrillo que caldea la sala se ve la foto enmarcada de un pueblecito en la ladera escarpada de una montaña árida. Los manteles, de color blanco, llevan bordada en rojo la palabra «Calabria». Unos clientes menudos, fornidos, de mediana edad, están sentados a la barra, de espaldas a la puerta, con botellines de cerveza en la mano y los ojos puestos en un televisor que transmite un partido de baloncesto.

—Ah, Tool, ya estás aquí. Tenías razón, tu chico ha crecido una barbaridad. Te llamas John, ¿no? —pregunta con voz ronca y mucho acento italiano un camarero de por lo menos setenta años, cabellos blancos resplandecientes y ojos risueños.

—Sí.

—¿Y vas a seguir a tu padre por las alturas? Ya sabrás que por aquí los llamamos *skywalkers*, esos locos que se pasan el día jugándose la vida para construir rascacielos. Todo el mundo se queda mirándolos desde la acera, y nadie entiende cómo se las apañan para trabajar a semejante altura sin tener vértigo.

—Aún no lo sé, puede que sí... De momento tengo que terminar el instituto, ya veremos dentro de dos años. Pero no digo que no. En cuanto al vértigo, no sé... Creo que puedo apañármelas.

—Es verdad, vosotros, los indios, no tenéis vértigo.

—Vamos, Mario, por favor, no me vengas con las tonterías que oyes decir detrás de la barra —interviene Jack riéndose—. ¿Por qué no íbamos a tener vértigo? ¿Te crees que tenemos algo de más, o de menos? Somos igual que vosotros, como todo el mundo. Entre los mohawk hay la misma proporción de gente que tiene vértigo que entre el resto del mundo. La diferencia es que nosotros aprendemos a superarlo desde jovencitos. A la edad de John, o

incluso antes, ya sabemos si seremos capaces de andar sobre el acero por las alturas. Si resulta que no podemos, seguimos con lo nuestro y nos dedicamos a otra cosa. Les pasa a más de la mitad de los hombres de Kahnawake. Pero cuando se es como mi hijo, que por las noches se va a corretear entre los arcos del puente viejo sobre el San Lorenzo, se intenta. Él ya sabe que es un oficio estupendo, que la paga es buena y que la cobertura social es inmejorable. En la familia ya van tres generaciones. Yo, a los once años, ya sabía que un día sería *ironworker*, como mi padre.

John se esconde tras el menú y hace como si estuviera leyendo la lista de pizzas. Nunca ha hablado con su padre de las excursiones nocturnas al puente Victoria. Pensaba que era un secreto, no sabe cómo se habrá enterado. Tampoco le ha dicho, ni mucho menos, que la primera vez, sin haber tomado nada, el miedo le paralizó.

—De hecho —sigue Tool—, si los indios tuvieran un don especial se caerían, se herirían y se morirían menos que los demás. Pero te aseguro que entre los mohawk hay tantos accidentes como entre los irlandeses de Terranova o los chicos del Sur. O sea, montones. Sabemos cómo se hace porque nuestros antepasados, los caminantes del cielo, nos enseñaron. Nos dieron consejos, que nos vamos pasando de padres a hijos y de tíos a sobrinos, pero ya está. ¡Ya me gustaría a mí saber quién fue el idiota que se inventó la leyenda de que los indios no tienen vértigo! —Y, volviéndose hacia John—: Bueno, hijo, ¿ya sabes lo que vas a tomar? Yo voy a pedir una calzone. Con una Bud, como siempre, Mario.

—Para mí una Regina, por favor. Y una Coca-Cola.

A eso de las nueve ha dejado de llover y padre e hijo vuelven a casa a pie. Jack saluda con un movimiento de la cabeza a los tres cubanos de pelo blanco que fuman puros delante del Humidor. En el escaparate, un neón rojo se enciende intermitentemente con la palabra HAVANITOS. Algo más lejos, las

mesas de la cafetería Mazzola están ocupadas por italianos de la misma edad; llevan puestas las gafas de sol en plena noche, y hacen como si no le conocieran. En cambio, los conductores de Joe's Car and Limo, limusinas en servicio las veinticuatro horas del día para los aeropuertos JFK, La Guardia y Newark, le saludan alegremente y le animan a que entre a tomar algo.

—Gracias, chicos, pero esta noche no. Sí, es mi hijo, se llama John.

Uno de ellos, un refugiado político árabe que se pasa la vida sentado como un vigía en el umbral de la puerta, lleva tatuado «Brooklyn» en letras góticas en el antebrazo.

En la planta baja de una casa cercana, Robert Madison está atareado en su banco de trabajo, con las puertas abiertas al porche. En la mano tiene un escoplo, y los brazos y el pantalón llenos de virutas de madera. Está tallando el mástil de un violín. Aunque está jubilado, aún tiene clientes que le encargan, por poco dinero, instrumentos para sus hijos y para principiantes, que él fabrica con madera barata que no se molesta en barnizar, ni en teñir de color oscuro. Sus instrumentos, incluso en manos de un buen músico, tienen un sonido insoportable.

—¡Hola, Bob! ¿Cómo va eso? ¿Cuándo vas a ponerte con un violonchelo? —le dice Jack.

—Ríete, ríete, pero sabes de sobra que soy muy capaz. Tú encuéntrame un cliente dispuesto a pagarme trescientos dólares, y verás.

Pasan delante de la casa medio en ruinas de un antiguo funcionario del ayuntamiento, que trabajaba en la red viaria, y al que despidieron tras un juicio por corrupción. Según él, todo fue una conspiración de la mafia —y seguro que es verdad—, pero no cedió y terminó cumpliendo una condena de dos años en la cárcel de Rikers Island. El pequeño patio que hay a la entrada parece un vertedero; ha amontonado tablas llenas de clavos, una sombrilla del revés y cascotes de toda clase que desbordan e invaden la acera. En uno de

los contenedores de basura ha escrito con rotulador, en letras mayúsculas: «Vecinos: no metáis aquí las narices».

Steve, uno de los compañeros de piso, un mohawk de Akwesasne, está tirado en el sofá viendo la tele; en la mesa hay tres botellas de cerveza vacías.

—Hola, muchacho, bienvenido a la gran ciudad. Tu padre me ha dicho que mañana por la mañana nos vas a acompañar, ¿no? Estupendo. Vas a ver la mejor obra del país. Bueno, ¡del mundo! En fin, yo me voy a acostar ya.

El otro ocupante del piso es un primo lejano del lado Rochelle y ahora está en Miami, en una obra de reparación de puentes muy al sur, en los cayos. Se va a pasar noviembre y diciembre al sol de Florida. Cuando se lo propusieron, le faltó tiempo para subirse al coche; dejó de un día para otro el trabajo en el World Trade Center. Su habitación está libre, así que John se instala en ella.

—Buenas noches, hijo. Lávate bien los dientes. Y duérmete pronto, que el despertador va a sonar a las cinco. Me alegro de que hayas venido.

—Yo también. Buenas noches, papá.

En la cama, cuyas sábanas no ha cambiado, le cuesta conciliar el sueño. Da vueltas y más vueltas. Se vuelve a ver en equilibrio por las vigas del puente viejo, delante de los amigos que se ríen para esconder el miedo; y el terror cuando, llegado su turno, el vacío parece atraerle como por embrujo. También recuerda el orgullo del día siguiente, cuando gracias al bourbon sale triunfante. Le quedan dos años de instituto, eso es seguro, pero también lo es que Jack va a mirar con el rabillo del ojo cómo se comporta en la obra en cuanto lleguen allí. No va a presionarle, desde luego, pero John piensa que su padre estaría orgulloso de ver a su hijo mayor seguir la tradición familiar. No quiere decepcionarle. Dos primos mayores que él terminaron el instituto y se pusieron a trabajar en la administración de Montreal. Se pasan todo el día

metidos en la oficina y no parece entusiasmarles. Además, el sueldo de principiante de un *ironworker* es mucho mejor que el de un oficinista.

Salen de casa al amanecer y, de camino a la parada del metro, pasan por delante del Denny's, donde solo hay luz en la cocina.

—Llevamos años pidiéndole al dueño que abra media hora antes para poder desayunar ahí, pero no hay manera. Dice que no encuentra un cocinero que acepte trabajar a esta hora. Pero con los copos de avena podrás aguantar hasta las diez, ¿no? Irás con los punks a buscar el desayuno a la hora del descanso. Ya verás, hay una tienda donde preparan los mejores *bagels* de la ciudad. Son de tortilla, deliciosos.

El metro, casi vacío a esa hora, los lleva a sacudidas Brooklyn arriba y pasa bajo el East River para salir en Manhattan. Dos calles más allá, John ve la enorme silueta de las dos torres.

—A la nuestra, la Norte, solo le faltan seis plantas —le explica su padre—. Como lo estamos montando con elementos prefabricados de una altura de tres pisos, el esqueleto quedará terminado antes de Navidad. Estaría bien que pudieras venir para la ceremonia de puesta de la última viga, el *topping-out*. Son momentos que no se olvidan, y el de la primera torre del World Trade Center no es cualquier cosa. Ya veremos si puedes, hablaré con mamá.

Enseña su pase al guardia de la entrada.

—Viene conmigo, es mi hijo.

John se acerca a la base del edificio entre palets y charcos de barro. Al levantar la mirada, las vigas parecen subir hacia el infinito, se unen de tres en tres, siguen más alto. El techo se pierde en la bruma. Hay partes ya recubiertas de aluminio, y otras aún tienen a la vista el esqueleto de hierro oxidado.

—¿Qué opinas? No está mal, ¿verdad?

John se sienta en el extremo de un banco en el vestuario, en un rincón,

mientras su padre se pone la ropa de trabajo, se ajusta el cinturón de piel y mete dentro las herramientas.

—La *spudwrench* de tu abuelo. ¿Ves las muescas? Esta llave de cola construyó el Empire State Building. Me contó mil veces que se la dieron de regalo cuando cumplió dieciocho años. Era de su padre. Una vez tuvo que agarrarse a ella para no caerse y se quedó un minuto colgado en el aire, hasta que pudieron ayudarlo. Toma, ponte esto por encima del jersey —dice, pasándole una sudadera de tela gruesa, con capucha, que le viene grande. En la pechera tiene un dibujo del skyline de la ciudad y pone: «Local 40 – New York City Ironworkers»—. Ahí arriba la temperatura no tiene nada que ver con la del suelo. Incluso cuando abajo no sopla ni una pizca de aire, arriba siempre hay viento. Ya verás, es como otro planeta. Y hoy, con lo que viene del mar, vas a notar que la torre se mueve.

En la cabina del ascensor exterior, que rechina a lo largo de la torre, Jack sigue con las presentaciones. Con semejante altura, se tarda casi cinco minutos en llegar arriba.

—Mi hijo... El mayor... Quince años... No, aún no sabe... Sí, es la primera vez.

Cuando llegan a la piso 60 se meten en las nubes, Manhattan desaparece, las gotas de agua en suspensión casi saben a sal. Los obreros carraspean, se suben el cuello de la chaqueta, se calan los gorros en las orejas. Las puertas enrejadas se abren. Alguien ha escrito con tiza «104» sobre el óxido de una de las vigas maestras. El viento silba y tararea entre el armazón, hace torbellinos en el techo, aúlla en el esqueleto de metal.

—Ven conmigo.

Van por unos tablones hasta una cabina provisional, en un rincón, donde está el jefe de equipo, Raymond Carter, un veterano de una familia irlandesa

que llegó de Terranova, sentado a una mesa ante unos planos impresos en color azul decolorado.

—Ray, este es mi hijo John, del que ya te he hablado. Hoy va a pasar el día con nosotros.

—Ah, sí, hola, chico. Bienvenido a la cima del mundo. ¿Qué te parece? Genial, ¿no? Aquí la historia se escribe en el cielo. Lo de hoy se lo contarás a tus hijos, seguro. Bueno, ten mucho cuidado y sigue las instrucciones que te dé tu padre al pie de la letra, o tendré que mandarte abajo. No se lo vamos a decir al capataz, porque empezaría a pedir un montón de autorizaciones y permisos para los seguros. Nos arreglamos entre nosotros, de mohawk a *newfies*, así que nada de bobadas, ¿vale?

—Sí, se lo agradezco mucho.

El jefe, volviendo a sus planos, dice:

—Háblame de tú y llámame Ray. Hasta luego, Tool, que tengas un buen día. Estad atentos al elemento 2A, que va a subir. Por lo visto, viene con un defecto de fábrica y a lo mejor vais a tener que cortar un trozo y hacer otros agujeros. Si se da el caso, avísame. En el piso de abajo tienen un taladro nuevo, muy potente. Os hará ganar tiempo.

Jack presenta a su hijo a los miembros de su cuadrilla. Dos años antes era el único indio entre los *newfies*, pero el goteo de mohawk a la obra ha permitido formar un equipo de veteranos piel roja con los que casi no hace falta hablar para entenderse.

—Os presento a John, mi hijo mayor. Aún no ha terminado el instituto, en la reserva. Viene a comprobar si su padre exagera al decir que tiene el mejor trabajo del mundo. Pedidle que vaya a buscar cualquier cosa que necesitéis. Hoy es solo un punk novato.

Algunos le sonrían, otros apenas se vuelven para mirarle, pero él reconoce dos caras.

—Bueno, de momento quédate ahí, sentado en esa caja, mirando pero sin tocar nada, ¿vale? ¿Estás bien, hijo, no tienes frío?

—No, papá, estoy bien. No te preocupes, anda.

Las grúas canguro, que apenas se adivinan en la niebla, empiezan a funcionar. Los brazos gigantes bailan sobre sus cabezas y abrazan las nubes, un primer elemento prefabricado sube y sale de la bruma como por arte de magia. Los hombres lo aferran, lo dirigen hacia su emplazamiento, alinean los orificios, lo fijan colocando tornillos y tuercas con manos diestras y sueltan los cables, que suben como serpientes por los aires para luego volver a la calle. En lugar de hablar por teléfono, Jack ha establecido un código con el gruista, al que conoce desde hace veinte años: un silbido, que hace sin usar los dedos, doblando la lengua en la boca, significa «¡Alto!»; dos quieren decir «¡Sube!». No es reglamentario, pero resulta rápido y eficaz.

Bajo sus pies aparecen destellos y chispas, como si un dragón escupiera en el cielo.

—Son los soldados del piso 103 —explica Jack, antes de que a su hijo le dé tiempo de preguntar—. Nosotros fijamos las piezas y ellos las rematan. Mira, vete a pedirle una caja de bulones del 13 a ese pelirrojo tan alto que está junto a la escalera de madera.

Dos horas después, John, sentado en una viga metálica, ha perdido de vista a Jack y empieza a aburrirse. Un adolescente apenas mayor que él va a buscarle.

—Dice tu padre que te vengas conmigo. Es la hora del café. ¿Vas a empezar de aprendiz?

—No, todavía no... Bueno, en realidad no sé. Primero tengo que terminar el instituto. ¿Tú de dónde eres?

—De New Jersey, de Newark. Tengo dos tíos *ironworkers*. Mis padres no estaban por la labor, pero yo seguí en mis trece. Mis tíos son geniales, son los

más graciosos de la familia. Son bastante jóvenes, pero cada uno tiene una casa grande, un coche y una Harley. Nadie de mi familia ha ido nunca a la universidad, pero ellos son, de lejos, los que más ganan. Y a mí siempre me han gustado mucho sus historias sobre la construcción.

En la tienda de la esquina, que desde que empezaron las obras de las torres ha triplicado sus ingresos, hay jóvenes vestidos con ropa de faena haciendo cola delante del mostrador; cuando se marchan llevan cafés en vasos grandes de papel, sándwiches y *bagels* para el descanso de las diez.

—Ocho *bagels*, seis de tortilla y dos de pastrami, y ocho cafés, seis con leche, por favor —pide el muchacho, al que John no se ha atrevido a preguntar el nombre.

—¿Te parece bien uno de tortilla francesa para ti?

—Sí, sí, claro... —John se lleva la mano al bolsillo.

—Deja, tenemos un fondo común para los descansos, no tienes que pagar nada.

Mientras vuelven a subir, con las manos cargadas de bandejas de cartón humeantes, la bruma se despeja en el puerto y deja ver la estatua de la Libertad en su isla, las grúas de los muelles de Brooklyn y el puerto de Bayonne a lo lejos, el intenso tráfico de transbordadores, remolcadores y cargueros sobre el Hudson y el East River. Delante del muelle 66 el barco de los bomberos, rojo y blanco como un juguete gigante, está comprobando sus bombas y suelta cuatro chorros de agua al aire. Un paquebote rojo y negro con cuatro chimeneas está entrando en el puerto; dos largos toques de sirena hacen temblar las rejas que tienen a su alrededor. Va a amarrarse en el muelle 59 y a depositar en la isla a miles de turistas.

Las cuadrillas de metalúrgicos saltan de las vigas y bajan por las escalerillas en cuanto ven llegar las vituallas.

—A la hora de la comida es algo más complicado —explica Jack a su hijo

mientras desenvuelve su *bagel*—. En las torres hay mucha gente, y además están las oficinas del barrio, así que todos los sitios donde venden comida, y también los restaurantes de comida rápida, se llenan enseguida. Hay que hacer cola y, con lo que tardamos en subir y bajar, no nos da tiempo. Así que ya verás, los jefes nos envían comedores sobre ruedas. No es que la comida sea muy buena, pero es barata. Esta noche nos desquitaremos, porque Joyce nos va a preparar un plato de pasta en el Denny's, una receta de su madre.

A lo largo de la tarde los aprendices mohawk piden ayuda constantemente al adolescente para abrir cajas de tuercas y tornillos, unirlos con unas pocas vueltas y echarlos a unos cubos metálicos. Al cabo de una hora encorvado, el dolor de espalda le obliga a ponerse de rodillas sobre una chapa de metal, como los demás. Intenta entablar conversación, pero los dos chicos, que proceden de una reserva cuyo nombre no le suena de nada, responden con monosílabos. Cuando ya han vaciado las cajas, se acerca a lo que será la pared externa y pasa la cabeza entre las vigas. Recibe de golpe el viento marino en la cara y se queda mirando el sol sobre la costa de New Jersey. Al inclinarse un poco más, ve incluso Sandy Hook, el «gancho de arena» que cierra el puerto de Nueva York al sur y, a lo lejos, la costa de New Jersey.

Un capataz pasa y le sermonea, preguntándose qué pinta en la obra un chico tan joven con un casco que le viene grande y sin hacer nada, cuando suena la sirena.

Son las tres y media, la jornada ha terminado. En la cola del ascensor, John se quita el casco y su padre, riéndose, le da un coscorrón en la cabeza.

—Para formar parte del club de la Tortuga hay que haber sobrevivido a algo que te caiga en la cabeza. En una obra el peligro suele venir de arriba, y no de abajo, así que no hay que quitarse el casco hasta llegar al vestuario.

Cuando llegan a la calle, a John le duelen un poco la espalda y las rodillas, pero la sonrisa no se le borra de la boca.

—Ahora es cuando se nota que las torres se mueven, ¿verdad? —le pregunta su padre—. Cuando se pisa la acera, el suelo ondea bajo los pies. Por lo visto, los marineros tienen esa misma sensación cuando se bajan del barco. Ven, no vamos a casa todavía, antes te voy a llevar a un sitio.

Se suben al metro en dirección al barrio de las flores, a lo largo del Hudson, hacia la calle Treinta y cuatro. Allí, entre las macetas de plantas y arbustos que llenan la calle, abren la puerta de una tienda con escaparate de madera que se llama Dave's, donde también pone: NUEVA YORK. ROPA DE TRABAJO.

—No sé si un día te servirán para andar por el cielo, pero vamos a comprarte tu primer par de Redwing. En casa ya ha empezado a nevar, con ellas no tendrás frío en los pies.

Altas, de cordones, de piel rojiza y suela blanca sin tacón, son las botas que John ha visto siempre en los pies de su padre, incluso en verano. El vendedor, un negro bajito con cara de listo, reconoce a un carpintero del hierro en cuanto lo ve y acude raudo, porque son buenos clientes.

—Hola, llegan en buen momento. Acabamos de recibir unas chaquetas forradas. Dentro de nada se van a helar ahí arriba, en las torres nuevas, ¿no?

—Hoy venimos por un par de Redwing para este joven. ¿Qué pie calzas ahora, hijo?

—Cuarenta y tres, creo.

—Aún va a crecer. Tráigale un cuarenta y cuatro. Se pondrá calcetines gruesos.

John da unos pasos por la moqueta. Le vienen grandes, los dedos le bailan dentro, pero no se atreve a decirlo.

—Con unos buenos calcetines valdrá, papá.

Eligen dos pares. Jack añade unos guantes de rodeo fabricados en Wyoming, los mejores guantes de trabajo que existen, dos XL y una L. Paga

en metálico. John insiste en llevarse puestas las botas, y mete las viejas Nike en la bolsa de papel marrón. El chico va a volver a la reserva con dos grandes cajas de cartón con la insignia del ala roja de Redwing. En casa, en Kahnawake, hay media docena de esas en los estantes del taller.

En el camino de vuelta no hablan mucho. Jack hojea un *Daily News* que alguien ha dejado en el metro. John intenta ver su reflejo en los escaparates mientras camina, sin conseguirlo. A la salida del metro, en Bay Ridge, su padre le pone una mano en el hombro.

—El padre de Joyce es escocés, pero su madre es italiana, de un pueblecito de Sicilia. Ya verás, prepara una pasta deliciosa con berenjenas, la receta se llama «Norma». Los martes por la tarde sustituye al cocinero, y entonces todo el barrio se presenta en el Denny's. Vamos a casa a darnos una ducha. Más vale que no tardemos mucho, pasadas las siete se acaba.

En el restaurante se sientan cerca de la puerta, a una mesa en la que se les unen los amigos del barrio. Uno es mecánico de los bomberos —«Me dedico a mimar camiones rojos»—; el otro es detective privado —divorcios y vigilancia—, tras haberse pasado diecisiete años en la policía, primero de agente y luego como inspector en una comisaría de Queens.

Una vez hechas las presentaciones, Jack se levanta y desaparece tras la puerta de la cocina. Cuando una camarera empuja la doble hoja para salir con su bandeja, John ve a su padre abrazando a Joyce. Se besan. Ella vuelve la cabeza, abre los ojos, ve la puerta abierta, le aparta y se reajusta el delantal. John ha intentado mirar a otro lado, pero es demasiado tarde. Ya lo ha visto. Se queda sin respiración, se pone rojo, no oye la pregunta que le hace el detective sobre sus estudios, se quiere marchar, hace el gesto de levantarse, se vuelve a sentar. Agarra con las dos manos el vaso de agua lleno de cubitos de hielo y da un sorbo en el momento en que Jack regresa y se sienta frente a él.

—Vosotros ya conocéis la pasta de Joyce, pero tú te vas a llevar una

sorpresa, hijo... John, ¿estás bien? Te noto raro...

—No, papá, tranquilo, solo estoy un poco cansado.

—No te preocupes. Cenaremos y nos iremos a la cama. Yo también estoy baldado. Ya has visto cómo es un día en la torre. ¿Ahora entiendes por qué tenemos el mejor sueldo de la construcción? Es un trabajo físico y técnico, puede hacer frío o calor, es peligroso y agotador. Pero todas las tardes, antes de ir al ascensor, te das la vuelta y miras lo que has hecho durante el día. Te acuerdas de por dónde iba la obra esa mañana y ves que hay otro trozo. Ves cómo nace el edificio. Cuando lo acabas, es tuyo para siempre, lleva tu nombre escrito. Muchos años después, cuando pasas por la calle, dices: «Yo he construido eso». Se lo enseñas a tus hijos. Si eres bueno, los jefes de obra están dispuestos a pagar para que te quedes con ellos. Hace dos años, con un capataz del Sur que se pasaba con las bromas racistas sobre indios, dos cuadrillas de mohawk amenazaron con irse, y a quien terminaron despidiendo al final fue a ese idiota. En una obra, un buen equipo puede marcar una diferencia de varias semanas, incluso meses, en los plazos de ejecución, y eso, en Nueva York más que en ningún otro sitio, es dinero.

Vacía la mitad de su vaso de cerveza y pone la mano sobre la de su hijo, que desde hace un rato mantiene la vista fija en su plato.

Joyce lleva una gran fuente humeante, sonrío a todos, ofrece parmesano y evita cruzar la mirada con John. No está segura de que les haya visto, pero al notarle tan inquieto, con las manos temblando, y por la forma en que vuelve la cabeza para evitar mirarla, lo entiende. Hace dos años que comparte la vida con «su indio», de lunes a viernes en Brooklyn, y las noches en la cama demasiado estrecha de su pisito de un dormitorio, sin esperar nada a cambio. Sobre todo, que no deje a su mujer, a sus hijos, ni la reserva, ese extraño lugar que tanto le cuesta imaginar. Se figura escenas sacadas de las películas del Oeste, tipis, chozas de madera rodeadas de carrocerías de coches en los

confines de Nuevo México, reportajes en la tele sobre suicidio adolescente, casinos con luces de neón que dibujan cabezas de jefes indios con sus plumas, o la alta tasa de alcoholismo. Nada de eso se parece a las cosas que Jack le ha contado y a las pocas fotos que le ha enseñado, donde se ven grandes casas de madera, las orillas del río, césped y canchas deportivas. Joyce tenía pensado sentarse al lado de Jack cuando terminara su turno de trabajo, como hace siempre. En Bay Ridge todos saben que están juntos. Pone la excusa de que debe hacer algo en la cocina y se esconde allí. Ha decidido esperar a mañana para hablar con él, tendrán que pensar en algo si el chico se queda toda la semana.

—Mira, mañana no vale la pena que te levantes a la misma hora que yo — le dice Jack a su hijo en la acera mientras vuelven al apartamento—. Ray se ha pasado antes a verme, y esta semana no vas a poder volver a la obra. Alguien le ha hecho algún comentario, hay gente que ha preguntado quién eras, y él podría tener problemas con la empresa, sobre todo por cuestiones de seguros. Pero ha estado bien que lo hayas podido ver de cerca, ¿verdad? Ahora tienes una idea más clara de cómo es, te ayudará a decidir. ¿Tienes algo previsto para mañana y el jueves? ¿Algún sitio al que te gustaría ir? Me habría encantado cogermelo un día libre para visitar Nueva York contigo, pero no va a poder ser. Llevamos una semana de retraso y el jefe quiere que el *topping-out* se haga antes de Navidad a toda costa.

—La señora Deer, la profesora de arte, se enteró por mamá de que venía a Nueva York. Me pidió que fuera al Museo Metropolitano a ver los cuadros de Picasso y que llevara fotos y documentos para hacer una presentación en clase. Dijo que no perdiera una semana, que hiciera algo útil. ¿Dónde está ese museo?

—En pleno Central Park, ¡es una idea genial! Llevo años viviendo aquí toda la semana, a veces también los fines de semana, y nunca he ido. Por lo

visto, está muy bien. Te voy a explicar cómo se llega en metro, ya me contarás luego.

Al día siguiente, Jack y Steve cierran la puerta con cuidado y, bajo una lluvia fina y constante, se dirigen a la parada de metro. Los carpinteros del hierro no trabajan cuando llueve, es demasiado peligroso, pero para que les paguen la jornada tienen que presentarse, fichar y esperar la decisión del jefe de obra. A los mohawk les gustan los viernes por la mañana lluviosos, porque pueden coger la carretera del norte mucho antes de lo habitual. Pero hoy es miércoles, y parece que va a despejar.

John no tiene despertador y, como la habitación está a oscuras, se levanta tarde. En la mesa del desayuno, junto a un paquete de cereales y una botella de leche, su padre le ha dejado un billete de diez dólares y dos fichas para coger el metro. «Hasta la noche, hijo, pásalo bien», ha garabateado en el dorso de un sobre.

John sale a eso de las doce. Ha dejado de llover pero hace frío. Da unos pasos por la acera, da media vuelta, entra en el piso y se pone la chaqueta forrada de su padre, que está colgada en el perchero del pasillo. Al entrar en el metro mira el plano y ve las líneas y el par de transbordos que Jack le ha indicado. Sentado en el vagón, mira a los demás viajeros, una mezcla entre hombres de negocios trajeados, turistas y empleados que van corriendo de un trabajo a otro. Sale en la avenida Lexington, pregunta por dónde ir y llega ante la inmensa fachada y las escaleras monumentales del Museo Metropolitano. Cerca de las columnas de la entrada, un poco intimidado, le pregunta a un vigilante por las obras de Picasso. El empleado le dirige a la caja y luego al puesto de información, donde una voluntaria sonriente, una abuelita jubilada con el pelo teñido con reflejos violeta, le entrega un plano impreso en papel de mala calidad y le indica:

—Segundo piso, arte moderno, recto y a la izquierda pasadas las escaleras.

En el piso 104 de la torre Norte el trabajo ha empezado con retraso. Ha dejado de llover, pero los obreros han estado esperando con un café en la mano en las tiendas cercanas, donde les pueden dar una voz, a que los representantes del sindicato decidan si las tablas de madera y las vigas de metal están lo bastante secas para andar sobre ellas sin riesgo de resbalar.

Como suele suceder, el representante irlandés ha pedido que les den una hora más y, también como suele suceder, Raymond Carter ha dicho que no y ha ordenado que las grúas empiecen a funcionar a las nueve, «con una penalización para los holgazanes que esperan que les sequemos el suelo con secador. ¡Tenemos que terminar una torre, y vamos con retraso!».

—Normalmente estoy de acuerdo con el sindicato, los jefes nos meten demasiada prisa para que volvamos al trabajo cuando deja de llover —dice Jack en el vestuario mientras se pone el cinturón de herramientas—. Pero hoy no me parece mal volver. Con esos elementos externos prefabricados, hace casi dos años que no ando en equilibrio por una viga sobre el vacío, como en un edificio clásico. Igual hasta se me ha olvidado.

Los primeros elementos de metal, chorreando agua, aparecen en el cielo. Los metalúrgicos secan con trapos grandes el lugar donde hay que posarlos. «¡Clonc!» El primero ya está en su sitio, las llaves de cola entran en los orificios, los agujeros se alinean, las tuercas fijan las piezas.

Detrás de Jack, al otro lado de la torre, se oye un berrido, y a continuación alguien grita por teléfono al gruista:

—¡Sube, súbelo! ¡Joder, tiene un dedo pillado! ¡Sube, sube!

Todos acuden corriendo. Un joven, nuevo en la obra, se sujeta la mano, que ha sacado en el momento en que la grúa ha vuelto a subir la pieza de acero. Tiene el guante derecho empapado en sangre. Se sienta en el suelo,

lívido. Uno de los jefes de equipo, que tiene el título de socorrista, le alcanza una botella de agua. Le acercan una toalla y él se quita el guante con cuidado. Las últimas falanges del anular y el meñique están hechas puré, y las uñas han desaparecido.

—¡No mires! ¡No mires, chaval! Vamos a llevarte al hospital, tranquilo.

Él se envuelve la mano en la toalla.

—¿Puedes andar, o montamos la camilla?

—No, puedo andar, ahora me levanto, dadme un minuto. Tengo náuseas. Dadme un poco más de agua, por favor.

Los alrededor de cuarenta hombres que trabajan en esa planta han acudido y han hecho un círculo; algunos se han quitado el casco, todo se ha parado. El herido se levanta ayudado por dos compañeros y se dirige al ascensor con pasitos cortos. La sangre empieza a traspasar la toalla. Cuando se cierran las puertas de la cabina, esboza una sonrisa y hace un gesto de despedida con la mano izquierda.

—Bueno, diez minutos de descanso —anuncia Ray Carter—. Fumaos un pitillo. Todo va bien, se recuperará. No es el primero de nosotros con un dedo más corto que los otros —dice, al tiempo que alza la mano izquierda, que solo tiene cuatro dedos, e intenta sonreír, pero no le sale—. En cuanto el médico del Downtown Hospital tenga un diagnóstico me llamarán. Esta tarde os diré qué tal está.

Las cuadrillas vuelven a sus puestos, todos tienen alguna historia que contar de algún dedo del pie o de la mano aplastado. Las botas Redwing no llevan protección metálica en la puntera porque, con las toneladas de presión que ejerce una viga, cortarían el pie. Cuando los motores de las grúas arrancan nuevamente, todos se ponen los cascos. Se les está yendo la mañana. Sobre el mar, poco a poco, el cielo se está cubriendo y llenando de nubarrones. Los hombres alzan la vista y ven cómo las nubes van hacia ellos

desde el horizonte, precedidas por ráfagas de un viento que presagia tormenta. Justo antes de las doce, las primeras gotas repican en la madera y el metal. Jack, absorto en atornillar un bulón del tamaño de un puño, no se da cuenta de nada. Le sorprende la lluvia salada, que empieza a caer de golpe, como si fuera una fuga de agua.

«¡Crac!» El rayo pasa muy cerca y toca una esquina de la torre, seguido de un trueno que hace que toda la estructura retumbe. Siempre hay un pararrayos en los edificios en construcción. En este caso se trata de una pértiga de metal atornillada cinco metros por encima de su cabeza, pero en la historia de los carpinteros del hierro en América hay muchos hombres a los que el rayo fulminó cuando no se esperaba que sucediera.

Justo antes de que estalle otro rayo empieza a sonar la sirena de evacuación. Las herramientas vuelven a los cinturones o se abandonan en el sitio, y todos corren hacia el ascensor exterior. Jack, que está en el otro extremo de la torre, termina de dar las últimas vueltas a su tuerca. Guarda en el estuche su *spudwrench* y se pone de pie sin apresurarse. Para salir, o bien rodea el foso central, lo que será la caja de los ascensores, o bien corta en línea recta caminando sobre unas tablas colocadas para tapar ese hueco de noventa y cinco plantas. En la parte que rodea el foso ya hay mucha gente y él está empapado, así que opta por el camino más corto. Gira a la izquierda y empieza a andar más despacio para no resbalar sobre las tablas. Otros dos obreros le siguen.

Ya casi está al otro lado cuando una bola de fuego explota frente a él y le proyecta a varios metros de altura. Vuelve a caer sobre las tablas, que están fijadas simplemente con clavos. El rayo ha afectado a la madera, que se quiebra y cede bajo su peso. Jack cae gritando y moviendo los brazos para intentar agarrarse a algo. Su grito se pierde en el vacío.

Los dos hombres que iban tras él, a los que el golpe ha sacudido, han

logrado mantenerse sobre los tablones de al lado. Uno, con la cara herida, parece que tiene el ojo afectado; el otro está reculando a cuatro patas y grita con todas sus fuerzas:

—¡Tool, Tool! ¡Dios, Jack! ¡Jack se ha caído por el agujero! ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Que venga alguien!

Son los únicos que han visto el accidente. Los demás, alertados por los gritos, vuelven sobre sus pasos. No entienden bien lo que pasa. Raymond Carter agarra por el cuello de la cazadora al que parece ileso.

—¿Qué dices de Jack? ¿Dónde está? ¿Dónde?

—¡En el hueco, se ha caído por el hueco del ascensor! Ha caído un rayo y los tablones se han roto. Ray, ¡no puede ser! ¡Tool se ha caído por el agujero!

Aunque llueve a chorros, el jefe de equipo se quita el casco. La lluvia recorre sus mejillas y le lava las lágrimas. Suelta la libreta que llevaba en la mano, se limpia los ojos con la manga, se acerca al hueco, mira en su interior y no ve nada. Noventa y cinco pisos. Jack LaLiberté ha muerto.

Raymond Carter va corriendo al ascensor exterior y aparta a puñetazos a una docena de obreros que no se han enterado de nada.

—¡Dejadme pasar, joder, quitaos de en medio! ¡Paso, paso!

Cuando llega la cabina, coge por la chaqueta al encargado y le grita que baje enseguida, sin nadie más. Intenta explicar el drama por el *walkie-talkie* al capataz, que no entiende más que una de cada cuatro palabras. Lo único que entiende es «¡Llama al médico!». La cabina se detiene y él casi arranca de cuajo la reja para abrirla. Corre diez metros y se para en seco. Jack está tumbado boca abajo, encima de un montón de cascotes. Si no fuera por el horrible ángulo que dibuja su pierna derecha, casi se podría pensar que duerme. El impacto ha hecho que el casco salga volando, pero tiene la cara intacta, con los ojos abiertos. También tiene la boca abierta, como en un grito silencioso. De la nariz le sale un hilillo de sangre.

Ray Carter se agacha junto al cuerpo y pone dos dedos en la yugular. Acerca el oído a la boca. Nada. Jack ha dejado de respirar. Le cierra los ojos, le pone la mano en la mejilla, se levanta. Tras él han ido llegando hombres que se santiguan y se quitan el casco. Ray, calado hasta los huesos, coge un trozo de lona y cubre a Jack. El médico de la obra llega a los diez minutos. No se puede hacer nada. A lo lejos se oye la sirena de la ambulancia de los bomberos, bloqueada en un atasco.

—Por hoy hemos terminado —anuncia Ray Carter—. Que alguien vaya a buscar a su hermano Tom, que está en la torre Sur, según creo, y que lo traiga.

Por la línea interior avisa al capataz. Poco después suena el timbre que anuncia el final de la jornada. Tom LaLiberté sale corriendo del ascensor y ve la lona. Se acerca. Raymond Carter le pone la mano en el hombro. Se arrodilla junto al cuerpo de su hermano, se quita el casco y, sin pronunciar palabra, le acaricia la sien. Después, con los ojos cerrados, salmodia en voz baja un canto fúnebre en mohawk. Se levanta, se seca la cara con la manga.

—Voy a llamar a Kahnawake para comunicar la noticia. Su hijo mayor, John, está aquí, en Nueva York, pero no sé cómo localizarle.

Pasan dos horas hasta que terminan el papeleo, llegan los expertos, el capataz y el hijo del dueño de Koch Erecting. Luego, los bomberos meten el cadáver en una funda y se lo llevan en una camilla con ruedas que apenas entra en el ascensor de la obra.

En la cocina del Denny's, con el ruido de la freidora, Joyce no oye el teléfono.

—Joyce, es para ti, del World Trade Center.

Es la primera vez, se le hiela la sangre. Se acerca con pasos cortos, reteniendo el aliento, y coge el auricular, que reposa en un estante.

—¿Sí? Sí, soy Joyce...

Lo suelta de golpe, se apoya en la pared grasienta, dobla las rodillas, cierra los ojos y se desliza despacio hasta encontrarse sentada en los talones. De su pecho sale un largo gemido. Su amiga Helen entiende lo que pasa, se inclina hacia ella, la abraza e intenta levantarla, en vano. Joyce se deja caer de lado y se acurruca sobre las baldosas llorando como una niña.

El restaurante se llena de amigos, de *ironworkers* del barrio, sean mohawk o no, de vecinos que acuden para preguntar. Allí está también la mitad del puesto de bomberos de la avenida, cuatro policías uniformados, y empleados y clientes de la pizzería Calabrese. Joyce se sostiene la cabeza entre las manos, solloza, fija la mirada en una taza de té que se le ha quedado frío. Alza los ojos y ve a John acercándose por la acera, al final de la calle.

—Steve, Steve, ¡el chico! ¡Dios, Steve, el chico está ahí, viene hacia aquí! ¡Corre, ve por él!

El compañero de piso de Jack va a la puerta y corre hacia el adolescente, que apenas le reconoce. Se para a un metro de él con los ojos llenos de lágrimas y le estrecha con la fuerza de un oso.

10

Kahnawake (Canadá)

18 de septiembre de 2001

Wild Bill Cooper trabajó quince años con mi padre. En Canadá, hasta Vancouver, en las grandes ciudades del nordeste de Estados Unidos, en todos los sitios donde se necesitaban un par de buenos montadores de acero. Llegaban para las últimas plantas, las más altas, al final de la obra, en el momento en que los banqueros se empiezan a impacientar, los dueños se angustian y los capataces andan de mal humor. En algunos edificios complicados, cuando no era fácil conseguir cuadrillas capaces de trabajar deprisa y bien a esa altura, se podían obtener jugosas primas.

Un otoño, a principios de los años sesenta, se fueron en avión a Colorado Spring, en clase *business*, y nada más llegar les dieron tres mil dólares en metálico metidos en un sobre. Cuando estaban lejos de casa, si no conocían a ningún carpintero del hierro por la zona exageraban el toque indio colocándose plumas de águila en el casco, en el estuche de las llaves de cola ponían franjas de cuero y bordados de perlas y hablaban entre ellos en mohawk como si estuvieran pasándose consignas secretas.

—Con lo que nos pagaban, bien podíamos darles un poco de espectáculo —dice Wild Bill entre risas—. Había ciudades en las que hasta los jefes

creían que, solo por ser indios, no teníamos vértigo. Nunca les contradecíamos; al contrario, lo exagerábamos. Trabajábamos a la misma velocidad que el resto, pero a ellos les parecía que éramos más rápidos.

Se conocían tan bien que apenas les hacía falta mirarse o hablarse. Con los pies sobre treinta centímetros de acero, tocando el cielo a doscientos metros del suelo, Jack adivinaba la llegada, por detrás, de la viga suspendida de dos cables. Bill sabía, con la precisión de un reloj, cuánto tiempo iba a tardar Jack en atraparla, alinear los agujeros, meter los ocho bulones y enroscar dos de ellos. Miraba lo que hacía con el rabillo del ojo, anticipaba cada gesto, preparaba la siguiente maniobra. A veces silbaban para darse avisos con un código propio que imitaba el canto de los pájaros. Lo inventaron cuando tenían diez años, en sus primeras excursiones para ir de caza a orillas del San Lorenzo. Se pasaban el día en los árboles, construían cabañas secretas, disparaban con arco a los peces del río —caballeros cobrizos y percas blancas— y ponían trampas en la nieve para cazar conejos.

Bill no estaba con Jack cuando murió porque ese día se encontraba en la torre Sur. Había llegado tarde a la obra y los equipos ya se habían formado. Hicieron lo que pudieron para cambiar de cuadrilla y estar juntos, y casi lo habían conseguido cuando cayó el rayo que tiró a Jack por el hueco del ascensor.

—Cuando murió tu padre, yo perdí un hermano. Después, ya nada fue igual. Nunca encontré otro compañero de trabajo. Aguanté tres años. Luego tuve el accidente, y lo dejé —me dice Wild Bill.

En la casa alargada de Kahnawake está a punto de empezar la ceremonia de homenaje al World Trade Center, a las víctimas y al personal de rescate. Los tambores cogen ritmo, las mujeres entonan los cánticos seguidas por los niños y varios hombres. El humo de las hojas de tabaco consumiéndose en los tazones de barro sube por la sala.

—Ven, vamos fuera —pide Bill.

En el porche se saca del bolsillo una tabaquera de ante, lía un pitillo con sus dedos de gigante y lo enciende. Yo le miro con el ceño fruncido, y él sonríe.

—Setenta y dos años y unos pulmones de chaval. A mi edad, ya no hay riesgo. En fin, hijo, hay algo que quiero contarte. Algo que tendría que haberte dicho hace mucho tiempo. He estado a punto muchas veces, pero luego siempre lo dejaba pasar. Ya va siendo hora de que lo haga. ¿Te acuerdas de cuando trajimos a tu padre? ¿Qué edad tenías? ¿Catorce, quince años? Después de enterrarle en la reserva, dijimos que habíamos hecho una ceremonia en su memoria, la tarde del accidente, en lo alto de la torre Norte. Que habíamos quemado unas hojas de tabaco y grabado su nombre en una viga, para que se quedara para siempre.

—Sí, lo recuerdo. Me he imaginado esa escena miles de veces, estaba enfadado porque no me llamasteis. Me habría gustado que vinieras a buscarme...

—Sí, pero hay algo más.

Bill se sienta en una de las mecedoras, me indica otra levantando la barbilla y se acerca a mí para que podamos hablar sin que nos oigan los que van llegando, algunos ataviados con tocados y trajes típicos. Todos le saludan con un gesto de la cabeza o de la mano.

—¿Te acuerdas de que le dijimos a tu madre que la llave de cola de Jack se perdió en la caída y que nunca conseguimos encontrarla? Es mentira. La tenía en su estuche. Yo la saqué de su cinturón, cuando su cuerpo ya no se movía, antes de que llegara la policía y se lo llevaran los bomberos.

Acerco mi butaca a la suya y miro al suelo entre mis pies. Por mi memoria desfilan las danzas tradicionales en el funeral, la chaqueta bordada, demasiado grande, que me obligaron a ponerme, la pluma de águila en el

pelo, la guardia de honor de los metalúrgicos, casco en mano a la entrada del cementerio, la imagen de las Torres Gemelas grabada en la lápida de mármol negro: JACK LALIBERTÉ – 1936-1970.

—Tu padre y yo hablamos mucho de las torres. Eran tan bellas, tan grandes... Cuatro años de trabajo, una obra excepcional. El Empire State Building de nuestra generación. Estábamos seguros de que nunca volveríamos a trabajar en un proyecto así de bonito y grandioso. Así que habíamos previsto esconder nuestras *spudwrenchs* en algún sitio del almacén, antes de irnos, para que se quedaran allí para siempre. Una parte de nosotros, un recuerdo, en secreto. A un *ironworker* no le gusta separarse de su herramienta, pero en este caso valía la pena. Así que la noche del *topping-out* de la torre Norte, dos o tres semanas después de la muerte de tu padre, con tu tío Tom y otros dos mohawk, nos colamos en la obra a medianoche. Subimos arriba y soldamos una caja de metal a una viga. Dentro metimos algunas cosas, entre ellas la llave de Jack, y luego la cerramos para siempre. Cuando vi en la CNN cómo se derrumbaba la primera torre, esa caja fue lo primero que se me vino a la cabeza. Era la torre Sur, pero sabía que, si se había caído de ese modo, la otra no iba a aguantar mucho. Recordé la llave, el escondite, la sonrisa de tu padre, su forma de andar por las vigas como un gato, y cómo nos guiñábamos el ojo cuando habíamos hecho un buen trabajo. Los cabrones que han cometido esos atentados le han vuelto a matar.

—Quieres decir que ahí, entre esas toneladas de cascotes, metal y trozos de cuerpos humanos, en ese infierno, ¿está la llave de mi padre? ¿Con la que yo jugaba de pequeño y que pesaba tanto que tenía que sujetarla con dos manos?

—Pues sí. Está ahí abajo, en algún sitio. Y ahora que lo sabes, la vas a encontrar.

—¡Encontrarla! Ya me gustaría pero, Bill, no habrá manera. ¿Has visto las imágenes? ¿Te das cuenta de que todo se ha volatilizado? Hay camiones de

bomberos aplastados como una tortita de cincuenta centímetros. Los aviones han desaparecido. Dos Boeing, enteritos. No queda nada reconocible. Nada que se parezca a una mesa, una silla o un armario. Los cadáveres, quitando los de algunos bomberos, protegidos por su uniforme, han quedado pulverizados. No es que la llave de mi padre sea una aguja en un pajar; es que es un átomo en una montaña de heno.

—Esas herramientas son indestructibles. Nos las pasamos de padres a hijos. Puede que esté rota o torcida, pero está ahí, en algún sitio. Esperándote. Tienes que encontrarla, y lo tienes que hacer tú. Ya era un objeto sagrado antes de la catástrofe. Debes traerla aquí, porque su sitio está encima de tu chimenea o en la pared de la casa alargada.

Wild Bill ya ha dicho lo que tenía que decir. Solo añade:

—En lo alto de la torre Norte.

En el magma de la Zona Cero es casi imposible ubicarse, entender por dónde se anda, qué son, qué eran los trozos de metal que quedan. Los únicos que más o menos se orientan son unos pocos ingenieros que se pasan el día estudiando los planos y entienden cómo se han desplomado los dos gigantes. Torre Norte o Sur, yo sería incapaz de decir qué estuve removiendo los primeros días.

Pero ahora sé algo. Sé que la llave de cola de mi padre, la que debería haber colgado de mi cintura, la que yo habría tenido que dar a mi hijo cuando cumpliera dieciocho años, en caso de haberlo tenido, está ahí abajo, en algún sitio. Mis posibilidades de encontrarla son casi nulas, pero voy a buscarla. Los tambores y los cánticos paran en la sala y una chica joven, con un vestido bordado con perlas y una trenza de azabache que le llega a la cintura, aparece en el porche. Con una sonrisa, me dice:

—¿Es usted John LaLiberté? El consejo me envía a buscarle. ¿Puede

pronunciar unas palabras? Es usted el único que ha visto la catástrofe desde dentro...

—Sí, ya voy.

Wild Bill coge mi mano entre las suyas, grandes, oscuras, anchas, llenas de marcas y cicatrices.

—Ve, ve. Cuéntaselo. Pero no les digas nada de la llave. Yo soy el único que lo sabe, los otros dos murieron hace unos años. En la nube de humo que subió al cielo de Nueva York estaba el alma de tu padre, el alma de nuestros guerreros desde el principio del mundo, de todos los nuestros que murieron o quedaron lisiados construyendo los puentes y los rascacielos del hombre blanco, además de las almas de los pobres inocentes que acababan de llegar a la oficina para empezar otro día de trabajo y no entendieron nada de lo que pasaba. Las almas de los bomberos que se sacrificaron subiendo por las escaleras cargados como mulas para luchar contra un fuego que era invencible, como seguramente sabían. Estamos muy orgullosos de lo que estáis haciendo en Manhattan.

Nos levantamos y él me da un abrazo. Yo meto la cabeza en el hueco de su cuello, él me da seis palmadas en la espalda y luego me aparta, mirándome a los ojos.

—¡Ve!

En la sala me esperan unas cien personas colocadas en semicírculo alrededor del estrado, donde hay un micro de pie. Los jefes y las madres de los clanes visten las prendas de gala y están alineados contra la pared; hay niños a los que atrapan al vuelo para que dejen de jugar al escondite, adolescentes que se miran con disimulo. Los cánticos se transforman en murmullos y el son de los tambores cesa cuando me acerco. Doy unos golpecitos en el micrófono.

—Buenas tardes. Muchos de vosotros me conocéis. Para los demás, me

llamo John y soy *ironworker*, hijo de Jack LaLiberté. Los viejos le recuerdan, le llamaban Tool, murió construyendo las Torres Gemelas. Y mi madre es Louise Dubois, del clan del Oso. Hemos llegado hace un rato de Nueva York. Estamos trabajando en las ruinas del World Trade Center, que ahora llaman Zona Cero. Los montadores de acero que están aquí, sus familias, y en definitiva todos en Kahnawake entendemos por qué nos necesitan. Cortamos el acero, los miles de toneladas de vigas retorcidas y de chatarra que se han amontonado donde estaban las torres.

Nadie se mueve, los que tocan los tambores han puesto las palmas de las manos sobre los instrumentos y todas las miradas están clavadas en mí. Un hombre de pelo blanco le dice algo al oído a su mujer, que le llega al hombro.

—Los hombres blancos nos ven en los rascacielos en construcción, nos observan desde las ventanas de sus oficinas, o desde las aceras, en su descanso para comer. Saben que los mohawk construimos sus edificios, pero muchos no tienen ni idea de que también los desmontamos, los cortamos en trozos cuando tienen que desaparecer. Cuando ocurrió la catástrofe supimos que nos iban a necesitar. El polvo de las torres todavía no se había disuelto y nosotros ya habíamos ido a nuestra obra, cogido los sopletes, las botellas de gas, las camionetas *pick-up*, y nos habíamos acercado hasta allí.

Hablo durante media hora. Les hablo del fuego, el calor, el humo, los olores, el peligro; la llama azul mordiendo el acero, la máscara con la que te ahogas pero que no te puedes quitar para no intoxicarte, las suelas de las botas fundiéndose, las manos que se queman incluso llevando guantes, las chapas de acero que desgarran la ropa y a veces la piel; las cucharas gigantes de las excavadoras, el rugido de los buldóceres, la viga cortada que se empina, la sirena que obliga a dejarlo todo y salir corriendo para volver al mismo sitio media hora después; el miedo cuando todo se hunde a tu alrededor, la camaradería que te lleva a abrazar a desconocidos, los ladridos

de los perros; el horror de los cuerpos troceados que vemos antes que los bomberos, porque nosotros vamos delante para abrir el camino; las imágenes que no podemos sacarnos de la cabeza cuando, por la noche en el hotel, intentamos dormir; las lágrimas que nos dejan surcos en la cara llena de polvo, las manos que nos duelen tanto que no podemos cerrarlas, la espalda que quema, la tos que empieza y ya no te deja en paz, la botella de agua como desahogo; el cansancio, la ira, la frustración por no encontrar ningún superviviente. La esperanza de que haya alguno: «Deben de estar ahí abajo, no muy lejos, presos en las entrañas del monstruo. Aparecerán esta noche, tal vez mañana».

Me detengo para tomar un sorbo de agua y ellos rompen en aplausos. Con eso cierro mi relato. De todos modos, no sé qué más puedo decir. Uno de los jefes de clan se acerca al micro para hacer una pregunta, y yo le respondo. Después viene otra, y otra.

Quieren saber si los mohawk son los únicos que han bajado a cortar el acero.

—No, claro que no. Hay *ironworkers* de todas partes. De Nueva York, New Jersey, Connecticut y de sitios mucho más distantes, incluso de California. Algunos llevan un equipamiento que yo no conozco.

Preguntan si se han inspeccionado los sótanos y los aparcamientos de los edificios.

—Sí, lamentablemente, varias veces, de arriba abajo. Están vacíos. La gente tuvo tiempo de evacuarlos antes de que las torres cayeran. No será ahí donde encontremos supervivientes. Al principio pensábamos que sí, pero ya no.

Si hay alguna posibilidad de encontrar supervivientes enterrados.

—Dicen que sí, basándose en rescates de terremotos, gente a la que encontraron mucho después. Pero, desde hace tres días, yo lo dudo.

Si ya se sabe cuánta gente había en las torres en la mañana del 11.

—No, en realidad no. Las estimaciones varían mucho. Aún era temprano, las oficinas no estaban llenas. Se necesitarán meses para establecer la lista de muertos y desaparecidos.

Si allí tenemos todo lo que precisamos.

—Casi. Aún faltan las grúas gigantes para levantar las piezas más pesadas, pero acaban de llegar de Chicago y ya las están montando.

Si las antorchas de plasma cortan mejor y más rápido que los sopletes clásicos.

—¡No se imagina cuánto!

Si nos alojan en casetas de obra.

—Para nada. Estamos en los mejores hoteles de Manhattan por cincuenta dólares la noche, precio fijo. Y tenemos comida gratis en todas partes, no nos dejan pagar ni una cerveza.

Si todos somos voluntarios.

—Por supuesto, pero desde el martes los que tenían otro trabajo han vuelto a él. Los que han llegado de otros sitios se están volviendo. Y los que se han quedado tienen un contrato. Se ha convertido en un trabajo. Sin comparación con ningún otro, pero un trabajo al fin y al cabo. Tenemos un contrato, tarifa sindical, y el sindicato se ocupa de gestionar la contratación.

Si tenemos miedo de los gases que se desprenden, de su toxicidad.

—Mucho. Hay que obligarse a llevar la máscara constantemente. Yo he hecho un apaño en la mía para integrar el micro del *walkie-talkie*. Pero algunos no se la ponen, no consiguen respirar con ella, y eso que saben que es peligroso.

Si sabemos por qué las torres se desplomaron tan rápido sobre sí mismas como castillos de naipes.

—No, la verdad. Algunos compañeros dicen que sus padres ya les habían

avisado, que decían que esos pisos, esos grandes espacios que se sustentaban gracias al esqueleto exterior, no les parecían muy sólidos, sobre todo en caso de incendio. Pero para saberlo habrá que esperar a que los ingenieros terminen de investigarlo.

Si pensamos en los viejos, los que las construyeron.

—Constantemente.

La madre del clan de la Tortuga pone fin a la sesión acercándose. Me cubre los hombros con una manta en la que un montón de manos han bordado las Torres Gemelas, intactas junto a un sol poniente, con un águila sobrevolándolas. A los pies, en la explanada, caminan un lobo, un oso y una tortuga.

Andy está un poco apartado, sentado en el extremo de una grada de madera, con una botella de cerveza entre los pies. Sonríe, me guiña el ojo. Voy hacia él estrechando manos, recibiendo palmadas en la espalda: «Bravo», «Has hablado muy bien, John», «Tool estaría orgulloso de ti». Le presento a algunos. Tami y mi madre se nos unen. Mi hija extiende la manta en el suelo.

—Igual tendrían que haber bordado tu nombre, y el del abuelo...

—Igual, pero así también está muy bien, ¿no? Ya va siendo hora de irse a dormir, princesa.

Salimos de la casa alargada, y yo la cojo y me la subo a hombros, como cuando tenía cinco años. Al principio ella protesta, pero luego sonrío a todo el mundo mientras sostiene la manta como si fuera un bebé.

Mientras su abuela calienta en la cocina el estofado y los panes de maíz, ella se queda en el porche con nosotros, sentada en las escaleras, oyendo charlar a los vecinos que han venido a tomarse una cerveza con nosotros. Han traído álbumes llenos de fotos de aquellas dos obras memorables, desgranar recuerdos, bromean, resucitan a los muertos y brindan en su memoria,

maldicen a ese árabe del que nunca antes habían oído hablar, Osama algo. Nadie sabe quién es ese tío, ese terrorista, ni qué tienen contra Estados Unidos, él y su gente. Y, sobre todo, cómo pueden suicidarse estrellando aviones contra unos edificios, solo para matar a gente que no conocen y que no les ha hecho nada.

A eso de las once mando a Tami a la cama. Bajamos la voz y nos pasamos otras dos horas en el porche. En el jardín empiezan a amontonarse pares de guantes de trabajo nuevos, botas Timberland casi sin estrenar, sopletes en sus cajas. Me comprometo a llevarlo todo a Nueva York. Algunos ofrecen dinero para que compremos lo que necesitamos, pero me niego a aceptarlo.

—Sé que hay colectas en marcha. Preguntad en el sindicato, ellos os dirán.

Al día siguiente acompaño a Tami al colegio y la gente me saluda como si fuera famoso. Más tarde, Andy y yo vamos a comer al restaurante del club de los Chevaliers de Colomb, donde suelen echar la tarde los montadores de acero jubilados. Hoy están todos. Hacen preguntas técnicas, dicen lo tristes y enfadados que están, explican sus teorías, unos se ofrecen a venir con nosotros, otros se ríen de ellos, y todos dejan de hablar y se quedan viendo la tele cada vez que sale alguna noticia. Al fondo, detrás del periodista que emite en directo desde Manhattan, las columnas de humo gris no parecen tener intención de disminuir.

Pedimos dos hamburguesas y una cerveza para los dos, porque a primera hora de la tarde nos volveremos a Nueva York. Habría podido quedarme más tiempo, un día o dos más, pero estoy deseando volver a la Zona Cero, y Andy también. La esperanza, aunque sea poca, aún existe. Bomberos, policías y personal de rescate necesitan que sigamos cortando para avanzar hasta el corazón de los escombros. Igual que les sucede a los soldados que abandonan el frente después de semanas de lucha encarnizada, la vuelta a la vida normal resulta desconcertante, frustrante, decepcionante. Es difícil confesar o

explicar la intensidad de las emociones, la importancia de lo que está en juego, la fuerza de los sentimientos. En ese momento aún no lo sabía, pero la Zona Cero había empezado a tener en algunos de nosotros el efecto de una droga.

Ahí dentro todo es duro, agotador, terrorífico y peligroso, pero nos sentimos más que útiles; nos sentimos indispensables, admirados, con una misión patriótica, sagrada, ¡casi divina! Es difícil alejarse, casi doloroso. Fuera, en cambio, una vez pasada la alegría del reencuentro con los seres queridos, la vida normal parece insulsa, ñoña, mediocre e intrascendente. Ellos no entienden, no pueden entender. Tiene que haberse visto.

Acabo de llegar a Kahnawake, ni siquiera me he pasado a ver a la que todavía es mi mujer, y ya estoy deseando volver a coger la carretera, bajar a Nueva York y regresar al extremo herido de la isla, volver a estar con mis hermanos de armas, retomar el combate, el soplete. Cuando Louise se dé cuenta de que me he ido sin verla sabrá, como lo sé yo, que firmaré los papeles del divorcio en cuanto me los envíe. Tami y su abuela se despiden con grandes gestos en el césped que hay delante de la casa y desaparecen en el retrovisor. Rodamos en silencio, con la radio apagada. Hemos plegado el asiento de atrás para meter las cajas llenas de material. Se han quedado allí muchas más, tantas que el sindicato va a mandar un camión.

La nube que sube de Manhattan se eleva como una señal de muerte, una herida en el cielo, visible desde los bosques del valle del Hudson. Pasado el puente George Washington, a la entrada de Harlem, el control policial provoca un atasco de varios kilómetros. El pase de acceso a la Zona Cero nos sirve para saltarnos la cola, pero inspeccionan hasta el último par de calcetines de nuestro cargamento.

Jueves por la mañana, 20 de septiembre. Salimos del metro en City Hall antes de las siete. Ahí están las primeras barreras de la policía, que los periodistas y los equipos de televisión intentan traspasar en vano.

En las puertas del recinto hay unos cien hombres vestidos con ropa de trabajo esperando. Nadie puede entrar. ¿Qué ocurre ahora? ¿Nos van a dar pases nuevos? ¿Hay riesgo de derrumbes? La policía y los vigilantes nos dicen que tienen orden de retener al turno de la mañana y dejar salir a los equipos nocturnos. Alguien va a venir a hablarnos. Nos miramos y encogemos los hombros. Ya que hay que esperar, se forma una cola delante de las dos tiendas donde venden comida.

Vienen por fin un capataz de Bovis y un ingeniero del ayuntamiento. El ingeniero se lleva un altavoz a la boca:

—Atención, atención. Escuchen. Ha surgido un problema. Por ahora no se puede continuar. Como bien saben, el Trade Center se edificó en la orilla del Hudson sobre unos terraplenes ganados al río. Para horadar los seis niveles de los sótanos y los cimientos construyeron un muro estanco de apoyo que aislara la obra e impidiera que hubiera filtraciones. Lo llamaban «la tina». Fue un trabajo colosal. Por aquel entonces nadie sabía hacerlo en Estados Unidos, y una empresa italiana mandó a sus ingenieros.

Entre los asistentes se extiende un murmullo desaprobatorio, y el hombre prosigue:

—La cuestión que se plantea desde el primer día es la siguiente: ¿en qué estado se encuentra la tina? ¿Ha soportado la presión desde que se cayeron las torres? ¿No habrá trozos de metal que hayan abierto brechas? ¿Aguantará? Como pueden figurarse, si ese muro cede, aunque sea en parte, las aguas del Hudson se lo tragarán todo y tendremos dos catástrofes en lugar de una.

Le pasa el altavoz a un ejecutivo de Bovis que nos cuenta que, desde el 12

de septiembre, un equipo de expertos, ingenieros y especialistas baja cada mañana hasta allí, por los túneles de trabajo existentes en las vías del Path Train, para inspeccionar la pared de la tina por donde pueden, y que para ello corren riesgos alucinantes. Es casi un trabajo de espeleólogos, y hay peligro en todo momento. Por ahora la pared ha resistido al impacto y a millones de toneladas de presión. En algunos sitios, lo que la mantiene es el gigante amasijo de cascotes, pero desde hace un par de días los avisos de peligro han ido en aumento.

—Hay fugas y fisuras —explica—. Hasta ahora no era grave, las bombas extraen el agua y la devuelven al Hudson. Pero los testigos que colocamos hace un par de días en algunas fisuras se han roto. Se separan varios milímetros al día, el muro estanco se mueve. ¿Se imaginan la presión que las aguas del río ejercen por el otro lado? Si la tina cede en algún punto, la Zona Cero se transformará en una piscina gigante. No es necesario que diga que si eso sucediera, supondría años de trabajo. Sin contar con que, a través de los túneles del metro, buena parte del sur de Manhattan se podría inundar y ser inhabitable durante meses, tal vez incluso más. Podría llegar a New Jersey por las vías del Path Train. Semejante cataclismo sería indescriptible.

Habíamos oído hablar de la tina, los bomberos hablaban de ella, los técnicos parecían preocupados, en algunos sitios el ronroneo de las bombas montadas en camiones era incesante, pero nadie había entendido el alcance del peligro. Así que, además de la asfixia, el aplastamiento, la caída, las quemaduras y la intoxicación por una larga lista de productos químicos y gases, también corremos el riesgo de ahogarnos. Entre los allí congregados sube un murmullo en el que se distinguen exclamaciones como «¡Joder, lo que nos faltaba!», «En estas condiciones, yo no sigo» o «Como se entere mi mujer, mañana no vuelvo».

El ingeniero retoma el megáfono para anunciar que esa noche se ha

suspendido la inspección tras haber detectado una fuga mayor que las demás, que ha sumergido las bombas. Por el momento, van a esperar al turno de día para aumentar el caudal de bombeo, comprobar la situación y asegurarse de que el agua no va a inundarlo todo.

—Hemos traído especialistas que ya están trabajando. La situación es preocupante, pero no hay que perder el optimismo. Casi todos los ingenieros que han estado ahí abajo consideran que la pared aguantará. Mañana empezaremos a instalar refuerzos en los puntos críticos. Gracias a todos, vuelvan dentro de tres horas. Y, por favor, una cosa muy importante: ni una palabra a nadie ahí fuera. Ni siquiera a sus familias, se preocuparían aún más. Lo último que necesitamos es un titular en la portada del *New York Post* del estilo de «Riesgo de hundimiento en la Zona Cero».

—Me lo estaba figurando desde el primer día —rezonga Andy mientras desandamos el camino para ir a una cafetería—. Me acuerdo de lo que decían los viejos, los que trabajaron bajo el nivel del suelo colocando las estructuras de los aparcamientos subterráneos. Decían que ese muro estanco que los separaba de las aguas del Hudson era una maravilla como rara vez habían visto. No era consciente de su importancia hasta ahora.

Le pongo la mano en el hombro.

—A lo mejor ahora la situación no es tan peligrosa como puede llegar a serlo después. Ya lo has oído, de momento los escombros lo mantienen en su sitio. Cuanto más despejemos el espacio, más frágil se puede volver la pared de la tina. Esperemos que para entonces hayan dado con una solución.

—Tenemos a los mejores ingenieros del país, no me cabe la menor duda. Puede que incluso del mundo... No te preocupes mucho. Vamos a tomar un café, nos leemos las páginas deportivas del *Daily News* y volvemos en un rato.

Después de tomarnos un café en el Mermaid —la cajera se niega a

cobrarnos «para agradecerles lo que están haciendo. Anoche, en la CBS, vi un reportaje sobre los *ironworkers* de la Zona Cero, son ustedes unos héroes»—, Andy decide acercarse hasta J and R, la tienda de electrónica que acaba de reabrir en la plaza del ayuntamiento, para comprarle un MP3 a Karen, su novia de Bay Ridge.

Le digo que nos veremos luego, en la entrada principal, y me vuelvo a la Zona Cero. Voy bordeando la verja hacia el World Financial Center y los puestos de la Cruz Roja. Aún es pronto, pero a lo mejor Mary Sullivan ha llegado ya. Desde la última vez que nos vimos, en cuanto cierro los ojos veo su cara, sus rizos pelirrojos, su sonrisa y su mirada color verde dorado. Ayer en el coche, cuando volvíamos a Nueva York, vine pensando en ella. Repaso la forma en que me dio su número de teléfono, me entregó el papel donde lo había anotado y me miró mientras me marchaba.

En cualquier otro momento, una chica del Upper West Side no se interesaría lo más mínimo por un montador, salvo desde una acera, un ratito, mientras pensaba en otra cosa. Pero no estamos viviendo un momento corriente, y parece que a la voluntaria de la Cruz Roja le gusta mi compañía.

—¿Mary? No, aún no ha llegado, pero no creo que tarde —dice sonriendo una treintañera rubia y entrada en carnes que viste un pantalón blanco deportivo impoluto, zapatillas de correr y una camiseta con la insignia de la Cruz Roja—. Llegará sobre las ocho. ¿Es urgente? Si quiere la puede esperar aquí. Yo me llamo Judith. ¿Necesita algo?

—No, gracias, Judith, soy amigo de Mary. Voy a esperarla, si no es molestia. Me llamo John.

Me siento en una silla plegable junto a la entrada de una gran sala en la que se amontonan hasta el techo cajas y cajas de material. Por el rabillo del ojo veo que Judith rebusca algo en el bolso, saca un teléfono y hace una llamada. Quince minutos después, tras haber asegurado a los voluntarios vestidos de

blanco y rojo por lo menos diez veces que «no, gracias, no necesito nada, solo espero a alguien», veo a Mary llegar dando grandes pasos entre la maquinaria de la obra. Lleva un pantalón más corto y ajustado que la última vez. En lugar de camiseta, viste una camisa blanca escotada con una cruz roja discreta. Me levanto. Ella me ve, se quita la gorra que le sujetaba el cabello y se pasa la mano por el pelo. Se ha pintado los labios con un rojo resplandeciente, a juego con la laca de uñas. Su sonrisa me dice mucho más que mil palabras. Yo también sonrío, con la mayor amabilidad de que soy capaz. Seguro que tengo pinta de idiota. Noto cómo me sube el color a la cara, como cuando era adolescente y me dirigía a las canadienses francesas de Chateaugay, que casi nunca me contestaban.

—Hola, John. Me han avisado de que ha venido, pero ya estaba de camino, de todos modos. No le he visto desde hace un par de días, ¿va todo bien?

—Hola, Mary. Sí, sí, todo perfecto. Es solo que me he ido a la reserva, cerca de Montreal, para ver a mi hija, a la que no veía desde el 11. Tiene doce años y estaba muy preocupada por su papá debido a lo que veía en la tele.

A Mary se le borra la sonrisa de la cara.

—Ah, su hija... ¿Y la mamá?

—¿La madre de mi hija? No sé, llevo meses sin verla. ¿No te había dicho que estamos en proceso de divorcio? Sabe que estoy vivo, creo que con eso le vale. A propósito, ¿te importa que te tutee?

—No, claro que no. ¿Te apetece un café?

—Sí, claro. He pensado que podríamos ir a un Starbucks o al Mermaid, si puedes. No es que no me guste el café de la Cruz Roja, pero... Esta mañana tengo algo de tiempo, la obra no se ha podido abrir por algo que les preocupa y no empezaremos hasta las diez o así.

—Por supuesto... Espérame un segundito, que avise al encargado. Tenía que ir a por unos papeles al ayuntamiento. ¿Qué es eso que les preocupa?

—Una cuestión de estanqueidad. Tienen que consolidar unos muros, y no quieren que andemos por en medio.

Dejo el casco y el cinturón de herramientas en un estante, me reajusto la camiseta nueva, que aún tiene marcados los pliegues de fábrica. Ella vuelve trotando de puntillas, ligera y grácil como una bailarina. Me fijo en la línea de sus muslos, en los músculos de sus pantorrillas.

—¡Vamos!

Caminamos por las aceras vacías dentro del perímetro prohibido al público. Casi han terminado de limpiar. Aún quedan huellas de esa mezcla de polvo, cemento y cenizas en las alturas, en los buzones y en los alféizares de las ventanas de los edificios evacuados, y también en los cables eléctricos. El personal de limpieza del ayuntamiento lanza agua a presión por los rincones, restriega las aceras con mucha agua, limpia a chorros los coches y el mobiliario urbano.

Pasados Canal Street y los puestos de control, nos cruzamos con curiosos que se dirigen distraídamente hacia el sur, y con oficinistas. No sé qué distancia debo guardar con ella. Si me acerco mucho, la rozo y me aparto como si me diera un calambre. Si me distancio un poco, parecemos dos desconocidos que van en la misma dirección. Para llenar el silencio hablo sin parar y demasiado deprisa, le hablo de Kahnawake, los rápidos, la orilla del San Lorenzo en Montreal, la reunión de anteayer en la casa alargada, la caída de mi padre, la tradición de los *ironworkers* mohawk. Y sí, tenemos vértigo.

Ella se siente más segura y me mira de lado, sonrío como si supiera cómo sigue la historia, se baja de la acera para dejar pasar a alguien que empuja una silla de niño, echa la cabeza hacia atrás, hace preguntas breves.

A esa hora empieza a formarse una cola en el exterior del Starbucks de Park Row. Nos sentamos en el primer piso, rodeados de turistas que hablan idiomas desconocidos. Yo he pedido un café solo, demasiado claro,

demasiado caliente, en un vaso de papel. Ella ha pedido una bebida rara de nombre italiano, en un recipiente donde podría caber medio litro. Hablando de unas cosas y otras, no sé cómo termino hablando de Patricia.

—Yo tenía dieciséis años, como ella. La conocí en el autobús yendo al centro de Montreal. Me había sentado muchas veces a su lado; ella se bajaba en la primera parada después de Kahnawake. Su padre era italiano; su madre, canadiense francesa. Elle me respondió en inglés, y a mí me extrañó que una *french* —entonces las llamábamos así— aceptara intercambiar más de dos palabras con un mohawk. Ya sé que no tengo pinta de indio, pero en la parada de Kahnawake no se baja ningún blanco. Los que van a comprar tabaco libre de impuestos se desplazan en coche.

Le hablé de mi primer amor, un año de enamoramiento como solo se puede tener a los dieciséis años, nuestras citas en los cafés de Montreal, a orillas del río, omitiendo las escenas demasiado íntimas.

—Cuando una amiga de mi madre nos vio besándonos en el autobús, las cosas se pusieron feas. Entre los mohawk están mal vistas las parejas mixtas. En la reserva hay una ley: si te casas con alguien que no sea de la tribu te vas, tienes que irte.

Ella me mira extrañada.

—¿Lo dices en serio? ¿En nuestros tiempos? ¿Son leyes canadienses?

—No, en realidad es una práctica bastante reciente, una norma interna de las Seis Naciones iroquesas, aunque creo que está en vigor en otras naciones nativas de América del Norte. Puede variar de una reserva a otra. No es una cuestión de raza; el mestizaje nunca nos ha planteado el menor problema, ya hace mucho tiempo que tenemos mezcla de sangre. Pero desde hace unos años los beneficios fiscales que se conceden a los indios atraen cada vez a más gente. Si te casas con una mohawk y te vienes a vivir a la reserva, ¿pagas o no pagas impuestos? ¿Eso te convierte en un mohawk? Si tienes niños,

¿qué estatuto tienen? ¿Qué pasa si montas una empresa? Y no te quiero ni contar cuando en la reserva hay un casino. No es nuestro caso, pero en otros sitios, tanto en Canadá como en Estados Unidos, hay tribus que se sientan sobre montones de oro. Y todo el mundo quiere un trozo del pastel. Así que, ¿quién es indio? ¿Cómo se demuestra? ¿Un cuarto de sangre, un octavo? ¿Menos? Algunos han ido a juicio, el papeleo ha durado años y años y ha arruinado familias enteras. Así que, en Kahnawake, el consejo determinó que una comisión decidiría quién tiene derecho a vivir en la reserva.

—¿Tenías miedo de eso? ¿Eso fue lo que te distanció de Patricia? ¿Una comisión?

—No, claro que no, a los dieciséis años no se piensa en esas cosas. Pero a mi madre casi le da algo cuando se enteró de que estaba saliendo con una «francesa». Una de sus hermanas se casó con un blanco de Trois-Rivières. Querían quedarse a vivir en Kahnawake pero, tras meses de trámites, no se lo permitieron. Mi tía se marchó a vivir a Toronto y ya no la vimos más. Desde ese momento, mi madre no me dejó en paz. Quería que rompiera con Patricia. Como te puedes imaginar, eso no me afectaba lo más mínimo. A esa edad, cuanto más te prohíben algo... Pero cuando terminó el curso me fui a Illinois, donde empecé un programa de aprendizaje para convertirme en montador de acero. Ella se fue a Quebec, a la universidad, creo que a estudiar literatura. Empezamos a vernos cada vez menos, un fin de semana de cada dos, luego de cada tres, y un buen día recibí una carta suya en la que rompía conmigo.

Mary me mira tiernamente, adelanta la mano como si quisiera coger la mía, duda, la deja muy cerca.

—Louise, mi futura exmujer, es la hija de unos vecinos, una familia de *ironworkers* de la reserva. Nuestras madres acordaron nuestra boda cuando éramos pequeños. Cuando tenía doce años me daba la risa, y aún no había cumplido veinte cuando se celebró la boda. Ahora sé que había algo más, una

historia que se remonta al pasado, una especie de pecado, como una mancha en nuestra familia desde hace un siglo, que quizá mi madre intentó limpiar con esa unión. Un accidente, un puente que se derrumbó. Fue muy triste, quizá te lo cuente otro día, si te apetece. Perdona, no hago más que hablar de mí, no suelo hacerlo. Y tú, ¿estás casada?

—Lo estuve. Era piloto de helicóptero en el ejército. Lo mataron el primer día de la guerra del Golfo. Se quemó. Yo solo pude enterrar cenizas y huesos. Es el único miembro de la Air Force que murió en esa guerra estúpida. Cientos de muertos en nuestro bando. En el de los iraquíes, ni siquiera se llegaron a contar, ¿para qué?

—Estuve dos años en el ejército. Scout con los Rangers, una tradición en algunas familias mohawk. Pero no he llegado a ir a la guerra. ¿Tuvisteis hijos?

—No, no nos dio tiempo. Queríamos tener un niño cuando se marchó a Kuwait capital. Esperé dos semanas la confirmación de su muerte. El copiloto sobrevivió, pero se quedó parálítico de las dos piernas.

Mary deja de hablar y se queda mirando, a través del ventanal, los coches que circulan por la rampa de acceso al puente de Brooklyn.

—Después he tenido varias historias; viví dos años con un agente de seguros en Massachusetts, pero no funcionó y me volví a Nueva York. Ahora comparto piso con una compañera de la editorial. Viaja mucho, así que estoy casi todo el tiempo sola en un piso de dos habitaciones que de otro modo no me podría permitir.

Le pregunto cómo se le ocurrió ofrecerse como voluntaria de la Cruz Roja.

—De la manera más tonta, después de ver un reportaje en la tele.

Por las noches recorrían el Bronx o New Jersey para ayudar a los sin techo, los domingos llenaban cajas para enviar a Perú, y las misiones de quince días a Guatemala o Puerto Rico, en centros de distribución.

—El 11 de septiembre nos llamaron a primera hora de la tarde. Yo había vuelto antes a casa y estaba, como todo el mundo, pegada a la tele. Sabía que nos iban a llamar y tenía el traje preparado encima de la cama y la bolsa en la entrada. Es lo que me gusta de este tipo de voluntariado: puedes hacer algo cuando hay un drama, aunque no sea más que repartir café y mantas. No te quedas sentada en el sofá llorando por la sinrazón del ser humano, la crueldad de la naturaleza o las injusticias del destino. Al final, de todas formas, todo resulta incomprensible.

Yo le cuento cómo fue para mí la tarde del 11. Ella, al día siguiente, ya había entendido la importancia de los carpinteros del hierro en la Zona Cero. Hay una necesidad de hacer algo en respuesta a un acontecimiento que ha conmocionado al mundo y desconcertado a todo el país, y en la punta sur de Manhattan miles de nosotros la estamos satisfaciendo. Eso dicen, nueve días después, los voluntarios que siguen empeñados en hacer cola en los puestos de reclutamiento, donde les explican que «gracias, pero no, no se necesitan más voluntarios». Algunas personas son incapaces de ser espectadoras, y en Estados Unidos hay muchas así. Al actuar se sienten mejor, o al menos no tan mal.

Mary tiene otros tres días libres, ofrecidos por su jefe como gesto de solidaridad hacia la ciudad y las víctimas. Después tendrá que volver a su puesto en el departamento de «Comprobación de los datos escolares» de la editorial donde trabaja.

—Vendré los fines de semana —dice—. ¿Cuánto tiempo crees que vas a pasar tú en el Trade Center?

—Todo el que haga falta. Ahora este es mi trabajo. Me pagan como en cualquier obra, y no tengo ganas de estar en otro sitio. Si hiciera falta, me quedaría incluso gratis. Nadie sabe cuánto tiempo se necesitará para despejar

todo eso. Algunos hablan de meses, otros de años. Dentro de unas semanas tendremos una idea más clara.

En el momento en que voy a hablarle de la llave de cola de mi padre me callo. Ya lo haré más adelante, si acaso.

—Bueno —dice ella mirando su reloj—, tengo que ir al ayuntamiento para que me sellen unos documentos. ¿Me acompañas hasta la entrada?

Enseguida nos encontramos en el parquecito triangular que conduce a la monumental escalera del edificio administrativo de la ciudad de Nueva York. Vamos andando cuando noto que su mano roza la mía y luego me la coge. Me paro, me vuelvo hacia ella. Ella ladea la cabeza y me sonrío. Como ve que yo titubeo, me atrae hacia sí empujándome por el hombro y me besa. Se pega a mí, me mordisquea los labios.

—Me ha parecido que si yo no daba el primer paso, tú ibas a seguir hablándome de tus ex, de sopletes y metal retorcido durante horas —dice ella, riéndose y recobrando el aliento.

Los ojos le brillan de alegría y triunfo. La cojo por la cintura, la levanto y pongo mi boca en la suya. Ella me pasa los brazos alrededor del cuello y me acaricia la nuca.

—Tengo que irme. Estaré todo el día en el puesto de socorro del Financial Center. ¿Te pasas luego por allí? Sé prudente ahí abajo, y no te quites la máscara en ningún momento. ¿Me lo prometes? *Ciao!*

Ella sube de puntillas y de dos en dos las escaleras del ayuntamiento, se detiene ante la puerta de mármol, se vuelve y me lanza un beso con la mano antes de desaparecer.

Me quedo unos segundos inmóvil y luego me dirijo, con paso lento, hacia el sur y la humareda. Mi sonrisita idiota intriga a la gente con la que me cruzo. Algunos me la devuelven, otros casi se quedan parados, preguntándose

cómo es posible que un obrero que se encamina hacia los horrores de la Zona Cero tenga motivos de alegría.

Vuelvo a pasar por la Cruz Roja para recoger mis cosas. Judith está ocupada vendando la mano de un policía. Me saluda con la mano y me dirige una sonrisa de complicidad. Me encuentro a Andy en la puerta principal, que sigue cerrada. Ya le hablaré de Mary más tarde, esta noche o mañana.

—Es cosa de locos —dice él—. En J and R han tenido que tirar todo lo que tenían en el escaparate, ¡qué barbaridad! El polvo ha entrado en la tienda, y mira que está lejos del Trade Center. Lo ha estropeado todo. Han intentado limpiar los aparatos, pero nada. Un vendedor me ha dicho que no ha visto en la vida semejante mezcla, talco tóxico que ha penetrado por todas partes. Tienes razón, Cat, tengo que acostumbrarme a esa puta máscara. ¿Cómo has hecho para meter el micro por dentro?

Un rumor se extiende entre el centenar de hombres congregados ante la puerta principal. Tendrían que llegar los vigilantes, parece que la cosa se mueve. Pero nada. Al final aparecen dos gorilas vestidos de negro, con gorras y pantalón militar, y abren la verja.

—¡Reunión en la explanada, en el lado este! El trabajo se reanuda, pero con nuevas consignas.

El ingeniero nos explica que los expertos han subido de la tina con datos tranquilizadores sobre el estado del muro. Las fisuras se han estabilizado y se han instalado más bombas para evacuar más rápidamente el agua y evitar que entre en los sótanos. Se ha firmado un contrato con una empresa especializada que pronto empezará a poner refuerzos en los puntos neurálgicos. Van a perforar en diagonal hasta llegar a la roca primaria, a meter dentro de los agujeros cables de acero fijados al fondo con cemento, y luego van a tirar de esos cables, a los que llaman *tie-backs*, para anclar en el suelo la pared de la tina.

—Podéis volver al trabajo —anuncia—. Los equipos que se formaron ayer que ocupen los mismos sitios. En caso de que surjan problemas, sonará la señal de alerta que ya conocéis. Tanto si se trata de riesgo de derrumbe como si es de inundación, hay que evacuar lo antes posible, por supuesto. Soltáis las herramientas, salís de las cabinas de las máquinas y os vais pitando a los puntos seguros. Suerte a todos. Recordad cambiar los filtros de las máscaras, y llevadlas puestas en todo momento.

11

Quebec

Abril de 1907

Esa mañana de finales de abril en Kahnawake, Manish Rochelle y Robert LaLiberté están terminando de preparar el equipaje. Pantalones de lona, botas de trabajo, camisas de lana, un jersey, dos gorras. En sus bolsas de herramientas sin estrenar —compradas en Marquette, Montreal— llevan enormes llaves de aleación negra, un martillo de cinco libras, tres pares de guantes gruesos que cubren la mitad del antebrazo. En una funda de cuero, cuatro palos de lacrosse, unas diez pelotas. Los dos primos saldrán dentro de una hora, con otros treinta, rumbo a Quebec. Se dirigen, más abajo de la otra gran ciudad de la provincia, a las obras del nuevo puente sobre el San Lorenzo. Los contrataron en la primavera de 1905 para el proyecto más prestigioso de América del Norte: un puente gigante con un tramo más alto en el centro para que pasen los paquebotes que remontan lo que el explorador francés Jacques Cartier bautizó como «el río de Canadá». Ahora Montreal tiene dos puentes sobre el río. Quebec soñaba desde hacía veinte años con salvar ese obstáculo y comunicar por ferrocarril las tierras del interior con los grandes puertos libres de hielo en invierno. El emplazamiento, en un cañón, habla por sí mismo: en algonquino, *Kebec* quiere decir «allá donde el río se

estrecha». En un viaje a París en 1891, el primer ministro de Quebec, Honoré Mercier, se reunió alrededor de los planos de la ciudad con el famoso ingeniero Gustave Eiffel, cuyo estudio preconizaba la edificación de un puente cantilever, sin pilares en el lecho del río, primero porque era un lugar demasiado profundo y segundo porque era imposible restringir en ese punto la circulación marítima. La licitación se lanzó con esas especificaciones y la ganó la Phoenix Bridge Company de Phoenixville, Pennsylvania. Se había previsto que la obra fuera lo bastante ancha como para abarcar dos vías de ferrocarril, dos vías de tranvía y dos carriles para coches, además de una pasarela para peatones.

De los setenta montadores de acero que había en la reserva a principios del siglo XX, contrataron a la mitad para esta obra excepcional. Ya antes de terminar el puente de la Canadian Pacific en Kahnawake, en 1886, todo el mundo reconocía la habilidad, el valor y la capacidad de trabajo de los mohawk.

—Lo sabía, me lo imaginé, lo dije —se congratulaba el capataz Charles Dubois, el primero que autorizó a Manish Rochelle, Robert LaLiberté y luego a los demás a subir a la obra para trabajar—. Ponerles herramientas de remachador en las manos fue como juntar huevos con beicon: han nacido para eso. A lo mejor es porque son indios; es como si no conocieran el vértigo. No sé de dónde les viene, pero en unas semanas estaban tan cómodos en el puente como mis chicos más experimentados. Y son mucho menos exigentes.

—Es curioso, todo esto del vértigo —dice Manish a su amigo cuando se reúnen en la calle mayor de Kahnawake para ir a la estación, donde estarán todos los demás—. A veces pienso en ello. ¿Te acuerdas de que el año pasado varios muchachos en el puente de Quebec nos lo dijeron cuando nos vieron caminar por encima del río? «Ah, sí, vosotros los indios...» En el

fondo no está mal. Vamos a dejar que los blancos crean que los mohawk tenemos ese don para el trabajo en altura y un valor extraordinario. Los deja impresionados, y eso ayuda a que nos sigan contratando.

—Sí, y con esa paga no faltarán voluntarios —responde Robert—. Tengo un sobrino de catorce años que me persigue para que le lleve con nosotros. Le he dicho que quizá el verano que viene...

En 1886, en Kahnawake, los dos adolescentes, seguidos de otros quince, aprendieron tan rápido el oficio de montador de acero y remachador que la Dominion Bridge Company los contrató para la obra siguiente: un puente ferroviario entre las ciudades gemelas de Sault-Sainte-Marie, en el Ontario canadiense, y Sault-Sainte-Marie, en el Michigan estadounidense. Le llamaron «puente Soo» y, con el aval de Dubois y de algunos más, los primeros mohawk formados en este nuevo oficio se llevaron a sus primos y hermanos, amigos y compañeros, y se encargaron de enseñarles el oficio. En pocos meses, decenas de indios llegados de Kahnawake, y después de otras reservas mohawk de Canadá y del norte del estado de Nueva York, donde había corrido la voz, hacían cola para cobrar la paga. Una vez formados, pasaban a otros proyectos en equipos de cuatro, dos obreros y dos aprendices. Con el desarrollo de la construcción, la reputación de los carpinteros del hierro indios se fue extendiendo por las obras del este de Estados Unidos.

—¿Te acuerdas? —dice Manish sonriendo—. No hizo falta mucho tiempo para saber quién podría trabajar en esto y quién no sería capaz de caminar por las vigas con todo el equipo. El tío de mi madre, ya sabes cuál, no había dado ni tres pasos por las alturas cuando dio media vuelta renegando; no lo volvimos a ver.

—¿Y ese joven que mintió sobre su edad, el hijo del herrero? ¿Viene con nosotros a Quebec? Es como un gato, corre sobre las vigas, me da miedo solo

de mirarlo. Tendrá que tranquilizarse un poco si no quiere romperse la crisma.

En el puente de Soo murió el primer montador de hierro indio. Una mañana, Joe Diabo, miembro de la que después sería una de las familias más famosas de la reserva, se escurrió sobre la arista de una viga e intentó en vano sujetarse a un cable. Su cuerpo apareció poco después flotando en el río Sainte-Marie.

En un continente en plena expansión, donde todo está por construir, donde millares de kilómetros de carreteras y ferrocarril deben cruzar centenares de ríos y de valles, los obreros formados en las técnicas modernas nunca son suficientes. En el centro y el oeste de Canadá y de Estados Unidos hay proyectos de puentes y viaductos que tienen que esperar turno, para desesperación de autoridades y medios financieros locales, por falta de mano de obra. Los constructores de puentes y obras de ingeniería envían ojeadores a Europa para convencer, a cambio de primas de instalación, a jóvenes ingenieros o capataces aguerridos que quieran probar la aventura del Nuevo Mundo. Así que, cuando una comunidad como la de los mohawk de Kahnawake se organiza, se especializa en el montaje de vigas de hierro, se hace cargo sin prácticamente ninguna ayuda de la formación de los aprendices, llueven los contratos.

—El año pasado, ni en Soo ni en Quebec recuerdo haber escuchado el más mínimo comentario racista —dice Robert—. Nadie nos llamó «sucios pieles rojas», o «indios holgazanes», cosas que sí nos decían a veces cuando éramos pequeños. Por primera vez, tuve la impresión de que me juzgaban por mi trabajo y por nada más.

Con casi cuarenta años, constitución de atleta y mirada clara, Bruce Mondor es uno de los más mayores del grupo que se reúne junto a la estación. Bruce empezó en el puente de Kahnawake unos días después de

Manish y Robert, y enseguida se convirtió en uno de los principales interlocutores de la Dominion gracias a su tranquilidad, su dominio del francés y de las herramientas, y al respeto que inspira entre los hombres. Ha oído la observación de Robert.

—No te hagas demasiadas ilusiones, hijo. Es un trabajo duro, aterrador, peligroso y, con todo lo que se construye, no hay gente suficiente. Los que lo consiguen son pocos, y los que lo hacen bien, todavía menos. Por eso hay sitio para los indios. En este país, cuando sabes hacer algo que ellos necesitan y hay poca competencia, el color de la piel deja de importar. Lo mismo pasaría si fuéramos negros, ya verás que algún día estarán con nosotros en los puentes. No creas que te valoran porque eres mohawk. Les gusta que trabajes deprisa y bien, sin dar problemas y sin hacer huelga para pedir un aumento. Luego, que lleves en la cabeza plumas o un sombrero hongo les da lo mismo. Tenemos que ganarnos nuestro lugar y este puente en Quebec es una oportunidad única. Después de este puente, iremos por todo el país y por toda América. Ninguno de los trabajos a los que podemos aspirar está mejor pagado que este. Y estamos al aire libre, en el cielo, como los pájaros, no encerrados en una fábrica.

El grupo, al que han venido a despedir familiares y amigos, se asoma por las ventanas del tren de vapor que, cruzando el puente construido por muchos de ellos, los llevará a la estación de Montreal. Mientras los vagones cruzan el río, los hombres tienen esa mirada que recorre las estructuras y las vigas de acero y esa sonrisa que, por años y generaciones venideras, caracterizará al *ironworker* que regresa a una construcción o un edificio hecho con sus manos.

Algunos han previsto volver una o dos veces a Kahnawake antes de que acabe la temporada de obras, a mediados de noviembre, cuando el río se viste de hielo. Otros piensan llevarse a la familia de vez en cuando. Y otros, como

Robert o Manish, que siguen solteros, se reenganchan a la aventura, felices con la idea de ver mundo, volver a Quebec y a su animación, ver de nuevo a las camareras rubias de la posada en la que se alojan, en régimen de media pensión y pago semanal, en la localidad de Saint-Romuald.

—¿Te acuerdas de la mayor, de Martine? —pregunta Manish a su amigo—. Le he escrito dos veces este invierno y me ha mandado una postal con una foto de las fortificaciones de Quebec. Tenía dieciséis años, ahora tendrá diecisiete...

Tras las seis horas de viaje a lo largo del San Lorenzo, pasando por lugares todavía bloqueados por el hielo, llegan a Quebec. Algunos pasan allí la noche, en las tabernas y los albergues de la ciudad vieja; otros siguen hacia Saint-Romuald alquilando coches de caballos. Se han construido nuevas pensiones para alojar a la avalancha de trabajadores procedentes de toda la costa Este. Al llegar al puente, convertido en atracción turística, los entramados de vigas metálicas, las más pesadas de las cuales alcanzan cerca de cien toneladas, avanzan desde cada orilla, por encima del río, varias decenas de metros. Descansan sobre monumentales bases de piedra tallada. Si todo va bien, está previsto que se encuentren el verano próximo. Los elementos, colados en las acerías Phoenix, en Pennsylvania, van llegando por ferrocarril.

—Al parecer, esta temporada seremos unos cien al día trabajando en el puente —anuncia Bruce Mondor mientras se sienta a la gran mesa de madera sin desbistar de una de las tabernas—. Un centenar, de los que treinta y cinco son mohawk: somos los más numerosos en esta obra, más que los estadounidenses, y creo que es la primera vez. Este puente será tan indio como el de Kahnawake.

Al fondo de la sala, decorada con vistas de Londres, Roma y París, Manish, que se ha sentado a comer solo, intenta llamar la atención de Martine

Doucette, la hija del posadero, multiplicando preguntas y comandas. La joven de largas trenzas que enmarcan un rostro de Madona, toda sonrisas, ha ido a saludarle.

—Por supuesto que te he reconocido. Eres Mike, bueno, Manish, el indio de Montreal. Gracias por las cartas, me han gustado, y eran muy divertidas. ¿Una cerveza rubia de Quebec, como el año pasado?

—Sí, gracias. Has cambiado mucho este invierno. Estás más guapa todavía. ¿Has cumplido ya los diecisiete?

Antes de que pueda contestar, su madre, que no les quita ojo, se abalanza sobre ellos desde la barra, pasa delante de Martine y le arranca de las manos la bandeja de cobre.

—Dame, yo me ocupo del señor. Tu hermana necesita ayuda en la cocina.

Manish clava la vista en el vaso. Robert, sentado dos mesas más allá, ha presenciado la escena y suelta una carcajada.

Cenan pronto, sopa de verduras y carne de cerdo. Guardan sus cosas en los armarios. Para ahorrar, los obreros se alojan en las buhardillas, de cuatro en cuatro, a veces de seis en seis. Los capataces y los jefes de equipo tienen habitaciones individuales. Phoenix alquila casitas de madera para los ingenieros y jefes de contabilidad.

Al día siguiente, a las ocho, hay más de ciento cincuenta hombres reunidos, con las botas metidas en el barro, en la orilla norte. Unos treinta han pasado el invierno allí, ocupándose sobre todo del mantenimiento de las herramientas: con veinte grados bajo cero y el viento polar recorriendo el lecho del río, no hay mucho que hacer, salvo alimentar con carbón los braseros para calentarse. Hay que despejar las zonas de almacenamiento para dejar allí las vigas y los elementos macizos que siguen llegando cuando la nieve sobre las vías lo permite. Los recién llegados vienen de toda la región y del nordeste de Estados Unidos. Incluso hay algunos bostonianos y

neoyorquinos atraídos por el sueldo. Los «hombres de los puentes» más veteranos han cobrado jugosas primas. Un emisario viajó en enero a Kahnawake para asegurar la participación de los mohawk, que tan bien trabajaron la primavera pasada, y pedirles, si fuera posible, que acudieran acompañados. Una decena de alemanes y suecos han desembarcado unos días antes en Terranova. El objetivo es terminar la obra a tiempo para el tricentenario de la fundación de Quebec, en 1908. Los próximos meses serán cruciales. Se dice que el príncipe de Gales asistirá a la inauguración.

B. A. Yenser, jefe de obra, y Norman McClure, delegado del famoso ingeniero neoyorquino Theodore Cooper, autor de los planos, se suben a una carretilla.

—Quiero dar a todos la bienvenida a esta nueva temporada de la construcción del puente de Quebec. Reconozco a muchos de ustedes y veo también caras nuevas. Nunca habíamos sido tantos. Como pueden ver, no hemos estado inactivos este invierno, a pesar del frío. Las dos partes del puente se han ido aproximando. Todo está listo, los materiales están aquí o llegarán en su momento. La carrera contra el próximo invierno empieza hoy, aunque el San Lorenzo todavía arrastre los hielos del invierno pasado. Si queremos terminar el puente en la fecha prevista, todo el mundo tiene que poner de su parte. Recuerden que, si lo conseguimos, habrá una prima para todos. Ánimo, no corran riesgos inútiles, y buena suerte para todo el mundo.

Muchos mohawk no hablan ni francés ni inglés, así que en las cuadrillas indias hay uno o dos responsables encargados de entenderse con los capataces y transmitir las órdenes. Como en la temporada anterior se ocupó de ello sin nombramiento ni salario, este año Manish ha sido ascendido a jefe de equipo. Entre los más veteranos hay algo de descontento, pero Charles Dubois impone su decisión:

—Tendrás que ganarte tu puesto, muchacho —dice, y bebe de un cuartillo

de café hervido mientras los hombres se reúnen a la espera de que se calienten los motores de las máquinas—. Desde el principio eres el que mejor se las arregla ahí arriba. Si los veteranos te complican la vida ven a verme, pero con tu gente te las tendrás que arreglar solo, ahí no quiero meterme.

A una señal, unos cincuenta obreros asaltan los andamios de madera. Otros llegan a las estructuras desde el barranco, caminando por las vías del ferrocarril, por encima de las aguas tranquilas y profundas. Lo primero es hacer avanzar, mediante un juego de cables gruesos como un brazo y de poleas gigantes, la grúa montada sobre rieles que debe llevar las piezas para ensamblar. Hará falta todo un día para instalarla, engrasarla y probar los engranajes, algunos dañados por las heladas.

Al día siguiente se levantan las primeras piezas de acero, se encienden los hornillos, los roblones se ponen al rojo vivo. Resuenan los primeros mazazos. Los elementos son tan grandes y pesados que hacen falta decenas de brazos para sujetarlos y ponerlos en su sitio mientras colocan los bulones provisionales. Dos o tres cuadrillas de mohawk se encargan de un mismo elemento, para evitar malentendidos. En una obra en la que las órdenes se dan en francés, inglés, a veces alemán o sueco, la gente aprende pronto a entenderse.

—¡Vale, vale, está bien! Baja despacio. Veinte centímetros más, diez... Alto. ¡Párate ahí!

A medio camino entre el gruista, que está en el suelo, y su equipo de mohawk, que sujeta una vigueta lateral, Manish Rochelle, agarrándose a un cable con una mano, en equilibrio sobre un pie y con el resto del cuerpo en el vacío, va dando instrucciones. El verano anterior se pasó semanas pidiendo un megáfono, y ahora por fin le han dado uno de chapa y cuero con el que vocea alternando el inglés y el francés.

En cuanto la viga esté en su sitio, les llegará el turno a los remachadores.

Hace una hora que están calentando los roblones en los hornillos. El secreto está en dar con la temperatura adecuada: si están demasiado calientes, se rompen; si están demasiado fríos, no se deforman lo necesario para entrar en el agujero.

—¿Lo ves, hijo? —Un mohawk en mangas de camisa, con muñecas de luchador, sudando la gota gorda bajo el delantal enseña a su aprendiz, que acciona un fuelle demasiado grande para su tamaño—. El color te dice cuándo ha alcanzado la temperatura adecuada: rojo cereza, cereza muy madura. Cuando el roblón está de este color, tienes treinta segundos, ni uno más, para sujetarlo con las pinzas y pasárselo a tu compañero. Luego deja de ser tu problema, ya se encargan ellos. Tú te pones inmediatamente con el siguiente, el que has dejado apartado donde el carbón está menos caliente. Vamos, sopla un poco por aquí...

Hacia las seis de la tarde, un silbato avisa a los gruistas de que esa pieza es la última del día. Los martillazos se van espaciando, los motores jadean, luego se detienen, los hombres bajan del puente o de los andamios. Pasan a fichar por la caseta de la administración, guardan las herramientas en los talleres. Muchas veces, la primera cerveza de la noche se bebe a unos metros de la salida de la obra: atraídos por tantos trabajadores bien pagados, los taberneros de la región han montado tenderetes. Algunos solo son unos tabloneros apoyados en caballetes y barriles de cerveza con un grifo sobre un soporte. Beben de pie para calmar la sed del atardecer. Otros son tabernas de verdad, con su techumbre de tejas de madera, suelo de tabloneros claros, mostrador de cinc, espejos importados de Europa, un organillo, muebles de ebanistería y camareras con faldas largas de algodón. En el mostrador de una de ellas, unos diez mohawk le hablan al tabernero de sus partidas de caza en invierno, con las raquetas por el bosque, recorriendo lagos y ríos. El tabernero ha acudido de la región de las Siete Islas, donde ha dejado

hermano, mujer e hijos a cargo de la posada familiar para atender a los obreros en lo que cree que será un verano provechoso.

—¿Alguien se apunta a un partido de lacrosse? Acaban de limpiar el campo que está detrás de la iglesia, podríamos usarlo —suelta Manish, que hace un momento se ha bebido su segunda pinta—. Tengo palos para los que se hayan dejado los suyos.

—No sé de dónde sacas las ganas para jugar después de pasarte el día en el puente —susurra Bruce Mondor, mientras pide otra cerveza roja con un movimiento de las cejas—. Después de volver al trabajo tras cinco meses en casa, solo me quedan fuerzas para llegar a la cama. No contéis conmigo hasta el domingo.

Manish, Robert y otros tres indios pasan por la pensión para cambiarse y vuelven a salir. Con las bolsas de cuero en la mano, dando zancadas para calentarse, saludan al sacerdote, que señala con el dedo desde las escaleras de la iglesia un terreno despejado, aunque con charcos de barro aquí y allá.

—Muchachos, lo hemos preparado para vosotros. Evitad los rincones húmedos para no hacer socavones. Tendréis que compartirlo con los jugadores de béisbol, ¿vale? Arreglaos entre vosotros.

Las porterías de madera y cuerda fabricadas la primavera anterior no han pasado bien el invierno, habrá que rehacerlas. Mientras tanto, los cinco jóvenes se pasan la pelota riendo, cada vez más lejos, cada vez más fuerte.

Los orígenes de este juego se pierden en la noche de los tiempos, por lo que ya existía en el continente antes de que llegaran los blancos. Los iroqueses reivindican su paternidad, como también los indios de las Grandes Llanuras. Se juega con un palo largo rematado con una cesta oval que tiene una red. Los jugadores se lanzan la pelota lo más rápido posible, haciéndola volar por los aires a muchos metros de distancia. Para marcar un tanto, la pelota debe entrar en una portería de red defendida por un portero, casi tan

protegido, en los partidos oficiales, como los de hockey. Los mejores jugadores pueden interceptar la pelota al vuelo sin dejar de correr y, con un golpe de muñeca, mandarla al otro extremo del campo. Los viejos del lugar cuentan que a veces los partidos desembocaban en una batalla campal, o incluso en una guerra abierta entre tribus. Los blancos, sobre todo los de la costa Este de Canadá y Estados Unidos, llevan unas décadas jugándolo con el ardor y la profesionalidad que les caracteriza. Uno de sus equipos universitarios ha conseguido hace poco una victoria histórica frente a dieciséis equipos indios.

El sol baja por detrás de los árboles; guardan los palos, buscan dos pelotas perdidas entre los arbustos, solo encuentran una, y se vuelven a la pensión. En casa de los Doucette se cena pronto y el menú es el mismo para todos. Algunos cazadores de la zona se han comprometido a abastecerlos y las granjas de los alrededores les proveen de huevos, aves, maíz y carne de cerdo. Dos cervezas por persona, ni una más. El verano pasado, los vapores del alcohol provocaron altercados que el posadero interrumpió disparando al aire con su escopeta de cañones recortados, causando daños en el techo y con riesgo de herir a alguno que estuviera durmiendo.

Por la mañana, a las ocho, la hora de encontrarse a los pies del gigante de acero, todavía hace un poco de frío, pero cuando a eso de las doce sacan la comida de las bolsas la temperatura es ideal. Del río sube una brisa casi marina. Los barcos que pasan bajo el puente en construcción, sean mercantes o de pasajeros, saludan a los trabajadores con bocinas y sirenas. Desde la orilla, los curiosos se preguntan cómo es posible que cientos de toneladas de acero, que no están sujetas a ningún sitio más allá del último pilote de mampostería, no se caigan y sigan avanzando hacia el centro del río antes de conectarse en el medio. Con piezas prefabricadas llegadas de Pennsylvania y de otras dos acerías estadounidenses, las obras progresan más rápido de lo

previsto. Antes, lo habitual en las obras de Phoenix Co. era hacer un montaje previo en el patio de la fábrica principal con todas las piezas de un puente o de una obra de ingeniería para comprobar que todo estaba bien. Sin embargo, el tamaño del puente de Quebec, el más grande construido por la empresa, no lo permite. Los elementos están numerados y se envían en orden de montaje en vagones especiales a un almacén cerca de Saint-Romuald, comunicado con la obra por una línea de ferrocarril. Un ingeniero se encarga de comprobar, con precisión milimétrica, que las vigas, viguetas y platinas de conexión no se hayan dañado durante el transporte.

El puente de Quebec es una ocasión para que los mohawk se reúnan en gran número en una obra más importante y majestuosa que aquellas en las que aprendieron su nuevo oficio. Algunos fines de semana, las familias toman el tren de Montreal para admirar la catedral de hierro. En las oficinas hay una lista de unos diez mohawk dispuestos a abandonar sus obras en la región o en Estados Unidos para reunirse con Mondor y los demás.

Una mañana de domingo, a primeros de junio, Manish Rochelle se pone su mejor traje, una gorra nueva, y lustra sus zapatos con betún para esperar a la salida de misa a Martine Doucette, sus dos hermanas y su madre. La familia es consciente, desde la temporada pasada, de lo que se traen entre manos la adolescente y el indio.

—Buenos días, señora —dice Manish quitándose la gorra—. ¿Me permite que acompañe a Martine a dar una vuelta por el puente? Me gustaría enseñarle algo de lo que hablamos anoche en la taberna...

La señora Doucette, pillada de improviso, balbucea tres palabras incomprensibles que su hija interpreta como una afirmación. Toma de la mano a Manish, que se vuelve a poner la gorra, y hace un gesto de alegría dirigido a sus hermanas, que se ruborizan. Los dos se alejan con paso ligero hacia la orilla del San Lorenzo.

Dos horas más tarde, cuando la muchacha entra por la puerta de la cocina, todas las miradas convergen en ella.

—Hija mía —dice su madre, dejando caer sobre la mesa el cuchillo con el que está pelando patatas—, sube a ver a tu padre, que te está esperando. Está en el altillo del granero.

Marc Doucette adora a sus hijas, en particular a la mayor. Por nada del mundo le pondría la mano encima, pero cuando la oye subir con paso lento por la escalerilla, la mira con ojos furibundos.

—Escucha, Martine, tengo que hablar contigo. Esperaba que hubieras puesto fin a esa historia con el joven mohawk, que a tu edad empezarías a interesarte por uno de los nuestros. Esperaba que no volviera esta temporada, pero ya veo que no es así. Así que voy a contarte una historia de nuestra familia, una historia que te ayudará a entender por qué tu madre y yo no podemos dejar que las cosas sigan por ese camino.

Doucette se remonta varias generaciones, hasta la llegada a la bella Provincia, a comienzos del siglo XIX, de Marie Gabelot, antepasada de la madre de Martine. Como muchas huérfanas, adolescentes de origen modesto y otras «jovencitas casaderas», embarcadas de forma más o menos voluntaria rumbo al Nuevo Mundo, cuando partió del puerto francés de La Rochelle apenas sabía adónde iba y lo que encontraría al otro lado del océano. Era el Nuevo Mundo: allí la esperaban un marido y una vida mejor, era todo lo que le habían dicho.

—Tu antepasada se casó con un campesino, un charentés que tenía una granja cerca de Sherbrooke. Las cosas no eran fáciles, debían trabajar mucho, pero eran libres, tenían ganado y algunas tierras no lejos del río —prosigue Marc Doucette, sentándose en una cómoda con las patas rotas transformada en caja de herramientas—. Un año después nació una niña, no recuerdo qué nombre le dieron, tu madre lo sabrá. Según cuentan en la familia, una tribu

mohawk vivía cerca de allí, a orillas de un lago, del lado estadounidense de la frontera. Una noche, no se sabe si raptaron a Marie Gabelot o si se marchó por su propio pie, pero el caso es que desapareció. Tu antepasado se quedó solo con el bebé. La buscó por todas partes, en todos los pueblos hasta Montreal, pero no dio con ella. Al cabo de uno o dos meses un francés que recorría los bosques vio a la tal Marie. Iba vestida de salvaje, vivía con la tribu y se ocupaba de cortar leña y cocinar.

—¿La tenían presa?

—Ya te he dicho que eso no se sabe. Lo que sí sabemos es que su marido dejó a la niña con unos vecinos y se fue en busca de la milicia. Una mañana cruzaron la frontera y rodearon la aldea mohawk. Mientras amenazaban a los hombres con los fusiles, los indios se preparaban para luchar. Entonces Marie Gabelot se acercó a ellos y les dijo que ahora era la mujer de un indio y que no pensaba regresar a Canadá. Que no quería volver a ver ni a su hija ni a su marido. Los milicianos querían llevársela a la fuerza, los indios no eran muchos y estaban mal armados, hubiera sido fácil, pero su esposo, tu antepasado, se negó. La maldijo y volvió a la granja. Nadie lo entendió. Encontró otra esposa, también llegada de Francia, con la que tuvo cinco hijos. En cuanto a Marie Gabelot, no se la volvió a ver.

Martine se sienta junto a su padre. Es una historia muy triste, pero no comprende qué tiene que ver con ella. Hace tanto tiempo... ¡Seguro que entonces los indios llevaban plumas y luchaban con arcos y flechas! Quizá incluso estaban en guerra con ellos.

—Hija mía, no son como nosotros. Este muchacho... ¿cómo se llama?

—Manish.

—Ya lo ves, con un nombre así, no puede ser... Se parecen a los demás obreros que trabajan en el puente pero, créeme, no son como nosotros. Son buenos trabajadores, dicen. También son buenos clientes en la taberna,

educados y buenos pagadores, pero tu madre y yo estamos seguros de que aquella pobre chica, Marie, fue raptada, drogada o algo así. Es lo que siempre se ha dicho en la familia. Abandonar a su pequeña... ¿Te das cuenta? ¿Qué madre puede hacer una cosa así? Escucha, Martine, es por tu bien. Tu madre y yo hemos tomado una decisión: no verás más a ese chico, a ese indio. No raptarán a más mujeres de nuestra familia. En la taberna, no volverás a atenderle. Y no quiero que vuelvas a hablar con él.

—Pero, papá...

—No te molestes en discutir. Hay cosas que no puedes entender a tu edad. Estamos aquí para protegerte. Te lo ordeno: no te acerques más a este indio o te mando a pasar el verano con los primos de tu madre a Montreal. Ya está dicho, no voy a cambiar de opinión.

Martine se echa a llorar, se levanta de un salto, se enreda los pies en la falda, tropieza, se levanta de nuevo, se abalanza sobre la escalerilla del granero y baja sollozando. Cruza el patio de tierra que separa la posada de la casa, sube al piso de arriba y entra como una exhalación en la habitación que comparte con sus dos hermanas. Tumbada en su cama de niña, llora durante una hora y se queda dormida.

En la cocina, donde humean los pucheros con la comida, sus hermanas menores, que sospechan la razón de la cólera paterna, intentan sonsacar a su madre.

—¡No seáis chismosas! Estabais conmigo en la iglesia, sabéis perfectamente lo que ha pasado. Que os sirva de lección: prohibido acercarse a ningún indio. A partir de ahora, yo me ocuparé de ellos.

Mientras, en el campo de lacrosse, Manish Rochelle llega dando zancadas, con una gran sonrisa en los labios, para el primer partido dominical de la temporada. Se ha perdido el pícnic. Robert, que sabe por qué, le recibe con una mirada inquisitiva.

—Todo va bien, ya te contaré.

El equipo de un barrio de Quebec, que va a jugar contra el de los hombres del puente de Kahnawake, está incompleto. Los jugadores de béisbol de Saint-Romuald, que han llegado antes, ocupan la mitad del terreno y se niegan a abandonarlo, dejando para los indios la parte del campo que está llena de barro.

—Bueno, no pasa nada, el verano acaba de empezar —dice Bruce Mondor—. Propongo que hagamos un entrenamiento corto y que luego arreglemos las porterías. Tendremos que cortar unas ramas y encontrar cuerda fina.

En la obra, la semana comienza con la instalación, en la parte sur del puente, de una de las mayores vigas prefabricadas. Ha llegado por la noche. La han cargado en la plataforma empujándola con una locomotora que la ha llevado hasta la mitad de la estructura, donde la ha levantado una grúa móvil. Baja lentamente, sostenida por las cuerdas enganchadas en gruesas poleas de cuatro ranuras. Unos veinte hombres tiran, empujan, golpean. Pesa tanto que a veces el motor de la grúa se gripa, los engranajes patinan, las cuerdas echan humo. Hay que parar un momento, volver a empezar, centímetro a centímetro. Cuando está en su sitio, se fija poniendo ejes provisionales a golpe de maza.

—¡Manish, Manish, ven a ver!

En uno de los lados, dos mohawk llevan diez minutos intentando alinear dos agujeros. A veces hay unos milímetros de desfase, pero esta vez se trata de dos o tres centímetros. Da la impresión de que la viga está bien colocada en su sitio, pero es imposible ajustar las tuercas provisionales.

—Hemos hecho de todo, pero no parece que se vaya a mover más. ¿Qué hacemos?

—No lo sé, el desfase es demasiado grande. Creo que se han equivocado en la fábrica al hacer los agujeros. No os mováis, voy a buscar al capataz.

Siguiendo el consejo de B. A. Yenser, que ha acudido enseguida a echar un vistazo, un equipo especializado lleva dos gatos de varias toneladas colgados de unos cables. En una hora, sujetan las piezas y, con chirridos de metal retorcido, los acercan hasta forzar tres de las cuatro tuercas.

—Ya veremos qué hacemos con la cuarta. Tendremos que hacer otro agujero, supongo —dice un jefe de equipo.

Al otro lado tienen el mismo problema con dos viguetas laterales. El desfase es muy superior a lo habitual. Esta vez, cuatro hombres con maza doblan los elementos para alinearlos.

—No sé qué están fabricando estos americanos en Pennsylvania, pero tendrían que aprender a hacer los agujeros en su sitio, ¿no? —dice Manish mientras come sentado sobre una viga, con los pies colgando en el vacío por encima del agua—. Creía que comprobaban todas las medidas según iban llegando las piezas...

En los días siguientes el fenómeno va a más. Uno de cada dos elementos no encaja con los anteriores. Hay que perforar, retorcer, forzar. El trabajo se alarga, se pierden horas conectando piezas que, en una situación normal, deberían colocarse en unos minutos. Peor todavía: en algunos sitios los montadores de acero observan cómo crece el espacio entre dos piezas que la víspera estaban ajustadas al milímetro.

Una mañana, antes de la apertura de la obra, Manish y Robert trepan por las estructuras y, con una cinta métrica plegable, toman medidas, anotan la separación entre las vigas, los errores de alineación. Le muestran sus notas al jefe de capataces.

—Vaya, esto es mucho peor de lo que pensaba. Venid conmigo y traed las notas, hay que enseñárselo a McClure.

Llaman a la puerta del ingeniero Norman McClure. Inclinado sobre su mesa de trabajo, los hace esperar un rato.

—Sí, ya lo sé. Ustedes no son los primeros en avisarme. Yo mismo he observado que cada vez hay más piezas defectuosas. Muéstrenme sus notas...

Anota con lápiz en los planos firmados por Theodore Cooper los desfases que han medido los indios. Las cifras se suman a otras cifras. El ingeniero rodea algunas con un círculo rojo. Se trata de elementos colocados recientemente, como si todas las piezas llegadas de Pennsylvania resultaran defectuosas al mismo tiempo.

—Estoy de acuerdo. Es extraño y, sobre todo, preocupante. Gracias, señores. Ya he hablado de estos defectos con Phoenixville. Hoy mandaré a un aparejador para que confirme y precise sus anotaciones. Y ahora mismo escribiré al señor Cooper en Nueva York para informarle de los problemas y pedirle instrucciones.

—Mientras tanto, señor, ¿qué hacemos? ¿Qué digo a los hombres? —pregunta el capataz.

—No diga nada. Son defectos menores que tendrán una explicación lógica. Estoy seguro de que el señor Cooper sabrá lo que pasa y encontrará una solución. Ya saben que es el ingeniero americano más importante de nuestro tiempo, uno de los mejores del mundo. Nadie ha diseñado tantos puentes y obras de ingeniería en este país. Tranquilice a los hombres y diga que corregiremos rápidamente los defectos.

B. A. Yenser cierra el cuaderno. Manish Rochelle se vuelve a poner la gorra. «Señores...»

—Yo no soy ingeniero —rezonga el capataz mientras baja la escalera—. Pero este no es mi primer puente y creo en lo que veo. Y lo que veo no me gusta nada. Tenemos un problema, y muy gordo. No son defectos, es imposible que haya tantos. Y habrían empezado antes, desde el principio. El

problema está en el propio puente y más vale que lo resuelvan rápido... Mientras tanto, Manish, no asustes a los chicos. Vamos a ver lo que opina el famoso Cooper. Si es tan bueno como dicen...

Al día siguiente, mientras sale una carta detallada rumbo a Nueva York, con croquis y medidas, se toma la decisión de instalar únicamente piezas y viguetas ligeras, más fáciles de manejar. A menudo también hay que forzarlas para que entren en su sitio. En una platina central, los obreros tienen que utilizar bulones y roblones el doble de largos, encargados especialmente, para montar estos elementos.

Una mañana, el telegrafista llama a la puerta de la oficina de McClure con la respuesta de Cooper en la mano: «No pasa nada, hagan lo que puedan». El ingeniero reúne a los capataces y jefes de equipo y les anuncia que el gran jefe, a la vista de los datos que le han enviado, considera que son defectos inofensivos y que hay que retomar el ritmo habitual.

—¿Inofensivos? —protesta con acento irlandés un hombrecillo barrigón con enormes patillas pelirrojas—. ¿Se burla de nosotros el gran manitú de Manhattan? ¿Es él quien está montando piezas que están separadas cuatro centímetros? Ayer un muchacho de mi equipo casi se cae al agua, a fuerza de dar mazazos como un loco en una viga que no quería entrar en su sitio. ¿Por qué no viene a echar un vistazo, ese Cooper que nadie ha visto por aquí? No le harían falta dibujitos, lo entendería enseguida.

El rumor va creciendo: «Eso es verdad, ¿por qué no viene a verlo? ¿Qué clase de ingeniero construye un puente a distancia?».

—Señores, señores, por favor. Algunos de ustedes lo saben y yo se lo confirmo: Theodore Cooper no goza de buena salud. Espera poder venir en breve a comprobar el avance de las obras, pero de momento es imposible. Ya conocen su reputación. Podemos confiar en su buen juicio. Si él piensa que estos defectos no son graves, es porque ha analizado la cuestión. Les

agradecería que informaran de ello a sus hombres. Vamos con retraso y tenemos que recuperar el tiempo perdido.

—No se lo van a tomar bien —murmura uno de los jefes de equipo mientras bajan las escaleras de la oficina—. Están preocupados y tienen buenas razones para estarlo. La otra noche me dijo un mohawk que cuando pasaba bajo el puente para volver a la posada oyó un largo crujido. Si seguimos añadiendo peso, vamos de cabeza a la catástrofe.

Se dan las órdenes pertinentes. Piezas monumentales, que esperaban en los vagones para acercarse a la orilla del río, se montan con grandes esfuerzos y varios agujeros adicionales. Los hombres protestan, reniegan, pero obedecen.

Un sábado por la noche —la jornada del sábado es más corta y termina a las tres de la tarde—, Marc Doucette lleva a la taberna a tres de los más famosos concertistas de cucharas, tablas de lavar y guitarra de la orilla sur del San Lorenzo. En un rincón, sobre un estrado de madera, enlazan cánticos populares, a veces una canción de marineros que se remonta a la Royale francesa. Un cochinitillo se asa en la chimenea. Esa tarde han llegado barriles de cerveza.

Hace una semana que Manish Rochelle no consigue cruzar una palabra con Martine. Ella le mira cariñosamente cuando se acerca, le indica con un gesto que se detenga, le da esperanzas con una nota que le entrega su hermana menor, una cita secreta. Manish ha comprendido la intervención de los padres. La señora Doucette se abalanza sobre él en cuanto entra, prohíbe a sus hijas con movimientos de cabeza, que son de todo menos discretos, que se le acerquen. Ya se esperaba algo así. Los Doucette son acogedores con los mohawk, que no pueden entrar en algunos establecimientos de la provincia, pero de ahí a dejar que un indio corteje a una de sus hijas... Tendrán que ser pacientes. Manish confía en que, antes de que termine el verano, le asciendan

a jefe de equipo, con un buen salario. Entonces quizá pueda hablar con el padre.

Desde la mesa que comparte al fondo de la sala con cuatro mohawk (Robert ha pedido el día libre para visitar a sus padres en Kahnawake), Manish observa de reojo a un equipo de carpinteros ingleses. Su acento es incomprensible y sus risas, ruidosas. Pero lo que le llama la atención es la forma en que su jefe, un tal Drummond, bajito y regordete, colorado, con tatuajes en los dos brazos, con el que se ha cruzado en el puente hace unos días, se dirige a Martine. Le coge la mano, tira de su falda, intenta, cuando se pone a tiro, pasarle la mano por la cintura. Ella se libera con una risita. Marc Doucette observa todo con el rabillo del ojo. Bajo el mostrador, sus manos buscan a tientas la culata del fusil. Martine se refugia en la cocina. Cuando vuelve a salir, Drummond se ha bebido todas sus pintas de cerveza y, al pasar la chica, le planta la manaza sobre la nalga. Ella da un grito. Manish se levanta de un salto, tirando la silla. En cuatro pasos se abalanza sobre el inglés, lo sujeta por el cuello y lo sacude, sin decir una palabra. Lo levanta de la silla y lo aplasta contra la pared. Drummond da puñetazos en el vacío sin tocar a su asaltante. Antes de que los otros ingleses, sorprendidos por el ataque, tengan tiempo de reaccionar, Manish le rompe de un cabezazo la nariz y el hombre se derrumba gritando. Sus amigos se precipitan y sujetan al indio por detrás. En el momento en que el tercero se prepara para darle un puñetazo, el cañón del fusil de Marc Doucette sobre su bigote lo detiene.

—Vosotros tres, fuera. Y llevaos a este cerdo inflado, que me está ensuciando el suelo. Y como uno de vosotros vuelva a cruzar el umbral, disparo sin avisar. ¿Entendido? Y tú, indio, quédate aquí.

Drummond saca del bolsillo un pañuelo a cuadros con el que se sujeta la nariz. Le ayudan a levantarse y sale dando tumbos.

—Sucio piel roja, me lo pagarás. Me has pillado por sorpresa, pero sé

quién eres. Eres uno de esos malditos mohawk, con vuestras trolas sobre el vértigo. Nos volveremos a ver en el puente. No te preocupes, ya te enseñaremos a respetar al hombre blanco.

Martine, refugiada en la cocina, intenta salir para reunirse con Manish. Su madre la sujeta por el brazo.

—Gracias, indio —dice el padre, desmontando el fusil—. Hubiera podido ocuparme yo solo, ya estoy acostumbrado. Siéntate y espera un momento antes de subir a la habitación, voy a comprobar que no te estén esperando en la calle. ¿No lleváis más armas que los cuchillos?

La orquesta empieza un solo de cucharas marcando el ritmo. Uno de los capataces de la obra abandona el mostrador en el que estaba apoyado y se acerca a la mesa de los mohawk, donde se ha vuelto a sentar Manish, saludado por las sonrisas de los comensales.

—Lo he visto todo. Has hecho bien en intervenir, Manish. Quizá no en romperle la nariz, pero bueno... El lunes hablaré con Yenser. Nos aseguraremos de que en la obra no os pongan demasiado cerca de los ingleses. Este Drummond puede ser peligroso, he trabajado con él hace dos o tres años, cerca de Boston, es un pendenciero. En mi opinión, lo mejor sería mandarlos a la otra orilla...

Al caer la noche, mientras los músicos guardan los instrumentos, Martine logra susurrar un «gracias, Manish», acompañado de una triste sonrisa antes de abandonar la sala. Dos mohawk salen abriendo camino, con la mano sobre el mango del cuchillo, inspeccionando el patio y la calle y acompañando al joven hasta su habitación, en el segundo piso.

Al día siguiente, el equipo de Manish y otra cuadrilla de Kahnawake llegan juntos a la obra, cerrando filas para mostrar su fuerza. Algunos llevan gruesas llaves inglesas a modo de tomahawks, otros lanzan miradas sombrías a los cuatro blancos, que se mantienen apartados, en conciliábulo con un capataz.

Drummond está desfigurado, lleva un vendaje en la nariz. Los mandan a la entrada del puente, a trabajar todo el día en la descarga del tren.

Los problemas de ajuste se multiplican y van empeorando. Aparecen huecos entre piezas montadas hace semanas. En algunos casos cabe hasta un pulgar. Los carpinteros, los capataces, el representante del sindicato están convencidos: el puente se mueve y eso no presagia nada bueno. Ponen testigos y marcas de cera que al día siguiente se han quebrado.

En otra carta de tono más alarmista, Norman McClure informa a Cooper en Nueva York y al Estado Mayor en Phoenixville. En su respuesta, el ingeniero jefe plantea la posibilidad de que las piezas defectuosas puedan haberse dañado durante el transporte, el almacenamiento o el montaje. McClure lo comprueba, referencia por referencia, con el responsable del almacén de La Chaudière, que le garantiza que los elementos se ajustaban al milímetro a los planos cuando salieron de allí. Pregunta a los montadores de acero, pero ninguno recuerda que se haya caído una viga o que se haya deformado antes del montaje.

—Más bien se deformaron después, pero no por accidente: fuimos nosotros, con las mazas y los gatos. ¡Así no se puede trabajar! —dice uno de ellos.

Los mohawk están agotados por las horas de esfuerzo ajustando elementos que no encajan bien y la inquietud va en aumento. Manish va de un equipo a otro, hace croquis y dibujos, mide distancias.

—No es posible, este puente se mueve. Todo se mueve, no es normal. Hay que parar esto: ¿os dais cuenta de que se puede hundir con nosotros encima?

Ha hablado en inglés a un equipo de blancos.

—¡Oye, tú, indio —le grita un contramaestre que le ha oído—, más te vale dejar de decir esas cosas! ¿Quién eres tú para explicar a los ingenieros lo que

tienen que hacer? ¿Acaso sabes escribir? Cierra el pico y haz lo que te manden. ¡Si te vuelvo a oír, te vas a la calle!

Manish regresa con los suyos y murmura entre dientes, en mohawk:

—Vamos a tener que tomar una decisión. Yo digo que esto es muy peligroso. Hay que hablar con McClure. Él lo sabe, lo ha entendido desde el principio.

Pero en ausencia de Charles Dubois, que está enfermo, para un montador de acero mohawk es imposible hablar directamente con el ingeniero. Esa noche, al terminar la jornada, Manish intentará hablar con B. A. Yenser, el jefe de obra.

Al día siguiente, en otra carta, Norman McClure confirma a su jefe, que sigue imposibilitado por su edad y su mala salud para ir en tren a Quebec, que es inconcebible que las piezas torcidas, ahora muy numerosas, estuvieran así antes del montaje. «En tal caso, hubiera sido imposible no verlo», escribe.

Mientras espera respuesta, el ingeniero asume la responsabilidad de parar la obra. Decide viajar personalmente a Nueva York para convencer a Theodore Cooper de que la situación es grave y que quizá la causa sea el diseño del puente. Ordena que se interrumpa la actividad y se evacue la obra, y a mediodía está en un tren con la intención de ver a Cooper en sus oficinas al día siguiente.

—Se lo dije —afirma aliviado Manish Rochelle—. Es posible que acumulemos semanas o meses de retraso, pero es la decisión correcta.

—Oye, Manish, ¿por qué no dejas de hacerte el ingeniero? —suelta Bruce Mondor—. Empiezas a hartarnos con tus aires de grandeza y tu cuadernito. Que sepas contar y hablar inglés no te autoriza a opinar sobre la obra. Si sigues así, vas a hacer que nos despidan a todos. ¿Tienes algún trabajo de repuesto?

—No, y tú tampoco, pero puedes ver que este puente tiene un problema,

¿no?

—Yo lo que veo es que eres un bocazas y nos vas a buscar problemas. Para mí, si los jefes dicen que todo va bien, es que todo va bien. Y si dicen que hay que parar, pues paramos. Y si dicen que sigamos, seguimos. Un chaval que solo ha salido dos veces de la reserva no va a decirme a mí lo que tengo que hacer.

Para evitar un enfrentamiento directo con un obrero mayor que él, Manish da media vuelta rumbo a Saint-Romuald. Durante todo el día los hombres descansan, se tumban en la orilla, miran pasar a los ingenieros y los capataces, que cada vez parecen más lúgubres.

Al día siguiente, en Nueva York, cuando Theodore Cooper llega a su oficina en el número 35 de Broadway Avenue, Norman McClure le espera a la entrada. Unas frases, planos anotados y, sobre todo, la angustia que se lee en la mirada de su colaborador bastan para convencer al ingeniero. Hace acudir a su secretaria y le dicta un telegrama que no envía al puente, sino a la casa matriz, a Phoenixville: «Que no se añada más peso al puente hasta nueva orden».

Para mantener el tipo, no ordena la evacuación de la obra, no menciona peligro alguno. Pide a McClure que avise en Quebec. El joven ingeniero, en su apresuramiento por tomar el tren en la estación de Pennsylvania, rumbo a Phoenixville, se olvida de hacerlo.

A primera hora de la tarde, el telegrama llega a la mesa de John Deans, ingeniero jefe de la Phoenix Co., pero él no está. Su secretaria, que lee el mensaje, no comprende la gravedad del asunto. Hasta la tarde nadie hará nada. Mientras tanto, en Quebec, a pesar de las instrucciones, se da la orden de reanudar el trabajo.

Reserva mohawk de Kahnawake

Noviembre de 1970

Un centenar de hombres, firmes, en dos columnas, con los cascos de obra en la mano, esperan ante la entrada del cementerio de Kahnawake el ataúd de Jack LaLiberté. Inmóviles bajo la lluvia, están alineados a los pies del arco metálico remachado que corona una cruz de hierro con la inscripción: VEA KATERI CEMETERY. Cuatro montadores de acero jubilados y unos aprendices acaban de rematarlo y alzarlo. Entre las tumbas, de piedra o mármol, hay muchas cruces y pequeños monumentos de metal que llevan grabados los nombres de dinastías famosas de *ironworkers*: McComber, Deer, Diabo, Phillips, Beauvais, Rochelle, LaLiberté. Estos hombres, trajeados de oscuro, con corbata negra y peinados con la raya a un lado, han acudido de toda la región, de las reservas iroquesas, e incluso de más lejos, para rendir homenaje al hombre con el que han trabajado y que «se cayó por el agujero». Raymond Carter, el capataz, ha llegado de Nueva York con su mujer y su hija mayor. La familia Koch anunció que uno de los suyos iba a acudir, pero luego dijo que no y envió una corona de flores. Por el primer fallecimiento en la obra de las Torres Gemelas, la Autoridad Portuaria ha enviado a un representante y ha doblado la compensación a la familia.

El cortejo fúnebre sale de la iglesia a paso lento. Cuatro compañeros, Tom LaLiberté, Wild Bill Cooper y otros dos carpinteros del hierro, llevan el féretro. Tres metros por detrás, Louise, de luto, va de la mano con sus hijos, que se han vestido con túnicas de ante oscuras. Unos primos vestidos con el traje tradicional marcan el paso rozando el parche de piel de los tambores. La procesión marca un alto bajo el arco, y luego continúa seguida por el caminar apesadumbrado de hombres y mujeres.

Ante la tumba, excavada en la tierra negra, en el mismo lugar donde reposan ocho miembros de la familia Rochelle-LaLiberté, la gente rodea al sacerdote. Los dos chicos se aprietan contra su madre.

—Ya hace muchos años, gracias a Dios, que no habíamos tenido la desgracia de enterrar en este cementerio a uno de los nuestros tras una caída mortal. Pero, desde el desastre de 1907, sabemos que los hombres de esta comunidad pueden enorgullecerse de haber escogido un oficio de valientes, de peligro y sacrificio. Arriesgan sus vidas para mantener a sus familias y construyen los monumentos de nuestro tiempo. Jack, golpeado por el rayo, ha muerto levantando las mayores y más bellas torres de la tierra. Serán, como lo es la sepultura que le acoge aquí, un monumento en su memoria. Que Dios le acoja en su seno.

John LaLiberté deposita en el ataúd una crucecita de metal que Bill Cooper le ha puesto en la mano durante la misa. «Está hecha con trozos de acero de las Torres Gemelas. Pete la hizo para tu padre al día siguiente de su muerte», le dijo Wild Bill en un susurro. John se traga las lágrimas, arroja el primer puñado de tierra sobre la madera de roble, le pasa a su hermano la pala.

Por la noche, en la casa comunal, los tambores resuenan en sordina y los cantos fúnebres son un murmullo. Cuatro bailarines dan vueltas alrededor de la estufa mientras el humo del tabaco sube por la sala. No es una ceremonia, sino algo parecido a un velatorio abierto a todo el pueblo, a todos los de su

clan y de los clanes amigos, a los que han conocido a Jack o han trabajado con él. Louise y sus hijos están sentados en el centro de las gradas. Ella se ha puesto un vestido de ante bordado y ha recogido su cabello negro en dos largas trenzas. Tiene la mano apoyada en la cabeza de Robert, mira a John conversando con su tío, da las gracias a quienes se acercan a consolarla.

—Ha ido a morir en la obra que menos miedo le daba —le dice a una vecina—. Nos había dicho tantas veces que esas torres eran seguras, que pese a su altura corrían menos riesgos que en los edificios corrientes, que no andaban nunca por vigas aisladas y no había riesgo de que se cayeran, que yo terminé creyéndomelo. Ha tenido que ser un rayo. El fuego del cielo, como un signo. Espero que mis hijos no quieran hacer el mismo trabajo que su padre.

Vecinas y amigas han instalado un bufet a la entrada. Los dignatarios de la reserva acuden para dar un abrazo a Louise y a los chicos. Algunos niños, demasiado pequeños para distinguir esa velada de otra cualquiera en la sala común, juegan al escondite, dan voces y se llevan regañinas.

A eso de las doce de la noche, los últimos visitantes acompañan a casa a la familia. A John le gustaría quedarse despierto, pero el sueño le vence y se duerme en un sillón. Robert se ha metido en la cama. Louise prepara más café, una vecina lleva unos *kanatarok*, panes de maíz, y Wild Bill, una caja de cervezas. Cuando despunta el día hay unas quince personas en torno a la estufa de leña.

Al día siguiente, domingo, las visitas y los pésames se alargan todo el día. A primera hora de la tarde, como cualquier otro fin de semana, Tom y Bill Cooper aparcan su berlina delante de la casa.

—Tenemos que irnos, Louise. Nos han dado dos días para acompañar a Jack a la reserva, pero mañana por la mañana nos esperan. Quieren que la

estructura de la torre Norte esté terminada antes de que acabe el año. Solo quedan por poner unas vigas, volveremos en Navidad.

En el coche, Wild Bill no suelta el volante. Conduce de un tirón hasta Brooklyn mientras los demás duermen o vacían cervezas. Como ha ido rápido, llegan antes de amanecer. Descansa una hora en el sofá del salón antes de dirigirse a Manhattan.

El lunes, al pie de la torre Norte, la reunión semanal empieza con un homenaje a Jack.

—Era uno de los mejores, hacía honor a la tradición mohawk, a sus antepasados, que construyeron esta ciudad, y a muchos más —dice Raymond Carter, recordando también que su secretaria tiene una caja donde se puede depositar algo de dinero para la viuda y los hijos—. El cielo cayó sobre él, ha sido un golpe del destino, no se cometió ningún error. A pesar del extraordinario tamaño de esta obra, Jack ha sido el único fallecido. La estructura de la torre Norte está casi terminada; recemos por que no haya más muertes. Por él, por su memoria. Tenemos que ensamblar los últimos elementos antes de Navidad, ese es el compromiso con la Autoridad Portuaria. El *topping-out* está previsto para fin de mes, y no hay posibilidad de retrasarlo hasta enero. Cuento con vosotros. Sed prudentes, y buena suerte.

A pesar del mal tiempo, el frío y, a veces, la lluvia, que acortan los días de trabajo, los últimos pisos avanzan rápido. Las técnicas ya están depuradas, los equipos tienen cogido el tranquillo, la planificación de las últimas piezas es más sencilla. El 15 diciembre por la mañana, entre camiones de carga pesada y de entrega, los trabajadores se llevan una sorpresa al ver furgonetas de mudanza aparcadas en la explanada. Son los primeros inquilinos, empresas de importación y exportación, según la vocación del World Trade Center, «Centro de Comercio Mundial», que empiezan a instalarse en las oficinas de los pisos 10 y 11, donde la pintura aún está fresca. En la torre

todavía se oyen los gritos y los golpes de los montadores de acero cuando la Irving R. Boody Company envía su primer télex desde la torre confirmando a Ceilán un pedido de té para Colombia.

El plan de construcción prevé que la última viga prefabricada de la torre Norte se colocará el 22 diciembre. Esa mañana todo está dispuesto, pero cae aguanieve y la parte alta del edificio se pierde en una nube densa. La ceremonia con los representantes, los responsables políticos y los jefes de la Autoridad Portuaria se pospone veinticuatro horas. Al día siguiente, por la mañana, los empleados de un restaurante de Brooklyn suben por los ascensores exteriores mesas, sillas, manteles blancos, sándwiches y cervezas. Queda una viga por fijar. Como de costumbre, por turnos, los hombres la firman con un rotulador.

—Tom, a ti te corresponde el honor de poner la bandera, en memoria de Jack —dice Ray Carter, tendiéndole a Tom LaLiberté una bandera con las barras y estrellas.

Tom escribe el nombre de su hermano en una de las bandas blancas y luego fija la bandera. Bajo la viga, un gran estandarte reza: WORLD TRADE CENTER – NORTH TOWER BUILDING TOPPING-OUT – DECEMBER 23, 1970 – THE PORT OF NEW YORK AUTHORITY.

Hacia las doce se da la orden de subir la última pieza de metal en T, y al izarse la despiden el claxon de los camiones, las sirenas de alarma y los aplausos de los presentes. Un nutrido grupo de obreros, ejecutivos, albañiles, ingenieros y personal administrativo la recibe en lo alto con vivas y agitando los cascos en la mano. Unos *ironworkers* elegidos por los capataces, uno por cuadrilla, la montan ceremoniosamente. Dos minutos después le sigue un elemento del suelo, en el que han fijado un árbol de Navidad decorado.

En un rincón del último piso, con una cerveza en la mano, Wild Bill Cooper, Tom LaLiberté y otros tres mohawk miran a los representantes, que

por turnos van haciendo sus discursos: «Obra extraordinaria... Maravilla de nuestro tiempo... Logro humano... Ejemplo para el mundo... Grandeza de América...».

—Como siempre. Están ahí al principio y al final para brindar, con una visita de vez en cuando para que les hagan la pelota —murmura Tom—. Pero cuando nieva, o cuando las piezas no entran porque alguno ha metido la pata con los planos, es cosa nuestra.

—Deja de protestar —le corta Bill—. Ni que fuera tu primer edificio. Esto es el *topping-out*, ya sabes cómo va, siempre es lo mismo. Esos son los que pagan, se traen a los peces gordos y a los banqueros, es normal. Esta noche, ¿vale? Lo hacemos esta noche, estad preparados. Cuando se acabe la fiesta diremos que se nos ha olvidado algo. Colará. Los vigilantes nos conocen, así que no pondrán pegas. Bueno, yo me voy. Tengo que pasarme por Staten Island para recoger lo que he encargado. Nos vemos a las ocho donde Hank y picamos algo antes. Tom, trae tú la soldadora, ¿vale?

Wild Bill desaparece en el ascensor exterior en el momento en que Karl Koch toma la palabra para celebrar la conclusión de la torre Norte, «la mejor obra de mi vida». Se mete en el metro y va por la línea construida bajo las aguas del puerto que lleva a Staten Island, «el barrio olvidado».

Los barrios que quedan cerca de la terminal de la línea de ferry, frente a Manhattan, con sus edificios y sus casas de madera, recuerdan al resto de la ciudad. Pero la parte sur de la isla es otro planeta. Un trocito de Nueva Inglaterra en medio de la bahía, con sus terrenos cercados con vallas de madera, jardines, muretes de piedra y pequeñas carreteras donde la gente se saluda. Playas desiertas, desconocidas para los turistas, carpinterías que se remontan a los primeros colonos, fábricas en las que subsisten herramientas llevadas de Europa en el siglo XIX. Los habitantes, que trabajan allí mismo o en New Jersey, van poco a Manhattan.

Larry y Julie Monday, que viven en una casa que han construido ellos mismos, son de estos últimos. Desde que se ha jubilado como carpintero del acero, Larry no ha pisado la isla central ni tres veces. Julie alguna más, para comprar perlas en Plume Trading and Sales, en Lexington Avenue. Son de la tribu iroquesa de los oneida, y llegaron de Ontario hace mucho.

A sus setenta y dos años, oronda como una muñeca rusa y con la rara arrugada como una reineta, ojos risueños pero casi cerrados por lo que le pesan los párpados, Julie es una de las bordadoras de más fama de las Seis Naciones. Las tribus de toda la costa Este le encargan cinturones *wampum*. Los borda con cuentas de colores y conchas de formas extraordinarias, que tiñe con extractos de plantas. Son prendas que los indios usan para contar historias y leyendas, celebrar acontecimientos, señalar tratados o alianzas. Los de Julie Monday son tan bonitos que a veces recibe encargos de las naciones indias del Oeste. La noche de la muerte de Jack, cuando decidió encargarse uno en memoria de su amigo, Wild Bill pensó en ella.

Se baja en la parada de Pleasant Plains y camina por campos donde, en algunos puntos, el viento ha acumulado nieve, y llega a la casa por la puerta de atrás. Por la ventana ve a los ancianos sentados junto a la chimenea. Larry está detrás de un periódico; Julie tiene sobre las rodillas la labor de un *wampum* bicolor. Llama a la puerta.

—Pasa, Bill, te estábamos esperando. Quédate a cenar con nosotros, hay sopa de maíz.

—Hola, Julie. ¿Te ha dado tiempo a terminarlo?

—Sí, lo he acabado. Estoy contenta con el resultado, creo que te va a gustar.

Abre el cajón de su mueble de trabajo y saca un paquete envuelto en papel de seda. Lo pone en la mesa, lo abre. El cinturón tiene veinticinco centímetros de ancho y está bordado con hilos de oro y cuentas azules,

blancas y negras. En el centro, con conchas moradas, se ven las Torres Gemelas como posadas sobre un mar de nubes. Al lado hay un oso, de pie, al que alcanza un rayo. En letras finas ha bordado: «Jack Freedom, 1970». Julie ha agregado símbolos tribales, el emblema de las Seis Naciones iroquesas y un trozo de cielo estrellado.

—Es precioso, gracias. —En pocas palabras, Bill explica para qué va a servir el cinturón—. ¿Cuánto te debo, Julie?

—Diez dólares, lo que me han costado las perlas y el material. Mi trabajo es un homenaje a tu amigo, aunque yo no haya llegado a conocerle. No es el primero de los nuestros que muere haciendo realidad los sueños de los blancos. Y este, por lo que he oído, es un sueño muy grande y muy alto. Me han dicho que esas torres gigantes se ven desde el norte de nuestra isla; a ver si un día me acerco a mirar.

Su marido sale de la cocina con unas cervezas en la mano.

—Si quieres, vamos el domingo. Yo también tengo curiosidad por ver un edificio de ciento diez pisos. Cuando yo conectaba acero nadie habría podido imaginar que se iba a llegar tan arriba.

En la mesa, Joe cuenta cómo murió Jack, el rayo, el hueco del ascensor, el abismo de noventa y cinco plantas, el pesar de la familia, el funeral en Kahnawake, la mirada perdida de sus hijos, los apretones de manos de los amigos.

—Yo, cuando trabajaba, no tenía miedo de nada salvo de los rayos —dice Larry—. Algunos me decían que estaba loco. Un día cayó un rayo en lo alto del edificio donde yo estaba. Una bola de fuego me pasó entre las piernas y luego bajó por una viga. Es la cosa más aterradora que me ha ocurrido nunca. Desde entonces, en cuanto tronaba yo me bajaba.

—Que un rayo caiga sobre un hombre directamente, como fue el caso de Jack, era para mí algo imposible en una obra —opina Bill—. Siempre hay un

pararrayos. De hecho, es lo primero que se coloca cuando el edificio sube. Yo también a menudo he visto caer rayos, pero siempre por encima, en la antena enganchada a la toma de tierra. Jack no estaba en las alturas, llevaba puesto el casco de plástico, iba andando por unos tablones, es incomprensible... Bueno, tengo que irme. Gracias. Va a ser esta noche. Son ustedes los únicos que lo saben; no se lo hemos dicho a nadie, ni siquiera a su familia.

Julie Monday dobla el *wampum*, lo envuelve en el papel y se lo entrega sosteniéndolo con las dos manos.

—Está bien. Suerte, William. El espíritu del oso te acompaña.

Ya es de noche cuando llega a la parada de metro. Un transbordo para ir a Bay Ridge y ya está en casa. Saca de un armario de la entrada un estuche de piel envejecida para herramientas, mete dentro el *wampum*, lo cierra y se lo lleva.

Media hora después está delante de Hank's Saloon. Es un bar situado en Atlantic Avenue donde se toca música country; antes se llamaba Doray Tavern y era un punto de encuentro mohawk. Había tantos mohawk, trescientas o cuatrocientas familias agrupadas no lejos de la sede del sindicato de Brooklyn, que en los años cincuenta llamaban al barrio Little Kahnawake. Tenían sus tiendas que importaban productos canadienses, sus bares y una iglesia donde el pastor presbiteriano había aprendido mohawk para dar misa en su idioma.

Casi todos se han ido. Las familias han vuelto a vivir en la reserva, y los hombres van a pasar allí el fin de semana haciendo el trayecto por la autopista que se acaba de inaugurar, que reduce el tiempo de viaje a la mitad. La taberna cambió de dueño y de nombre, pero en el espejo sigue habiendo pegatinas del sindicato, «Local 361 Ironworkers», cabezas de indios estilizados pintados en una pared, un anuncio de cerveza Apache y un cartel de Pontiac Service.

Dentro, Wild Bill ve a Tom LaLiberté, a Julius Parker y a Mark Cobell acodados en la barra. Tom está charlando con un chico de pelo corto y abundante, pómulos altos y piel cobriza, iroqués. Su cara le recuerda a alguien, tal vez a un aprendiz.

—Hola, Bill —dice Tom—. ¿Te acuerdas de Max, Max Rochelle, el sobrino de Jack? El año pasado estuvo con nosotros unas semanas en la torre Norte. Ahora está en Broadview, en su primer año de aprendizaje.

—Ah, sí, Max. Hola. ¿Cómo es que vienes ahora? No te vi en el entierro. ¿No te habías enterado?

—Sí, claro que me enteré, me avisó mi madre. Pero tenía un cursillo obligatorio, tres semanas en un lugar muy mal comunicado de Nuevo México. Cuando supe del accidente pedí que me dejaran ir, pero me amenazaron con echarme. Que mi tío se cayera de una de las torres de Manhattan les daba igual. Ahora tengo una semana libre, por Navidad.

—No pasa nada, muchacho. Lo que vamos a hacer esta noche es tan importante como el funeral. Jack me habló de ti, y está bien que haya alguien de la familia, además de Tom.

Piden unas hamburguesas y se las zampan en cinco minutos.

—Bueno, ¿tenemos todo lo que necesitamos? ¿Qué hacemos con Max? No tiene pase... No creo que vayan a preguntar, pero nunca se sabe.

—Vamos a pasar por mi casa, que está un poco más arriba —dice Julius Parker, que trabajó muchos años con Jack—. En mi equipo hay un chico que no vive muy lejos de aquí y se le parece, es casi de la misma edad. De noche, los vigilantes no se darán ni cuenta.

Se van en dos coches, recogen el pase con el símbolo del World Trade Center y, poco antes de las diez, llegan a una de las entradas de la obra. Tom baja la ventanilla y muestra su tarjeta plastificada. El vigilante le reconoce.

—Hola, venimos a recoger el material que hemos dejado en el último piso.

Ya sabes cómo va esto, para el *topping-out* siempre montan un número para impresionar a los imbéciles trajeados. Hemos traído cosas que no hacen falta y ahora tenemos que llevárnoslas. Deberíamos haber venido antes, pero nos hemos entretenido un poco en el bar, y si el jefe se lo encuentra ahí mañana por la mañana nos va a caer una buena.

—Vale. Aparcad en el primer sótano, esta noche trabajan en el dos y el tres. ¿Vais a tardar mucho?

—Una hora, dos a lo sumo. No tenemos que sacar nada, lo llevamos todo al piso 30.

La barrera se levanta. Aparcan cerca de un montacargas. Con la llegada de los primeros inquilinos acaban de instalar los ascensores definitivos, que suben hasta el piso 30. Por encima hay que coger los ascensores exteriores. Tom y Julius Parker han metido el material en un arcón: soldadora, barras y placas de metal, martillos, sierra para metales. Bill lleva el resto en la bolsa de piel.

—¿Hacéis esto muy a menudo? —pregunta Max Rochelle, rompiendo el silencio mientras suben en el ascensor nuevo, protegido con contrachapado.

—Nunca. Normalmente nos contentamos con firmar o grabar nuestro nombre en alguna esquina. Pensamos en ello la noche que Jack murió. Adoraba esta torre y siempre decía que era el mejor trabajo de su vida. Ahora está casi terminada, y él no habrá llegado a verlo.

Cruzan el piso 30 sin hacer ruido, caminando entre máquinas, material y herramientas. Tom, Bill y Mark, que calzan mocasines de ante, van como sombras, con el arcón, dando rodeos para evitar las zonas iluminadas por la luz de obra. Max y Julius van de puntillas. Llegan hasta el montacargas, que tiene la puerta abierta. Meten las cosas, cierran la reja y accionan la palanca para subir, pero no pasa nada. El ascensor no se mueve. Lo intentan de nuevo, sin éxito.

—Hay que joderse. Han cortado el suministro eléctrico. ¿Dónde está la central?

—En el despacho de los jefes de equipo. Hay alguien de guardia, pero si vamos a pedir que lo pongan en marcha, nos vendrán con preguntas. Ya he visto cómo lo hacen: apuntan en un cuaderno el nombre, la hora, dicen que firmes... No podemos hacer eso. Tenemos que subir a pie.

Sacan el arcón y buscan la entrada de las escaleras de cemento bruto, aún sin rematar porque están recién acabadas. Ahí está, en la oscuridad. Bill enciende una linterna y dirige el haz de luz al suelo.

—Nos turnaremos para subir el arcón. Cada cinco pisos, cambiamos.

No pesa mucho y Max insiste en hacer el primer turno. Suben con sigilo, como cazadores siguiendo la pista de un ciervo. Entre los pisos 55 y 56 el paso está bloqueado por unos maderos. Sacan los guantes, los desplazan sin hacer ruido y continúan subiendo. Cuando adivina un obstáculo, Bill despeja el camino.

—¿Crees que habrá guardias arriba? —pregunta Julius Parker en un susurro.

—No. Lo he preguntado. Ha habido, para los preparativos del *topping-out*, pero ahora ya no hay nadie. Mientras no hagamos ruido, podemos estar tranquilos.

Piso 104. El viento se cuele por el pasillo sin puerta que, un piso más arriba, da a la terraza. Hace frío, alrededor de cero grados, y ha empezado a caer una llovizna densa.

—No nos viene mal —resopla Bill—, así habrá menos gente fuera. Por si a algún idiota se le ocurriera hacer una ronda...

Se suben el cuello de la chaqueta y se ponen un gorro. Unos pocos pasos más y están en el tejado. Dos balizas rojas fijadas a unos postes provisionales

lucen intermitentemente para indicar el obstáculo a los aviones. Con su extraña luz iluminan lo suficiente para que no necesiten sacar las linternas.

—Vamos a descansar cinco minutos; tenemos tiempo de sobra. Después habrá que buscar un buen sitio —dice Wild Bill.

Max se acerca al borde del tejado, se agarra a una barandilla y se asoma. La niebla que sube oculta la base de las torres y apaga el rumor de la ciudad. Están en mitad del cielo, en plena noche, en las nubes. Solo se oyen los graznidos de las gaviotas, y de vez en cuando alguna sirena de niebla en los muelles de Brooklyn. Se separan y, con las linternas, exploran la terraza.

—¿Aquí?

—No, demasiado expuesto. Aún quedan semanas de trabajo en el tejado y no queremos que nadie la encuentre.

—¿Aquí?

—¿Cómo vamos a soldar en ese hueco? No hay espacio.

Mark Cobell, de rodillas entre dos láminas, encuentra el escondite. Justo debajo, en la unión de dos vigas en T. Están cubiertas de madera y no tardarán en estarlo también con una pieza de metal.

—Cuando lo tapen, será invisible para siempre.

Tom y Wild Bill se arrodillan a su lado.

—Podemos trabajar, y es lo bastante pequeño como para que no llame la atención. Vale.

—Perfecto, me pongo con las placas.

Tom va al arcón y saca la soldadora, tres placas de metal ya cortadas y una máscara de soldador. Lo prepara todo.

—Hay que cortar cinco centímetros. Toma, chico, a ver qué has aprendido en Broadview: córtame esto con la sierra para metales, sin hacer ruido. Y que quede bien recto.

Mientras Max acorta las placas de hierro, Bill abre su bolsa. Empieza con

el cuenco de barro, que deja en el suelo. Desata el nudo de una tabaquera bordada con perlas y saca seis hojas, que pone en el recipiente.

—Mark, por favor, pásame ese trozo de cartón. Si el tabaco se moja no va a prender.

Cuando las placas tienen el tamaño adecuado, Bill extrae unas pinzas largas.

—Vamos a fijar la primera. Max y Julius, coged esas láminas y tapadme. No creo que nadie nos vea, pero la luz de la llama se distingue desde lejos, y no es plan que un guardia de la torre Sur avise a los demás.

Mientras Tom sujeta el trozo de metal, en el ángulo entre las dos vigas en T, Bill enciende el soplete, ajusta el color de la llama a azul intenso y se baja la visera de la máscara. La placa queda fijada por tres puntos y, en unos minutos, Bill termina la línea de soldadura, da unos golpecitos con el martillo y espera a que se enfríe.

—Oye, ¿cómo vamos a cerrar la tapa? —pregunta el hermano de Jack—. Si lo sueldas, el calor va a estropear todo lo de dentro. Por la *spudwrench* no hay cuidado, pero el cinturón se va a quemar.

—No te preocupes —responde Wild Bill—. Ya lo he pensado. Me he traído masilla para soldar en frío. Se mezclan dos ingredientes, una pasta y un líquido, y al endurecerse se vuelve tan sólido como una soldadura. Aguanta para siempre.

Julius y Mark sujetan las láminas verticales. Un trozo grande de cartón grueso les sirve de techumbre, para protegerse de la lluvia y de miradas indiscretas. De rodillas en esa cabaña, Tom y Max ayudan a Bill a soldar los otros dos lados de la caja de hierro, sin mirar la llama para protegerse los ojos.

—Max, pásame la botella de agua. Esto ya está, voy a enfriarlo.

Cortan la tapa a medida. Wild Bill apaga el soplete. Ahora, más que llover,

chispea. Acerca la bolsa de piel, saca del interior el *wampum*, le quita el envoltorio de papel, lo desenrolla y lo ilumina.

—¿Qué os parece?

—Increíble —dice Julius Parker—. El cielo y las estrellas, el rayo, el oso... La bordadora es muy buena.

—¡La mejor de las Seis Naciones!

—«Jack Freedom», eso no me convence —dice Tom—. ¿Por qué ha puesto eso? Nuestro apellido es LaLiberté. Viene de un trampero francés del principio de la era de los blancos. Es más bonito, ¿no?

Acerca la llama de un mechero a las hojas de tabaco y sopla un poco para que prenda. Las volutas de humo aromático ascienden, se arremolinan, vuelan. Bill deja en el suelo de cemento bruto el pase de su amigo, «World Trade Center – Jack LaLiberté – Puerta central». Después saca de la bolsa un objeto enrollado en un trapo: la llave de cola de Jack, que cogió de su cinturón de herramientas justo después de que muriera, antes de que se lo llevaran los bomberos. La puso con la suya, sin saber por qué. Puede que para guardar algo de su amigo, o puede que para poder dársela a su hijo.

Bill deja el pase sobre el *wampum*, lo enrolla, ata los dos lazos de piel. Se inclina hacia delante y lo deposita en un lado de la caja de hierro. Tom coge la *spudwrench*, enciende la linterna para mirarla por última vez y pasa el pulgar por sus muescas. La besa y se la cede a Max, que hace lo mismo. El joven se pone de rodillas y deja la llave con suavidad, como si fuera de cristal, al lado del cinturón.

Tom se saca del bolsillo una cruz de metal del tamaño de su mano, oxidada y soldada de forma basta.

—Teníamos esto en un cajón, en Bay Ridge. Jack decía que era una reliquia, fabricada con trozos de hierro del puente de Quebec que recogió

nuestro antepasado, el que sobrevivió al desastre de 1907. Nunca me lo terminé de creer, pero ahora me gustaría que fuera cierto.

La deja junto a la llave de cola y se levanta. Ahora les toca a Mark y a Julius agacharse. Ponen encima de la caja unas hojas de tabaco frescas que han recogido en el huerto de un chamán onondaga, en un lugar recóndito de Queens, sin explicar para qué eran.

—Así está bien. Ya está todo. Cierra.

Bill mezcla los dos elementos de la masilla de soldar y los amasa con la mano. Tom pasa los dedos por las hojas de tabaco, se saca del bolsillo un billete de un dólar canadiense, lo dobla en cuatro, lo mete en un rincón de la caja. Cuando la mezcla está lista, Wild Bill la aplica en las orillas.

—Ya puedes poner la tapa, Tom.

El hermano de Jack coloca la última pieza de la caja apretando fuerte con los pulgares. Los otros le miran y luego se ponen de pie. Wild Bill cierra los ojos, marca el ritmo golpeándose el muslo y entona el principio del cántico de acción de gracias, *Ohenten Kariwatekwen*, con el que empiezan y terminan las ceremonias mohawk. Juntos, rodeando la caja sellada, se dan la mano y murmuran la letra, chapurreándola cuando no se la saben bien. Después Wild Bill inicia un canto fúnebre del que solo se sabe el principio. Los otros tararean, esbozan una danza. Levantan los pies sin moverse del sitio, lentamente, como aprendieron a hacerlo de niños en la casa alargada.

—Por ti, hermano. Para siempre. Tu cuerpo está en Kahnawake con los tuyos, pero tu espíritu está aquí, en tu torre, en lo más alto de la ciudad, en la cima del mundo. Con las águilas.

Ha dejado de llover. El viento se levanta sobre el océano, silba y llora entre los cables y las vigas de metal. Aparece una punta de luna rojiza que proyecta sombras fantásticas en las nubes. Recolocan las tablas, cubren el rincón.

Julius baja un piso y regresa con un cubo lleno de escombros pequeños y cemento, que esparce sobre el lugar donde han colocado la caja.

—Invisible... Mañana me las arreglaré para estar en el equipo que va a montar las piezas del suelo, les diré que empezamos por aquí. Antes de las diez estará tapado, y nadie lo sabrá nunca.

—Yo solo se lo he dicho a Julie, la bordadora, y a su marido. Es oneida, un viejo de los nuestros. No dirán nada a nadie —dice Bill en un susurro.

—Muy bien.

—Tendremos que contar lo que acabamos de hacer a John, el mayor. Dentro de dos o tres años, cuando crezca un poco. Te corresponde a ti hacerlo, Tom.

—Sí, lo sé.

Borran sus huellas con los pies, ensucian las chapas, lo cubren todo con trozos de metal y cajas viejas. Vuelven a meter el material en el arcón y lo llevan al otro extremo de la terraza, cerca del montacargas.

—Ponedlo debajo de esta tela. Mañana me lo llevaré al primer sótano. Vamos a dejar ahí tu pick-up, Mark. Lo meteremos dentro, a nadie se le ocurrirá preguntar.

Bajan sin prisa, en silencio, hasta el piso 30. Se encuentran con dos vigilantes que están haciendo la ronda y los apuntan con sus linternas. Comprueban sus pases.

—Ya hemos terminado, teníamos que guardar unas herramientas y material que han sacado esta mañana para el *topping-out*. Nos volvemos ya a casa, que se hace tarde.

Se meten todos en la cabina del Dodge de Tom, se levanta la barrera y ya están en la calle. En la primera esquina, Tom se detiene junto a una parada de autobús. Todos bajan del coche, sin decir palabra, y alzan la vista. Ven el techo de la torre Norte entre las nubes. Tom se quita un guante y pone la

mano en el hombro de su sobrino, que, con la manga de su chaqueta, está recogiendo una lágrima.

13

Quebec

Agosto de 1907

En el despacho de la dirección, sobre la orilla del San Lorenzo, cerca de la obra del puente de Quebec, la reunión va mal. ¿Qué consignas hay que dar a los hombres tras una jornada de inactividad? Algunos insisten en seguir las órdenes que ha dado el ingeniero McClure antes de irse a Nueva York, y otros temen que las obras se queden paradas durante días, semanas, tal vez el verano entero. Edward Hoare representa a la empresa del puente y el ferrocarril de Quebec. Sobre sus hombros recae la presión del ayuntamiento y el mundo de los negocios, teme los contratiempos, minimiza los problemas técnicos y exige la vuelta al trabajo.

—Si esto sigue así, puede tener un efecto devastador sobre la moral de los hombres —dice a los ejecutivos allí reunidos—. Podríamos perder a un buen número, hay muchas obras en curso tanto en Canadá como al otro lado de la frontera. Podrían irse tantos que sería imposible retomar la obra, y eso implicaría un retraso de un año. ¿Tengo que recordarles que las fiestas del tricentenario son el año que viene?

Una llamada telefónica de Phoenixville es decisiva: la dirección de la fábrica ha evaluado la situación y considera que, a pesar de los problemas, las

condiciones permiten volver al trabajo. Un capataz rezonga, los jefes de equipo protestan, pero las órdenes son claras. En la mañana del 29 de agosto, la sirena de la obra llama al trabajo. Los obreros, que estaban remoloneando en las posadas, acuden a la orilla. Algunos ya han cogido el barco para pasar el día en Quebec.

—Vamos, chicos. Parece que hay novedades —dice Manish Rochelle a su cuadrilla—. Seguramente habrán decidido que desmontemos algunos elementos para rectificar.

Cuando oyen a uno de los jefes decir: «Bueno, los defectos que hemos detectado son reales pero de escasa importancia. Están dentro de unos márgenes de tolerancia admisibles, así que hay que volver al trabajo y recuperar el tiempo perdido», Manish y unos cuantos se quedan inmóviles, estupefactos. Se miran entre ellos, ponen cara de extrañeza, se encogen de hombros y a continuación se encaminan a paso lento hacia la entrada de la obra.

—¡Esperad, esperad! —grita el joven mohawk a los demás carpinteros, que vuelven la cabeza—. ¿Cómo pueden decirnos que todo va bien? ¡Vosotros lo habéis visto igual que yo! Este puente tiene un problema de estructura. Si metemos más peso se va a desmoronar con nosotros encima. No hay que volver ahí arriba, tenemos que pedir una investigación, expertos que no trabajen para Phoenix, ingenieros competentes.

La cuadrilla se para, duda. Un murmullo sube y crece.

—Tiene razón, es mejor no ir.

—¡No, eso ocurre en todos los puentes, ya verás como no pasa nada!

—¿Quién es ese?

—Llevo días diciéndotelo.

—¿A ti te parece normal? Un indio, ya ves tú...

—Venga, vamos.

—Yo creo que tiene razón, estoy preocupado.

—Pero, a ver: tú has visto que las vigas se están torciendo, ¿verdad?

Manish se sube de un salto a una caja de roblones y hace altavoz con las manos:

—¡Hay que negarse a volver al trabajo! ¡Nos están tomando el pelo! ¡El puente es peligroso! ¡Tiene un problema grave y se va a desplomar si seguimos!

A su espalda, el capataz que le amenazó le da un codazo a Neil Drummond y señala a Manish con un gesto de la cabeza. El inglés y otros tres tipos fuertes le agarran por detrás y le tapan la boca con la mano. Le tiran al suelo y empiezan a darle patadas. Uno de ellos saca una porra. Entre los mohawk, tres jóvenes se acercan con los puños en alto. Bruce Mondor los detiene abriendo los brazos.

—Dejadlo, chicos. Se lo tiene bien empleado, por bocazas. Que sea de los nuestros no significa que pueda decir lo que le dé la gana. Vamos, hay que construir ese puente.

Manish intenta levantarse, defenderse, pero no lo consigue. Se hace una bola en el suelo y se protege la cabeza con los brazos hasta que los golpes cesan.

—Sacad de aquí a este indio imbécil. No quiero volver a verlo en una obra, ¿entendido? ¿Alguien sabe cómo se llama? ¡Quiero su nombre en la lista!

Cuatro brazos le levantan y le arrastran hacia la salida.

—Lárgate, ¿te has enterado? Aquí no te queremos, y ya me cuidaré yo de que no te cojan en ninguna obra de aquí a Florida. No queremos agitadores. En tu lugar, yo dejaría de dar problemas y me volvería a mi casita a cazar bisontes.

En el suelo, con un ojo medio cerrado y los costados doloridos, Manish ve que seis hombres se le acercan. Ninguno de ellos es mohawk.

—Tienes razón, indio. Nosotros nos vamos. Este puente está jodido. Volvemos a Albany —dice el mayor de ellos, desdentado, con una gorra negra echada hacia atrás y una cicatriz en la mejilla, mientras le ayuda a levantarse—. ¿Puedes apañártelas?

Los motores de las grúas empiezan a toser, la locomotora pita y lanza una bocanada de vapor. Manish se sienta en el tocón de un árbol, respira profundamente, se palpa el párpado hinchado. Ve subir por los aires las primeras viguetas, oye las órdenes, los cables rechinando en las poleas. Se dirige a la posada con paso lento. No le ha seguido ni un solo mohawk, ni siquiera Robert.

En la estructura metálica que avanza hacia la otra orilla sin nada que la sostenga, la grúa sobre raíles se dirige al extremo. Mil toneladas más en la punta de la estructura. Por la tarde, la locomotora con sus dos vagones se acerca para llevar unas piezas enormes. Cientos de toneladas.

Al principio suena una detonación.

Como un disparo, un chasquido seco. Uno, dos, tres, ¡diez! ¡Los remaches! Los roblones saltan de uno en uno arrancados por la primera viga gigante que se vence por el peso, ceden, se rompen, se salen de su sitio, silban como si fuera un tiroteo. Después, lentamente, como si el tiempo se detuviera, las diecinueve mil toneladas de la parte sur del puente de Quebec se hunden. Se desploman, caen a la vertical, en su eje. Un segundo de silencio y luego, de pronto, un estruendo sordo y potente, como un temblor de tierra, llena el aire y el espacio. Se oye hasta en el centro de Quebec. Una nube de polvo se eleva hacia el cielo precedida de un inmenso penacho de agua en el momento en que el monstruo de acero toca la superficie del San Lorenzo, cien metros por debajo. En pocos segundos, la estructura de lo que debería ser el puente más majestuoso de América del Norte se rompe como un juguete y se la traga el río.

La mayor parte desaparece en las aguas; otra cae en la orilla, vigas y largueros metálicos deformados como si los hubiera retorcido un gigante. Elementos de estructura de varios metros de ancho se doblan igual que la arcilla. Hay viguetas que han salido volando y han caído en el limo a muchos metros. Los pilares de piedra están intactos, coronados por un magma de metal inconcebible. Lentamente, en un silencio de hielo, el polvo desciende.

Con catorce años, John Montour es el mohawk de Kahnawake más joven de la obra. Es aprendiz, y esta es la primera vez que ha salido de la reserva. Ha crecido jugando al escondite entre las vigas del puente que sus mayores construyeron cuando nació. Media hora antes del final de la jornada, como de costumbre, le han enviado al pueblo a hacer la compra para la cena. Ha salido corriendo a lo largo de la vía del tren y ha bajado por el terraplén sentado, como por un tobogán, riéndose. Se pone de pie y está a punto de echar a correr por la orilla cuando oye el primer chasquido. Piensa que es un disparo, se vuelve, abre la boca y ve, petrificado, cómo se derrumba la estructura de la que acaba de bajarse. Da unos pasos atrás como un autómatas, despacio, y luego la nube lo envuelve. Permanece inmóvil, con los brazos caídos, hasta que empieza a oír los primeros gritos a su alrededor.

John Montour es el primero al que Manish Rochelle reconoce, desde lejos, al llegar allí. Cuando ha oído el estrépito estaba en la cocina de la posada Doucette, donde una de las hermanas de Martine le estaba pasando un trapo húmedo por la cara tumefacta. Lo ha entendido enseguida. Ha salido corriendo hacia la obra, con el torso desnudo, cruzándose por el camino con mujeres que gritaban de miedo y hombres con la mirada perdida. Ve a John, corre hacia él, le coge por los hombros.

—¡John! ¡Los demás! ¿Dónde están? ¿Se han bajado contigo? ¡Dime que se han ido, que os habéis ido todos!

—El puente, Manish, el puente... He visto el tren, el tren estaba al final y

se ha hundido entero, con los vagones...

El adolescente cae de rodillas, se coge la cabeza entre las manos, su pecho se sacude entre sollozos.

—Mi hermano, mi primo, mi tío...

Manish le pone la mano en el hombro y luego corre a la obra. El silencio, apenas roto por un ruido de vapor que sale de algún lugar entre los escombros, ha seguido al fragor de la catástrofe. Los jefes y los empleados de administración de la obra están ante sus oficinas, inmóviles, pasmados. Pasan unos minutos hasta que algunos salen de su estupor, corren hacia lo que queda del puente, ponen cuerdas y lanzan escalas para bajar hasta el agua. Los primeros testigos actúan como personal de rescate improvisado. Escalan por los escombros, llaman, gritan en busca de supervivientes.

Por el río, unas diez embarcaciones de distintos tamaños, a vela y a motor, acuden al lugar del drama. Algunas han recibido una sacudida por la ola gigante. En el agua, entre los restos del puente caído, aparecen una, dos, tres cabezas. Son un puñado de afortunados, algunos indemnes, otros heridos, que estaban en las viguetas exteriores o en lo alto de las grúas móviles y han salido disparados a las aguas del San Lorenzo. Para acudir en su ayuda se botan barcas, y rescatan a cuatro que se han agarrado a unos tablones. Uno tiene una pierna y un brazo rotos; otro, la cabeza ensangrentada.

Manish baja a toda velocidad. Corre a lo largo del amasijo de metal. Avanza por el lecho del río, se mete en el limo hasta la cintura, da media vuelta. Oye que alguien grita.

—¡Ahí, ahí! ¡Hay alguien! ¡Está llamando! ¡Rápido, ayuda!

Acude una docena de hombres. Entre el amasijo de metal se oyen quejidos. Bajo toneladas de acero y de hierro, apenas visibles, hay dos hombres aplastados. Uno no se mueve, pero el otro pide ayuda.

—¡Barras, traed barras! —grita Manish.

Intentan levantar con palancas la gran viga metálica entre cuatro, entre seis, pronto entre veinte, treinta y cuarenta; al cabo de una hora prueban con poleas, cuerdas, caballos de tiro. La viga no se mueve ni un milímetro. El herido ha dejado de gemir. La única maquinaria para alzar grandes pesos, las grúas móviles, la pequeña y la grande, estaban en el puente y ahora yacen entre los escombros, torcidas e irreconocibles. Las estructuras amontonadas siguen empalmadas con roblones que no han cedido. Con el equipamiento del que disponen, es imposible levantarlas para ir en busca de los heridos. No hay grúas, ni sopletes. La suerte de los desafortunados que no hayan salido disparados hacia el exterior de la estructura, prisioneros del hierro y el barro, está echada.

En la explanada central, los administradores intentan reunir a los supervivientes y hacer listas. A esa hora, apenas media hora antes de que terminara la jornada, el personal de la obra estaba al completo. Casi todos los capataces han fallecido, y también el jefe de obra, B. A. Yenser, así como ingenieros, aparejadores enviados desde Quebec y un representante del ayuntamiento.

Manish, tras renunciar a levantar trozos monumentales que no hay forma de mover, empieza a recorrer los puestos de auxilio en busca de los mohawk.

—¿Ha visto indios? ¿Sabe si los barcos han rescatado a algún indio? ¿Ha visto a los obreros de Kahnawake?

El trabajo de salvamento se organiza, llegan bomberos de Quebec. Pero, al igual que los obreros, carecen de medios para mover los colosos metálicos.

En el valle empieza a anochecer; en una hora ya no habrá luz. Llevan antorchas, lámparas de aceite, se encienden hogueras en la orilla. Poco a poco la oscuridad envuelve el lugar del drama. Manish, que sigue con el torso desnudo, insensible a la bajada de la temperatura, va río arriba. Entra en las oficinas de la compañía y se cruza con un oficinista.

—¿Tiene los nombres de los heridos? ¿De los supervivientes?

—Aún es pronto, lo siento. Lo único que sabemos es que en el puente había entre setenta y cien personas. Mañana sabremos algo más. Es terrible, espantoso, incomprensible.

Manish abre la boca para recordarle que varias personas avisaron y previeron el desastre, para reprocharle que no se tomaran en serio la palabra de quienes mejor situados estaban para constatar que el puente se había deformado lentamente, pero renuncia. Es solo un contable, ¿qué podría decir? Ya es tarde. Han muerto. Todos. Treinta y ocho mohawk. La mitad de la fuerza de trabajo de Kahnawake. John Montour y él son, por ahora, los únicos supervivientes.

Vuelve sobre sus pasos para buscar al aprendiz y se lo encuentra como se esperaba, postrado en un banco a la entrada de la posada Doucette.

—Me han mandado salir dos minutos antes, solo dos minutos —dice John llorando, que vuelve a tener la cara y los ojos de un niño—. ¿Por qué yo? ¿Por qué no estaba con ellos? Tenías razón, Manish, tenías razón. Deberíamos habernos marchado contigo, no te han hecho caso y ahora están todos muertos.

—Espera, espera. No se sabe aún. Puede que algunos solo estén heridos, seguro que vamos a encontrarlos. En el río hay tantos barcos... A lo mejor rescatan a alguno.

Marc Doucette aparece en las escaleras de la entrada.

—Manish, ¿qué podemos hacer? ¿Hay supervivientes? ¿Qué necesitáis?

—Luz, sobre todo necesitamos luz, antorchas, faroles. Hay gente atrapada. Puede que no muchos, pero los oímos. No sé cómo vamos a sacarlos, pero sé que si no los vemos están acabados. Señor Doucette, ¿me puede indicar dónde está la centralita de teléfono de Saint-Romuald? Tengo que llamar a Kahnawake...

—Hay uno en la tienda de la plaza, ahí detrás. Di que vas de mi parte, entenderán que es una emergencia. Voy a ver qué puedo hacer para conseguir faroles, preguntaré a todo el mundo.

Manish sube a su cuarto y se pone una camisa. Cuando está bajando, Martine le ve. Corre hacia él y lo abraza.

—Manish, Manish, ¡es horrible! ¡Y pensar que tú también podrías haber estado en ese maldito puente! ¿Qué sabes de los demás, sabes algo de ellos?

—Nada, aparte de John, el chico que has visto. Había salido de la obra un poco antes para hacer la compra. Yo no he encontrado a nadie. Puede que haya heridos. Voy a ir a buscar. Pero antes tengo que avisar en casa. No sé qué decirles, me van a preguntar quién ha sobrevivido y solo puedo mencionar a John. Los D'ailleboust. ¿Te das cuenta? ¡Estaban los cuatro hermanos! ¡Cuatro! Son vecinos de la reserva.

Al otro lado del patio, Marc Doucette observa la escena y da un paso hacia ellos. Su mujer, que está en la puerta de la posada, le mira y le hace un gesto con la cabeza para que los deje a solas. Manish besa a Martine, que se cuelga de su cuello y no le suelta.

—Tengo que irme, tengo que telefonar.

En la orilla plantan palos para colgar quinqués y farolillos y se encienden fuegos. Llega una procesión de antorchas. Cientos de mujeres y niños, en busca de un padre o de un marido, se han acercado hasta el puente de Garneau, justo antes de la obra, donde la policía los para. De las granjas y los embarcaderos cercanos llegan carros tirados por bueyes y caballos cargados con poleas y maromas. Pero las piezas de hierro que hay que levantar pesan demasiado. En algunos sitios consiguen desplazar las viguetas, pero de donde proceden los gritos de los heridos, cada vez más débiles, es del corazón del magma de metal retorcido. Unos carpinteros descargan de unas carretas un

montón de tablones que dejan en la orilla, sobre el limo, para intentar acercarse a los lugares por donde se oyen quejidos.

—¡Dios mío, la marea! —grita un hombre—. ¡Está subiendo! ¡Los que están ahí abajo se van a ahogar! ¡Rápido, rápido! ¡Traed gente, hay que levantar eso!

Sin embargo, la viga que señala pesa muchas toneladas. No conseguirán moverla con nada.

A la altura de Quebec, con la marea, las aguas del San Lorenzo suben cuatro metros. A medida que avanza la tarde, las partes donde sobresalen los escombros empiezan a quedar sumergidas. Un herido que tiene las piernas atrapadas grita. Su voz se apaga con un gorgoteo espantoso. Nadie ha conseguido acercarse hasta él.

—¡El cura! ¡Que alguien traiga al cura para esos pobres desdichados!

El padre McGuire, de la parroquia vecina de Sillery, lleva ahí desde primera hora con los heridos, a los que atienden unos médicos llegados desde Quebec en una carpa que ha instalado la empresa. Equipos de rescate y miembros de la Cruz Roja canadiense le acompañan escalando entre el amasijo de metal por encima de hombres que llevan horas gimiendo. Están apesados, enterrados en el barro y el limo, y dentro de una hora se habrán ahogado.

—Átenme, pásenme una cuerda por debajo de los brazos —ordena el cura—. Necesito bajar lo más cerca que se pueda.

En pocos minutos tiene puesto un arnés y, sujeto por dos hombres, baja hasta el agua por la parte exterior de los escombros. Uno de los heridos acaba de morir. Con el agua cubriéndole media sotana, consigue tender la mano a otro, que se la coge.

—Por esta santa unción y por su bondadosa misericordia, te ayude el Señor con la gracia del Espíritu Santo.

El herido no tiene fuerzas para contestar «Amén». Poco a poco, la mano suelta al sacerdote, que sube llorando.

En la tienda de Saint-Romuald, que ha permanecido abierta, al igual que los demás comercios y casas del pueblo, donde ha llegado mucha gente desde Quebec y alrededores, se ha formado una cola para hablar por teléfono. Tras una hora de espera, llega el turno de Manish. Acciona la manivela y pide a la operadora que le ponga con Kahnawake, en las afueras de Montreal. Deletrea el nombre.

—¿Un número? No, no sé... En el pueblo solo hay un teléfono, señorita. Puede que sea el número uno, pruebe.

Cuelga y, un minuto después, el aparato suena. Hace solo unos meses que han instalado en la reserva la primera línea telefónica en la pequeña oficina de correos, bajo el porche de la casa comunal. El encargado responde al quinto timbrado.

—¿Sí? ¿Quién habla?

—Escuche, óigame bien. Soy Manish Rochelle, de la familia Rochelle. Estoy trabajando en el puente de Quebec. Sí, de Quebec. Tengo que hablar con John Farber. Es muy urgente y muy importante, ha habido un accidente. Sí, grave. Muy grave. Vaya, por favor, ya me espero. Dese prisa.

A los pocos minutos, el jefe del consejo está al aparato.

—John, soy Manish, Manish Rochelle, estoy en Quebec. John, ha habido una catástrofe, un desastre. El puente, John, el puente se ha venido abajo... Sí, por completo, de repente, se ha desplomado en el río. No sé, todos los hombres estaban encima. De momento solo he encontrado al pequeño de los Montour, John Montour... No sé, tal vez haya heridos, los estamos buscando. John, hago todo lo que puedo, volveré a llamarte en cuanto sepa algo. ¿Que por qué estoy aquí? Es complicado, ya te lo explicaré.

La noticia corre por la reserva como un reguero de pólvora. En pocos

minutos hay docenas de personas ante la casa comunal. Se quedarán allí la noche entera, llorando, esperando los nombres de los supervivientes, noticias que no llegan.

Mientras, en el lugar del accidente, las autoridades temen que la oscuridad provoque más accidentes y la situación empeore, así que montan un cordón policial y prohíben el paso. Sin luz ni medios para levantar el metal, no hay ninguna esperanza.

Cuando llega el día, la cifra de muertos es terrible. De los ochenta y seis hombres que había en el puente han sobrevivido once. De los fallecidos, diecisiete son estadounidenses y cincuenta y ocho son canadienses, de los cuales treinta y ocho son mohawk y, de estos últimos, hay treinta y tres de Kahnawake. En la reserva, lo que no va a tardar en ser conocido como «el desastre» deja veinticuatro viudas y cincuenta y seis huérfanos.

La esperanza de socorrer a los heridos se desvanece. Recuperar los cadáveres es difícil, casi todos se han hundido con el puente en las profundidades del San Lorenzo. Antes de las doce, dos hombres en mangas de camisa que dan vueltas en barca alrededor de los hierros ven un zapato flotando. Al acercarse, adivinan un par de pies con sus calcetines. Tardan una hora en sacar el cuerpo, gracias al esfuerzo de unos jóvenes nadadores. Al mediodía solo se han encontrado dieciocho cadáveres.

En los días siguientes, poco a poco, el río irá devolviendo los muertos. Los recogerán pescadores y voluntarios, atraídos por las recompensas que ofrecerán las familias, como han publicado los periódicos. El 7 de septiembre encontrarán tres cadáveres flotando cerca de la isla de Orleans, veinte kilómetros río abajo. Pero más de la mitad de los cuerpos no aparecerán nunca, hundidos para siempre en sus tumbas de limo y acero.

Al día siguiente, Marc Doucette y varios clientes de la posada están leyendo la edición especial del *Soleil*. En portada, el periódico de Quebec

anuncia la creación de una comisión especial formada por tres ingenieros canadienses de renombre que se van a ocupar de investigar las causas de la catástrofe.

—Muchos hombres me dijeron que el puente estaba mal, que se movía, que había riesgo de que se cayera —suspira el posadero—. ¿Y ahora es cuando se les ocurre pedir cuentas y buscar por qué se ha venido abajo? ¿Dónde está el genio que lo diseñó? ¡Espero que muerto con los demás!

—¡Para nada! Está tan tranquilo, descansando en su sillón de piel de Nueva York —contesta un montador de acero que tuvo la suerte de que le mandaran al almacén a cargar vigas una hora antes del derrumbe—. ¿Te das cuenta de que ese hombre, por lo visto un experto constructor de puentes, no ha venido ni una sola vez a visitar la obra? ¡No ha visto con sus propios ojos el puente que ha diseñado! Si hubiera venido, en diez minutos lo habría entendido. Ese idiota ha metido la pata, no hay que darle más vueltas. Ha hecho mal los cálculos y ochenta valientes han muerto. Espero que esté durmiendo en la cárcel.

—¿En la cárcel? ¡Ya te gustaría! —exclama Manish, que en ese momento entra en la sala—. Es la clase de jefazo que no va nunca a la cárcel. Seguro que encontrará un montón de razones técnicas para explicar que no ha sido culpa suya, que el acero era de mala calidad o que se torció en el transporte, como ya intentaron hacernos creer. Al final, su reputación quedará un poco entredicho, pero luego todo volverá a ser como antes. Al parecer, está enfermo. Esperemos que se muera de vergüenza.

A Theodore Cooper se lo llevaría de este mundo una neumonía doce años después, retirado del negocio, desacreditado, pero jamás acusado. No le molestaron, ni a él ni a nadie. Phoenix Co. entregó mil dólares a la familia de cada víctima, un poco más si el muerto tenía muchos hijos, y siguió construyendo puentes en todos los rincones de América del Norte.

El 30 de agosto encuentran ocho cuerpos de obreros mohawk. Manish Rochelle y John Montour esperan en la estación de Quebec a una delegación de Kahnawake encabezada por John Farber y las madres de los clanes.

—Habéis tenido suerte, dad gracias al cielo —les dice el jefe del consejo, dándoles un abrazo.

Empiezan visitando a los heridos. Tres mohawk han sobrevivido. Uno de ellos no estaba en el puente, el otro salió disparado al río y luego lo recogieron. En su cama de hospital, Alexander Beauvais, uno de los mejores remachadores del grupo, relata el milagro que le salvó.

—Yo estaba poniendo un roblón cuando todo se derrumbó a mi alrededor —murmura a través de la venda de su nariz rota. También tiene la pierna fracturada, escayolada y en alto—. Lo solté todo y me agarré a la vigueta más cercana, que cayó pero no llegó al suelo. Me quedé ahí, a un metro del suelo, no más. Cuando todo paró, salí de ahí arrastrándome.

Una de las madres del clan pregunta al médico si su hijo podrá volverse con ella a Kahnawake al día siguiente. El médico le dice que aún es pronto.

Mientras esperan para ir a la morgue a reconocer los cuerpos y meterlos en ataúdes para el viaje del día siguiente, el grupo se para en una taberna. John Montour cuenta que si los mayores no le hubieran enviado a hacer unas compras dos minutos antes, habría estado con ellos en el puente. Describe la caída del puente, porque es uno de los pocos que lo vio de cerca.

—Y tú, Manish, ¿por qué no estabas con los demás?

Con la vista fija en su vaso, Manish explica que desde hacía días, muchos tenían dudas sobre la solidez de la obra, que había visto signos que mostraban que el puente se estaba hundiendo, que el día anterior habían parado la obra y que no estaba conforme con la decisión de reanudar el trabajo.

—Y los nuestros ¿qué opinaban? —pregunta Farber.

—Algunos tenían sus dudas, como yo, pero otros no. Yo intenté

convencerlos de que teníamos que dejar la obra. Pero un capataz me hizo callar y me pegaron, me expulsaron. Nadie me siguió.

—¿Quieres decir entonces que sabías que el puente se iba a caer?

—Saberlo, no. No soy ingeniero. Pero me lo temía.

—¿Por qué no te creyeron los demás?

—No sé. Algunos no confiaban en mí. Puede que pensaran que estaba exagerando.

—¿Quiénes?

—Ahora están muertos, ya no tiene importancia.

—No sé... Ya veremos —dice el jefe del consejo—. No estoy seguro de que no tenga importancia. Tú te has salvado y ellos han muerto. Tendremos que entender por qué. Pero ahora no es el momento, hemos de ir a buscar a nuestros hijos, organizar el transporte y los entierros. ¿Por qué solo hay ocho cuerpos? ¿Dónde están los demás?

Manish alza la vista y ve cómo todos le miran, así que la vuelve a bajar.

Al día siguiente se marchan con los restos mortales en cajas de madera barata, en las que han marcado cruces con pintura negra, metidas en el vagón de cola.

Tres días más tarde, ocho féretros de madera bruta se encuentran alineados delante del altar de la pequeña iglesia de piedra de Kahnawake, en la orilla del San Lorenzo. Ha acudido toda la reserva. El coro entona cánticos en mohawk. El arzobispo de Montreal, monseñor Louis Joseph Napoléon Bruchesi, ha acudido para officiar la ceremonia en esa comunidad católica con fama de piadosa.

—Estoy con vosotros para rezar y compartir vuestro dolor —dice en francés, traducido por otro sacerdote al mohawk.

Manish Rochelle, acompañado de sus padres y sus hermanos pequeños, se ha quedado en el patio. Algunos se le acercan, le dan la mano, palmadas en la

espalda, pero se da cuenta de que otros, incluso algunos amigos de la infancia, le evitan y le miran con antipatía. Al pasar a su lado, el patriarca de una familia de *ironworkers* que ha perdido a varios de los suyos escupe en el suelo.

Los hombres sacan los ataúdes de la iglesia a hombros. En procesión, detrás de un monaguillo que lleva un crucifijo, la población de Kahnawake va hasta el cementerio, donde se ha cavado una gran fosa. En el momento en que, ayudados por gruesas cuerdas, bajan los féretros a la tumba, uno tras otro, los dos solistas del coro de la reserva entonan un canto tradicional que rinde homenaje a los guerreros muertos en combate. Cuando se hace el silencio pasan unos minutos sin que nadie se mueva, hasta que un niño de unos diez años se acerca a la fosa, coge un puñado de tierra y lo arroja sobre el ataúd de su padre.

Con el paso de las semanas el San Lorenzo entregará más cadáveres, pero solo cuatro serán de mohawk, que enterrarán junto a los demás. El resto nunca aparecerá.

La tarde del funeral, Manish Rochelle evita la casa comunal, donde una cena reúne a las familias.

—Me vuelvo mañana a Quebec, hay que buscar a los demás —le dice a Angus, su padre, que ha pedido al armador del *Great Eastern* que busque a alguien que le sustituya un par de días para pilotar el vapor del río.

—Hijo, Farber se ha pasado a verme después de la ceremonia. Tienes que quedarte unos días. Va a celebrarse una reunión del consejo y quieren hablar contigo. No puedes dejar de ir.

—Ya. ¿Te ha dicho cuándo va a ser la reunión?

—Mañana o pasado mañana.

Manish se pasa dos días sentado en las escaleras del porche de su casa. La primera mañana van a verle algunos amigos de la infancia y un carpintero

con el que hizo equipo en el puente de Soo, y escuchan su relato. Luego las visitas empiezan a espaciarse y, al final, se acaban. Algunos vecinos dan un rodeo para no pasar por delante de la casa de los Rochelle. Al atardecer del segundo día, una chica joven que trabaja para el consejo se presenta para decirle que le esperan en la casa alargada.

John Farber está en el centro, acompañado por las madres de los clanes, las viudas, el jefe de guerra, los miembros del consejo y los patriarcas de familias diezmadas, entre los que destaca Pierre D'ailleboust, que además de cuatro hijos ha perdido a tres familiares. Están sentados en semicírculo en las gradas. El jefe del consejo y la madre del clan del Oso están en medio, tras una mesa.

—Manish, acércate. ¿Quieres, por favor, explicar ante el consejo y las familias lo que viste, lo que nos contaste cuando fuimos a Quebec al día siguiente del desastre?

Manish, sopesando sus palabras, se remonta a las primeras señales de alerta, a las primeras dudas sobre la solidez del puente semanas antes del drama.

—Yo no sé más de puentes que cualquiera de los aquí presentes. El de Quebec ha sido nuestra tercera experiencia y aún tenemos mucho que aprender, pero hablé con los capataces, jefes que han construido puentes en muchos lugares, incluso en Europa. Estaban preocupados. Las explicaciones que les daban no se sostenían. El puente no se cayó de golpe; llevaba días torciéndose y deformándose. Hubo avisos.

—¿Les dijiste a los nuestros que estabas preocupado?

—Claro, sin parar. Ellos también lo veían. A veces nos pasábamos un día entero para conectar elementos que tendrían que haber encajado en solo unos minutos. Había que retorcer, cortar, agujerear, hacer trampas con los

remaches. Lo sabía todo el mundo. Los últimos días no se hablaba de otra cosa.

—¿Qué pasó la mañana del desastre? ¿Por qué tú eres el único que no estaba? ¿Por qué los dejaste?

Manish se pone en pie como movido por un resorte.

—¡Eso nunca! ¡Nunca los dejé! Me echaron de allí, me pegaron, me dieron una paliza para hacerme callar. Yo intentaba convencer a todo el mundo, no solo a los nuestros, también a todos los demás, de que quedarse en el puente era peligroso, que teníamos que negarnos a seguir. Pero los capataces pensaron que yo estaba llamando a la huelga. ¡Me pegaron, me amordazaron, me expulsaron!

—¿Te pegaron y los nuestros no intervinieron? ¿Treinta mohawk ven cómo unos blancos pegan injustamente a uno de los suyos y no mueven un dedo? ¡Cuesta creerlo! —dice uno de los patriarcas, levantándose a medias de su asiento.

Manish no quiere mencionar a Bruce Mondor, al que vio detener a los demás con un gesto. No quiere hablar de su discrepancia. Era mayor que él, era el jefe del grupo. Murió con su hermano y ha dejado cuatro huérfanos; su mujer está ahí sentada.

—No me siguieron. Hice todo lo que pude, pero no me siguieron. Si no me hubieran echado por la fuerza, hoy no estaría aquí. Estaría con ellos, en el fondo del San Lorenzo.

Las preguntas se suceden durante una hora. Se formulan con distintas palabras, pero todas dicen lo mismo: «¿Por qué tú has sobrevivido y los demás han muerto?».

Se hace el silencio. Los miembros del consejo se miran, la madre de clan de mayor edad cierra los ojos.

—Gracias, Manish. Puedes retirarte —dice John Farber—. Pero no te

vayas muy lejos. El consejo va a deliberar. Los que no forman parte del consejo, que salgan también, por favor.

Bajo el porche, Manish ve a su padre, que le espera un poco apartado. Las familias pasan por delante sin decirles nada. En los ojos de una viuda, una vecina, una joven a la que conoce desde niño, a la que enseñó a nadar en el río en verano, con la que bailó de la mano en la casa alargada, ve odio. Dos horas después, la puerta se abre y le hacen pasar.

—Manish Rochelle, tus explicaciones han convencido al consejo en parte. Pero solo en parte. Habías adivinado que el puente se iba a caer y te fuiste. Solo. Sabías que iba a producirse una catástrofe y no avisaste a tus hermanos. Nadie nos ha confirmado que te pegaran y te expulsaran. Algunos miembros del consejo y algunas familias creen que eso no llegó a suceder. Algunos te acusan de haberlo inventado para tener una excusa. Por no haber intentado salvar a tus hermanos, que han muerto en el mayor desastre que hemos vivido desde las guerras contra los algonquinos, el consejo te destierra de Kahnawake por un período de cinco años. Puedes quedarte en Canadá y pedir asilo en otra tribu iroquesa, pero no podrás acercarte por aquí. Tu falta no se borrará. Nuestra decisión es definitiva. No tienes derecho a réplica.

Lívido, con las manos entrelazadas a la espalda para esconder cómo le tiemblan, Manish abre los labios para protestar, pero de su boca no sale sonido alguno. Da media vuelta, se traga las lágrimas y sale. A la salida, su padre le coge por los hombros y le lleva a casa.

—El consejo informa también a la población de Kahnawake que las madres de los clanes, a propuesta de las viudas del desastre, han tomado una decisión que anunciarán mañana a las doce. Avisen a todos para que vengan a esa hora a la casa alargada.

Antes de que amanezca, Manish besa a su madre, coge su petate y, acompañado por su padre, camina en silencio por las calles desiertas en

dirección al embarcadero, donde suben a una barca. Cada uno agarra un remo y cruzan el río hacia el puerto de Montreal. Desembarcan en el muelle de piedra. Angus amarra la barca, se vuelve y abraza al muchacho.

—Eres mi hijo. Creo cada una de las palabras que has pronunciado. Sé que hiciste todo lo que pudiste para avisar, y que no te hicieron caso. Tu honor está a salvo. Ve a Quebec, trabaja para recuperar los cuerpos de los nuestros. Déjame hacer a mí aquí. Voy a intentar suavizar su decisión.

—Gracias, padre. Pero ese destierro de cinco años es una ilusión. No podré volver nunca. No puedo cruzarme con la mirada de una madre que me crea responsable de la muerte de su hijo, ni con la de una mujer que piense que he traicionado a su marido. Nada de lo que yo haga, o de lo que tú digas, les hará cambiar de opinión. Me voy a Quebec. Cuando la búsqueda haya terminado te haré saber adónde voy. Adiós.

Con las luces del alba, Manish se marcha a pie a la estación. Angus desata la barca, se coloca en el centro, empieza a remar y espera a estar en medio del río para echarse a llorar.

A las doce, todos los habitantes de la reserva, salvo los más pequeños, se congregan delante de la casa comunal. Tras unas frases de saludo de John Farber, la madre del clan del Lobo, la más anciana de todas, rodeada por otras diez mujeres de distintas edades, pide silencio y anuncia con voz firme:

—El desastre que acabamos de vivir ha diezmando nuestra comunidad. Nuestros mejores hombres se han ido. Tenemos a unos cincuenta niños huérfanos, y a unas veinte madres de familia viudas. No nos planteamos siquiera pedir a los hombres de Kahnawake que renuncien a ese oficio que han descubierto hace quince años en nuestra orilla del río, del que se enorgullecen tanto y que nos proporciona cuantiosos ingresos. Pero nosotras, madres de los clanes y mujeres de Kahnawake, exigimos que, de ahora en adelante, nuestros hombres no vuelvan a trabajar juntos en la misma obra. En

un puente no deberá haber más de un equipo de hombres de Kahnawake. Los demás irán a otros lugares, a otras obras. Hay de sobra, aquí o en Estados Unidos. Si vuelve a producirse una tragedia, algo que puede suceder dado el peligro al que se enfrentan, de ese modo nunca habrá más tumbas colectivas en nuestro cementerio, ni docenas de viudas y huérfanos en nuestra comunidad. Esta decisión se aplica desde hoy mismo.

Nueva York

25 de septiembre de 2001

La sirena, tres toques. ¿Otra vez? ¡No puede ser! Pero ¡si acabamos de empezar! Acabo de fijar con adhesivo el micrófono en la máscara, no he tenido tiempo ni de ajustar la temperatura de la llama y ya tengo que dejarlo todo y echar a correr como un conejo. Es la tercera vez esta mañana. Como sigan con las falsas alarmas la gente acabará ignorándolas, se quedará en un rincón esperando la contraorden. Y entonces sí que tendremos problemas...

Andy termina de cortar su pieza de acero formando un ramillete de chispas y metal en fusión, como si no hubiera oído nada. Le doy un golpecito con el pie en la bota, se da la vuelta, corta la alimentación de la lanza térmica, se sube las gafas de soldar, levanta los ojos al cielo. Otra vez lleva la máscara de gas colgada del cuello. Le señalo la mía.

—Sí, ya lo sé, pero no puedo respirar. Con esta cosa me ahogo. Te lo juro, Cat, lo he intentado pero no puedo.

Estamos trabajando en la sección sur de la Zona Cero. Los ingenieros dicen que un amasijo de metal retorcido y gruesas placas, que a saber de dónde proceden, está bloqueando el acceso a un hueco de ascensor donde podría haber supervivientes refugiados. ¡Supervivientes! Hace ya dos

semanas que nadie se lo cree. Fingimos creerlo, algunos cuentan historias milagrosas de terremotos, en México o en otros lugares. Quizá han estado bebiendo agua de lluvia, o han encontrado comida en almacenes subterráneos. A veces todo se detiene porque uno de nosotros cree haber oído unos golpes en el metal. Son fantasías. Nadie más saldrá vivo de este infierno.

Cada vez que habla por la televisión o la radio —al menos dos veces al día—, el alcalde, Rudy Giuliani, prepara a las familias, a la ciudad y al país para aceptar lo evidente. Los dos primeros días aparecieron unos veinte supervivientes, pero luego nada. Aunque nadie lo ha dicho oficialmente, ahora nuestra misión, para que las familias puedan salir de la incertidumbre y empezar el duelo, es encontrar cadáveres, si es posible, o trozos que se puedan identificar por el ADN. Los desaparecidos se cuentan por centenares, quizá por miles. Cerca de la zona prohibida, en Union Square, Manhattan Sur, los muros y las verjas están sepultados por una avalancha de notas y avisos: «¿Alguien ha visto a Manuel Rodríguez?», «Buscamos a Julie Thomson», acompañados de fotos tomadas en momentos de fiesta, con los ojos rojos y velas de cumpleaños, mal enfocadas, impresas de cualquier forma en ordenadores de oficina. Última localización conocida: piso 86, torre Norte; cocinas de Windows on the World, piso 102, torre Sur. Con la lluvia, las hojas se abarquillan, la tinta se diluye, los rostros de las fotos se deforman y van desapareciendo. Los ramos de flores se marchitan, el pelo de los osos de peluche se llena de pegotes, las cintas pierden su color.

Esta tarde, Andy y yo estamos adscritos a un nuevo equipo con bomberos de Filadelfia y policías de Queens. Cortamos vigas y retrocedemos para que la Caterpillar pueda entrar a llevárselas con su pinza gigante.

—¿Has visto? —dice Andy quitándose la máscara—. La conduce una

mujer. Es la primera vez que veo una en un bicho tan grande. No creo que haya muchas.

En la cabina, cinco metros por encima de nosotros, bajo el casco veo el pelo moreno de una mujer de unos cuarenta años. No lleva máscara, sino auriculares y micro, porque el habitáculo está climatizado.

De repente, un policía grita:

—¡Stop! ¡Stop! Paren todo, creo que veo algo.

Se tira al suelo, hurga con una azadilla, le ayudan otros dos. En la radio, que todos recibimos por el mismo canal, la voz de un jefe pregunta: «¿Mando una bandera o una bolsa? ¿Bandera o bolsa?».

—¡Me cago en la puta! —exclama una voz de mujer en el *walkie-talkie*—. ¿Otra vez con esa gilipollez de las banderas? ¡Es inadmisibile! Toda esa pobre gente que está ahí dentro se merece el mismo tratamiento. ¡No se pueden hacer las cosas así, es una mierda!

Resuena un estruendo a nuestras espaldas: las pinzas de la Caterpillar acaban de soltar los trozos de viga. Caen desde varios metros de altura, levantando una nube de polvo. Se abre la puerta de la cabina y la conductora se baja, con la radio en la mano.

—¿Quién manda aquí? —pregunta con acento italiano, lanzándose sobre el bombero que tiene más cerca.

Es tan alta como él y casi igual de cuadrada. Avanza hacia él y le acerca el índice a la nariz.

—¡No me voy a mover de aquí hasta que las cosas estén claras! Voy a avisar a todos los conductores. Les juro que si empiezan otra vez con la gilipollez de las banderas, se para todo. *Porca miseria!*

La tengo a tres metros. Me aparto la máscara, me acerco.

—¿Qué quieres decir con eso de las banderas?

Se vuelve hacia mí con los ojos echando chispas.

—Vosotros, los *ironworkers*, no me vais a decir que no os habéis dado cuenta. Desde el principio, si aparece un cuerpo de bombero o de policía, o de cualquiera que lleve uniforme, se monta un circo. Llegan veinte o más, cubren la camilla con una bandera, forman una guardia de honor, con el casco en una mano y la otra sobre el corazón, y todo el mundo para de trabajar. Solo les falta el himno. Pero si es un trozo de cuerpo de civil, lo sacan en una bolsa de plástico, como si fuera basura. Tres minutos y vuelta al trabajo. Quiero hablar con el imbécil que ha preguntado por radio si hacía falta una bolsa o una bandera. Los civiles se merecen el mismo respeto. Todas estas personas han muerto como héroes, lleven o no uniforme.

—Mierda, tienes razón —exclama Andy, que ya se ha peleado varias veces con los policías por ese tema—. Estamos hartos de sus guardias de honor. O para todos, o para nadie.

Un capitán de bomberos al que han avisado por radio llega corriendo. Los uniformados se lo llevan aparte, conversan en voz baja. La conductora de la Caterpillar da media vuelta. Ha guardado la radio y está marcando un número tras otro en el teléfono, mientras hace gestos con la mano.

El oficial se acerca a ella.

—Señora, he sido yo quien hizo esa pregunta tan inconveniente. Acepte mis disculpas. Tiene toda la razón. Mañana lo comentaré en la primera reunión. Vamos a proponer que, a partir de ahora, todas las camillas que salgan de la Zona Cero estén cubiertas con la bandera y se forme una guardia de honor. Estoy seguro de que no habrá problema.

—Bien. Ya veremos mañana, tras la reunión. Pero si no es así, se las tendrán que arreglar sin nosotros. Voy a paralizarlo todo, no le quepa duda. Y sin las máquinas solo les quedará ponerse a jugar con un rastrillo y un cubo.
Madre di Dio!

Da media vuelta y se va hacia la salida. Andy dice por señas que la

sigamos. La encontramos cerca de la verja.

—Está muy bien lo que has hecho —dice Andy—. ¿Quieres venir a tomar una cerveza con nosotros?

—Con mucho gusto. Estos uniformados me ponen de los nervios.

Tenemos que llegar a Canal Street para encontrar un bar abierto. Allí, Carolina Topan —que por el camino ha ido movilizando a otros conductores de maquinaria— nos dice que es italiana, de la región de Venecia. Hace diez años, la empresa de obras públicas para la que trabajaba la mandó como contable a New Jersey para cerrar la compra de seis buldóceres.

—Como pasaba el tiempo, me pusieron al mando de una pinza excavadora. Al principio era una diversión, pero me gustó. Me gustó mucho. Luego conocí al que sería mi marido, un técnico de Caterpillar. Y no volví a Italia.

El mono de hombre le está tan holgado que parece flotar, y los rizos negros le caen por los hombros; lleva las uñas pintadas, brillantes, protegidas por los guantes. Su rostro ovalado emana una dulzura que no puede atenuar el fuego de sus ojos negros. Bebe un trago de cerveza.

—He estado trabajando por toda la costa Este, y también en Costa Rica. Aquí llegué el día 13. Desde el primer día me hartaron con su diferencia de trato. Espero que hagan lo que han dicho. Por si acaso, hablaré con mi representante sindical, mañana tiene que pasar por aquí. Y si vuelven a las andadas, haremos huelga. Bueno, me tengo que ir. Caballeros, gracias por la cerveza.

A principios de octubre dejamos el hotel, despedidos por una guardia de honor de camareros y botones. Volvemos a casa, a Bay Ridge. Andy y yo hemos firmado por tiempo indefinido en la Zona Cero; hay quien dice que necesitaremos al menos un año para terminar con el montón de escombros.

No importa lo que tardemos, no me imagino volver a una obra normal mientras aquí quede acero por cortar. Algunos se han ido, no pudieron soportar los trozos de carne humana, los horarios o los rumores sobre el veneno que respiramos. Hace unos días, ahora que ya no hay esperanza de encontrar supervivientes, se habló de suprimir los turnos de noche, pero las familias y los equipos de salvamento, sobre todo los bomberos, protestaron. «Las veinticuatro horas del día, hasta el último día», ha prometido el alcalde.

En el barrio somos unos veinte. Quedamos al amanecer en los andenes del metro, en la línea que va a Manhattan. Pasan los días, las semanas.

Nueva York se lame las heridas, se acostumbra a ese abismo abierto y todavía humeante por los fuegos subterráneos que arden en el subsuelo, que los bomberos no pueden alcanzar. Al sur de Canal Street renacen las manzanas que quedaron desiertas, vuelven los vecinos, abren los comercios.

Andy y yo seguimos en el sector Sur porque conocemos los túneles, las cavidades, los peligros, los olores. Ya no se habla de supervivientes. El número de desaparecidos sigue siendo insoportable, pero se reduce regularmente, a medida que las listas iniciales, llenas de errores, nombres duplicados y aproximaciones, se van depurando. Encontrar un cuerpo entero que no sea un bombero protegido por el traje es un milagro. En general, solo encontramos trozos, huesos, pelo. Un pie dentro de un zapato. Un tronco sin miembros. Un fragmento de cráneo. Durante un descanso, sentado sobre una caja de herramientas, con un vaso de café en la mano, miro a un bombero caminar entre los escombros. Ha visto algo en el suelo, se detiene, recoge un fragmento parduzco de unos centímetros, lo mira, lo huele. Lo tira por encima del hombro.

Han empezado los análisis de ADN. Llevarán meses. De momento hay pocas víctimas identificadas, salvo los bomberos y los policías, que llevan el nombre en el uniforme. A lo largo del Hudson, las decenas de camiones

frigoríficos aparcados cerca de la morgue han desaparecido. Ya solo quedan tres o cuatro.

Sigo cortando una vigueta ante un equipo de salvamento cuando una pared de yeso, a mi derecha, se hunde descubriendo una mano humana. Cubierta de polvo, con la palma hacia arriba, los dedos tiesos. Es una mano de hombre, grande y fuerte. «¡Aquí, muchachos!» Apago el soplete, retrocedo apartando la mirada. Ya he visto bastantes horrores. En mi reloj son las seis de la tarde. Mientras se ponen a excavar y sacan el cuerpo, o lo que quede de él, la jornada habrá terminado. Menos mal. Estoy agotado, un dolor agudo me destroza los riñones, apenas puedo cerrar los puños, tengo los ojos llenos de arena, me arde la garganta. Me quedaré unos minutos, quizá el cadáver esté entero. Dos bomberos se arrodillan, excavan alrededor de la mano con herramientas de jardín, con cuidado, para no provocar un alud. En la radio, el jefe de equipo pide una camilla.

—¡Ah! ¡Joder!

Uno del equipo de salvamento da un salto hacia atrás y suelta la mano cortada que, separada del cuerpo, le cae entre las piernas con un ruido extraño. Retrocede, se baja la máscara, se quita los guantes. Con un sollozo, se sujeta la cabeza con las manos y rompe a llorar. Un bombero se acerca, recoge la cosa.

—Pero... ¿qué es esto...? ¿Qué mierda es esto? ¡Joder! ¡Capitán, capitán, venga a ver esto!

Le tiende al oficial el trozo de cuerpo, que parece demasiado pesado.

—Mierda, es metal... Bronce o algo así.

Le tienden un trapo, limpia la pieza.

—Es como una escultura, un trozo de estatua. Hay algo grabado. Páseme una linterna, la mía no funciona... «A. Rodin.» Está escrito «A. Rodin» y una fecha, creo, no consigo leerlo.

A mi lado, un policía con ropa de trabajo, mono y chaqueta de uniforme, suspira:

—Pues solo faltaba esto... Trozos de cuerpo de bronce. Es como para volverse loco. Hace una semana que no consigo pegar ojo. Y cuando me duermo, las pesadillas son peores que estar despierto. Creo que voy a pedir la baja, no puedo más...

El capitán deja la pieza en un recipiente de plástico y pide instrucciones por radio. Veinte minutos después escoltan hasta nosotros a una mujer rubia de bello rostro ovalado, mono de trabajo ajustado, gorra del Metropolitan Museum y botas de cuero con cordones.

—Es una escultura —dice—. Esperaba que apareciese. El museo me ha mandado por eso. Es un boceto de mano del famoso escultor francés Auguste Rodin. Habrá más. Es de la colección Cantor Fitzgerald. Cientos de piezas, dibujos. Valen millones. Por lo que sé, por aquí abajo tiene que haber un ejemplar de su obra maestra, *El pensador*. Un hombre sentado, sujetándose la barbilla con la mano. Si ven algo parecido... Es una estatua grande, no hay error posible. Muchas gracias, señores, ya me hago cargo yo de ella.

—Disculpe, señora, ¿qué es Cantor Fitzgerald?

—Una institución financiera, como un banco de inversiones. Ocupaban cinco plantas en la parte superior de la torre Norte. Es la empresa que más empleados ha perdido. No sabemos la cifra exacta, pero son centenares, podría haber muerto un millar. Uno de los dueños estaba loco por Rodin, tenía la mayor colección privada del mundo. Estaba expuesta en las oficinas, el vestíbulo era digno de una sala del Louvre de París. Sin duda seguirán encontrando esculturas. Ya me imagino que, cuando se trata de manos y pies, no será fácil. Ánimo para lo que queda. —Sonríe y se marcha con la caja blanca, escoltada por dos policías.

En medio de tanto lío, la mano de metal está intacta después de haber caído

desde los últimos pisos... Si ha resistido sin un arañazo, la llave de cola de mi padre también tiene que estar en algún sitio. Quizá esté torcida, pero nada, ni siquiera un cataclismo como este, puede destruir una *spudwrench* Klein Tools de acero templado. A Andy y a unos cuantos más les he contado la historia, la ceremonia secreta, los cantos sagrados, el escondite de Wild Bill y sus compañeros. Algunos tenían los ojos llorosos. No hay ninguna familia de carpinteros del hierro que no tenga un padre, un tío o un primo que no haya trabajado en la construcción de las Torres Gemelas. Ya se ha corrido la voz, se pondrán a buscar.

En dos días, todos los montadores de acero de la Zona Cero, mohawk o no, están al corriente. Uno de ellos, un gordo de New Jersey al que no conocía, viene a enseñarme su llave, colgada del cinturón de cuero.

—¿Tú eres Cat? Ya ves, yo llevo la mía. No la uso mucho, es como un pico pequeño, pero necesito llevarla colgada del cinturón. Los primeros días no me la traje y la echaba de menos. Era de mi abuelo, que vino de Terranova. Me han dicho que buscas la de tu padre. He avisado a todos los que conozco. Vamos a pasar por el cedazo este montón de escombros, pero la encontraremos. No acabará en el vertedero. ¡Aguanta, muchacho!

Desde que volvimos de Kahnawake no puedo dejar de buscarla, aunque no tengo la menor idea de dónde o cómo encontrarla. Me he colgado del cinturón la funda de cuero con cabeza de oso. La llevo vacía. He dejado mi llave en casa, en la caja de herramientas. Cuando encuentre la de Jack, la meteré dentro y todo irá bien. Estará en su sitio, después de pasar treinta años escondida en la estructura de la torre Norte. Ya me he puesto tres veces a cavar en el polvo al ver un trozo de metal redondo y afilado que parecía el extremo del mango. Uno del equipo de rescate, que conoce la historia, me trae una llave inglesa que acaba de desenterrar. Intacta. El cinturón *wampum*, las plumas de águila, todo eso se habrá quemado. Pero la *spudwrench* ha

resistido. Me espera. Lo que sé es que estaba en la torre Norte, arriba del todo, en el interior de su caja soldada. Por lo que parece, en el sector Sur hay menos posibilidades, pero la representante del museo acaba de decir que la escultura estaba en las últimas plantas de la torre Norte. En el doble hundimiento, todo se mezcló, puede estar en cualquier sitio. Necesito una idea, encontrar el enfoque adecuado. Soy como un ciego que busca a tientas una moneda en la jungla.

Miro cómo las filas de camiones cargados hasta los topes salen del perímetro. Puede estar en el fondo de cualquiera de ellos. Devorada por la pala de una excavadora, invisible entre los escombros, los trozos de metal, los restos de muebles. Las cajas de los camiones se vacían en barcazas gigantes amarradas a un muelle cercano.

Una noche fui a ver. Decenas de camiones esperaban para vomitar su carga. La volcaban uno tras otro en un inmenso contenedor posado sobre el muelle, que luego una grúa gigante levantaba y trasvasaba. Veinte, treinta camiones para llenar una barcaza, quizá más. La carga se humedecía constantemente y luego se tapaba con una lona en el momento de salir. Uno de los guardias vino a verificar la validez de mi acreditación. No, yo no era ningún curioso, ni un periodista.

—¿Todo lo que sale de aquí va a Staten Island? —pregunté.

—Sí, a Fresh Kills, el antiguo vertedero de Nueva York. Lo acababan de cerrar, pero han vuelto a abrirlo y están echando encima todo el World Trade Center. ¿Te das cuenta? Un vertedero... ¿Qué te parece? Por eso las familias están furiosas. Estoy seguro de que ahí van trozos de cadáveres. Dicen que a veces se nota el olor. Si fuera yo, no me haría muy feliz pensar que los restos de mi mujer o de mi hermano están en un cubo de basura gigante... En fin, tendrán que ponerlo en alguna parte.

—Pero no lo tiran todo en montones, ¿no? Oí decir que lo estaban clasificando a mano...

—Eso parece, pero no sé nada. Si quieres saber los detalles, habla con el tipo de la chaqueta roja. Trabaja en Fresh Kills y a menudo acompaña a las barcas por el puerto. Él te dirá lo que hacen.

Desconfiado al principio, el capataz me contó que al llegar a Staten Island todo se cargaba en camiones que, tras unas cuantas curvas, llegaban a la cima de la montaña de basura compactada, una colina artificial formada por años y años de basura neoyorquina.

—Allí se deja todo en el suelo, los trozos grandes se separan y lo demás va a la cinta transportadora. Un ejército de trabajadores vestidos con monos lo examina y apartan lo que pueda tener interés: papeles, trozos de ropa, armas, fotos, llaves...

—¿Cree que podría echar un vistazo?

—Ni idea. Supongo que no, porque las condiciones de acceso son muy estrictas, hay policías por todas partes. ¿Por qué quieres ir? No es que sea un espectáculo interesante.

—Estoy buscando una cosa. Una cosa que mi padre dejó en las torres, un recuerdo, cuando las estaba construyendo. Quisiera recuperarlo.

—En ese caso... Pero si se trata de algo más pequeño que una maleta, más vale que lo olvides, ironworker. Allí todo está triturado. He visto coches aplastados como tortitas, camiones hechos papilla. Si trabajas en el montón, lo sabrás tan bien como yo. Si quieres, puedo darte el número de un policía encargado de la seguridad allí. Le puedes llamar...

—Sí, gracias, lo haré.

La gabarra estaba llena, cerraron los chorros de agua, colocaron la lona. El piloto hizo sonar la sirena, la hélice empezó a remover las aguas

grasientas del Hudson, la embarcación se apartó del muelle y giró para poner rumbo al sur. La siguiente ya se acercaba para ocupar su lugar.

He quedado con Mary dentro de media hora, solo tengo tiempo para cambiarme. Han instalado vestuarios, hace unos días que han prohibido salir del perímetro con calzado y ropa de trabajo. Cada vez se habla más de la contaminación por el polvo, el humo y los venenos en los que estamos sepultados día y noche. Oficialmente, se están haciendo análisis más precisos. ¿Qué estarán analizando? Dependerá del lugar o del momento. A veces, cuando uno de los fuegos subterráneos encuentra una bolsa de oxígeno y se reactiva, las nubes son tan densas que nos quedamos a oscuras, incapaces de dar con una vía de escape. El otro día, la manguera que los bomberos pusieron en batería al ver la nube me caló hasta los huesos. Acabé a cuatro patas, a tuestas entre el lodo grasiento, gritando como un energúmeno. He exigido una máscara mejor y filtros nuevos cada seis horas. He tapado de forma hermética el agujero por el que pasa el micrófono con silicona pero, a pesar de todo, de vez en cuando me trago esa mezcla de polvo, humo y gas. Le doy la lata a Andy para que se ponga la máscara, pero no hay manera. Hace como que la usa por la mañana, cuando ando cerca de él, pero en cuanto me doy la vuelta se la quita. Hace días que no para de toser. Hay muchos que tosen así, una tos profunda y seca. Mary ha hablado con los médicos: dicen que puede ser grave, que no se sabe en realidad pero que podrían ser venenos peligrosos, en función de las mezclas. Ya ha oído hablar de infecciones pulmonares, enfermedades, riesgo de cáncer. En cuanto me ve, se lanza sobre mi máscara; se ha llenado el bolso de filtros de recambio que me mete en los bolsillos. Me ha obligado a jurar que no me la quitaré pase lo que pase. Y lo cumplo, aunque a veces sea imposible.

La espero delante del Saluggi, un restaurante que hay en la esquina de

Church con Canal Street. Estaba en el lado malo de la calle, en la zona prohibida, pero acaba de recibir autorización para volver a abrir. El barrio renace poco a poco, regresan los vecinos, aunque las calles aún estén desiertas. Todavía no se van a abrir los colegios y las familias no se plantearán volver a casa hasta que eso ocurra.

Mary sale de la boca del metro, ahí está. Pantalón pirata blanco y blusa amarilla, cinta en el pelo, es como si bailase sobre la acera. Me ve, sonrío, levanta la mano, acelera. Me encanta su sonrisa. Hace tres semanas que ha vuelto a la editorial, pero los fines de semana sigue haciendo turnos en la Cruz Roja. Nos vemos por la tarde, cuando yo no tengo turno de noche. En East Flatbush, su barrio, me ha presentado a su hermana, que lleva una panadería de nombre francés. Me acuerdo de la mirada que me lanzó cuando entré con la ropa de trabajo en la tienda, donde me esperaba Mary. Pantalón Carhartt, botas de cuero y camisa a cuadros, todo limpio y planchado, el uniforme de los obreros. Y cómo cambió su mirada cuando Mary le dijo que era voluntario en la Zona Cero desde el primer día. Le explicó lo que hacíamos los *ironworkers*, con los sopletes, la organización de los equipos de rescate, el cansancio y el abatimiento que leía en los ojos de los hombres sentados en las butacas plegables de la Cruz Roja, con las manos temblorosas y la boca cerrada.

Mary ha venido una vez a Bay Ridge. Le he presentado a Andy, con quien se había cruzado en la Zona Cero. Le sonrió abiertamente, le estrechó un buen rato la mano y luego se volvió para guiñarme el ojo. Bebimos dos cervezas sentados a la mesa de la cocina y pedimos tacos al mexicano de la esquina. Cuando vio cómo era el piso y la habitación de Andy, pared con pared con la mía, con puertas y tabiques de cartón, sonrió y no quiso quedarse. «¿No te parece que ya no tenemos edad?», dijo.

Volvimos andando a su pisito de Foster Avenue, media hora de marcha en

una noche templada de verano tardío. Los vecinos nos oyeron reír y suspirar, pero a ella no le importó porque apenas los conoce.

En Saluggi la sala está casi vacía. En una mesa está la familia del chef; el horno de ladrillo está apagado. El dueño casi abrazaría a los que cruzan la puerta para tomar algo. Sin darnos tiempo a pedir, nos pone dos vasos de chianti sobre la mesa. Echa un ojo a las acreditaciones.

—A su salud. Usted está trabajando ahí abajo. La casa invita a una botella, elijan lo que prefieran de la carta. Y al café también.

Hace cuarenta y ocho horas que no nos vemos; el sábado y el domingo estará de vuelta bajo la tienda blanca.

—En el trabajo, las cosas vuelven a ser como antes. El ritmo normal de una editorial, los cotilleos en los pasillos, los chistes de mal gusto de los comerciales, las intrigas entre jefes. Lo normal. Yo, que estoy entre los dos mundos, gracias a ti y a la Cruz Roja, a veces tengo ganas de agarrarlos por las solapas y sacudirlos. ¿Sabes lo que ocurre allí abajo? ¿Crees que esto ha terminado? ¿Tienes la menor idea de lo que hacen esos chicos? ¿De lo que están soportando?

—¿Cómo quieres que lo sepan? No pueden... Tendrían que verlo, y no pueden. Es lógico que la gente de las zonas altas empiece a vivir como antes. Está bien, incluso, ¿no te parece?

Extiende las manos sobre la mesa, sujeta las mías, me mira fijamente con una sonrisa triste y una luz de preocupación en la mirada.

—¿Qué pasa? ¿Otra vez el humo? Te prometo que no me quito la máscara ni para hablar. Me paso el día cambiando los filtros.

—No es eso... Bueno, sí, pero hay otra cosa. Ayer comí con una amiga médica, no la conoces todavía. Su hermano es ingeniero en la Zona Cero. ¿Os han hablado del gas freón?

—El gas del aire acondicionado... Sí, un poco. Sabemos que puede ser

peligroso.

—¿Peligroso? No me hagas reír. Es mortal. Su hermano le ha dicho que ahí debajo, en el centro de las ruinas, en un lugar al que todavía no se puede acceder que llaman «la última frontera», está el climatizador principal. Es una máquina enorme, de las más grandes que existen. Ocupa casi la totalidad de uno de los sótanos y dentro tiene toneladas de gas freón, que sirve para refrigerar el aire, como en las neveras viejas. No sé cuánto, su hermano se lo dijo pero se le ha olvidado.

—Pero ya te digo que estamos al tanto. Nos hablaron de ello al día siguiente, o un poco después...

—¿Y os han dicho lo que hace el freón cuando sale a la atmósfera?

—En realidad, no. Supongo que no debe de ser muy bueno respirarlo...

—Es un gas pesado que sustituye al oxígeno allá donde se encuentra. Eso quiere decir que si entras en una habitación en la que hay una cavidad llena de freón, te asfixias en unos segundos. Por eso está prohibido en las neveras.

—¿Y las máscaras?

—No tiene nada que ver con las máscaras. Si no hay oxígeno no se puede respirar, con o sin máscara. Si no huyes rápido, puedes morir por asfixia. Y espera, que es peor: en contacto con una llama, y tú trabajas con un soplete, arde y se transforma en un gas parecido a los gases de combate de la Primera Guerra Mundial. No está mal, ¿verdad?

—Mierda, ¿estás segura?

—Solo sé lo que te he dicho, te repito lo que le dijo a mi amiga su hermano. Pero reconoce que es para flipar. No me puedo creer que no os hayan dado un curso. Tienes que pedir explicaciones. ¿Sabes con quién tienes que hablar?

—Hablaré con el jefe de equipo, pero me apuesto a que dirá que todo está

bien, que los ingenieros lo tienen todo previsto, que no hay que preocuparse tanto. Esa es la respuesta a todas nuestras preguntas.

Estoy agotado y mañana empiezo temprano: vamos juntos en metro hasta Brooklyn. La acompaño al portal, pero no subo.

—Buenas noches, Mary. Esta noche tengo que dormir.

—Buenas noches. Llámame cuando acabes, podríamos vernos en el parque, si quieres. Creo que hará bueno. Y, por favor, infórmate sobre el freón. El sábado yo preguntaré a los jefes de la Cruz Roja.

Por la mañana, se lo planteo a uno de los capataces al salir de los vestuarios.

—¿El gas freón? Ni idea —contesta—. Es verdad que hablaban de eso los primeros días, pero ya no se oye nada del tema. Voy a ver si me entero de algo. Pero ya sabes, indio, si tienes miedo de lo que respiras, quizá tendrías que preguntarte qué haces aquí. En mi opinión, el freón no es el peor veneno que respiramos.

Al día siguiente me lo cruzo por la explanada.

—Oye, he preguntado lo del freón. No pasa nada. Hay más como tú que tienen miedo de un monstruo agazapado en las entrañas del montón, a la espera de la enorme fuga que nos devorará a todos. Pues no pasa nada. El peligro era real, pero ya no existe. La semana pasada, un equipo bajó al subsuelo, hasta el climatizador, con botellas de oxígeno y todo. Era la primera vez que llegaban tan abajo en el último sector inexplorado. Todo está aplastado, como la palma de la mano. Han hecho fotos del depósito de freón: explotó con el choque. Está destripado, vacío. Es verdad que había toneladas de gas allí dentro, pero salieron con la enorme nube que vimos cuando se hundieron las torres. El freón se fue al cielo, con todo lo demás. No hay nada que temer, muchacho. Al menos, es lo que dicen, pero no es razón para dejar de llevar máscara. Si quieres mi opinión, hay veneno de sobra ahí abajo.

Eso me recuerda que no he cambiado los filtros desde esta mañana. Tengo dos en el bolsillo de la chaqueta. Sentado en el sillón de una zona de descanso, desenrosco los filtros a cada lado de la máscara y pongo los nuevos. A mi derecha, dos entrenadores caninos de la policía llenan de agua las escudillas de sus pastores alemanes. Esos animales entrenados para localizar personas llegaron muy pronto, el 12 o el 13, creo. Cada día recibimos la orden de evacuar durante unos minutos cuando entran, para que no se les mezclen los olores. Van buscando entre los escombros, suben y bajan, olisquean y exploran, seguidos de cerca por sus entrenadores que los animan con la voz. A mi lado, uno de los animales —su entrenador le llama Billy— lleva entre las dos orejas, sujeto con un pequeño arnés, un aparato con una antenita.

—Perdone, ¿qué lleva ahí el perro?

—¿Eso? Es una cámara de infrarrojos. Billy puede meterse en los agujeros y los túneles demasiado estrechos para un humano. Hay un emisor y una antena: yo veo en directo en un monitor lo mismo que ve él. Ha sido entrenado para terremotos y aludes, así que para él este sitio es ideal. En fin... sería ideal si encontrara algo vivo. Llevamos aquí diez días y solo ha dado con cadáveres o trozos de cuerpos. Ni un solo superviviente. No le gusta, empieza a pesarle. A veces se para, se tumba y se pone a gemir.

Billy mordisquea las botas de su entrenador, juega con su mano. Al lado, otro entrenador acaricia la cabeza de su animal, un pastor muy joven, bicolor, canela y negro.

—Ayer el mío estaba tan mal que no quería comer. Lo llevé al veterinario de la unidad. ¿Y sabes qué me dijo? Que no es el primero. Los perros se deprimen. A fuerza de encontrar solo muertos, pierden la motivación. Para ellos, localizar humanos sepultados es como un juego. Y cuando siempre se

pierde, no apetece seguir jugando. Por cierto... ¿Tienes media hora? Necesitamos a alguien cuyo olor sea nuevo para ellos.

—Sí, iba a comer algo, pero puedo echarles una mano.

—Vale, muchas gracias. Gary, ¿estás listo? Vamos al edificio de ayer.

Sigo a los dos entrenadores de la brigada canina de la policía de Filadelfia hasta el exterior del perímetro. Los perros están atados y llevan las patas protegidas con fundas de cuero rojo, para que no se corten. Pasamos por delante del antiguo banco, que ahora es un supermercado barato, Century 21. Los muros de sillar gris han resistido, pero todas las ventanas y los vanos han estallado. Dentro debe de estar lleno de polvo. El edificio siguiente quedó menos dañado, el vestíbulo está lleno de trozos de cristal. Dos policías custodian la entrada.

—Hola, chicos —dice el entrenador canino que, según pone en el escudo bordado en su pecho, se llama Gary Freidrish—. Venimos a entrenar a los perros.

—Vale, no hay problema, pero no se puede pasar del tercer piso.

Los escalones, las paredes, el techo, todo en el interior está cubierto por tres centímetros de polvo gris, fino y ligero, como el talco. Nuestros pasos levantan nubecillas de polvo. Los perros, que alzan la nariz para no ahogarse, dejan huellas, como en la nieve. En el primer nivel, Gary empuja la doble puerta de cristal de una empresa. En la placa que hay a la entrada indica que era una compañía de seguros.

—Bueno, Tom, espera dos minutos en el descansillo con los perros. Tú... Bueno, ¿cómo te llamas?

—John, pero me puede llamar Cat. Es mi apodo, y para jugar con los perros es mejor, ¿no?

—Tú lo has dicho. Pues ven conmigo, Cat el Gato.

Pasamos de habitación en habitación, oficinas abandonadas a toda prisa,

carteras o bolsos sobre las sillas, ropa en los percheros, tazas de café todavía llenas, documentos en las impresoras. Llegamos a una gran sala de reuniones. Es extraño, pero alguien ha limpiado la mesa en forma de U y la caoba brilla como si estuviera nueva en un entorno en el que todo es gris. El ventanal, que ha resistido milagrosamente, da al montón de escombros. Estamos al nivel de la cabina de una grúa gigante. El conductor nos mira sorprendido. Gary le muestra el uniforme para tranquilizarlo, con el pulgar en alto.

—Bueno, Cat, por favor, escóndete en el armario del centro. Cierra bien y haz el menor ruido posible.

—Vale.

Me meto en el armario, entre las perchas vacías.

—Espere un minuto hasta que me acomode, haré algo de ruido.

—De acuerdo, avísame cuando estés listo.

Coloco dos cajas una sobre otra para sentarme, aparto las perchas para no tocarlas con la cabeza, cierro con cuidado la puerta.

—Vale.

Durante cinco minutos, nada, salvo el ronroneo de la grúa, al otro lado del ventanal, los motores de los camiones, la respiración de la Zona Cero. Luego oigo unos susurros que se aproximan:

—Vamos, Billy... Vamos, chico, busca, ¿dónde está, Billy? Busca, busca, vamos, encuéntralo...

El polvo lo ensordece todo, no oigo los pasos del perro pero sí el ruido que hace al olisquear. Dejo de respirar. De pronto, Billy se pone a ladrar y enseguida se reúne con él el otro pastor, llamado Atlas. La puerta de mi armario se abre. Los dos animales están sentados sobre las patas traseras, ladrando alegremente y mirando a los entrenadores.

—Está bien, muy bien. Qué buenos perros. ¡Bien, Billy! ¡Bien, Atlas!

Gary se saca una golosina del bolsillo y se la mete en la boca a Billy. El

entrenador de Atlas hace lo mismo.

—Vale, Gato, puedes salir, no te van a morder. Ya ves, tenemos que recurrir a este tipo de trucos para mantenerlos motivados. Así están contentos. Les durará unas horas y buscarán por todas partes moviendo el rabo. Pero como solo encontrarán cadáveres y trozos de cuerpos, tendremos que empezar otra vez. Allí no queda nada vivo, todo el mundo lo sabe. Y buscar cadáveres no es nuestro trabajo.

Tom le pone a Atlas la correa y le acaricia la cabeza.

—Son muy buenos. Son profesionales, lo han demostrado, pero es duro para todos no encontrar supervivientes. Los hombres están deprimidos por no encontrar nunca a nadie. Los animales se dan cuenta y se contagian.

Salgo de mi escondite. Mientras bajamos, nos cruzamos por la escalera con tres equipos caninos; son unos perros y un perrito muy pequeño que van a hacer lo mismo un piso más arriba.

—Gracias, Cat. Le diremos al jefe que los perros han cazado un gato esta mañana. Ánimo para lo que queda. Cuídate.

—Adiós. Voy a llamar a mi hija a la reserva para decirle que he estado jugando al escondite con unos pastores alemanes. Le dan mucho miedo, la mordieron cuando era pequeña. Por allí tenemos los perros de los aduaneros que patrullan por el San Lorenzo. No tienen precisamente buena fama.

Vuelven a la entrada del perímetro. Yo me voy para el otro lado. Mi jornada ha terminado.

A primera hora de la tarde decido pasar por el Nino y llamar a Andy para ver si quiere comer conmigo. Este restaurante sirve gratis a todos los que llevan una acreditación WTC y por eso lo han bautizado como «la cantina de América». Artistas de Hollywood, cantantes y políticos vienen a sacarse fotos mientras sirven lasaña a los equipos de salvamento. El dueño tiene una lista de espera de varias semanas para los voluntarios, que llegan de todo el país.

A mediodía la cola llena la acera, pero a esta hora no hay tanta gente. Una chica joven y sonriente me tiende un plato de berenjenas rellenas; su compañero me da un vaso de vino tinto y un trozo de tarta de chocolate. Con la bandeja en la mano, echo un vistazo a la primera sala, y luego a la segunda. No conozco a nadie. Hay una mesa vacía cerca de la ventana, y ahí me siento. Andy no contesta, seguramente habrá apagado el móvil. Empiezo a comer cuando oigo aplausos detrás de mí. De la pequeña habitación del fondo, llena hasta los topes, me llegan palabras manidas; las han usado tanto en las últimas semanas que ya no las soporto: «¡Héroe, salvador, ángel guardián!». Están condecorando a otro policía o a otro bombero. Cuando todo el mundo es un héroe, ya nadie es un héroe. Los chicos que subieron por las escaleras, entre el humo, con kilos de equipo a sus espaldas, muertos de miedo, conscientes de que no había agua y que solo podrían ayudar a la evacuación de los civiles, esos sí fueron héroes. Nosotros solo hacemos nuestro trabajo.

Escucho también las palabras «ascensor», «limpiacristales». Hundo la nariz en el plato cuando un hombre de pelo blanco, de unos cincuenta años, rasgos tensos y traje oscuro, se acerca a mi mesa.

—¿Me permite? Me duele muchísimo la espalda, tengo que sentarme.

—Por supuesto, estoy solo. ¿Sabe qué pasa ahí al lado?

—Ah, sí, sí que lo sé. Es una ceremonia en honor de Jan Demczur. Ya sabe, el limpiador de cristales de la torre Norte.

—¿Limpiador de cristales? No, disculpe, no lo sé. Trabajo en la Zona Cero todos los días desde el 11. Cuando no estoy allí, duermo. No leo los periódicos, no veo la tele. ¿Qué ha pasado?

—Ese chico, Jan, es un inmigrante polaco. Con su limpiacristales salvó seis vidas, incluida la mía. Esto lo organiza el fabricante, una empresa de California. Le van a entregar un limpiacristales de oro.

—¿Con un limpiacristales? ¿Cómo?

—El 11 por la mañana íbamos seis en un ascensor exprés, al piso 72. Cinco hombres trajeados, como yo, camino de la oficina, y Jan Demczur, con el mono de trabajo y la escoba, el cubo y el limpiacristales. Cada uno iba pensando en lo suyo, con los ojos fijos en la pared para no tener que mirarnos entre nosotros. Casi habíamos llegado cuando notamos un golpetazo. La cabina se tambaleó y se detuvo. Creímos que era un problema mecánico. En la vida hubiéramos podido imaginar que un avión se acababa de empotrar en la torre, por encima de nosotros. Esperamos uno o dos minutos, mi vecino pulsó el interfono. Una voz nos dijo, con tranquilidad: «Hay un problema en el piso 91». Y luego, nada.

—¿No oyeron la explosión? ¿El choque?

—Nada, pensamos que el ascensor se había averiado, quizá de manera un poco brusca. Primero confiamos en que lo arreglarían enseguida. Volvimos a llamar, pero nadie contestaba por el interfono. Empezamos a oler a quemado. Al cabo de diez minutos, Jan dijo, con su acento polaco, que debía de ser algo grave, que había que hacer algo, no esperar a que fueran a buscarnos. Yo no estaba demasiado convencido. Pensaba que se arreglaría solo. Se pusieron a forzar la puerta entre tres. Jan la bloqueó con la escoba. Solo vimos una pared de yeso, con una cifra: «50».

—¿Estaban delante de una pared?

—Sí, una pared blanca. Uno de nosotros dijo que había que volver a cerrar la puerta o la cabina no podría moverse, pero empezamos a oler y a ver humo. Entonces, Jan dijo que había sido albañil en Polonia, que aquello solo era yeso y que era mejor no quedarse allí. Cogió el limpiacristales del cubo y se puso a horadar la pared. Abrió un hueco con bastante facilidad y luego lo agrandó. El humo se hizo más denso. Un joven llevaba una botella de leche en la cartera, así que mojamos los pañuelos en leche para taparnos la nariz. Empezábamos a tener miedo de verdad. Si la torre estaba en llamas, la cabina

se podría soltar. Nos turnamos para excavar con todas nuestras fuerzas. Los cascos caían a nuestros pies. Pronto el calor se hizo insoportable. Al cabo de tres cuartos de hora dimos con una pared de azulejos, fáciles de romper.

—¿Azulejos? ¿Era un baño?

—Sí, el agujero daba a un lavabo, en los aseos del piso 50. Ampliamos el agujero y nos colamos por él uno tras otro, a cuatro patas. El más grueso pasó el segundo, tirábamos de un lado y empujábamos por el otro. Jan se quedó con el mango del limpiacristales en la mano. Salimos de allí, cubiertos de yeso, y dimos con los bomberos, que nos dijeron: «¿Qué hacen aquí? Creíamos que todas las plantas estaban vacías. ¡Largo de aquí, rápido! Las escaleras están por allí». Tardamos una eternidad en bajar. A veces había tanto humo que avanzábamos a tientas. Estábamos más o menos en el piso 10 cuando oímos un rugido infernal, como un tren desbocado entrando en una estación y arrastrando todo a su paso. Las paredes temblaban. Era la torre Sur cayéndose al otro lado del muro, pero no lo entendíamos. Los bomberos nos gritaban que corriéramos. Llegamos al vestíbulo, bajamos corriendo las últimas escaleras mecánicas, que ya no funcionaban. Abajo, los oficiales parecían perdidos. Estábamos fuera. En la explanada, busqué la otra torre pero no la vi. Pensé que la había tapado la nube de polvo. No me explicaba por qué había tanto polvo. Un hombre sentado en el suelo me dijo: «Se ha hundido». Era imposible, no me lo creí, pensé que deliraba. Nos pusimos todos a correr. Jan estaba a mi lado. Salimos de la plaza, llegamos a una calle y oí otro rugido. Me di la vuelta y vi cómo nuestra torre se hundía en el sitio. Me quedé petrificado un segundo. No creía lo que estaba viendo. Me tiré al suelo y me arrastré para meterme debajo de un coche. Cerré los ojos y me puse las manos en las orejas, y así permanecí hasta que el polvo se aclaró un poco. Ahí perdí a Jan y a los demás. Cuando volví a verle, estaba en la tele.

—¡Joder! Sí que les ha salvado con su limpiacristales. Estoy un poco harto

de oír por todas partes la palabra «héroe», pero el polaco ese se la ha ganado de verdad.

—¡Ya lo creo! Era el único obrero de la cabina, el único que llevaba algo que pudiera servir de herramienta; todos los demás éramos administrativos. Sin él, hubiéramos seguido la consigna y esperado tranquilamente a que el edificio se nos cayera encima. Al principio, cuando bloqueó la puerta con el mango de la escoba, me acuerdo de haber pensado que nos traería problemas, pero nos salvó a todos. Fue una suerte estar en el piso 50. Treinta segundos más tarde hubiéramos estado demasiado arriba y habría seis muertos más.

15

Quebec

Octubre de 1907

En esta ocasión, el cadáver lo han visto unos adolescentes que habían ido a abreviar un rebaño en la orilla del San Lorenzo, cinco kilómetros río abajo de los restos del puente. Terriblemente desfigurado por los días pasados en el agua, apresado entre las raíces de un sauce, apenas visible desde la orilla. Más de un mes después de la catástrofe, el río sigue arrastrando cuerpos difíciles de identificar. Todos saben que las familias han ofrecido una recompensa, y que el indio que se ha instalado en la posada Bouchard de Saint-Romuald paga tres dólares si le avisan a él antes que a las autoridades. Un niño con gorra de franela entra en el comedor, pregunta por el mohawk que busca muertos y le señalan a Manish Rochelle. Está sentado cerca de la chimenea, que acaban de encender en esa tarde otoñal, con la espalda apoyada en una pared y la vista fija en el fondo de una pinta de cerveza.

—Perdone, ¿es usted el que busca a los ahogados del puente?

—Sí, soy yo. ¿Has visto alguno?

—Sí, creo que sí. Mis hermanos y yo hemos visto uno hace un rato, cerca del camino del molino. Un campesino y sus hijos lo han sacado del agua. La policía aún no ha llegado. Si quiere, le llevo.

—Vamos, rápido.

Con el dinero que tiene ahorrado de su paga, Manish ha alquilado un carro tirado por un viejo caballo gris. Los campesinos de las riberas del San Lorenzo ya se han acostumbrado a verlo recorrer caminos y arenales.

—¿Por qué busca a los muertos del puente? ¿Ha perdido a algún pariente?

—A varios. Muchos. Mohawk, miembros de mi tribu. Tengo que encontrarlos y llevarlos a casa, más abajo en el río, cerca de Montreal, para enterrarlos en nuestra tierra.

—¿Usted también trabajaba en el puente?

—Sí. Montaba las vigas de hierro.

—¿Y sobrevivió al accidente?

—Yo no estaba en el puente cuando se derrumbó.

—Caray, pues sí que ha tenido suerte...

En media hora llegan al molino. En un extremo del terreno, cerca del agua, hay un grupo de gente. Dos agentes de la policía montada están aún a lomos de sus grandes caballos.

El cadáver está tumbado de espaldas. Hinchado, irreconocible, con la cara devorada por las ratas y los peces. Manish pone las monedas en la mano del niño.

—Márchate, no mires. Gracias.

El granjero rebusca con una mueca de asco entre la ropa empapada. En un bolsillo encuentra un trozo de papel doblado, que tiende a uno de los policías.

—Es ilegible, se ha borrado. ¿No hay nada más?

—Unas monedas, estadounidenses y canadienses, y una navaja. Nada más, agente.

Manish ata el caballo a un arbusto y se acerca. Las cabezas se vuelven, algunos le reconocen. Mira los zapatos, la ropa, el cinturón, el largo del pelo.

Casi rubio, un diente de oro: no es un mohawk. Da dos pasos atrás mientras envuelven el cuerpo en una manta.

—Disculpe —le dice uno de los policías—. ¿Tendría a bien ayudarnos con su carro para transportarle a La Chaudière? Vamos a llevarle a la iglesia mientras avisamos a las familias. Pero, con lo que queda de él, no va a ser fácil reconocer a este pobre hombre. Es usted indio, ¿no?

—Sí, mohawk de Kahnawake.

—Ah, ese es el pueblo cerca de Montreal que ha perdido a un montón de hombres, ¿verdad?

—Sí. Más de treinta. Cuatro hermanos de golpe.

—Dios mío... ¿Por eso está usted aquí?

—Tengo que encontrarlos y llevarlos a casa. Pero me temo que el San Lorenzo se va a quedar con muchos. Hace diez días encontré a uno, un primo, y desde entonces, nada. Este no es de los nuestros. Súbalo al carro, por supuesto.

—¿Cómo sabe que no es de los suyos?

—Por el pelo. No hay ningún mohawk rubio... Bueno, hubo dos, pero fue hace mucho. Es una larga historia.

Cargan el cadáver envuelto en la manta en el carro, y el campesino y uno de sus hijos se sientan en los montantes. Al paso, seguidos de una procesión de vecinos y curiosos, recorren los tres kilómetros hasta la iglesia de madera pintada. El rumor los ha precedido. Los esperan mujeres llorosas y hombres de rostro grave, con el sombrero en la mano. El sheriff, con los brazos cruzados sobre su prominente barriga, pide a todo el mundo que se aparte. Llevan el cuerpo a la nave y lo depositan en unas tablas puestas en el suelo. Un monaguillo enciende dos cirios y los deja cerca de la cabeza. Apartan la manta.

—¡Uf, en la cara no quedan más que los huesos! —exclama el oficial—.

¿Cómo vamos a saber quién es? No podemos someter a las viudas y a los familiares a este horror. ¿No llevaba nada? ¿Un cinturón especial? ¿Tatuajes, cicatrices?

—Nada que le pueda identificar. Aún no hemos mirado si lleva tatuajes. Parece que tiene las piernas rotas, ¿no?

Manish sale de la iglesia, vuelve a subirse al carro. Se cruza con un carpintero y su aprendiz, que cargan un ataúd. El último mohawk lo encontró en la orilla oeste, a la salida de los rápidos, días atrás. Estaba en mejor estado, y por los mocasines de piel enseguida supo que era indio. Era uno de los pocos a los que no conocía demasiado, pero no le resultó difícil reconocerle porque tenía la cara casi intacta. Manish habló con Angus, su padre, y le pidió que se lo dijera al consejo, quien a su vez avisó a la familia. El sheriff, aliviado de que alguien se encargara de comprar el ataúd y pagar los gastos del transporte, le entregó el cadáver. De lo contrario habría terminado en una tumba anónima o en la fosa común, según les conviniera más a los sepultureros. Enviarlo en tren hasta Montreal casi agotó los ahorros de Manish, pero luego recibió en la posada una carta de su padre donde le decía que había hablado con John Farber. Este le estaba agradecido e iba a enviarle dinero para reembolsar esos gastos y asumir los siguientes, en caso de que los hubiera. No iba a decir nada a las familias; anotaría ese dinero discretamente en otro presupuesto.

A él tus explicaciones sí parecen haberle convencido. Te cree cuando dices que hiciste todo lo que pudiste para que te siguieran y abandonaran el puente, pero con las familias de las víctimas no es tan fácil. Quieren venganza, buscan un culpable. El ingeniero neoyorquino que se equivocó en sus cálculos está fuera de su alcance, así que quedas tú. Casi todos piensan que un destierro de cinco años es un castigo demasiado suave por haber traicionado a los suyos y ser responsable de su muerte. Uno casi me pega delante de la casa comunal. Aquí no puedo contar lo que estás haciendo para recuperar los

cuerpos en Quebec. No lo aceptarían. Creen que es la administración de la obra la que se está ocupando de ello.

Manish da un golpecito con el látigo en la grupa del caballo. Sale del pueblo y vuelve a la orilla del río, que recorre una hora entera tan cerca del agua como le es posible. Cuando se cruza con alguien o ve campesinos labrando el campo, les pide que den aviso en la posada Bouchard si descubren un cuerpo, y promete recompensa.

Cuando volvió a Quebec, Manish se instaló en la pensión de los Doucette, donde había dejado sus cosas. El segundo día, después del desayuno, el patrón se sentó frente a él.

—Mike, tengo que hablar contigo. Sé por lo que estás pasando, y también por qué has vuelto. Buscas los cuerpos de los tuyos, y es una tarea dura y noble. Pero no puedes quedarte aquí. Tus compañeros han muerto, ya no queda ningún mohawk en Saint-Romuald. En realidad, ya casi no hay obreros, y los jefes también se están yendo. Nadie sabe si ese puente se reconstruirá algún día, si las obras volverán a arrancar y, de todos modos, si así fuera, no va a ser ahora, con el invierno en puertas. Dentro de poco vamos a cerrar, eso es seguro, porque pierdo dinero. Así que, por favor... Me han dicho que Bouchard no cierra.

—Ahora que no tiene trabajo y encima anda haciendo de enterrador, está claro que no va a dejar que el maldito indio viva bajo el mismo techo que su hija...

—Yo no he dicho «maldito indio» en ningún momento; ni siquiera lo he pensado. Pero tienes que entender que...

—Bueno, bueno, ya lo he entendido. Me iré esta tarde a la pensión de Bouchard.

Cuando Manish habló con Martine Doucette pensaron que, con la posada casi vacía, les iba a resultar más difícil verse. «En cambio, si te vas a otro sitio, que no esté lejos, podré ir a verte cuando no esté trabajando. ¡No van a andar siguiéndome!», le había dicho Martine.

En realidad, Manish ya tenía decidido irse a la otra posada. El establecimiento de Auguste y Adèle Bouchard, que vivían con sus dos hijos, estaba a menos de un kilómetro río arriba. Era un edificio grande construido con troncos, de dos pisos, y sobre el que ondeaba la bandera canadiense. Se había levantado en previsión de la llegada de trabajadores cuando empezaron las excavaciones para el futuro puente. La víspera del derrumbe estaba al completo, pero cuando el joven mohawk abrió la puerta estaba prácticamente desierto. Ya hacía tiempo que se habían abandonado las labores de salvamento, los servicios administrativos de la obra habían regresado a Estados Unidos y los obreros se habían vuelto a casa.

—Hola, ¿qué precio tiene la pensión completa?

Adèle Bouchard, una mujer menuda y rechoncha, con la cara redonda enmarcada en tirabuzones morenos, levantó la vista del libro de cuentas que tenía delante y dejó los anteojos en el mostrador. Observó a ese joven esbelto de piel cobriza, mocasines bordados con perlas, sus petates y los palos de juego que había dejado tras él, en el porche.

—Si viene por el puente, joven, llega algo tarde, ¿no cree? Ocho de nuestros huéspedes cayeron y murieron con él. Ha visto lo que queda de la obra, ¿verdad?

—Lo sé de sobra, trabajaba allí. No estaba arriba cuando se cayó. Pero tengo que terminar una cosa y me voy a quedar un tiempo, creo que hasta que empiece a nevar.

La mujer sonrió.

—En ese caso, es una buena noticia. Podrá incluso escoger habitación,

porque solo tenemos tres huéspedes. El precio es medio dólar al día con tres comidas, con la primera semana pagada por adelantado.

Manish se sacó del bolsillo un saquito de ante, volcó su contenido en la mano y dejó cuatro dólares en el mostrador.

Ahora solo le quedan dos dólares. Si John Farber no cumple su promesa de reembolsarle los gastos, dentro de poco tendrá que abandonar la búsqueda. Y pensar adónde ir...

Los días siguientes, Manish deja el caballo en el establo y, por enésima vez, recorre a pie la orilla en el lugar de la catástrofe. Las copas de los árboles, con sus hojas de color rojo, amarillo y naranja llameante, anuncian el invierno. El aire es fresco, no tardarán en caer los primeros copos. Los curiosos ya se han cansado de acudir, el montón de vigas retorcidas ha dejado de ser motivo para salir de paseo. A primera hora de la mañana solo él está cerca del amasijo de hierro. La Phoenix Bridge Company paga a unas veinte personas, entre ellas dos ingenieros, para vigilar los escombros, cuyo futuro se desconoce. Los chatarreros de los alrededores que se acercaron para intentar llevarse los trozos que se podían mover tuvieron que irse, amenazados por unos disparos al aire. Ahí, bajo el agua, tiene que haber docenas de cuerpos, muy cerca, en la trampa de acero. Solo han sacado a los que se veían desde la superficie, en barca. Los demás, en las profundidades, van a desaparecer lentamente. Puede que un día se encuentren huesos, si es que se llega a tomar la decisión, como se espera, de que en el futuro se construya otro puente. Parece que los pilares de piedra tallada no están afectados, así que seguramente servirán, piensa Manish, apoyando la mano en uno de ellos, con los pies en el fango. Quebec sigue necesitando cruzar el río, una carretera y una vía de tren en ese lugar. Con el frenesí que hay por

construir en ese principio de siglo, no tardarán en olvidar a los muertos. Saluda desde lejos a los guardias que están en lo alto de los terraplenes del río, que reconocen su silueta, y recorre varios kilómetros de orilla. Charla con unos jóvenes pescadores que no han visto nada. Están al tanto de las recompensas, pero prefieren no pensar demasiado en los cadáveres que reposan bajo el agua. Cuando regresa a la pensión, poco antes del mediodía, se encuentra con Auguste Bouchard, en camiseta, que está cortando leña en el patio sobre un tocón de arce del diámetro de una rueda de carreta.

—Mike, el cartero ha mandado a un chico con un recado: ha recibido dinero de Montreal para ti. Puedes pasar a buscarlo ahora. Los indios, ¿tenéis una forma de demostrar vuestra identidad?

—Sí, tengo lo necesario. Gracias, señor Bouchard.

Se instala en su mesa habitual, saca el puñal de su estuche de piel y lo pone encima de la mesa. A esa hora es el único cliente del comedor. La dueña acaba de dejarle una bandeja con un cuenco de sopa, un trozo de pan y una jarra de agua cuando la puerta se abre de golpe.

—¡Por todos los demonios, era cierto! ¡Ese maldito indio sigue vivo y se ha atrevido a volver! ¡Te vas a enterar de lo que significa no atender a lo que dice un hombre blanco! Esta vez no me vas a pillar desprevenido.

Neil Drummond, el revólver en el cinto, una porra de madera en la mano, avanza dos pasos. Manish pensó que estaría entre las víctimas, pero el inglés, que el 29 de agosto se encontraba en el almacén, sobrevivió. Camina rojo de ira, con los ojos desorbitados, oliendo a alcohol. Se pasa la porra a la mano izquierda, apoya la derecha en la empuñadura de su revólver.

Manish se levanta de un salto, abre la boca con intención de pedirle que se calme, de decirle que, tras lo ocurrido, una pelea como esa es ridícula, pero se da cuenta de que va a ser inútil. En el momento en que el Colt sale de la funda, antes de que le dé tiempo de levantar el brazo y apuntar, el indio

vuelca la mesa y la empuja hacia delante. Drummond, cogido por sorpresa, dispara. El tiro va al suelo. Cuando se dispone a apretar nuevamente el gatillo, Manish le da una patada en la mano y le desarma. Pero el inglés, con la mano izquierda, le atiza con todas sus fuerzas. Manish, que ha recibido el golpe en plena cara, cae. Drummond se abalanza sobre él. Le golpea otra vez el rostro y luego, agarrando la porra por los extremos, se la pone en el cuello y se dispone a estrangularle con todo el peso de su cuerpo. Manish intenta quitárselo de encima, atraparlo con las piernas, pero no puede. Drummond pesa demasiado y tiene mucha fuerza. El indio se ahoga, se pone rojo y un velo negro empieza a oscurecerlo todo. Las fuerzas le abandonan. Si no hace nada, en pocos segundos estará muerto. Estira el brazo derecho todo lo que puede, tantea el suelo por reflejo y toca algo con los dedos. Es su cuchillo de caza, que se ha caído de la mesa cuando la ha volcado. Lo atrapa entre los dedos, lo empuña y, con las fuerzas que le quedan, se lo clava en la espalda a su oponente. La hoja pasa entre los omóplatos, entre las costillas, y atraviesa el corazón. Drummond, fulminado, se incorpora sin emitir sonido alguno, suelta la porra y se desploma sobre el indio.

Con un gemido, Manish se llena los pulmones de aire, tose, escupe. Se queda inmóvil, con las piernas temblorosas y el rostro de color escarlata, incapaz de apartar el cuerpo que le aplasta. El posadero, alertado por la detonación, acude a toda prisa y agarra a Drummond por los hombros, y lo echa a un lado sin tocar el puñal. Manish se aleja reptando hacia atrás y vuelve a respirar. Adèle Bouchard se coloca tras él, le coge por los brazos y le ayuda a sentarse con la espalda apoyada en la pared. El hijo mayor baja las escaleras de madera apuntando al comedor con un fusil de caza.

—Mike, ¿está herido? Mike, conteste, ¿puede hablar? —pregunta la señora Bouchard.

Manish intenta decir algo, pero no le sale. Con la cabeza y los ojos le

indica que está ileso, que necesita recobrar el aliento.

—¡Maldita sea! —Auguste Bouchard se indigna—. ¡Esto es lo que nos faltaba! ¡Un blanco asesinado por un mohawk en la pensión! Este indio irá directo a la horca.

—¡No! —grita su mujer—. ¡Yo lo he visto! El otro le ha atacado sin motivo. Mike estaba sentado a la mesa y yo le iba a traer la comida cuando este animal ha entrado y se le ha echado encima. Ha sacado la pistola y él no ha tenido tiempo ni de abrir la boca. Si Mike no se hubiera defendido, el muerto sería él. Yo lo he visto todo, se lo diré a la policía. Él se estaba defendiendo.

—La policía verá que un indio ha matado a un blanco de una puñalada en la espalda, no te pienses que va a ver nada más.

—Tiene razón —murmura Manish masajeándose el cuello. Tiene el ojo izquierdo medio cerrado, y se está hinchando muy deprisa—. No se van a molestar en entenderlo. Ese es mi cuchillo, y yo soy mohawk. Si me quedo, me detendrán.

Intenta levantarse apoyándose en la pared, pero se cae y se queda sentado en el suelo. El hijo de los Bouchard apoya el fusil en una mesa, se acerca y le ayuda a ponerse de pie.

Auguste Bouchard recoge el Colt Peacemaker que ha dejado en una mesa al otro lado del comedor, lo agarra por el cañón y se lo tiende a Manish.

—Creo a mi mujer, ha sido en legítima defensa. Pero eres indio y no te darán la oportunidad de demostrarlo. Vamos a hacer lo siguiente: te ha agredido, tú te has defendido y os habéis peleado. En la pelea, le has dado una puñalada. Eso diremos nosotros. Después has cogido su arma, nos has amenazado y no hemos podido hacer nada. Márchate ahora mismo, mohawk. Escóndete en el bosque. A unos dos kilómetros, siguiendo el sendero del Jabalí hacia el norte, hay una piedra plana muy grande. Quédate allí hasta la

noche. Enviaré a uno de mis hijos con tu petate. Luego, desaparece. Vuelve a tu reserva o vete más lejos, al Oeste. No vuelvas nunca a Quebec. Con algo de suerte, saldrás adelante.

Manish coge el Colt y se lo pone en el cinturón.

—Gracias —dice y, acercándose al mayor de los hijos, añade—: Por favor, ¿puedes ir a la posada de los Doucette y preguntar por Martine? Dile lo que ha pasado. Dile que lo siento.

Da dos pasos hacia el cuerpo de Drummond, aferra su puñal y lo saca con un golpe seco. Igual que en la caza, limpia la hoja sobre el muerto y luego lo guarda en el estuche. Sus antepasados habrían cortado la cabellera al enemigo. Piensa en su abuelo y en las historias terribles que le contaba cuando era pequeño.

—No pierdas tiempo —le dice el posadero—. El disparo va a atraer a la gente. Yo recogeré tus cosas. Márchate.

Su mujer le tiende un trapo húmedo para que se limpie la sangre de la nariz. Manish se lo devuelve, le da nuevamente las gracias y se marcha con paso lento, abrazándose las costillas.

En el patio no hay nadie. Se dirige a la puerta de atrás, que da al bosque. En pocos pasos está bajo los árboles y encuentra el sendero. El aire fresco le sienta bien, recobra fuerzas. Aprieta el paso y, al poco, empieza a correr sobre las hojas secas. Sabe cuál es la piedra plana, porque es uno de los sitios adonde va con Martine de paseo. Se desvía a la derecha, por un arroyo, por si salen a buscarle con perros. Se mete en el agua hasta la rodilla y camina corriente arriba unos trescientos metros. Igual que cuando pescaba truchas de niño en los bosques de Kahnawake. Cuando se encuentra con un roble cuyas ramas se extienden sobre el agua, salta, se agarra a las hojas, trepa un poco y va saltando de un árbol a otro antes de volver a bajar. No encontrarán huellas del lugar por donde ha salido del agua. Corta una rama de fresno y camina

marcha atrás unos treinta metros, borrando sus huellas, y luego vuelve a echar a correr. Salta de piedra en piedra y se agarra a las ramas para dejar el menor número posible de pisadas en el suelo. Tras dar un amplio rodeo, a la luz del atardecer adivina la forma de la piedra plana. Busca un montículo algo más arriba, excava en la tierra la forma de un cuerpo, junta ramas secas, se tumba en el hueco y se cubre hasta hacerse invisible. De espaldas, con las manos bajo la cabeza, respirando el olor a hojas muertas y hongos, baja el ritmo de su respiración y se duerme.

Le despierta un ruido de pasos. Aguzza el oído. Son dos personas, una más ligera que otra. Se acercan. Saca el Colt del cinturón, quita el seguro, se pone de lado y levanta tres centímetros su manta vegetal. A la luz de un farol, ve bailar los bajos de una falda. Martine. La silueta se detiene a los pies de la piedra y llama en voz baja:

—¡Manish! ¡Manish, soy yo! ¿Estás ahí?

Tras ella reconoce en la sombra a uno de los chicos Bouchard, con un petate en la mano. Espera un poco para asegurarse de que están solos y se levanta entre un suave crujido de hojas. En pocos pasos está a su lado y ella se echa a sus brazos.

—¡Manish, Dios mío, qué horror! La policía está en el pueblo, preguntan a todo el mundo si te han visto. Han interrogado incluso a mis padres.

—¿Os han seguido?

—No, hemos estado esperando mucho rato. Éric conoce un paso secreto que va directamente desde la pensión hasta el bosque. Manish, ¡tienes que huir ahora, rápido! No te quedes aquí o te matarán. —Martine se interrumpe, se echa a llorar, pasa las manos por la nuca de Manish y le besa—. ¡Me marchó contigo! ¡No me dejes sola, por favor, llévame contigo! Estoy lista para irme contigo.

—Amor, eso no puede ser. He estado pensando. Voy a bajar el río, remaré

de noche y me esconderé de día. Un indio en una canoa no llamará la atención, pero un indio con una mujer blanca, ¡no podré avanzar ni diez kilómetros!

Martine solloza, le abraza con todas sus fuerzas.

—¡No puedes hacerme eso, abandonarme! Te he esperado todo el invierno, ¡quiero ser tu esposa!

—Escucha. Me voy a Montreal. Desde allí, iré al Oeste, al otro lado del país, al Pacífico. En cuanto me asiente en algún lugar te escribiré y tú, si aún quieres, vendrás conmigo. Dentro de unos meses, tal vez un año. En las nuevas provincias, en la frontera, no nos harán preguntas; nadie me buscará. Hay trabajo, cientos de puentes por construir. Sé que necesitan buenos obreros, lo dijeron en la obra. Cuando se tiene experiencia, los sueldos son incluso mejores que los de aquí. La reputación de los carpinteros del hierro mohawk puede haber llegado hasta allí.

Ella suspira, se pone de puntillas para frotar la nariz contra el cuello de su amado, para respirar su olor. Los sollozos se calman.

—De acuerdo, está bien. Hay que irse lejos. Esperaré, esperaré tu carta, estaré preparada. Prométeme que me escribirás, que no vas a olvidarme.

—Mi cielo, te lo prometo. En cuanto encuentre un lugar para los dos. Ahora el tren llega hasta el océano. Iré a buscarte a la estación, te lo juro.

La besa, toma en sus manos sus rizos rubios y se aparta un poco de ella.

—Esto es lo que voy a hacer ahora: sé dónde encontrar una canoa, algo más abajo en el río. Me voy a marchar enseguida, para llegar antes de que amanezca. Pero necesito dinero, no me queda nada. Tu padre me dijo que me había llegado un dinero por correo postal desde Montreal. Es de la tribu, que me devuelve lo que he gastado para enviar los féretros a Kahnawake. Necesito que vayas a buscarlo y me lo llesves al lugar donde estaré mañana. Si me voy con los bolsillos vacíos no llegaré muy lejos.

—Sí, sí. Claro. Conozco al cartero, es un primo de mi madre. No pondrá pegas. Si voy a primera hora, puede que ni siquiera esté al tanto de todo esto.

Manish se saca del bolsillo del pantalón una cartera de piel basta, de la que extrae una hoja de papel amarillento doblada en cuatro.

—Es mi certificado de nacimiento, establecido en Montreal. Seguro que te va a pedir algún tipo de documento identificativo.

—No te preocupes. Le conozco desde pequeña. Le sonreiré, y no preguntará nada. Creo que abre a las ocho. Después, dame una hora o dos para reunirme contigo.

—No tengas prisa. No me marcharé hasta la tarde, para remar solo de noche. Si puedes salir a última hora de la mañana, me vale. Tienes tiempo de sobra.

Se vuelve hacia Éric Bouchard, que ha dejado a sus pies el petate en el que su madre ha metido, doblada, la ropa que había en la habitación de Manish.

—Gracias. Dáselas también a tus padres. Nunca olvidaré lo que han hecho. Me gustaría pedirte algo más, lo último: ¿te importa acompañar a Martine mañana por la tarde? Mi carro está en el establo de Lavoie. Podéis cogerlo y luego se lo devolvéis; está pagado hasta fin de mes.

Coge las manos de Martine y le dice:

—Tengo que irme. Es mejor que me pase la noche andando, para que nadie me vea. Os espero mañana por la tarde en la ensenada de los faros. La encontraréis fácilmente, preguntad por el camino de la cornisa, está unos dos kilómetros río abajo desde el puente. He ido allí a menudo a buscar ahogados. En ese punto la corriente es fuerte, y en la ensenada hay pontones con barcos y canoas. Estaré en la más cercana a los árboles. Os veré llegar, y esperaré un poco para asegurarme de que no os hayan seguido.

Se acerca a Éric Bouchard y le enseña el Colt que lleva en el cinturón.

—Cuando Martine haya recogido el dinero, ¿crees que podrás comprar una

caja de balas? Es un 45. Las venden en el colmado. A ti no te harán preguntas. Preferiría un fusil, pero no tengo dinero para comprarme uno. Gracias otra vez.

Manish y Martine se abrazan, se besan, se separan. Ella le coge por los hombros.

—Eres el amor de mi vida. Esperaré tu carta. Estaré preparada. Siempre he querido ir al Oeste, no quería quedarme aquí. Cuídate mucho y busca un buen sitio donde podamos vivir.

Manish se saca por la cabeza un cordón de cuero.

—Mira: es mi escarabajo de piedra. Me lo trajo mi tío de su expedición a Egipto, lo compró en el gran bazar de El Cairo, cerca de las pirámides. Me lo dio cuando empecé a trabajar en el puente de Kahnawake. Me dijo que me protegería. —Lo pasa por el cabello dorado de Martine—. Quédatelo hasta que nos volvamos a ver. Cuidará de ti.

La besa en el cuello, los labios, las manos. Da una palmada a Éric en el hombro, recoge el petate y corre hacia el río.

Por sendas de cazadores, pistas de jabalíes, a cubierto bajo los árboles, dando rodeos, evitando pueblos y caminos, a la luz de la luna, Manish llega a la orilla. En las últimas semanas la ha recorrido tantas veces que conoce bien el lugar. La ensenada de los faros está ahí mismo, al otro lado de esa colina. Un camino corre paralelo a la orilla, pero él prefiere caminar por la arena, junto al agua. Ya casi ha llegado a los pontones cuando un sonido metálico le pone en guardia. Se tira al suelo y reptar hacia unos juncos empujando el petate ante sí. Unos guardias, cada uno con un farol en la mano y un fusil al hombro, caminan bromeando. Resulta un poco raro en plena noche. Tal vez le estén buscando. Pasan a tres metros de donde está escondido. Una serpiente acuática se desliza entre sus pies y se le enrolla en un tobillo. Sabe que ese reptil de reflejos verdes es inofensivo, así que lo coge por la cabeza y

lo coloca entre los juncos. Se queda mucho tiempo en su escondite; los guardias no vuelven a pasar.

Con el primer canto del gallo, el cielo blanquea por el este y él se estremece. Ahora tiene que moverse y encontrar un lugar donde pasar el día cerca de la ensenada de los faros. No tarda en llegar. Un pescador va hacia su barca y vuelve la cabeza; Manish le saluda con la mano y sigue su camino. Anda unos minutos y luego, con las primeras luces del alba, cruza los campos en diagonal y vuelve sobre sus pasos. A la orilla del bosque encuentra unas rocas, entre las que se esconde. Tumbado boca abajo, escondido bajo unas ramas, puede ver el pontón. Abre el petate y descubre que Adèle Bouchard le ha metido comida envuelta en un trapo: carne ahumada y un trozo de pan. Come un poco y se acomoda para pasar el día.

Cuando se duerme, el sol ya está alto sobre el San Lorenzo. Por la tarde le despiertan los gruñidos de una jabalina y sus tres jabatos hozando la tierra. Se pasa el resto del día mirando a los vapores que van río arriba, y a las barcazas de vela bajando.

Al caer la tarde los pescadores regresan al pontón y, ya por la noche, antes de lo que se esperaba, ve llegar el carro con el caballo gris. Entrecierra los ojos para aguzar la vista y distingue a una sola persona llevando las riendas. No es Martine. Éric acude solo. Manish le ve detenerse cerca del pequeño embarcadero, bajar y llenar un cubo para abrevar al animal. Espera media hora, da una vuelta amplia para vigilar los alrededores y no ve a nadie. La bruma empieza a descender por el río. Con el petate en la mano, Manish sale de la maleza y se acerca. El hijo de los Bouchard le ve, le saluda con un gesto.

—Martine no ha podido venir. Su madre se ha enterado por el cartero de lo que ha hecho por ti, y también han visto el escarabajo que le diste. No han dicho nada, ni han avisado a la policía, pero la han encerrado en su cuarto.

No ha protestado para no ponerlos en tu contra y arriesgarse a que te denuncien, y me ha dado el dinero —dice, al tiempo que le entrega un sobre gris—. Montreal te ha enviado cincuenta y cinco dólares. Martine ha puesto otros cinco, todo lo que tenía.

Manish coge el sobre y se lo guarda en el petate.

—Esto son las balas para el Peacemaker. Y también te he traído esto.

El joven abre el arcón de madera que hay bajo el asiento y saca un fusil de caza Darne de cañón recortado, importado de Francia y casi nuevo.

—Me lo regaló mi padre cuando cumplí dieciocho años. Le diré que lo he perdido. Se enfadará, gritará un poco, pero se le pasará. A ti te hará más falta que a mí, en el Oeste. De todos modos, no me gusta matar animales. He traído unas cajas de cartuchos.

—Éric, no sé cómo darte las gracias. Te pagaré el fusil, te enviaré el dinero a la pensión en cuanto pueda.

—Déjalo, me ilusiona pensar en ti por las Grandes Llanuras o por las Rocosas. Nunca he visto nada tan bonito como la forma en que te mira Martine. Ah, sí, he pensado que podrías necesitar esto.

Esta vez, saca del arcón un remo de madera pulida, pintado con dos colores.

—Gracias, gracias de nuevo. Voy a llevarme una canoa, pero no sabía cómo iba a apañármelas sin un remo, nunca se dejan dentro.

—Eso mismo he pensado yo. Este lleva rodando muchos meses por el patio del vecino, que ni siquiera tiene barco, así que no se dará ni cuenta. Cuidado, alguien se acerca.

Manish se pasa al otro lado de la carreta y se inclina como si estuviera inspeccionando una rueda. Es un pescador que se dirige a la orilla. Saluda a Éric.

—No te quedes aquí, te van a ver. Hay guardias, puede que te pregunten.

Voy a bajar por la orilla y esperaré a que sea noche cerrada. He visto una canoa debajo de los árboles, un poco más abajo. Éric, no olvidaré nunca lo que has hecho por mí. Espero que volvamos a vernos algún día. Por favor, dile a Martine que la quiero más que a nada en el mundo y que voy a buscar un lugar para que pueda reunirse conmigo. Gracias, amigo.

Manish le rodea con los brazos y le estrecha con fuerza. El joven echa la cabeza hacia atrás para que no se le escapen las lágrimas. Se sube a la carreta, chasquea la lengua, tira de una de las riendas para dar media vuelta, posa el látigo en la grupa del caballo y se vuelve. Manish ya no está.

16

Nueva York *Septiembre de 2011*

—En resumen: no se trata solo de estar atados. Además, el punto de anclaje tiene que soportar diez veces el propio peso. Con la aceleración de la caída, una persona de noventa kilos hace que correa y arnés soporten un peso de novecientos. Si están sujetos a algo que no sea lo bastante fuerte, adiós. Cuando lleguen a la obra, en caso de duda, pregunten al capataz o a un veterano, que les mostrarán las líneas de vida. Recuerden que si pillan a alguno sin estar atado, le mandan abajo de inmediato, sin paga.

El aula está decorada con fotos en blanco y negro de puentes en construcción y rascacielos: el Empire State Building, el puente George Washington, el Rockefeller Center. Acerca de la legendaria imagen del almuerzo encima de la viga, han anotado nombres con flechas, algunos tachados, borrados, corregidos. Sobre el cuarto hombre empezando por la izquierda, que lleva una gorra negra y tiene un periódico en la mano, alguien ha escrito: «John Beauvais, mohawk de Kahnawake». Son muchos los aprendices que han pasado por esa sala y creen haber reconocido a algún antepasado. La realidad es que sus protagonistas, al igual que el autor de la foto, son desconocidos. Se sabe que la imagen se sacó para una campaña

publicitaria cuando se construyó el Rockefeller Center, y que por entonces, igual que ahora, los hombres nunca habrían tenido la ocurrencia de tomarse un descanso en una posición tan incómoda.

Sentada en primera fila, Kathryn Martins vuelve a su libreta y, con tres trazos de lápiz, subraya «por diez». Su vecino de la derecha, un moreno de anchos hombros, lleva tatuado en el bíceps el símbolo de Harley con una calavera, en lugar de huesos tiene un par de llaves de cola. Le sonrío y le guiña el ojo.

—Noventa kilos, no hay problema, tiene usted margen de sobra, señorita. ¿Qué hace...?

Ella le manda callar poniéndose el índice en los labios y devolviéndole la sonrisa. «Señorita.» A sus cuarenta años resulta halagador, aunque seguro que ese chico que podría ser su hijo tiene otra cosa en mente. Se dice para sus adentros que tendrá que volver a ponerse la alianza que se quitó al divorciarse. Seguro que él no es el único que se pregunta qué pinta una mujer con vestido veraniego y alpargatas en un cursillo de prevención de riesgos: «Seguridad en trabajos de altura».

El formador, un mohawk de Akwesasne, sí lo sabe, pero no la decena de carpinteros del hierro a los que han enviado al curso. Setecientos cincuenta dólares por tres días de indicaciones bastante sencillas, que se podrían transmitir en un solo día. Por suerte, el periódico paga. La semana que viene tiene que asistir a otras cuatro horas de formación en una sala del sindicato, Local 40, sobre prevención de caídas.

Ya hace más de un año que ofreció al departamento fotográfico del *New York Times* un reportaje sobre los montadores de acero que están construyendo la Freedom Tower en la Zona Cero, la sustituta de las Torres Gemelas, nuevo faro en la punta de Manhattan. Nueva York «de vuelta en el cielo», como dicen. Setenta pisos de cemento y acero miran ya desde lo alto

los árboles y las dos profundas fuentes conmemorativas que recuerdan a las víctimas del 11 de septiembre. Faltan treinta plantas, en las que habrá que colocar bulones y soldar hasta el techo, que llegará a los 541 metros. Será el edificio más alto del hemisferio Norte. Es el momento ideal.

Jeremy, su amigo del servicio fotográfico, no daba crédito.

—Pero, a ver, ¿tú te crees que eres la única que busca ese reportaje? Llevamos meses haciéndole la pelota a la Autoridad Portuaria. No dicen que no, al fin y al cabo somos el *Times*, pero tampoco dicen que sí. No te lo tomes a mal, pero ¿cómo le van a poner la alfombra roja a una colaboradora eventual?

—Sí, todo eso ya lo sé, pero déjame intentarlo. Si me lo dan, te llamo y me consigues una cita con el jefe, ¿vale?

—Si lo consigues, donde tendrás una alfombra roja será con nosotros, guapa. Pero no te hagas demasiadas ilusiones.

Como se esperaba, la secretaria del gabinete de prensa de la Autoridad Portuaria de Nueva York y New Jersey, propietaria de la torre One World Trade Center, bordó su papel de cancerbero.

—Envíe su proyecto por correo electrónico, le daremos una respuesta.

Pasaron los meses, y nada. Una tarde, cuando se disponía a preguntar de nuevo, Kathryn entró en la página web de la Autoridad Portuaria en busca de otro interlocutor cuando un nombre llamó su atención: «Josette Bazile». Era un nombre haitiano.

El año anterior, la fotógrafa había pasado un par de semanas en Cité Soleil, el suburbio más grande de Puerto Príncipe, para hacer un reportaje sobre un hospital de maternidad financiado por una organización humanitaria de Texas. La asociación corrió con todos los gastos, pero nadie le compró las

fotos. La emoción que siguió al terremoto había desaparecido. Su agencia le dijo que una revista francesa estaba interesada, pero por el precio que estaban dispuestos a pagar casi podía regalarlas. «Josette Bazile.» En tres segundos, Kathryn encontró en internet fotos de una mujer de unos cincuenta años, mulata de ojos claros, hoyuelo en la barbilla, moño en lo alto de la cabeza y amplia sonrisa acompañando en una tribuna al jefe de relaciones públicas de la Autoridad Portuaria en una rueda de prensa. Amplió la foto y la imprimió.

Al día siguiente, hacia las doce, se presentó delante del edificio de la Autoridad Portuaria, en Park Avenue, cerca de Union Square. El Union Bar acababa de abrir. El camarero instaló en la terraza una mesa y una silla para ella. Dejó a un lado su portfolio, que contenía fotos en blanco y negro, retratos de madres y niños, médicos con bata, comadronas sonrientes. No apartó los ojos de la entrada del número 225. De pronto, la vio salir. Traje sastre verde, pañuelo amarillo. Les sacaba una cabeza a las colegas con las que se dirigía andando a la plaza. Con suerte, como hacía bueno, decidirían comer fuera, a la sombra de los árboles. Kathryn las siguió y se acercó lo bastante como para oír su conversación. Aún era temprano y había mesas libres en la terraza del restaurante. Josette Bazile se sentó a una de ellas.

—Yo me quedo guardando el sitio. Pedidme la ensalada de siempre, por favor, chicas.

—Perdone, ¿es usted Josette Bazile, de la Autoridad Portuaria?

—Sí, soy yo. ¿Quién es usted?

—Me llamo Kathryn Martins, soy fotógrafa. Llevo semanas intentando contactar con usted, pero...

—Perdone. He salido a comer con unas compañeras, esta es mi hora de descanso y estoy muy ocupada. Si tiene una petición de tipo profesional, o si quiere presentar un proyecto, pase por los canales habituales. Llame al gabinete de prensa, ellos le informarán.

—Pero...

—Añado que no me hace ninguna gracia que me espíen en la acera y me aborden mientras como. Adiós.

—Lo sé, por favor, disculpe de nuevo. Pero no consigo pasar la barrera de su secretaria. Verá, acabo de volver de Haití...

—Ajá. Y como tengo un nombre haitiano, a usted le parece que me puede importunar si le viene en gana.

—No, no, en absoluto. He pasado unas semanas en Cité Soleil y me gustaría mostrarle unas fotos. Serán solo treinta segundos. Me habré marchado antes de que vuelvan sus compañeras.

—¿Cité Soleil? Allí nació mi abuelo. Vino a Nueva York en los años treinta.

Se acomodó en la silla de metal, suspiró y sonrió.

—Bueno, dispone de dos minutos.

—Gracias. Aquí tiene.

Kathryn abrió la carpeta de cartón verde. El revelado le había costado un dineral. En la primera, un bebé de unos días parecía sonreír sobre el hombro desnudo de su madre. La siguiente era un primer plano de un médico de arrugas profundas y pelo blanco con gafas de montura de acero. Otra mostraba un plano general de las cuatro cabañas de madera que, unidas entre ellas, formaban la Clínica de la Esperanza.

—Muy bien, muy conmovedor, el blanco y negro es precioso. Pero ¿por qué me enseña estas fotos? En la Autoridad Portuaria no hacemos exposiciones.

—Quería enseñarle mi trabajo porque quiero pedirle una autorización, una que sé que es difícil de conseguir, y convencerla para que confíe en mí. Verá, me gustaría acceder al solar de la Freedom Tower y hacer un reportaje sobre los caminantes del cielo mientras ensamblan las vigas. En blanco y negro,

siluetas en las nubes, en homenaje a las fotos de Lewis Hine cuando se construyó el Empire State Building.

Josette Bazile se quitó las gafas y suspiró de nuevo.

—Ah, entiendo... Tiene razón, no es fácil. Mi jefa tendrá unas diez peticiones en su despacho de las mejores agencias.

—No me cabe la menor duda. Si me ayuda a conseguirlo, no se arrepentirá. Es un mundo masculino, de músculos y bravuconadas. ¿Ha visto las pegatinas que llevan en el coche, con *pin-ups* medio desnudas y lemas de dudoso gusto, tipo: «Los *ironworkers* tienen herramientas gruesas»? Desde hace décadas los fotografían hombres, siempre del mismo modo. Si permite que una mujer suba ahí arriba y saque fotos en blanco y negro, el resultado serán imágenes distintas, una forma de mirar diferente. Tengo un contacto en el *New York Times* que cree que podría ir en portada.

Josette Bazile hojeó las fotos de Haití, repasándolas una a una.

—Siempre me han fascinado los *ironworkers* que se pasean como equilibristas sobre unos centímetros de hierro. Sé que puedo hacer un buen trabajo. Dentro de unos meses la Freedom Tower estará terminada, y será tan importante en el cielo de Nueva York como lo fueron en su día las Torres Gemelas. Puede que más, incluso, debido al 11 de septiembre. Hay que dejar un testimonio de su construcción. Estoy convencida de que ustedes hacen vídeos y fotos, pero me parece que yo puedo aportar otra mirada.

—No le falta razón en lo de ese universo masculino. A veces resulta casi ridículo. Si su ojo se posa sobre esos tíos tan machos igual que en estos bebés de Haití... No le prometo nada, porque la decisión no depende de mí. Pero tal vez tenga usted una posibilidad. Ayer, precisamente, se habló del tema, y tenemos otra reunión prevista dentro de tres días. Envíeme el dossier completo, esas fotos de Haití y otros reportajes. A mí, directamente. Yo la

pongo en una buena posición en la lista de candidatos y usted cruza los dedos. Más no puedo hacer.

—Ya es mucho. Gracias, muchísimas gracias.

—Me ha esperado en la calle, me ha seguido y me ha puesto sus fotos delante de las narices. Tiene claro lo que busca. Al principio me ha sorprendido, pero, en el fondo, me gusta. Esto es Nueva York. Si le contara cómo entré en la Autoridad Portuaria...

Kathryn se levantó al ver llegar, por el rabillo del ojo, a las acompañantes con sus bandejas.

—Me he criado en Brooklyn... —dijo con una sonrisa—. Mañana a primera hora tendrá mi portfolio en su mesa, con mis datos de contacto. Gracias de nuevo y hasta pronto, espero.

Esa noche se pasó horas seleccionando fotos. Eligió una serie de una pandilla callejera de la isla de San Martín, otras de arquitectura, de hombres reparando por la noche las tuberías oxidadas del sistema de calefacción en una avenida de Manhattan, entre nubes de vapor. Después pulió la redacción de su presentación del proyecto y las alrededor de veinte líneas de su currículum vitae.

En cuanto amaneció, se montó en su bici de piñón fijo. Pedaleó como una bailarina por el carril bici, subió al puente de Williamsburg, pasó entre furgonetas de reparto, por la calle Delancey, Bowery, la Tercera Avenida y luego Union Square. El conserje del edificio de la Autoridad Portuaria sonrió al ver que besaba el sobre de cartón antes de dárselo.

—Deséeme suerte.

—No sé qué habrá en el sobre, pero si de mí dependiera, diría que sí sin dudarlo —dijo, mientras veía alejarse a esa mujer tan guapa con pantalón deportivo sobre medias negras, zapatos de ciclista y rizos castaños hasta los hombros.

Una semana después, acababa de echarse una cucharada de miel en su capuccino matinal, sentada ante el mapamundi que cubría la pared del Atlas Cafe, debajo de su casa, cuando sonó su teléfono.

—Kathryn, soy Josette Bazile, de la Autoridad Portuaria. Tengo una buena noticia. Mi jefa ha concedido autorización de paso a *Associated Press* y *Time Magazine*. Pero cuando ha visto sus fotos en blanco y negro de los hombres entre el vapor, sobre todo el primer plano de las manos, ha aceptado concederle un par de días. Ni siquiera ha hecho falta convencerla.

—¿Dos días, dos días enteros? ¿En serio?

—Por supuesto que sí. ¿O es que cree que puedo andarme con bromas?

—Pues muchas, muchísimas gracias.

—¿Qué le parecería regalarme esa foto de los guantes?

—Claro, quédese la serie completa. Si quiere, también le puedo firmar la de Haití.

—Gracias, la verdad es que sí, me gustaría tener una o dos. Bueno, le paso con mi ayudante. Como puede imaginarse, para acceder a este tipo de obra la normativa es muy exigente. Hay que hacer unos cursillos, por temas de seguros. Él se lo explicará, le llevará algo de tiempo.

—De acuerdo. Haré lo necesario. Lo importante es que pueda estar ahí cuando empiecen a ensamblar una nueva planta, antes de que pongan las redes de seguridad en los lados, para tener de fondo el cielo y las vistas de la ciudad.

—No se preocupe, podrá planificarlo como desee. Le voy a concertar una cita con la jefa del gabinete de prensa y con uno de nuestros vicepresidentes. Después le presentaremos al jefe de obra. Felicidades, puede avisar al *New York Times*.

Una semana después, al inicio del taller sobre prevención de caídas, en una sala del sindicato en Park Avenue, el monitor pide a los asistentes que se presenten. Kathryn deja que una decena de hombres, aprendices que rondan los veinte años, tomen la palabra por turnos. Dos de ellos van a empezar su cursillo de fin de formación en la Freedom Tower.

Kathryn se pone de pie. Ha subrayado con lápiz negro su mirada clara, el bronceado destaca las pecas que le cubren las mejillas. Esta vez, nada de vestido: se ha puesto unos tejanos y una camisa negra bordada.

—Hola. Me llamo Kathryn Martins. Yo también voy a subir a la nueva torre del World Trade Center, pero no para ensamblar vigas. Soy fotógrafa y me han autorizado a pasar dos días arriba para hacer un reportaje sobre los *ironworkers* que, si todo va bien, se publicará en el *New York Times Magazine*.

—Ah, vale, fotógrafa —dice el instructor con acento de Brooklyn—. Nuestra profesión empieza a feminizarse; ya he tenido varias mujeres en los cursos de formación, pero, sin ánimo de ofender, me parecía que no tiene usted el perfil para ello, ni por edad, ni por físico.

Pasan una hora entrenándose en ponerse los chalecos de seguridad que ha cedido la marca Rigid Lifeline, acostumbrándose a los arneses y las correas, abriendo y cerrando mosquetones.

—Si se caen, esto no les garantiza que salgan ilesos; probablemente saldrán heridos, pero sobrevivirán —dice el instructor, un montador de acero jubilado tras veinticinco años de marcha en el cielo—. Esto supone una gran diferencia respecto de las generaciones anteriores. En los años veinte, cada año, el diez por ciento de los montadores de acero de este país morían o resultaban heridos de gravedad. El diez por ciento. Eso significa que en cinco años se perdía la mitad de la mano de obra. Pero daba igual, siempre había inmigrantes para sustituirlos. También marineros acostumbrados a trepar por

los mástiles o tipos dispuestos a todo con tal de trabajar. A la familia del muerto le daban doscientos dólares para el entierro, y listos. Cuando empecé de aprendiz en el puente de Verrazano, se decía que los montadores de acero entrados en años no existían. —Tras una pausa, alza la mano derecha, muestra su pulgar con una falange amputada y prosigue—: Ahora seguimos sufriendo daños en el oficio, pero ya no nos morimos tanto. Creo que el año pasado no hubo ni veinte muertos en todo el país —dice, mientras tira de la correa y se la coloca en las piernas—. Cuando la administración y las aseguradoras hicieron obligatorio el uso del arnés, a finales de los años ochenta, hubo quien protestó, sobre todo entre los locos de los conectores. No querían. Decían que les estorbaba, que limitaba su libertad de movimientos, y que era más peligroso que otra cosa porque, en caso de riesgo, como una viga que llega demasiado rápido o un cable que se suelta, no se podrían mover lo bastante rápido. Pero cuando vieron a sus compañeros colgados, heridos o golpeados pero vivos, lo entendieron. Aún protestan un poco, para que no se diga y por presumir, pero ya no hay que andar vigilándolos para que se aten. Cuando a uno se le ocurre desatarse, el compañero que tiene al lado se ocupa de echarle la bronca y, si se vuelve a desatar, lo echan.

Antes de firmar la hoja de asistencia, Kathryn se apunta el correo electrónico del instructor y de otros tres montadores de acero principiantes, a los que promete enviar alguna foto.

El pelirrojo le pide su número de teléfono, y ella le escribe, en el dorso de un sobre, una dirección de e-mail inventada.

—Estupendo, te escribo y nos vamos a tomar algo un día de estos, ¿te parece? —dice él.

—Claro, Mike, escíbeme. Te llamas Mike, ¿no? Te contestaré, pero no estoy segura de que vaya a tener tiempo. Este reportaje me va a tener muy

ocupada. —Levanta la mano izquierda y le enseña su alianza—. A lo mejor voy con mi marido, pero no te prometo nada.

La sonrisa se borra de la cara del chico, que dobla el sobre y se lo guarda en el bolsillo trasero del pantalón.

Un lunes por la mañana, tres días después de haber recibido en su cuenta bancaria, que estaba en números rojos, un anticipo de cinco mil dólares del *New York Times*, Josette Bazile, su joven ayudante, un ingeniero de la Autoridad Portuaria y uno de los jefes de obra esperan a Kathryn ante la verja de la Freedom Tower. Éric Chang, reportero del departamento Metro que va a escribir el artículo, también ha llegado. La agregada de prensa les entrega los pases, donde pone «One World Trade Center – Entrada acompañada», y dos cascos de obra marcados PORT AUTHORITY.

—Kathryn, Éric, les presento a Bruce Marron. Bruce ha seguido el proyecto de la Freedom Tower desde el primer día, lo cual, como se pueden imaginar, tiene su mérito. Les dejo a su cargo. Él les explicará lo que van a ver y luego le pasará el relevo a Ethan Miller, de DMC Erectors, la empresa que contrata a los *ironworkers*, para darles más consignas de seguridad.

—Hola, es un placer tenerles aquí este par de días. Son dos días, ¿verdad? —les dice el joven—. La semana pasada estuvo con nosotros un equipo de televisión de PBS, se quedaron más días, pero no estaban autorizados a subir a lo más alto. Por lo que me han dicho, han hecho ustedes todos los cursillos y les vamos a presentar a nuestros equipos estrella, los de altura, ahí en las nubes.

—Kathryn ha hecho los cursillos, pero yo no —precisa el periodista—. Ella es quien necesita acercarse lo más posible; a mí me basta con hablar con ellos.

—No habrá problema, tendrá tiempo de sobra. A veces los obreros no son

muy habladores, pero cuando se trata de su trabajo y de la construcción de esta torre, se les suelta la lengua.

En la pared de un barracón prefabricado que sirve de oficina, en el área técnica, cerca de la entrada de la torre, Bruce Marron les enseña el alzado, en tres partes, de la Freedom Tower.

—Ahora preferimos darle su nombre oficial: One World Trade Center. «Freedom Tower» es muy bonito, una idea del gobernador anterior, pero era un poco demasiado simbólico. Podía convertirse en un nuevo objetivo para los terroristas. Recuerden que hubo dos intentos de hacer caer las Torres Gemelas, el primero en 1993. Cuando esta esté terminada, las empresas particulares, no solo las oficiales, que no tendrán elección, deben querer venir a trabajar al rascacielos más increíble del mundo.

Con el bolígrafo indica, sobre el plano, las gruesas columnas de cemento y las placas de acero que refuerzan el vestíbulo, de una altura de veinte pisos.

—Hay quien lo llama «el búnker», pero nosotros preferimos llamarlo «el podio». Es una estructura indestructible, a prueba de un camión bomba en la calle. El primer diseño propuesto por nuestros arquitectos se desestimó porque a la policía le pareció demasiado frágil. Hubo que parar las obras y reforzar la torre. Para evitar que parezca un búnker, la vamos a revestir con vidrio templado.

—Tengo una pregunta que supongo que les harán muy a menudo: ¿han previsto el impacto de un avión de línea contra la torre? —inquire Eric Chang.

—Desde luego. Es imposible no hacerlo. Las Torres Gemelas cayeron porque, para ganar metros cuadrados, por dentro estaban huecas. La estructura externa era lo que mantenía el conjunto. En su momento fue algo innovador, y muy rentable para el propietario, pero, como tristemente se vio, en caso de incendio era frágil. En este caso, el arquitecto David Childs y los

ingenieros lo han hecho al revés: la torre está construida alrededor de un núcleo de hormigón reforzado. En algunos puntos las paredes alcanzan un grosor de un metro ochenta. Es un hormigón revolucionario, en el que hay productos químicos mezclados con agua para mejorar la resistencia. Se han pasado meses haciendo pruebas. Los que se encargan de fabricarlo lo llaman «acero líquido». Ya verán los muros: son tan densos que casi parecen mármol. Hay quinientas mil toneladas, ¡suficiente para construir una acera desde Manhattan hasta Chicago! Tres aviones como los del 11 de septiembre no conseguirían tumbar este rascacielos, se lo aseguro.

—¿En cuántos pisos está ya montado el revestimiento de cristal? ¿La mitad?

—Un poco menos: cuarenta —contesta Ethan Milter, de DMC Erectors—. Ese trabajo le corresponde a otra empresa. Lo nuestro es montar la estructura, el esqueleto. Eso es lo que le interesa, ¿no? Vamos a verlo, ya he avisado al primer capataz.

De una caja de madera saca el arnés, con su anillo metálico en la espalda, y se lo tiende a la fotógrafa.

—Póngase esto.

Entran en el vestíbulo, del tamaño de una catedral: cemento y acero que unos obreros recubren con paneles de cristal. Pasan delante de las escaleras de emergencia, donde unos carpinteros están poniendo puertas. Dado que los empujones y los atascos ralentizaron la evacuación de las Torres Gemelas, diez años atrás, aquí se ha doblado la anchura que exige la normativa para las puertas.

—Lo más importante es que estarán presurizadas, para evitar que pase el humo en caso de incendio —dice Bruce Marron—. El verdadero peligro cuando hay fuego, más que las llamas, es la asfixia. Aquí, cuando se abra una puerta, una corriente de aire se llevará el humo del interior al exterior. Con

estos muros de cemento serán buenos refugios. Además, hemos previsto una serie de ascensores en una caja de cemento aún más sólida, reservados para los bomberos en caso de que haya problemas. En total habrá setenta y tres ascensores, los más rápidos del mundo.

Las primeras cabinas ya están funcionando. Entran en una de ellas, en la que suena una canción de REM que anima a los obreros a marcar el ritmo con el pie. Los saludos se hacen con un movimiento de cabeza. Primera parada en el piso 39, que ya está acristalado. Están colocando el suelo, y los mecánicos se cruzan con los electricistas. Una flecha dibujada a mano con aerosol naranja fluorescente dirige a otra serie de ascensores: «Exprés todo el día».

Se meten en otra cabina, con cierre de rejas, alfombrada de trozos de madera y aluminio. El suelo se pierde bajo una capa de cemento reseco. Fin de trayecto provisional, piso 70. Aquí todavía no se han puesto los revestimientos externos. El viento salado de la bahía, que en la planta baja es inexistente, atraviesa la red de plástico verde que envuelve el edificio como un capullo.

—Abróchense la chaqueta, hay que subir cinco pisos por la escalera exterior —dice Ethan Milter, alzando la voz sobre el runrún del motor de las grúas canguro que tienen sobre sus cabezas.

Los escalones metálicos están como suspendidos sobre el vacío. Las vistas del puerto son extraordinarias. Una viga en I de veinte metros sube ante ellos. Se cruzan con unos montadores de acero que bajan llevando en el cinturón sus llaves de cola, una palanca y dos pesados bolsillos para bulones. Saludan llevándose dos dedos a la visera del casco, donde brilla la bandera de barras y estrellas. En el último piso, la escalera desemboca directamente en un contenedor transformado en vestuario. Una puerta, y ahí está la terraza, con otros tres contenedores formando un cuadrado. Uno de ellos está pintado de amarillo y verde, los colores de la cadena de bocadillos Subway.

—A un ingeniero se le ocurrió usar los contenedores para estabilizar el esqueleto mientras se construye. No está mal, ¿verdad? —dice Bruce Marron—. Sirven de sala de descanso o de reunión. Se izan con la grúa y suben con los pisos. En cuanto al restaurante, hicimos una licitación y el propietario de unos Subway en la ciudad respondió. A esta altura, si los hombres tuvieran que bajar para comer y luego subir, no les daría tiempo. En cambio, así los sándwiches vienen a ellos, y hay café caliente las veinticuatro horas.

Al mirar hacia arriba ven, con el cielo azul de fondo, a unos conectores a punto de colocar la viga que han visto subir. Uno en cada punta, en equilibrio sobre la tercera parte de sus suelas planas, y otro más guiando la pieza con el cable. Para ensamblar la torre más moderna del mundo repiten gestos que no han cambiado en seis generaciones. La viga se acerca despacio, centímetro a centímetro. Toca los dos lados; no irá mucho más lejos. De un salto, el conector de la derecha se sube encima, y con una mano aparta la correa que se le ha enredado en el brazo. Se estabiliza y, gritando «¡Ven aquí, gordita!», salta sobre el metal. Se sienta, se inclina para comprobar la alineación de los agujeros de fijación, saca la llave de cola y mete el extremo puntiagudo en uno de ellos. Hace palanca para ganar los escasos milímetros que le faltan para alinear los agujeros. El acero rechina, la viga encaja en su sitio. Dos bulones, treinta segundos.

—Ya está, Gun, ahora tú.

Kathryn coge su Nikon, fija un teleobjetivo de trescientos milímetros y se asegura de que la tarjeta de memoria esté en su sitio. Se centra en el otro *ironworker*, que patea una viga sin conseguir moverla un ápice.

—Este bicho tiene por lo menos medio centímetro de más, no se puede. Anda, saca el soplete y comprueba el nivel de las botellas, voy a recortarla un poco.

—Prepárese —le dice Ethan Milter a Kathryn—. Van a salir unas chispas

preciosas. Dicen que estas vigas han salido de fábrica con la medida ajustada al milímetro, que todo se hace por ordenador, pero cada dos por tres nos encontramos con que las fijaciones no se alinean. Los chicos lo rectifican sobre la marcha, como cuando se montó el Chrysler Building en los años treinta. En fin, que los bulones de la torre del tercer milenio se siguen atornillando a mano.

Tras comprobar los sistemas de seguridad de la fotógrafa, la autoriza a subirse a una bandeja, una pequeña plataforma equipada con una red, destinada a recoger a una persona en caso de caída. Desde ese ángulo no se pierde nada del proceso de corte. Tras una hora de fuego, esfuerzo y palabrotas, la viga queda alineada, y los primeros bulones, puestos. Los conectores, verdaderas estrellas de la obra, bajan y ceden el sitio a los atornilladores que, con sus herramientas neumáticas, aprietan definitivamente tuercas del tamaño del puño de un niño.

—Va a ser la hora del descanso. Si quiere conocer al primer capataz, le aviso para que venga al Subway.

Sobre sus cabezas ven que una de las grúas, sin carga, se está sacudiendo un poco, con movimientos que no parecen motivados por nada en particular.

—¿Eso?... Es el gruista saludando a su hermano. Tienen un código secreto. Son tres hermanos, italianos, los mejores profesionales de la costa Este. Te pueden colocar una viga encima de una huevera sin romper los huevos. Cuando los tres están en el cielo de Nueva York se hablan en las nubes. A veces solo están dos. De los tres, dos son gemelos, y se parecen tanto que nunca sabes con cuál estás hablando. Al jefe no le gustan nada sus jueguitos, pero nunca protesta porque, al menor reproche, saldrían de la cabina para no volver. En estas obras los gruistas son fundamentales; como no respondan, solo traen problemas, retrasos y accidentes. Algunos, como

ese, reciben pagas extra por rendimiento que darían mucha envidia si se supiera a cuánto ascienden. Por favor, no ponga eso en su artículo...

A las once y media, la fila se va alargando delante del contenedor de Subway. Ethan presenta su pase y van a una mesa cerca de una ventana, con vistas al vértigo. Al poco, un mohawk de unos cincuenta años, con un *walkie-talkie* en la mano, entra en la sala y los busca con la mirada. Ethan le hace un gesto y él se acerca a ellos, cojeando ligeramente de la pierna izquierda. Lleva el pelo, casi gris, un poco largo y recogido con una goma por detrás. Algunos cabellos se escapan de un casco con los colores de Bethlehem Steel, el gigante del acero desaparecido en 2003. No lleva herramientas en la cintura.

—Hola, soy John LaLiberté, primer capataz.

Nueva York
Octubre de 2001

Los guardias nacionales que vigilan la entrada de la zona prohibida no sospechan nada: tres hombres vestidos con ropa de faena, uno empuja una carretilla con una botella de oxígeno, sopletes y una bolsa de deporte. Saludan y tienen los pases en regla. Son las tres de la madrugada en la esquina de Canal Street; es demasiado pronto o demasiado tarde para el relevo de los equipos, pero da igual.

—Vale, chicos, tened cuidado ahí abajo.

Dos manzanas más allá, en lugar de seguir recto hacia la entrada de la Zona Cero, los silenciosos hombres con cascos negros ajustan sus máscaras de gas y giran hacia Broadway. Se detienen en la esquina de la calle Cortlandt. El cercado que delimita la zona de búsqueda está a cincuenta metros. El más alto coge la palanqueta que va sujeta a la botella de gas, mira a todos lados y se acerca a una puerta recortada en la persiana de un garaje. Los otros dos se quedan vigilando en el cruce. El primero finge estar esperando. Un camión y un Jeep de los bomberos pasan con todas las luces encendidas. Las tres sombras bajan la cabeza, se vuelven hacia el muro. La nube de polvo se posa de nuevo. Todo va bien. La cerradura cede con un

chasquido al tercer intento. Entran, cierran la puerta y la bloquean con una brida de plástico. Encienden la luz roja de sus linternas frontales. Están inmóviles. Ni un ruido. Levantan las máscaras, se las ponen en la nuca. Las cenizas y el cemento se han dispersado por todas partes, ahogan los sonidos. Hay huellas de pasos entre los coches. Llevan la botella rodando hasta una puerta que conduce a los sótanos. El más alto, que da las indicaciones por señas, enciende la luz blanca de la linterna y baja abriendo camino a los otros dos, que llevan la bombona al hombro. Son cuatro pisos. Saca del bolsillo una hoja de papel, la desdobra, ilumina un plano trazado a mano, señala con el dedo.

—Es allí, muro del fondo. Seguidme.

Con una cinta métrica toma medidas en el suelo. Tres metros a un lado, cinco al otro.

—Aquí.

Traza con tiza una cruz sobre la pared, se aparta para dejar que el más bajito dé un primer golpe con la maza.

—¡Espera! Espera a que haya más ruido. —El zumbido de una máquina hace temblar el techo—. ¡Ahora!

Con una docena de golpes abre un hueco en la pared.

—¡Para! No os mováis.

Luego, tras una indicación de cabeza, empiezan a desmontar la pared, ladrillo a ladrillo. Cuando el paso es lo bastante grande, el más alto apaga la linterna y cruza al otro lado, donde se lo traga la oscuridad. Vuelve al cabo de diez minutos y asoma la cabeza por el butrón.

—Me parece que es aquí. Ve pasándome los trastos, despacio.

Entran en un sótano lleno de escombros. Están debajo de la explanada del World Trade Center. El edificio que tienen sobre sus cabezas, que estaba al lado de las Torres Gemelas, se ha hundido en parte y el resto se ha quemado.

Vuelven a encender la luz roja de las linternas y avanzan pegados a una pared.

—Si el plano de Pete está bien, tiene que estar detrás de estos escombros. Hay que encontrar la manera de pasar. Lo dejamos todo aquí y después volvemos por las herramientas.

Escalan un trozo de muro, trepan por una camioneta aplastada y van a parar a una habitación más pequeña. A la derecha, dos planchas de acero brillan en la oscuridad.

—¡Joder! ¡Ahí están las puertas!

Un ruido metálico resuena en el sótano.

—La luz —susurra el jefe.

Apagan las linternas, se agachan detrás de un Cadillac Seville intacto, cubierto por tres centímetros de cenizas, y esperan un rato sin moverse.

—¡Vamos!

Bajo la luz roja de las linternas aparecen los picaportes y la rueda de hierro de una cámara blindada cuya puerta es lo bastante amplia para que se puedan poner delante cuatro hombres mirando de frente. Encima se puede leer: ALLIED SAFE AND VAULT, FABRICANTE. SPOKANE – WASHINGTON STATE.

—Tim, tú estás pirado. ¿Quieres que abramos esto con un soplete? ¡Ni en sueños! Incluso con plasma necesitaríamos dos días para hacer un agujero. Hacer un agujero, no abrirla. Yo digo que nos larguemos, pero ya. Lo sabía, no tendríamos que haber venido, este golpe nos queda grande. No tenemos...

—No me jodas y cállate, que nadie te ha obligado a venir. Vete a buscar el oxígeno y nos pondremos con las bisagras. Si ceden, la puerta se abrirá.

Acercan la botella de gas a la puerta de metal. Los sopletes están encendidos, de la bolsa han sacado tanto las máscaras como los guantes de soldador. Cuando la llama se pone azul, la acercan al acero, que primero se ennegrece y a continuación se pone rojo, pero no cede. Insisten, juntan todas

las llamas en el mismo punto. El círculo escarlata se agranda, pero la puerta sigue intacta.

—Ya te lo he dicho, no es como las antiguas, esta no tendrá más de veinte años. Es una aleación moderna. Con oxígeno es imposible, estamos perdiendo el tiempo. Hemos de largarnos y volver con plasma.

—Rich, cierra el pico. Nunca dije que sería fácil, ni que estuviera seguro de conseguirlo. Pero lo vamos a intentar. Piensa en lo que hay detrás. Una oportunidad así solo se presenta una vez en la vida. Ha sido una suerte que nos dieran el soplo. Quizá tendríamos que volver, pero a lo mejor no podemos. Mientras tanto, aquí estamos, así que vamos a seguir. Ajusta la llama lo más caliente que puedas y apunta donde lo hago yo; sin mover el soplete, concentra el fuego.

El círculo rojo ya no crece, sino que se pone granate, pero la puerta resiste.

—Parad dos segundos.

Tim apaga el soplete, saca de la bolsa un cincel y una maza. Coloca el cincel en el centro del metal enrojecido y golpea con todas sus fuerzas. Apenas hace un arañazo.

—Hay que joderse, ¿de qué coño está hecha esta aleación?

Golpea otras diez veces y la bisagra al rojo vivo empieza a enfriarse, indestructible.

—¿Y con una radial con disco de diamante?

—Puede, aunque no estoy seguro de que fuéramos a conseguirlo. ¿Y dónde coño la íbamos a enchufar? ¡Tampoco vamos a bajar con un generador!

De repente, un golpe sordo, metal contra metal, resuena en el sótano. Otro más.

—¡Una luz! Escondedlo todo. Cierra el oxígeno.

Una puerta de doble batiente se abre en el otro extremo del sótano.

Linternas potentes barren la oscuridad. Los tres hombres, agachados, oyen unas voces. El jefe susurra:

—Rich, tú llevas la bolsa. Tom y yo, la bombona. Si nos quedamos, estamos perdidos. Nos piramos, no hay que olvidarse nada.

Las luces giran a la derecha y se alejan. De puntillas, vuelven a salir por el agujero del muro al aparcamiento vecino, esconden la botella y los sopletes debajo de una camioneta de reparto. Suben los escalones de dos en dos, cortan la brida, abren la puerta del garaje. La calle Cortlandt está desierta. Nadie los ve salir, cierran la puerta encajando la cerradura, se ponen las máscaras y se alejan caminando tranquilamente.

Es la segunda vez que Douglas O’Keefe, teniente de la comisaría de Park Slope, en Brooklyn, entra en el sótano. La víspera había recibido orden de acompañar a un destacamento de bomberos, policías y montadores de acero para comprobar la estabilidad de una rampa, construida para acceder a los sótanos del edificio 4 del World Trade Center. No acababa de entender la urgencia de la operación, ni la consigna que les habían dado de mantener el secreto, hasta que se ha unido a ellos un grupo de expolicías, miembros de la empresa de detectives Kroll.

—¿Ven esas puertas de acero al fondo? —les dice uno de ellos—. Detrás hay doscientos cincuenta millones de dólares en lingotes de oro y plata. Ochocientas sesenta toneladas amontonadas en palets. Es la reserva de cambio del banco Nova Scotia, de Toronto. Cuanto antes la saquemos de aquí y la llevemos a un lugar seguro, mejor. Los rumores de que hay un tesoro debajo de los escombros son cada vez más insistentes.

—¿Así que era cierto?

Un bombero enfoca con la linterna el lado derecho de las puertas

metálicas.

—¡Eh, venid a ver esto!

O’Keefe ilumina las quemaduras del soplete, recorre con el haz de luz toda la puerta, pone las manos en la pared.

—Demonios, está caliente. Se acaban de marchar. Los hemos interrumpido. Mirad las marcas del cincel, ahí. —Agarra su Motorola—. Central, central, aquí O’Keefe, segundo sector WTC 4...

La radio chisporrotea, pero no hay respuesta.

—Estamos muy abajo, no hay cobertura. Jones, Marti y Rourke, quedaos aquí. Sacad las armas. Voy a avisar al cuartel general, volveré con la Guardia Nacional. —Se vuelve hacia los carpinteros del hierro—. Vosotros, por favor, cortad esas viguetas, limpiad el acceso. Queremos acercar todo lo posible los camiones. Y ni una palabra a nadie.

Media hora después regresa con seis soldados con cascos reforzados y chaleco antibalas, que se despliegan en abanico delante de las puertas metálicas y acoplan los cargadores a los M-16. Tiran un cable hasta un generador en la superficie y encienden dos proyectores en batería.

—Teniente, venga a ver.

Un policía dirige la linterna al agujero de la pared: en el suelo hay huellas de botas.

—Han pasado por aquí al sótano del edificio contiguo. Id con cuidado, no pueden estar lejos. Marti, ve a buscar a la Guardia Nacional. Te esperamos. Mientras, vamos a ver hasta dónde nos llevan.

Siguiendo las huellas, encuentran los sopletes debajo de la camioneta.

—Es un equipo profesional. Las boquillas están calientes, hace menos de una hora que se han ido. Si he entendido bien lo que dijo el jefe de seguridad de Nova Scotia, con este equipo, en la vida hubieran podido abrir la caja fuerte. Han salido por estas escaleras.

Suben hasta la planta baja y encuentran la puerta descerrajada.

—Central, aquí O’Keefe. ¿Pueden enviar una patrulla a Cortlandt? Estoy en el número 8, les espero aquí.

Cuando llegan, el oficial les pide que hagan una ronda por el barrio buscando a dos o tres hombres, sin duda *ironworkers* o vestidos con ropa de faena.

—Jefe, ¿está de broma? Esto está cerrado al público. Quitando nuestros uniformes y los de los bomberos, por aquí todo el mundo va con ropa de faena. ¿Es la mejor descripción que puede darnos?

—Sí, tiene razón, olvídalo. Quédense aquí y vigilen esta puerta hasta que mandemos a alguien a repararla. Una o dos horas como máximo. —Ve que en la identificación del NYPD pone «Sánchez»—. Muchas gracias, Sánchez. No puedo decirle más, pero son de gran ayuda.

De madrugada, antes de irse a dormir, O’Keefe se pasa por el cuartel general de la policía, instalado en una tienda gigante a orillas del Hudson, para informar a su capitán de la misión nocturna.

—Bueno, por lo que sé, la evacuación de los lingotes estaba prevista para la semana que viene pero, con lo que me dices, sin duda lo adelantarán. Gracias, O’Keefe. Lo comentaré ahora mismo en la reunión con el comisario. Aunque si aquí dentro hay tantas toneladas de oro y plata, nos va a costar un poco más que aquello del camión blindado.

—¿Es verdad la historia esa del camión blindado, capitán? Creí que solo era un rumor.

—No, no. Catorce millones en billetes, en un coche blindado de la Brinks. No planteaba problemas, el camión estaba intacto y se había quedado atrapado en un sótano. Lo evacuamos hace dos semanas, en cuanto pudimos encontrar un itinerario de salida. Con esto de los lingotes llevan trabajando desde primeros de mes para construir una rampa de acceso discreta que

desemboque en un antiguo túnel ferroviario. Creo que casi han terminado, supongo que ahora lo acelerarán. Se encargan los detectives de Kroll. Tengo allí a un primo, expolicía. Voy a hablar con ellos. Buenas noches, O'Keefe. Hasta mañana.

Al día siguiente sustituyen a los guardias nacionales apostados junto a la cámara blindada por cámaras de vigilancia conectadas a los locales de Kroll, en Manhattan, donde las controlan las veinticuatro horas del día. Cada hora pasa una patrulla armada. Una mañana de finales de octubre, miembros de la dirección de Nova Scotia y un técnico introducen las largas llaves de titanio en la cerradura doble, giran la rueda y abren las puertas blindadas. En el interior relucen miles de lingotes de oro y planta alineados sobre palets. Todo está limpio, el polvo no ha entrado. La última firma en la hoja de control de la pared tiene fecha del 10 de septiembre.

El primer camión blindado con el logotipo de la Brinks entra marcha atrás y aparca a unos metros de la puerta. Vigilados por guardias privados, armados con rifles semiautomáticos, unos treinta bomberos y policías forman una cadena para cargar uno a uno los treinta mil lingotes en los vehículos.

En la mañana del segundo día de la operación, Douglas O'Keefe se pone al mando del contingente del NYPD. Los tres camiones ya han hecho unos cincuenta viajes, saliendo discretamente del túnel de la calle Church para enfilarse hacia Brooklyn. Harán falta otros tantos viajes para terminar de vaciar la cámara blindada. Entra en la sala e intenta levantar con una mano uno de los lingotes de plata. Pesa demasiado, más de treinta kilos. Lo levanta con las dos manos ante la mirada inquieta de un guardia de la Brinks; lo vuelve a dejar en su sitio. Se dirige a uno de sus hombres:

—Hay una cosa que no soy capaz de entender: si hubieran reventado la puerta, ¿cómo pensaban transportar el botín? ¿A hombros? ¿Habían contratado a Superman?

18

Sausalito (California)

Diciembre de 1908

Sausalito, bahía de San Francisco,

4 de diciembre de 1908

Mi querida Martine:

Me hubiera gustado escribirte antes para darte noticias y contarte mi viaje, pero los meses se me han pasado como si fueran semanas. Rara vez me he quedado más de dos días en un mismo sitio, y no tenía una dirección que darte para que me contestaras. Pero ahora ya está: me alojo con una familia de carpinteros suecos en la bahía de San Francisco, en la costa del Pacífico de Estados Unidos. Mira en un mapa; creo que vuestro vecino, Beaulieu, tiene uno. Me lo enseñó un día para indicarme el camino que siguen los colonos hasta California.

Aquí hay mucho trabajo. El terremoto de hace dos años (¿Te acuerdas? Los periódicos de Quebec hablaron de ello) destruyó parte de las ciudades y los pueblos de la zona. Están arreglando casas y puentes por todas partes, necesitan mano de obra. Conocí a los señores Larsson en la estación de una ciudad que se llama San Rafael, al norte de California. Vinieron de Suecia para trabajar en la reconstrucción de San Francisco y buscaban obreros. Cuando les dije que soy montador de hierro y que había construido puentes en la costa Este de Canadá, me contrataron.

Tengo un buen sueldo. Mi primer trabajo ha sido terminar una casa flotante en la bahía, en una cala muy bonita rodeada de montañas que se llama Sausalito. Es donde

vivo ahora, con otros ocho empleados de Larsson que viven al lado, en la colina. Un carpintero que ha venido de Irlanda sabe escribir bien. Se llama Connor. Era profesor en Dublín, y es quien me está escribiendo esta carta. (Hola, Martine, soy Connor. Dice Mike que eres una belleza.)

Ya sabes que sé escribir, pero con todo lo que tengo que contarte me habría llevado días y habría cometido demasiados errores.

Total, que cuando dejé a Éric Bouchard (dale otra vez las gracias por su ayuda) cogí una canoa en la ensenada de los faros. Bajé el río remando de noche y escondiéndome al salir el sol, durmiendo entre los juncos. Los tres primeros días fui prudente, no hablé con nadie y nadie me vio. Cuando se me acabó la comida que me dio la señora Bouchard (dale también las gracias), pesqué con la mano y comí peces crudos. Después de Trois-Rivières, bastante lejos de Quebec, compré comida en las granjas. Al alba del noveno día pasé por delante de Kahnawake. Pasé por la otra orilla, por Lachine. Se me partía el corazón viendo esa parte del río de la que conozco todos los remolinos, todos los árboles. Estaba a solo doscientos metros de la casa de mis padres, pero no me acerqué. Me estaban buscando, seguro que la policía habría ido al pueblo, y no quería avergonzarlos ni ponerlos en el apuro de tener que mentir. Aún no saben qué ha sido de mí. Les escribiré pronto.

Me bajé de la canoa en un muelle del puerto de Montreal que conozco bien, cerca de un mercado indio. Comí como un ogro y descansé en la pensión de unos algonquinos que conoce mi padre. No le dirán a nadie que me han visto. Les dije que había tenido problemas con los blancos de Quebec, sin entrar en detalles. No hicieron preguntas.

Al día siguiente me fui a la estación Dalhousie. Pedí un billete para el puerto de Vancouver, al otro lado del continente, donde termina la línea transcanadiense. ¡En tercera clase el billete costaba cincuenta dólares! El empleado de la ventanilla aceptó venderme uno de los que la compañía reserva a los inmigrantes. Yo le dije que era mohawk, que iba a buscar trabajo en la construcción de puentes en la costa del Pacífico y que no contaba con regresar, así que me dijo: «Entonces es usted como un inmigrante en este gran país». Ese costaba treinta y tres dólares. Me fui dos días después. Había tres vagones para los inmigrantes, con compartimentos con literas y un espacio con cocina para todos.

El primer vagón estaba lleno de familias que venían de Grecia e Italia, con muchos niños. En el segundo había unos fortachones rubios que hablaban un idioma muy raro y que no me dejaron subir. En el tercero quedaba una litera libre. Una familia procedente de Europa aceptó quitar las maletas que habían dejado encima para que yo pudiera ocuparla. Hablaban poco inglés. Al final entendí que venían de muy lejos, del interior de

Rusia, de las orillas de un gran lago. Los hombres llevaban unas gorras planas que yo no había visto nunca, y las mujeres unos pañuelos muy apretados sobre las mejillas, que eran muy blancas. Tenían los ojos muy azules. Al principio desconfiaban, pero luego ya no. Yo llevaba comida. El revisor dijo que el viaje duraría por lo menos siete días. En invierno es más largo, porque en las Rocosas a menudo la nieve obstruye la vía. Nos fuimos por la mañana. Nadie me pidió ningún documento. Me pasé los primeros días en la parte de atrás del vagón, en la plataforma. Estábamos en la cola del tren; es mejor, para no respirar el humo de la locomotora.

Martine, mi amor, espero que puedas hacer pronto ese viaje. Los paisajes del centro de Canadá son impresionantes, con llanuras inmensas y bosques interminables. Han construido montones de puentes para cruzar los ríos. El tren se para mucho, en pueblos o en pleno campo, para cargar madera y agua (la locomotora funciona a vapor, pero no me dejaron acercarme). Al tercer día hablé con un niño que entendía un poco de inglés. Yo estaba tallando una cabeza de oso en un trozo de madera y él me miraba boquiabierto. Se lo regalé. Su familia me invitó a compartir con ellos la sopa que la madre había preparado en las paradas. El padre se sacó del bolsillo un cartel doblado y me lo enseñó. Era de la Canadian Pacific, y ofrecía a los emigrantes comprar unas granjas construidas para ellos al oeste del país, pagaderas en varios años. Por eso han venido. La compañía mandó agentes a repartir carteles por toda Europa. Esa familia vendió todo lo que tenía y cruzó el océano hasta Quebec. Cuando miraban el dibujo se ponían muy contentos y les brillaban los ojos. En letras grandes, ponía: GRANJAS YA PREPARADAS EN LAS TIERRAS VÍRGENES DEL OESTE DE CANADÁ, y se veía una casa muy bonita y un granero pintado de rojo y blanco. Alguien había escrito la traducción a lápiz con unas letras raras. Por lo que tengo entendido, la Canadian Pacific tiene muchas tierras a lo largo de la vía, y quiere recuperar los millones que ha invertido en la construcción trayendo emigrantes. Les dan diez años para pagar. La granja tiene un pozo, una bomba y un terreno, parte del cual ya está labrado cuando llegan. El niño ruso me ha dicho que su padre no es campesino, que vienen de la ciudad, pero que aprenderán. En su país estaban encerrados en un barrio con prohibición de salir y no tenían derecho a trabajar en determinados oficios, no entendí por qué. En otro cartel se veía a una mujer con los mofletes sonrosados y con un niño rubio en los brazos, rodeada de gallinas, vallas de madera y haces de heno.

Pasados tres días de viaje se montó en el tren un hombre con una bolsa de herramientas. Estuvimos hablando en la parte de atrás, mientras fumábamos. Me contó que era carpintero y que se iba a California, cerca de San Francisco, para la reconstrucción. Eso me dio la idea de ir yo también. Pensé que allí seguramente habría

muchos puentes por construir o por arreglar. Al llegar a una provincia que se llama Manitoba, las familias de emigrantes se bajaron del tren en una estación nueva, perdida en medio de la llanura. Allí los esperaban unos hombres subidos a unas carretas, con unas listas en la mano. Me despedí de los rusos, me apunté su nombre y el de su granja. Un poco más lejos, a lo largo de la vía, vimos casas que se parecían a las del cartel.

El quinto día llegamos a los pies de las Rocosas, que son unas montañas inmensas, las más altas que he visto nunca. Por lo visto, algunas cimas tienen nieve incluso en verano. Para pasar los puertos engancharon dos locomotoras, y aun así había veces que, con lo empinada que era la cuesta, subíamos tan despacio que nos bajábamos del tren en marcha y corríamos a su lado, por diversión. Después llegamos a donde había nieve y ya me quedé dentro, junto a la estufa de la cocina.

Cuando se baja hacia el Pacífico, la vía pasa por valles magníficos y bosques con árboles inmensos, con el tronco tres o cuatro veces más grueso que los que se ven en Quebec. Son secuoyas. En algunos sitios, con solo cuatro ya tienes para construir un puente. Te hacen pensar en gigantes, en pilares del cielo, como dioses que pudieran sacar las raíces del suelo e irse andando hasta el océano.

Una mañana llegamos a Vancouver, el final de la línea. Es un puerto enorme, con barcos mucho más altos y grandes que los que van por el San Lorenzo. Llegan de Australia, de Asia, de China, de todas partes. La ciudad entera está en obras, por donde mires hay edificios, muelles y carreteras en construcción. Y a todas horas se dan golpes, se clavan clavos, se sierra.

Acompañé a Jim, el carpintero, a la oficina de una empresa de transporte por mar. Hay muchos barcos que van de Vancouver a San Francisco. El viaje es de solo cuatro días, mucho más rápido que por tierra porque todavía no hay tren, pero el billete costaba casi treinta dólares. A mí solo me quedaban cinco, los que le diste a Éric Bouchard para mí, amor mío. Los gasté pagando dos semanas en una pensión y me fui a buscar trabajo. Al cabo de una hora ya lo había encontrado, en una serrería cerca del puerto.

Estaba en la ribera de un río, donde pescábamos los troncos que bajan de la montaña en almadías gigantes, como en el San Lorenzo, y los aserrábamos a lo largo para hacer tablones. Pasaban por una sierra circular, una rueda de acero gigantesca movida por un brazo conectado a una máquina de vapor. Me quedé allí un mes, hasta que oí a un cliente que venía a buscar vigas hablando de un puente en construcción en la otra punta de la ciudad. Una mañana fui hasta allí, pregunté por el capataz y le dije que había trabajado en el puente de Quebec. Él había leído un artículo sobre la catástrofe, y me preguntó qué opinaba yo sobre la causa. Me dijo que si había estado montando vigas metálicas sobre el San Lorenzo, también sabría montar vigas de madera, y me contrató.

La paga era casi el doble que en la serrería. En la obra, los demás no entendían que yo me moviera tan fácilmente sobre las vigas, y algunos empezaron a decir que no tenía vértigo porque soy indio. Esa bobada que dicen algunos en Quebec ha llegado hasta aquí, y yo tampoco me molesté en explicarles nada. ¿Recuerdas que te conté que esa leyenda nació cuando empezamos a subir al puente de Kahnawake?

Al cabo de tres meses ya había ganado suficiente para pagarme el billete a California, pero seguí otro mes porque me había comprometido a quedarme hasta que el trabajo estuviera acabado. Cuando fui a reservar el pasaje para ir a San Francisco, el hombre que estaba en la ventanilla me preguntó si tenía papeles de identidad para entrar en Estados Unidos, y yo le enseñé mi certificado de nacimiento. Él me dijo que los estadounidenses no me dejarían bajarme del barco con eso. Me mandó al ayuntamiento de Vancouver y allí, por dos dólares, me hicieron un certificado de ciudadano de Canadá. Pensé que buscarían a Manish LaLiberté en Quebec, o en Montreal, pero que seguro que el aviso de búsqueda no habría llegado hasta la costa del Pacífico.

(Martine, soy Connor: Mike me ha contado por qué y cómo mató a ese animal. Le he felicitado, es lo que se merecen esos bestias ingleses.)

Me embarqué rumbo a San Francisco a principios de junio. El barco era muy grande, de tres mástiles, el *California*. A bordo tenía camarotes de lujo como no te puedes imaginar (los vi mirando por los ojos de buey) y camarotes sencillos, y luego estaban los que, como yo, habían pagado para viajar sobre el puente. Por la noche nos daban mantas. No pasé demasiado frío, pero me mareé por los movimientos del barco, que se balanceaba mucho sobre las olas. No fui capaz de comer nada. Vimos muchos animales: nutrias, focas, delfines, e incluso el lomo y la cola de una ballena. Soltó un chorro inmenso de agua caliente que olía mal, estábamos tan cerca que hasta me salpicó. ¿Te acuerdas que queríamos ir al norte, a la bahía del San Lorenzo, para ver pasar las ballenas?

La mañana del tercer día entramos en el puerto de una ciudad llamada Eureka, al fondo de una profunda bahía. No era una escala prevista, pero los marineros nos dijeron que había problemas con el *California* y necesitaba una reparación. Tuvimos que esperar dos días. Yo me alegré de poder bajar a tierra; tenía la sensación de que el suelo se movía bajo mis pies. Después el capitán nos reunió a todos en el puente y nos dijo que ahí terminaba el viaje, que era imposible seguir hasta San Francisco porque si no hacían un arreglo muy grande, que iba a llevar varias semanas, podíamos ahogarnos. Algunos pasajeros se enfadaron mucho, porque los estaban esperando en San Francisco. Uno de ellos era tan rico que se fue al hotel y puso un telegrama pidiendo que un automóvil de motor del señor Ford le fuera a recoger. A los demás, la empresa nos pagó el transporte

en carro hasta una estación de tren. Los empleados del ferrocarril nos dijeron que solo hacía seis meses que habían terminado la vía.

Cogimos el tren al día siguiente. En la estación de San Rafael, donde el tren hizo una parada, conocí a los Larsson. Habían venido a esperar a su familia, que llegaba de Suecia. Los oí hablar de almacenes y de carpintería, y me ofrecieron trabajo.

En Sausalito hay algunas casas flotantes como la nuestra, y están construyendo más. Algunas eran casas de vacaciones y de fin de semana de familias de San Francisco que ahora se han instalado aquí tras haberlo perdido todo en el terremoto. Una de ellas es un *saloon* que también tiene sala de espectáculos, con orquesta y bailarinas, conocido en toda la región. Desde la ventana de la cocina podemos pescar. Siempre hay un anzuelo en el agua. Pescamos peces deliciosos, desconocidos en el lado Atlántico, que van directos a la sartén.

El señor Larsson acaba de firmar un contrato para la construcción de un puente a diez kilómetros de aquí, y también para tres almacenes y una granja. Cree que hay trabajo para un año. Si todo va bien, mi sueldo, que ahora es de ocho dólares por semana, subirá a diez, cuando me nombre jefe de equipo. Pronto tendré dinero para pagar tu billete a Vancouver. Ahora el correo va bien entre Sausalito y Quebec, lo he preguntado en la oficina de correos. Si me escribes diciéndome la fecha en la que sales, podré ir a esperarte a la estación.

Martine, vida mía, rezo por que no me hayas olvidado. California es una tierra maravillosa. Hay proyectos de puentes gigantes de metal en la bahía de San Francisco, y en la costa Oeste pocos tienen experiencia en este tipo de construcción. Estoy seguro de que habrá trabajo bien pagado por muchos años.

En las colinas que miran a la bahía se venden terrenos muy baratos. En pocas semanas, con los amigos, podría construir una casa para los dos. Espero que cumplas tu promesa y vengas conmigo. Por favor, respóndeme a esta dirección, en Sausalito. Si sigues estando de acuerdo, podremos estar juntos en primavera y casarnos.

Te mando un dulce abrazo.

MANISH ROCHELLE

19

Nueva York *Octubre de 2011*

Las vigas han encajado, el *ironworker* se sienta en una de ellas y saca una tuerca del bolsillo del cinturón. Figuras geométricas en el cielo de Nueva York, el hombre se recorta como una sombra chinesca. El gesto. Ahí está, ahora. Rápido, teleobjetivo. La luz de la última hora de la tarde es perfecta.

Kathryn Martins ya ha hecho tres intentos de sacar un primer plano, pero nada. Dentro de una hora habrá terminado su segundo y último día en la cima de la Freedom Tower. Tiene varios planos cortos, pero no es lo que está buscando. La mano y la herramienta. Está demasiado lejos. Se acerca, pasa por encima de la barandilla, avanza por una plataforma dando pasitos. El arnés la sujeta, pero la correa se ha enganchado en algo.

—Espere, señorita, ahora la suelto.

Es una suerte, porque el *ironworker* ha metido el tornillo en el agujero pero se le ha caído la tuerca.

—¡Cuidado ahí abajo!

El obrero saca otra, la engancha en la rosca y le da tres vueltas. Cuando saca la llave de cola, la fotógrafa está arrodillada a cinco metros, con el objetivo apoyado en una vigueta. El *ironworker* apura la tuerca con la mano,

luego la aprieta con la herramienta. Kathryn dispara. Cuatro veces. Una vez más. Listo. No necesita mirar la pantalla de la Nikon para saber que tiene una buena foto. Los músculos del brazo, las venas hinchadas, la inscripción Knox-Fit 679 en el guante, la llave, las botas de cuero, el bajo de los vaqueros, las tuercas, el acero. Blanco y negro, todos los matices del gris: es la imagen que le faltaba para completar el tema.

Saca algunas fotos más del mohawk, que levanta la cabeza sudorosa y mira hacia ella sin verla. Tiene retratos mejores que este. Se levanta. Tras ella, al otro lado de la torre, sobre la planta recién terminada están instalando una red de seguridad, una especie de nido para las caídas. Hay tres trabajando, muy juntos, sobre una pasarela. Enfoca las siluetas y baja la cámara, solo quiere las piernas y los arneses. Y el *skyline* de Manhattan de fondo. El Empire State Building se recorta contra el cielo. Dispara cuatro veces, comprueba el resultado: no está mal. Parece que están bailando.

—Bueno, señorita, si necesita algo más pídalo ya, porque tenemos que bajar dentro de treinta minutos.

John LaLiberté se acerca a ella.

—Sí. Me gustaría, si fuera posible, pasar cinco minutos con el gruista en la cabina. ¿Cree que dará tiempo?

—Tiempo tenemos, pero a ver si quiere. Es muy bueno, uno de los mejores de la ciudad, pero tiene un carácter, digamos... especial. Un poco áspero, por decirlo así. No se mueva, voy a preguntárselo.

Kathryn sigue con la vista al capataz, que trepa por la escalera metálica, abre la puerta de la cabina y, diez segundos después, la cierra y regresa.

—Le he asegurado que es usted la fotógrafa más guapa que verá nunca, pero no ha sido suficiente. Es un cardo, ya se lo he dicho. Lo siento mucho. En cambio, con lo de los vestuarios no hay problema, los chicos estarán

encantados de lucir músculos y tatuajes. De todas formas, nunca se quitan toda la ropa. Mientras tanto, vamos al Subway, la invito a un café.

Están solos en una de las mesas de contrachapado, cerca de la entrada del contenedor de la plataforma del piso 75. A esas horas solo queda un obrero absorto en sus pensamientos y un camarero, un mexicano sonriente, algo más alto que el mostrador de acero inoxidable que seca con un trapo, moviéndolo en círculos. John sirve el café en unas tazas de corcho blanco.

—¿Leche? ¿Azúcar?

—Solo, gracias. Lo de hoy ha sido estupendo, muchísimas gracias de nuevo. Tengo que pedirle un último favor: ¿cree que me darían permiso para que vuelva mañana si lo pide usted? Hoy he hecho buenas fotos, pero ayer la luz era mala, había demasiadas nubes. Para mañana anuncian un tiempo perfecto, sería estupendo si me prorrogaran la acreditación veinticuatro horas. He estado meses esperando, he hecho un curso de seis días para poder trabajar aquí arriba. Cuarenta y ocho horas para un tema como este es realmente poco. Es para el *New York Times Magazine*, a toda plana; las fotos tienen que ser perfectas. ¿Podría hacerlo?

—Bueno, no soy yo quien decide estas cosas, pero puedo preguntar y decir que en la obra estamos de acuerdo. Me entiendo bien con el jefe de DMC. No veo por qué vaya a negarse. Luego hablaré con él.

Apenas han probado el café cuando se desliza entre ellos la sombra de las Torres Gemelas. El 11 de septiembre de 2001 Kathryn era diseñadora gráfica en Queens y fotógrafa aficionada. Como el resto de la ciudad y el mundo entero, se quedó conmocionada.

—Al día siguiente crucé a pie el puente de Brooklyn y traté de acercarme con la cámara, pero todo estaba cerrado más allá de Canal Street, había controles por todas partes. Hice algunas fotos y me volví, para quedarme pegada a la tele. ¿Estaba usted en Nueva York?

—Sí, aquí estaba. Llegué a la Zona Cero con el soplete a primera hora de la tarde. Me marché nueve meses después. Muchos *ironworkers* estuvimos allí, cortando acero.

—Qué barbaridad, ¡nueve meses! Tiene que haber visto cosas terribles. ¿Y su salud? ¿No quedó traumatizado o intoxicado? Leí un artículo sobre los gases y los humos tóxicos, sobre los policías y los bomberos que habían enfermado.

—De momento, todo va bien. Me hacen un reconocimiento todos los años y no han visto nada, pero enterré a mi mejor amigo en 2004. Entonces no sabíamos hasta qué punto los humos eran tóxicos. Era imposible trabajar con monos herméticos. Casi todos sabían que era peligroso, pero les daba igual. Algunos se empeñaban con un orgullo malsano en no usar máscara. Los primeros días había que trabajar muy deprisa para encontrar supervivientes, aunque en realidad no los hubiera, así que las precauciones... Esta torre es mi último trabajo, me jubilo al día siguiente del *topping-out*, la ceremonia que celebra la colocación de la última viga. En realidad, habría podido jubilarme hace cinco años, pero me quedé para construirla. Es cosa de familia.

Sin mirarla, con la vista perdida hacia la costa de New Jersey, John le cuenta su visita a la obra de las Torres Gemelas en 1968 («tenía doce años»), el orgullo, luego el rayo, la caída de su padre al hueco del ascensor, la ceremonia secreta de Wild Bill, el cinturón *wampum*, la búsqueda de la llave de su padre entre los escombros.

—Seguro que lo recuerda, tardaron muchísimo en ponerse de acuerdo sobre qué construir en este lugar. El proceso, las negociaciones interminables, las peleas entre arquitectos, las maniobras políticas, todo eso me volvía loco. Ascendí a capataz en 2003; ya no estaba en condiciones físicas para trepar y conectar vigas. Cada año iba retrasando mi jubilación para esperar el inicio de las obras. La Freedom Tower, «Torre de la Libertad». Ese nombre me

gustaba mucho más, era como si me perteneciera, como si nos perteneciera a todos. En cambio, One World Trade Center es poca cosa para una obra como esta, ¿no le parece? Tardaremos mucho en ver algo así en los cielos de América. ¿Es la primera vez que hace este tipo de fotos?

—No... Bueno, sí. He intentado muchas veces acercarme a las construcciones de Nueva York. Es un buen tema, muy gráfico, pero no es fácil de fotografiar. Es la primera vez que tengo autorización para estar arriba. Hasta ahora me contentaba con sacar fotos desde abajo, como los turistas. Un día me instalé en un edificio cercano para sacar mejores fotos, pero no conseguí abrir una ventana ni subir al tejado, así que los resultados tampoco fueron muy buenos. Cuando empezaron las obras de esta torre, insistí en la Autoridad Portuaria hasta que conseguí la autorización. Si las fotos son tan buenas como creo, si al *New York Times* le gustan y las publica, será el reportaje de mi vida.

—¿Usted también cree que los mohawk no tenemos vértigo?

—Al principio sí, como todo el mundo, pero un amigo de mi madre que trabajaba en la construcción me dijo que no es más que una leyenda.

—Si quiere, puedo contarle de dónde salió, hace mucho, a orillas del San Lorenzo, en Montreal.

—Perdone que se lo pregunte, pero si es indio, ¿cómo es que tiene los ojos claros? Son azules, ¿no? Casi grises.

—Son los ojos de mi padre, Jack. Los mohawk siempre cruzaron su sangre, incluso antes de que los blancos llegaran a nuestras tierras. Tendré un antepasado vikingo en alguna parte.

En la pared, el reloj publicitario de Avis marca las tres y media.

—Si quiere disponer de tiempo suficiente en los vestuarios, hemos de ir saliendo. —Deja tres dólares en la mesa—. *Ciao*, Luis, hasta mañana.

Bajan cuatro pisos por las escaleras exteriores. En el descansillo metálico

hay un cubo de hierro rebosante de tuercas nuevas. Kathryn extiende el brazo y detiene a John, que camina junto a ella.

—Disculpe, solo dos segundos. —Sujeta una de las máquinas bajo el brazo, se arrodilla y saca tres fotos de cerca, con el gran angular—. Muchas gracias. Vamos.

Empieza a formarse una cola ante el ascensor. En esa planta, los electricistas y los instaladores de aire acondicionado han sustituido a los metalúrgicos. Pronto será el turno de las ventanas y la carpintería. En la planta baja, en la zona técnica, los vestuarios prefabricados de los montadores de acero tienen un cartel pintado con aerosol negro: LOCAL 40. NEW YORK CITY IRONWORKERS, y algunas pegatinas.

—Espere un momento, voy a ver si están presentables.

Kathryn comprueba la batería de la cámara y cuánto espacio le queda en la tarjeta de memoria.

—Está bien, puede entrar.

La fotógrafa hace una ronda por la habitación, saluda a todos y se presenta.

—Trabajo para el *New York Times*, estoy haciendo un reportaje sobre los *ironworkers*. ¿Les importa que saque unas fotos?

Sonrisas, un silbido al fondo, guiños. La mayoría de los obreros ignora su presencia, con la prisa de cambiarse y volver a casa. Un rubio alto se abre la camisa y se da la vuelta para mostrar en la espalda un tatuaje «US Marines» y un águila que cae sobre su presa, sacando las garras. Un hombre bajito de unos cuarenta años, con el torso desnudo y el casco del revés, gafas de soldador colgando del cuello, sentado en el banco con los codos sobre los muslos, alza la cabeza cuando se acerca.

—Espere que me ponga una camiseta, que si no a George Clooney le va a dar envidia.

Saca primeros planos de los zapatos, las cajas de herramientas, el interior

de una taquilla decorada con fotos de niños con traje tradicional mohawk y una pluma de águila. Ante los tres lavabos, le pide a un joven pelirrojo que espere dos segundos antes de lavarse, y enfoca en su rostro los surcos que el sudor ha dejado en el polvo metálico.

—Me cambio e intentaremos ver a Milter, el de DMC, para ver si puede volver mañana —dice John LaLiberté, quitándose la camisa de manga larga.

—¿Qué es ese tatuaje que tiene en el hombro?

—Una garra de oso. La marca de mi clan, el clan del Oso. Uno de los tres clanes de los mohawk.

20

Nueva York *Noviembre de 2001*

En plena bahía, a medio camino de Staten Island, la tormenta que amenazaba con caer desgarrar las nubes. Las primeras gotas, del tamaño de monedas de veinticinco centavos, se aplastan contra la cabina de la gabarra. Una cortina de bruma y agua cae sobre el horizonte y oculta las grúas de Port Jersey. El piloto gira noventa grados el mando del limpiaparabrisas, pero solo funciona uno —«¡Cuidado, agárrate bien!»—; maniobra para encarar de frente las ráfagas que corren hacia la proa. Las dos mil toneladas de escombros que transporta están tapadas con lonas, pero unos trozos de vigas retorcidas asoman por detrás.

—Espero que podamos atracar. La semana pasada las olas me obligaron a pasarme una mañana esperando frente a Fresh Kills. Lo siento por ti. ¿Cómo dijiste que te llamabas?

—John, John LaLiberté. ¿Cree que hoy va a pasar lo mismo?

—No, no creo. Es viento del este, en cuanto nos metamos en el canal, detrás de la isla, amainará. Bueno, te dejo en tierra porque eres amigo de Rob, pero luego te las arreglas tú solo. Dicen que esta escombrera está mejor custodiada que Fort Knox.

—Ya lo sé, gracias de nuevo.

Al acercarnos a la desembocadura del río las olas se transforman en un chapoteo. Hay otra gabarra en el muelle; las grúas devoran su carga y la escupen en camiones. El piloto maniobra para colocarse detrás.

—Rob me ha dicho que vienes a buscar algo. ¿Se te ha perdido la cartera en el montón?

—No, la cartera no. Una herramienta, una llave que pertenecía a mi padre. Él construyó las torres. Es una larga historia.

Ante nosotros, el remolcador de empuje toca la sirena, se aparta del muelle, se aleja. Avanzamos entre eructos de humo, aplastamos los neumáticos de camión que sirven de defensas. Unos adolescentes negros, chorreando bajo la lluvia, atrapan nuestras amarras.

—Te deseo suerte. Cuando pienso en la carga que transporto, dudo que puedas encontrar nada ahí arriba, pero bueno, es cosa tuya.

—Voy a ver. Gracias por el paseo, en todo caso. Es la primera vez que veo la ciudad desde el puerto sin estar en el ferry amarillo.

La lluvia es fría, densa. Me subo el cuello de la chaqueta y salto al muelle. Hago una señal al primer conductor, que espera en un barrizal para colocar el camión bajo la grúa.

—¿Quieres subir a Fresh Kills? Vale, pero te dejo en la puerta. Luego está prohibido, no puedo llevar a nadie en la cabina. ¿Tienes autorización?

—No. Bueno, conozco a un policía de allí. Me está esperando, entraré con él.

—Como quieras. Tardaremos como media hora. No te quedes ahí con la que está cayendo, sube.

El Volvo se estremece y las suspensiones se hunden con cada descarga de la grúa. En poco tiempo, el volquete está lleno de una mezcla de hierros, escombros y polvo que el agua transforma en un magma parduzco. Aparte de

los trozos de vigas, algunas cortadas con soplete, no se puede reconocer ninguna forma. El conductor, un latino con gorra y bigote, trepa por la escalerilla para inspeccionar la carga y tira de los tensores de la lona.

—Vale, podemos irnos.

La pista se pierde entre ciénagas, campos de juncos, charcos lodosos y arroyos serpenteantes antes de subir haciendo curvas los flancos de una colina. Es una colina extraña, con la parte de arriba llana y la tierra como de asfalto, sin un solo árbol, alfombrada con una hierba gris azulada que brilla bajo la lluvia. Es una montaña artificial: cincuenta años de basura doméstica neoyorquina, millones de toneladas compactadas, años de residuos transformados en un cerro gigante. El biogás que emite alimenta unas antorchas de llamas anaranjadas. Es el mayor vertedero de la región y se cerró poco antes del 11 de septiembre. Luego se decidió abrirlo de nuevo para servir de cementerio a las Torres Gemelas. Había que encontrar un sitio cerca de Nueva York para los camiones cargados de escombros. El recinto está vallado y hay un puesto de control.

—Vale, déjeme aquí. No quiero causarle problemas.

Llamo al teniente de policía con el que hablé anoche, Mike DaPierra.

—¿Ya estás ahí? Vale, tardo quince minutos —contesta el teniente.

Camino hasta el portón. En un cartel se puede leer: NEW YORK CITY – VERTEDERO PÚBLICO DE KILLS – ACCESO RESTRINGIDO. Al lado se ha añadido otro cartel: ESCENA DEL CRIMEN. POLICÍA DE NUEVA YORK. PROHIBIDA LA ENTRADA.

—Señor, no puede estar aquí. No dispone de autorización —dice el del puesto de control.

—Ya lo sé, ahora vienen a buscarme.

Un Jeep Cherokee sin distintivos, con barro hasta en el parabrisas, llega por la pista a toda velocidad y da media vuelta.

—No hay problema, viene conmigo —dice el teniente—. Sube.

El policía lleva ropa de faena: mono Carhartt y botas de agua amarillas. La identificación de su chaquetón de lona dice: «Inspector Michael DaPierra. Comisaría n.º 6 – Brooklyn». Es un cuarentón con cuello de toro y sonrisa de niño. Se quita un guante para darme la mano.

—¿Tú eres el *ironworker* mohawk? Rob me ha contado la historia de la herramienta de tu padre. Me pasé un mes en el montón de escombros, en la Zona Cero, al principio. Lo que hacéis allí es impresionante. Esta es mi forma de agradecerlo. He avisado al jefe, vamos a darte un pase para todo el día. No se lo digas a nadie. Hay sectores a los que no se puede acceder, ya te diré cuáles.

Saco de la funda del cinturón una llave de cola.

—Lo que busco se parece a esto. Quizá un poco más pequeño.

—Acero templado. Es muy sólida. No es imposible. Han aparecido bastantes armas, revólveres y fusiles de las oficinas del FBI y del servicio secreto. Algunos casi intactos. ¿Por qué no la íbamos a encontrar? Vamos a empezar por los almacenes.

Cuatro curvas después llegamos a lo alto de la colina. Otra puerta con vigilancia. Se detiene, baja la ventanilla, hace una señal y aparca entre dos casetas de contrachapado. A la derecha de la inmensa explanada han montado grandes carpas rectangulares hasta las que llegan seis cintas transportadoras. Más lejos está el desguace: hay montones de coches, casi todos berlinas, apilados unos sobre otros, a veces boca abajo o de lado. Algunos están aplastados como tortitas. Otros parecen intactos, solo cubiertos con el polvo de la Zona Cero. Otros están destrozados. Todos llevan códigos escritos con aerosol. Los vehículos de la policía están agrupados un poco más lejos.

—Un Ford de una comisaría de Queens se puso a funcionar cuando la grúa lo dejó en el suelo. Se encendieron las luces, la radio empezó a emitir. Estuvo

varios días escupiendo los mensajes de su unidad. Nadie se atrevió a tocarlo, estuvo así hasta que se quedó sin batería.

Al lado están alineados los coches de bomberos. Los más dañados estaban aparcados en la explanada, al pie de la torre Sur cuando esta se hundió. Cabinas destripadas, traseras aplastadas, ruedas reventadas, escaleras retorcidas, como si un gigante cruel hubiera estado jugando con miniaturas. Los camiones vomitan kilómetros de tuberías grises enredadas entre trozos de chapa. En las laderas, en armarios metálicos con las puertas abiertas, hay ropa de repuesto, termos de café, bolsas de deporte o bidones de agua potable. Lo único de un Silverado 4 Í 4 de jefe de batallón que no está quemado es el maletero, en el que se puede leer en letras blancas sobre el fondo rojo: «Para alertar de un incendio, llame al 911». Una ambulancia del FDNY está cortada por la mitad, como a cuchillo, incluyendo los asientos y las camillas del interior.

—Los bomberos vienen a verlos a menudo. Buscan en las puertas el escudo de las unidades de sus compañeros. Colocan la mano encima, lloran o hablan, se quedan quietos o no paran de moverse. Algunos parques han perdido dos tercios de la dotación. Antes, cuando uno de ellos moría en un incendio, era una catástrofe, así que esto... Bueno, vamos a por tu pase.

En una oficina, una joven con un mono blanco, calzada con las mismas botas amarillas, me pide la acreditación, copia los datos en un ordenador y la máquina escupe una tarjeta plastificada.

—Empecemos por la habitación de al lado.

Tras la puerta, en la que se lee «NYPD» pintado con aerosol, hay un mostrador hecho con tablones. En los estantes, por el suelo y en las mesas hay cajas y recipientes de todos los tamaños.

—Todo lo que se puede identificar viene a parar aquí. Lo descontaminamos, limpiamos y clasificamos.

El teniente coloca sobre la mesa un cubo medio lleno de llaves de puertas, la mayor parte enganchadas en llaveros del World Trade Center.

—Es lo que más vemos: llaves. Aquí están las placas de ascensor, con el número de planta.

En una caja de madera hay tarjetas plastificadas de acceso al aparcamiento o al comedor.

—Tenemos a montones. Las tarjetas de crédito son menos frecuentes y más importantes: hay millares de desaparecidos que no han sido identificados, no hemos encontrado nada y, sin duda, nunca encontraremos nada. Si aparece alguna, avisamos a la familia y viene a buscarla. A veces, es todo lo que van a tener, la única certeza de que su pariente desaparecido estaba en las torres cuando cayeron. También sirve de prueba para las compañías de seguros. Déjame tu llave. —El teniente se dirige a un compañero que está al otro lado del mostrador—. Joe, ¿sabes si tenemos algo parecido a esto? Es la herramienta de los *ironworkers*.

—Mike, ¿te estás quedando conmigo? ¿Crees que esto es la oficina de objetos perdidos?

—No, no, no es una herramienta que se perdió durante las obras. Estaba ya en las torres cuando se cayeron, oculta en la estructura, arriba del todo en la torre Norte, desde que se construyó. Su padre la puso allí. Es la llave de su padre. Es importante.

—Ah, dámela, voy a ver detrás. Tenemos una caja con las cosas que no se pueden clasificar en ninguna categoría.

Al fondo hay armarios, del tamaño de una nevera pero con las puertas de cristal.

—¿Y eso qué es?

—Las secadoras. Ahí ponemos el papel, las fotos, los pasaportes, los billetes de banco, las cartas manuscritas... Se lo enseñamos a las familias.

Sobre una mesa hay decenas de fotos: de las vacaciones, de boda, niños que se ríen en piscinas hinchables, escenas de playa en la costa de New Jersey, un bebé en un moisés, meriendas de cumpleaños, globos y narices rojas, adolescentes endomingados una noche de baile, estudiantes con togas y birretes el día de la entrega del diploma, una pareja sonriente delante de un coche nuevo, papá en pantalones cortos cortando el césped, familias radiantes en el vestíbulo de un teatro de Broadway, jóvenes en bañador en una playa del Caribe, hombres de pelo gris enfriando el champán. Algunas están arrugadas, pegadas, otras están intactas. En un estante hay una docena de carteras, de cuero negro o marrón.

—Esto es lo que se queda menos tiempo, es fácil identificar a sus dueños.

Joe vuelve con mi *spudwrench* en la mano.

—Tenemos algunas herramientas de los servicios técnicos del World Trade Center, pero no hay nada como esto, lo siento mucho. ¿Has preguntado en la oficina del FBI? A lo mejor alguien lo ha confundido con una porra y lo ha guardado con las armas.

Dos tipos cuadrados nos cierran el paso en la oficina de los federales, donde todo es secreto. No hablo ni veinte segundos y ya me están diciendo que no tienen nada que se le parezca. «Lo sentimos, muchacho, aquí no hay tiempo para peticiones personales.»

—Vamos a ver a los que trabajan en las cintas transportadoras. Tu herramienta debe de seguir en el montón. Si llega aquí, sabrán qué buscar.

Corremos entre los charcos, con el barro hasta los tobillos, hasta la primera carpa. Hay seis en el centro de la explanada, instaladas en forma de estrella. A cada una de ellas llega una cinta transportadora, surtida por una máquina con rodillos de tres grosores diferentes que va separando los objetos por tamaños. Allí se descarga el contenido de los camiones después de apartar las piezas más grandes.

En la cinta de caucho que entra en la tienda viajan trozos de formas variadas, pero todos del mismo color: marrón sucio. El olor es acre, dulzón, con un aroma a tierra a causa de la lluvia. Seis personas, tres de cada lado, sentadas en taburetes o cubos del revés, escrutan lo que llega e intentan clasificarlo. Hombres o mujeres, es difícil saberlo: llevan monos blancos con capucha, máscaras que cubren todo el rostro, cascos aislantes, guantes sellados, botas. Con la mano, ganchos o destornilladores atrapan lo que les parece interesante, y si es necesario detienen la cinta. Una mujer pulsa el interruptor, se baja la máscara, observa lo que podría ser un dedo humano pero no lo es, lo tira, vuelve a poner la cinta en marcha. En la superficie de acero que tiene a su lado hay dos juegos de llaves retorcidas, un rollo de película doblado, una identificación arrugada y cinco monedas. Su vecino atrapa al vuelo un objeto cuadrado, le da unos golpecitos con la herramienta, lo vuelve a dejar.

En el cambio de turno, Mike DaPierra pone la mano en el hombro de un colega uniformado.

—Tod, ¿habéis visto pasar algo como esto?

—Es la herramienta de los *ironworkers*. ¿Qué coño iba a pintar algo así entre los escombros de las torres?

—Ya te lo explicaré. Podría haber una, es muy valiosa, ¿puedes decirlo por ahí?

—Vale. Es difícil que se nos escape algo con esa forma. Si es que llega hasta aquí, porque lo normal es que la identifiquen antes.

Caminamos hasta la cantina; la lluvia se hace más ligera; a lo lejos, sobre el océano, está escampano. Mientras esperamos el café —«No gracias, no quiero tarta de manzana»—, le cuento al teniente los rumores que corren por la ciudad y por la Zona Cero.

«No, no ha llegado ningún cuerpo entero a Fresh Kills. Solo dos o tres

trozos grandes, una cabeza los primeros días y más tarde un torso. Hay millares de restos humanos, sí, muchos del tamaño de una uña. Es lo más valioso y lo más difícil de distinguir. Se conservan refrigerados y se envían en neveras portátiles a Manhattan para que extraigan el ADN.»

«No, nunca se han encontrado montones de botas de bomberos, con o sin pies dentro. Algún cretino se habrá confundido al ver un montón de botas nuevas, que en tres días están desgastadas.»

«No, no hemos encontrado los coranes de los piratas del aire. Se volatilizaron, como todo lo demás.»

«Intentamos traer a las familias, y también han venido algunos periodistas, pero nunca podremos abrir las puertas, así que habrá más rumores.»

Un hombre alto con el pelo blanco entra en la cantina, lleva un mono gris y rojo con el logotipo de American Airlines.

—Es el técnico de aviación. Le entregamos todo lo que pueda ser un trozo de Boeing. Seguimos buscando las cajas negras, pero dicen que no servirán de mucho. Ya sabemos lo que pasó, lo que han hecho esos desgraciados.

Un rayo de sol se abre paso entre las nubes.

—Bueno, tengo una reunión dentro de diez minutos. Siento que no hayas encontrado tu herramienta, John. ¿Quieres que pregunte si algún coche va para Manhattan? También puedo acompañarte a la puerta: le dices a un camión que te lleve al puerto y allí te subes a una gabarra. Voy a imprimir una foto de tu llave; la dejaré en las carpas.

—Muy amable. Lléveme a la puerta, ya me las arreglaré.

Pasamos por el otro lado, donde están amontonadas las piezas más grandes. Algunas, que se encontraron en los primeros días, están plegadas en dos, en forma de herradura. Otras, centenares de toneladas, están retorcidas y enroscadas sobre sí mismas como trenzas de regaliz.

—Las inspeccionamos, las descontaminamos, las marcamos con pintura.

Luego se las llevan los chatarreros: no vamos a guardarlo todo. Dicen que algunos trozos ya están en China. Ayer vinieron dos representantes del Museo de la Ciudad de Nueva York, querían llevarse algunos para un monumento conmemorativo.

—¿Y eso que cuentan de la mafia?

—Eso sí es verdad, pero no duró mucho. Con la desorganización del principio, cuando los camiones que salían de la Zona Cero no iban con escolta, algunos camioneros llevaron la carga a los chatarreros de Long Island. Mala gente. Vendieron al peso las primeras vigas de las torres. Menudos desgraciados... No fue mucho, doscientas o trescientas toneladas, unos miles de dólares. Luego ya no fue posible, había un coche de policía por camión, y después empezamos a usar barcazas. Pillamos a todos los conductores. Una operación como esa no tiene ningún valor para la Cosa Nostra. Hay demasiada vigilancia, controles, periodistas, agencias federales... A ellos les gusta la discreción.

Instalados sobre una pila de palets, unos hombres lanzan bengalas que cruzan el cielo con un silbido.

—Es para espantar a las gaviotas, había muchas los primeros días. También nos van a mandar halcones, creo. —Al llegar a la verja se da la vuelta—. Que vaya bien en el montón. Pasé por allí la semana pasada, vais muy deprisa. ¿Ya se tiene idea de cuánto va a durar?

—Al principio, algunos hablaban de dieciocho meses o dos años, pero al ritmo que vamos, trabajando las veinticuatro horas, creo que para el verano que viene la Zona Cero ya solo será un gran agujero.

Abro la verja. Me despido y le doy las gracias por todo. No hay ningún camión que vaya de vuelta al puerto. Hace bueno. Con el sol, sube el vapor de las hierbas altas, se está levantando viento del mar, me abro un poco la chaqueta y me marchó andando, por la parte baja para evitar el barro. La

spudwrench en su funda me golpea los muslos. Poso la mano encima, toco sus muescas. Nunca encontraré la de mi padre.

21

Nueva York *Mayo de 2002*

Mañana vienen los oficiales, los políticos, las familias, la televisión. El mundo entero estará aquí para ver cómo sale con gran pompa la última viga de la Zona Cero, ocho meses y medio después de aquella mañana de septiembre.

En cambio, esta noche, esto es todo nuestro. Esta noche no hay ceremonias ni discursos. Es una noche para los trabajadores, los equipos de salvamento, los obreros del infierno, los que han dejado una parte de su vida, sus pulmones, un trozo de su alma en estas hectáreas de ruina y desolación. Esta noche cortaremos la última viga y la cargaremos en un camión. Y habremos acabado.

Hace semanas que la columna de acero B1001, uno de los pilares de los ciento diez pisos de la torre Sur, se alza sobre el suelo del foso. Vertical como un faro en un océano de escombros y metal retorcido. ¿Cómo es que quedó intacta? Nos sirvió de guía cuando fueron cayendo las vigas atirantadas, esos trozos de fachada cuyas fotos han dado la vuelta al mundo. Es todo lo que turistas y visitantes, de puntillas por encima de las rejas opacas, podían ver. Desde el principio, cuando la vimos semienterrada en el caos, sabíamos que

sería la última en quedar en pie, que con ella terminaría nuestra misión. Excavamos a su alrededor, la preservamos, la tocamos. Creo haber visto a algunos decirle cosas en voz baja. Dos carpinteros del hierro, en una cesta de grúa, soldaron en la parte superior un tubo que hizo de mástil para la bandera. Una grúa elevó a los bomberos y, con un aerosol naranja, escribieron «FDNY 347», como homenaje a sus muertos. Con pintura azul, los policías añadieron «NYPD 23»; los policías de la Autoridad Portuaria pusieron «PAPD 37».

Un *ironworker* de Milwaukee, un chico que había llegado desde Wisconsin una noche de octubre y se quedó, rindió homenaje a las víctimas civiles, las que al principio no tenían derecho a la bandera cuando se evacuaban sus restos. Escribió en naranja «CIVILES 2427». Nos preguntamos de dónde había salido una cifra tan precisa, pero eso ya no tenía importancia.

El metal de la viga, hasta la altura de un hombre, está cubierto de grafitis, de nombres de desaparecidos, a menudo con su unidad o su parque, de firmas con fechas de nacimiento seguidas de «11/9/2001», «Siempre os echaremos de menos», «Desaparecido pero no olvidado». Fotos de bomberos sonrientes o policías en uniforme de gala se abarquillan en fundas de plástico pegadas al metal oxidado.

La cita es a las siete de la tarde, en la esquina de las calles Vesey y West. Desde hace quince días, aquí solo quedamos un puñado. Antes de Navidad, el número de trabajadores iba menguando semana tras semana. A medida que desaparecían los escombros, el montón se iba haciendo más pequeño y nos hundíamos más en el suelo. Para que puedan estar los que han encontrado trabajo en otras obras —durante unas horas más hablaríamos de los de dentro y los de fuera—, cortaremos la última viga al caer la noche. Ha venido todo el mundo, unos con ropa limpia, otros llegados desde lejos. Respiran el olor acre y dulzón del montón de escombros, el aliento del dragón. Este perfume de muerte, de plástico en fusión, de polvo de hormigón, de papel calcinado,

de hierro quemado, gasóleo, tierra sucia, miedo y sudor que impregnó nuestras ropas, nuestros cabellos y nuestras vidas, que nos acompañó, aterrorizados, envenenados, ha dado paso al olor del barro húmedo y el tabaco. Casi lo echamos de menos.

Andy recibió hace quince días su carta de fin de misión. Se la llevó al jefe de equipo y le amenazó con hacérsela tragar si no encontraba una forma de prolongar su contrato hasta el último día. Y la encontró. Hemos recortado las últimas piezas de metal, guardado los equipos y preparado la ceremonia de mañana.

Están los que no se podían marchar, a los que hubo que confiscar las identificaciones porque venían a tomar una cerveza en la taberna a la hora del cambio de turno, y volvían locos a los guardias diciendo que tenían que entrar a buscar una herramienta, un papel, un recuerdo. Están los que alargaban hasta el infinito su última tarea, diciendo que necesitaban dos o tres días más, «Jefe, solo eso»... Los que se habían prometido olvidar todos esos horrores una semanita, cazando en Canadá o descansando en Florida, y a la mañana siguiente estaban allí sentados, con los codos apoyados en los muslos, mirando al vacío, en el vestíbulo del sindicato. Los que se pasaban la noche con los ojos abiertos.

Siguen llegando hombres y mujeres que llevan de la mano a niños o adolescentes de ojos enrojecidos, cuando se oye por megafonía: «LaLiberté. *Ironworker*. Local 40». El sindicato ha sorteado los nombres de los que van a cortar la B1001 entre los que han estado más tiempo.

Bajo la rampa de tierra con Andy. A él no le ha tocado, pero le voy a pasar el soplete.

—Cat, te aseguro que no hace falta. Yo miraré y sacaré fotos, para que las vean allá arriba, en la reserva.

—¡Andy, no me jodas!

La cesta de la grúa nos sube a nueve metros, a la cúspide de la viga, para fijar las cadenas de la grúa. Colocamos los mosquetones y desde la calle nos llega el sonido de tambores y gaitas. Los músicos llevan kilts verdes y boinas negras, con el trébol irlandés en los enormes tambores.

Los hombres, formados en columna, avanzan pesadamente, con las botas de cuero sobre la tierra blanda, hacia el fondo de la fosa. En los labios de algunos asoma una sonrisa. Una lágrima en la comisura de los ojos. Acciono el mando de la plataforma para bajar. Dejamos sitio a los dos chicos que subirán a cortar el mástil de la bandera. Cae una lluvia de chispas sobre la pequeña tropa, que grita: «¡América!, ¡América!».

Empuñan la bandera de barras y estrellas y luego la doblan en forma de triángulo, como hacen los militares, y un *ironworker* se la entrega a Lou Mendes, uno de los jefes de operaciones. Cae una noche azulada sobre la ciudad, hace buen tiempo, están encendidos los focos. El jefe del sindicato, Art Leary, me tiende el extremo del soplete.

—Cat, ¿tienes fuego?

Cuando silba el gas, saco el Zippo de la funda del cinturón, despierto la llama por última vez y me coloco el casco, con la visera sobre la nuca. Todos han enmudecido y miran cómo me arrodillo sobre la placa de metal. El fuego muerde el acero, que se pone rojo y chorrea en gotas incandescentes. Me levanto y tiendo la herramienta a Andy, que prolonga durante unos segundos la cicatriz escarlata; ofrece el extremo a un conductor de maquinaria, que se lo da a un representante del sindicato de mecánicos. Retrocedo, le paso a Andy el brazo por los hombros, y él se tapa la boca con la mano para toser.

—¡Joder, Andy! ¿Te vas a hacer una radiografía o no? ¿Cómo te lo tengo que decir?

Cuando está cortada la mitad de la viga, el operador de la grúa levanta la flecha y las cadenas se van tensando. El camión de cabina amarilla y larga

plataforma de madera maniobra marcha atrás. Ya está, la llama devora los últimos centímetros. El metalúrgico se levanta, cierra la llave de gas, mira cómo muere la llama y, entre aclamaciones, levanta el soplete por encima de su cabeza. Las cincuenta y ocho toneladas se balancean bajo la caricia de muchos pares de guantes de cuero.

—Vamos, Joe, empieza a bajarla.

La B1001 se inclina lentamente, hasta quedar en posición horizontal. El gruista la coloca con suavidad sobre cuatro soportes en el suelo. El semirremolque avanza, los *ironworkers* pasan bajo la viga cables y mosquetones. El jefe de obra habla por radio, hace círculos con la mano hasta que se levanta por encima de la plataforma y queda tumbada sobre ella.

—Ya vale, Joe, corta todo.

Los rotuladores salen de los bolsillos. Cada centímetro se cubre de firmas, fechas, frases. Algunos se suben al camión y buscan en la viga un espacio libre para apuntar el nombre de un colega, un pariente, un amigo desaparecido. Un capitán de bomberos, que ha perdido a un hijo del que no se ha encontrado nada, da golpecitos en el metal, como si acariciara la mejilla de un niño. Se seca los ojos con la manga. Su mujer le da la mano, apoya la cabeza en su hombro.

—Cat, ven a ayudarnos a colocar la bandera.

Han cortado una funda de tela negra y una gran bandera de barras y estrellas del tamaño de la última viga. La cubrimos con el sudario. Dos hombres traen un ramo de flores enviado por el sindicato y lo colocan en el centro.

—Cat, vamos a tomar una copa. No estoy seguro de querer estar aquí mañana para el circo con el alcalde, el gobernador y todos los capitostes. Esto se ha acabado.

Una procesión de botas Timberland, monos ocre y cascos de obra va

ascendiendo hacia el mundo de los vivos. Todos se pasan el brazo por los hombros, se dan palmaditas en la espalda, lloran sin vergüenza. Mientras estábamos cortando, una guardia de honor de la Marina con uniforme blanco rendía honores en la parte superior de la rampa, cerca de una bandera: «Nunca lo olvidaremos». Las gaitas tocan «Amazing Grace». A la salida nos dan una bandera a cada uno. Estrechamos manos, damos abrazos, apuntamos en trozos de papel números de teléfono que nunca vamos a usar. Luego, cada corporación se marcha en grupitos rumbo a sus tabernas y bares favoritos.

Los montadores de acero vamos al Highlands Sports Bar, como antes del 11 de septiembre, como cada noche desde que volvió a abrir. Rick, el dueño, nos espera en la puerta con un trapo sobre el hombro.

—Sally, reserva un rincón del mostrador para todos estos. Esta noche ningún *ironworker*, policía o bombero paga la cerveza. Cat, Andy, bienvenidos, entrad. Cat, ¿te acuerdas del 11 por la mañana, antes de que cayera la primera torre? No apartábamos los ojos de la tele, y eso que todo estaba pasando al fondo de la calle. Venid, vamos a beber a la memoria de los fallecidos y a la salud de las nuevas torres. Si me preguntaran, yo votaría por reconstruir las Torres Gemelas tal y como estaban. Para mandar un mensajito a ese Bin loquesea y a sus asesinos. Para mostrarles que podrán herirnos pero nunca acabarán con nosotros.

La camarera trae dos taburetes, que coloca al fondo de la barra. Nos esperan unas pintas de Boréale roja. En la pared del fondo, entre los dardos y el mapa de los condados de Irlanda, está la bandera con el sol amarillo sobre fondo rojo con una cabeza de mohawk. Cerca del baño, el cartel enmarcado de *El hombre tranquilo*, John Wayne con gorra llevando en brazos a Maureen O'Hara. Al lado, una reproducción de la portada de *Men at Work*, el libro de fotografías que Lewis Hine dedicó en 1932 a los *ironworkers* que construyeron el Empire State Building.

—Cat, hace semanas que no hablamos. ¿Qué hay de la *spudwrench* de tu padre?

—Me llamaron de Fresh Kills el mes pasado. Me dijeron que quizá tuvieran algo, que fuera a ver. Les pedí que me enviaran una foto: era una llave inglesa, negra, como las nuestras. Un poco torcida pero entera, sin duda venía de los talleres del World Trade Center, de una caja de herramientas. Les di las gracias, les recordé que nuestras llaves tienen un extremo afilado. Dicen que tienen por lo menos para un mes, que siguen buscando. Se ha perdido, Andy, sé que se ha perdido. No me puedo creer que esté destruida. Resistió a la caída, eso seguro. Quizá alguien la encontró y se la quedó de recuerdo. O se la han llevado a Staten Island y pasó desapercibida, antes de que instalaran las cintas transportadoras y lo inspeccionaran todo. Espero que esté enterrada allí, con todo lo demás. Al menos estaría en el puerto de Nueva York, en lugar de ser vendida como chatarra, enviada a China para que la fundan y que vuelva hasta nosotros en forma de cacerola en Wall Mart.

Rick baja el volumen de los televisores, que transmiten un partido de béisbol, a petición de un jefe del sindicato llegado de Washington, un moreno alto con patillas al que no conozco. El vicepresidente del sindicato del metal levanta su pinta.

—En la tele y en la prensa no hablan más que de bomberos y policías, pero aquí todos sabemos lo que habéis hecho en la Zona Cero. Sin vosotros, las cuadrillas de rescate hubieran estado dando vueltas alrededor de este montón tan monstruoso sin saber cómo meterle mano. Las primeras vigas se cortaron el mismo 11 de septiembre, antes de que se pusiera el sol. Las vidas que se salvaron os las debemos a vosotros. Se ha hablado demasiado de «héroes». Es una palabra desgastada, pero esta noche os lo voy a decir: este bar está lleno de héroes. Gracias a todos. Ahora podréis descansar. Y tanto para los que ya no trabajan en el World Trade Center desde hace un tiempo como para

los que quieran encontrar rápidamente otro trabajo, id a ver a Art Leary en la mesa que está cerca de la puerta.

—¿Qué te parece, Cat, vamos a ver?

—Quiero ir a Kahnawake a ver a mi hija, pero después podría ser.

Antes de salir del bar nos paramos en la mesa de Art, inclinado sobre un gran cuaderno de espiral.

—John, Andy. La obra de las dos torres del centro AOL Time Warner en Columbus Circle, ¿qué os parece? Pasan a la segunda fase y están buscando montadores.

—Me voy unos días a Canadá, si se puede esperar al 5 o el 6 de junio, por mí vale. No quiero tocar un soplete hasta dentro de un año o dos. En realidad, no quiero volver a pisar una obra de demolición. Estará bien construir, volver a caminar por el cielo. Art, ¿tienes idea de cuánto tiempo habrá que esperar para que empiecen a reconstruir en la Zona Cero?

—Bueno, eso... Entre los políticos, los propietarios, los inquilinos, las compañías de seguros y los abogados, pasarán años, Cat. Van a tardar en ponerse de acuerdo. Esto es Nueva York.

—No importa. El día en que la nueva torre, las nuevas torres, un monumento, lo que decidan, se empieza a montar, allí estaremos.

Chapel Hill (Carolina del Norte)

Octubre de 2002

Algo más de una hora de vuelo desde Nueva York. Sin embargo, en la pista, al pie del avión, a pesar del relente de queroseno, se huele el sur. Aeropuerto de Raleigh-Durham, Carolina del Norte. El tiempo es agradable en este veranillo otoñal; cuando he despegado en el JFK, caía una lluvia fría.

Mary se ha instalado cerca de aquí, en Chapel Hill, desde que empezó el curso. Dijo que era una oferta imposible de rechazar: responsable de colecciones escolares de la editorial de la Universidad Duke. «Duke, el Harvard del Sur —decía sonriendo—. Ni siquiera me atrevía a imaginarlo, y encima ahora gano casi el doble.»

Me mostró la página web de Duke: edificios de piedra de estilo colegio inglés, hiedra en las paredes, césped, un estadio digno de la capital, biblioteca con millones de libros, escolaridad de muchos miles de dólares. Era impresionante, sobre todo para alguien que venía del programa de aprendizaje para jóvenes indios como montadores de acero.

El día de su marcha la acompañé al aeropuerto. Prometió volver pronto.

—Una hora de avión en *low cost* no es nada; solo estoy a prueba. A lo

mejor en un mes estoy de vuelta. Podrás ir a verme a menudo, y yo también podré venir. Te lo prometo, esto no es el fin de nuestra historia.

Tres semanas después estaba de vuelta para pasar el fin de semana. Hicimos pícnic en el parque, fuimos al cine a ver una película francesa que no entendí en absoluto y a un restaurante, el domingo por la tarde, después de pasar la mañana en la cama. Cuando me anunció que se marchaba de Nueva York, un año después del 11 de septiembre, pensé que no volvería a verla. Un romance de la Zona Cero, como otros tantos. La enfermera y el obrero, la editora y el metalúrgico. Pero ella ha venido una vez y ahora me toca a mí ir a verla.

Las puertas automáticas del vestíbulo de entrada se abren. Ahí está. Se ha cortado los rizos pelirrojos, lleva una blusa rosa y pantalón blanco, sonrisa de cine, bella como una actriz. Me hace señas de puntillas, abre los brazos.

—¡John! ¡Qué alegría verte! ¿Ha ido bien el vuelo? ¿No llevas equipaje?

—Sin problema. No, todo está aquí.

—Ven, me he comprado un coche hace dos días. Vamos a comer en un puerto pequeñito a orillas del océano. Vamos directamente, ya pasaremos después por casa.

En el aparcamiento, la capota de un Volkswagen Escarabajo amarillo se está levantando. Mary tiene en la mano el mando a distancia.

—¿Qué te parece? No está mal, ¿no? Estamos de suerte, es el veranillo. Ya verás, la costa de Carolina del Norte es maravillosa en esta época.

En un momento estamos en Beaufort. Ese puerto, sobre una lengua de tierra entre estuarios, islas arenosas y bahías recortadas fue, como proclama un cartel a la entrada, una de las bases secretas del pirata Barbanegra en el siglo XVIII.

—Cazadores de tesoros recorren las aguas de la región en busca de su barco, que se llamaba *La Venganza de la Reina Ana*. Lo hundió él mismo;

debe de haber una fortuna dentro —dice Mary sonriendo, sin apartar los ojos de la carretera.

Más adelante hay un cartel: LABORATORIO MARINO DE LA UNIVERSIDAD DE DUKE.

—La semana pasada me invitaron los investigadores del Laboratorio. Así descubrí este rincón —dice Mary—. Hay un restaurante donde tienen un pescado delicioso, más adelante, en el muelle.

En el aparcamiento, deja el descapotable cerca de los 4 × 4, entre remolques para barcos, fuerabordas y motos de agua.

El restaurante es un antiguo hangar para barcos, repintado en gris azulado. Un pez espada de madera tallada se balancea a la entrada, y hay estrellas de mar pegadas en la puerta. Dentro hay fotos de partidas de pesca, un grifo de cerveza de cobre, trofeos disecados, banderas náuticas, maquetas de veleros y fuerabordas de caoba. La terraza sobre pilotes se adentra en la bahía. Al fondo hay un amplio canal que toman los veleros, islas vírgenes alargadas y, a lo lejos, la resaca del Atlántico. Ella pide una fuente de ostras y una copa de vino blanco; yo, una cerveza. Se coloca las gafas de sol sobre el pelo, me sonrío.

—¿Qué te parece el sitio?

—Me encanta. Cuéntame, ¿cómo te va por aquí?

—De miedo. Aunque tengo más responsabilidades de las que me esperaba: vamos a lanzar nuevas colecciones y a desarrollarnos en internet. En Nueva York habría tenido que esperar diez años para conseguir un trabajo así. Mis compañeros son encantadores, y el jefe del departamento es un figura. No te imaginas hasta qué punto es estimulante trabajar en un ambiente como el de Duke. Es un concentrado de inteligencia y erudición. Estoy segura de que hay que ir a Princeton o a Harvard para encontrar algo parecido. Estoy encantada. ¿Y tú? ¿Qué tal en Nueva York?

—Bien, bien. La obra de la sede de Time Warner avanza. Pronto terminaremos el esqueleto de la primera torre. He presentado los papeles para ser jefe de equipo, me formaré, pasaré exámenes... A propósito de Harvard, ¿la Universidad de Dartmouth te dice algo?

—¿Dartmouth? Sí, claro. New Hampshire. Forma parte de la Ivy League. El club de las universidades más prestigiosas del país. ¿Por qué?

—Por mi hija, Tami. La han aceptado para estudiar culturas autóctonas. Se va a centrar en las tribus cri de Canadá y pequot de Connecticut. Todo salvo los mohawk.

—¿Dartmouth College! Es genial, pero te va a costar una fortuna...

—Pues no, ha conseguido una beca canadiense, un acuerdo con Estados Unidos reservado a los indios, en concreto a las mujeres. Le envió trescientos dólares al mes, todo lo demás está pagado. En realidad, no sé quién lo paga. Vive en el campus, el alojamiento le sale gratis. Quiere ser investigadora. Siempre ha sido buena estudiante.

—¿La ves a menudo?

—No mucho. Llevo meses sin ir por la reserva. La última vez fue para firmar los papeles del divorcio. He de reconocer que no he sido buen padre. Tengo miedo de que me culpe por todas estas ausencias.

—John, has hecho lo que has podido, con tu trabajo.

En la terraza, dos parejas se acercan charlando a una mesa vecina.

—Mary... Mary Sullivan, ¿es eso? —dice uno de los hombres, alto, con barba, sonriente; lleva una gorra con la «D» de Duke—. Vino usted al laboratorio la semana pasada, ¿se acuerda? Soy Robert Dobson, el director, y esta es mi mujer, Jeanne.

—Sí, claro, por supuesto. Buenos días, profesor Dobson; buenos días, señora. Estuvimos hablando de un proyecto de un libro infantil sobre la biodiversidad marina, ¿no?

—Así es. Me interesa mucho la idea, he implicado a algunos estudiantes en el proyecto, la llamarán. Me alegro de verla. Buenos días, señor, ¿es usted colega de Mary en Duke?

—Hola. No, en absoluto. Me llamo John LaLiberté. Soy obrero, en Nueva York. Construyo edificios.

—Ah, qué interesante... Bueno, no les molestamos más. Que aproveche.

—Igualmente.

Más tarde, en el coche, mientras recorremos la bahía, Mary dice:

—John, ¿por qué has dicho que eres obrero? No eres obrero, eres metalúrgico, *ironworker*. Y además eres un héroe del 11 de septiembre.

—Mary, los metalúrgicos son obreros. Mi padre y mi abuelo eran obreros. Yo también. ¿Te plantea algún problema?

—Claro que no. Estoy muy orgullosa de lo que hiciste en la Zona Cero. Hubieras podido contárselo.

—No. Y, por favor, deja eso de los héroes.

En Chapel Hill tiene alquilado un piso pequeño en una residencia, construida con madera, en la linde del bosque.

—Los empleados de Duke tienen un precio especial, es muy barato. De todas formas, si me quedo después del período de prueba, me compraré algo. Mis colegas tienen unas casas muy bonitas por aquí y es muy asequible cuando vienes del Norte. Ya verás. Estamos invitados a cenar mañana por la noche.

Esa noche la pasamos despiertos, y luego dormimos hasta mediodía.

—Cariño, ¿te apetece un *brunch*? Hay un café con librería que me encanta, está cerca de la entrada de la universidad. Así podré enseñártelo todo, si quieres.

—Vamos.

El aparcamiento está repleto: Subarus Outback, camionetas Volvo, un

coche europeo que cabe en la cabina de mi pick-up... No sabía que hubiera coches tan pequeños. Dos Volkswagen como el de Mary, de colores diferentes.

Esperamos veinte minutos en la puerta del café, rodeados por una banda de chicos ruidosos y maleducados. Se parece a una librería, con algunas mesas de madera en el centro, un mostrador lleno de ensaladas y un horno del que salen pasteles y tartas de verduras. Las paredes están adornadas con carteles de películas recientes, de las que no he oído hablar. No entiendo casi nada de la carta, que está mitad en italiano, mitad en francés.

—Voy a pedir bacalao con bulgur y, para beber, té verde. ¿Y tú, John?

—No lo sé. A ver qué dice la camarera.

Cuando le pregunto a la adolescente de pelo rosa si puedo pedir una hamburguesa, marca una pausa y enarca las cejas.

—Ah, no, nada de carne aquí, señor.

—Bueno, entonces un bocadillo de jamón y queso fundido. Y una Budweiser.

—Tampoco tenemos alcohol.

Por la tarde, Mary me lleva a su despacho, de grandes ventanales, en una antigua fábrica de ladrillo rojo restaurada. La atraigo hacia mí, la beso, le paso las manos bajo la falda, le bajo las bragas.

—Espera, voy a cerrar la puerta.

Baja las persianas, hacemos el amor sobre la mesa. Ella atrapa con una mano, muerta de risa, la pantalla de un ordenador que casi se va al suelo.

—Cuando le dije a mi compañera Suzy, con la que comparto despacho (esta es su mesa), que mi novio venía de Nueva York, insistió en que quería conocerte. ¿No te molesta? Ya verás, es encantadora. No conozco todavía a su marido, es profesor en la Universidad de Carolina del Norte, en Chapel Hill. Sociología, creo.

Vamos a cenar a casa de Suzy. Llegamos a las seis y media, después de parar en el centro comercial para comprar flores y una botella de vino. Es una casa grande, de madera, pintada de blanco y verde, bajo unos árboles centenarios y con un jardín frondoso. Dos coches en el garaje, una moto alemana.

En el salón, la biblioteca llega hasta el techo, con una escalerilla de madera para alcanzar los últimos estantes. Hay diplomas universitarios y distinciones académicas decorando las paredes y la chimenea. En una foto, una pareja radiante posa junto al presidente Clinton.

—Buenas noches, bienvenidos. Todd, esta es Mary, la compañera de la que te hablé, que acaba de llegar de Nueva York. Mary, este es mi marido, Todd. Y usted es John, su amigo de Nueva York, ¿no?

—Sí, buenas noches.

—Mary me ha dicho que participó durante meses en las búsquedas en la Zona Cero. ¡Dios mío, es usted un héroe! Nos lo va a contar, ¿no? Es apasionante.

Han invitado a una pareja de vecinos, él es ingeniero informático y ella cuida de sus cuatro hijos.

—Bueno, solo cumplí con mi deber. Los bomberos necesitaban que cortásemos las vigas torcidas para poder avanzar. Nuestro trabajo es cortar acero, así que lo cortamos, eso es todo.

—Habrás visto cosas espantosas.

—A veces, sí.

—¿Por qué no se encontraron más heridos?

—Los pisos se cayeron unos sobre otros. Con la presión y el calor de los incendios, los cuerpos se pulverizaron. Estaban en las nubes enormes que vieron por la tele. Pasaron varios meses hasta que lo comprendimos.

—He oído decir que los indios como usted no sufren de vértigo. ¿Es

verdad?

—Es una leyenda. Algunos lo tienen, otros no. Yo, por ejemplo, siempre he tenido vértigo.

—¿Y cómo se las arregla?

—Me he acostumbrado.

Luego la conversación pasa a la obsesión por la seguridad de la administración Bush: están en contra; su política exterior agresiva: la condenan; las perspectivas de paz en Oriente Próximo; una película israelí que ha visto Mary en el cineclub de Duke; el palmarés de un festival de cine en las Rocosas, algo así como *Sunrise* o *Sundance*; la última novela de un tal John Irving; el cambio de redactor jefe en el *New York Times*, o en el *Washington Post*, ya no me acuerdo; la muerte de una actriz que no me suena de nada; un escritor que vive por allí cerca, acusado de matar a su mujer tirándola por las escaleras.

Cuando empiezan a comentar la programación de la próxima temporada teatral en Chapel Hill, pregunto por el baño. Me lavo las manos y salgo por una puerta ventana que da a una terraza, en la parte trasera de la casa. Me quedo escuchando a los pájaros en los pinos, observo a un ratón correr de un agujero a otro entre los árboles, respiro el aliento de la tierra, cierro los ojos unos segundos.

A la mañana siguiente, miento a Mary. Le digo que he recibido un mensaje del capataz, que hay una urgencia y tengo que marcharme en el primer avión, a última hora de la mañana. Me acompaña al aeropuerto, me besa y dice:

—Hasta pronto en Nueva York, cariño.

Desde entonces no he contestado a sus llamadas ni a sus mensajes. Cuando anunció su llegada a Brooklyn, me marché tres días a Kahnawake. A mi regreso, encontré una nota bajo la puerta. Le escribí un correo. En el

momento de mandarlo, lo copié a mano en una carta: «Lo siento mucho, Mary, creo que lo entenderás. Que seas feliz».

No la he vuelto a ver.

23

Nueva York *Diciembre de 2003*

—¿John? ¿John LaLiberté? Hola, soy Karen, la amiga de Andy, de Bay Ridge. ¿Te molesto?

—Tú nunca, Karen. ¿Cómo estás?

—Yo estoy bien. Es Andy. Bueno, no quería que te dijera nada, se va a enfadar mucho, pero me da igual. No está bien. Tose, tose cada vez más. No puede dormir, ya no se queda en mi casa porque no para de toser. Cuando está tumbado no puede respirar, solo logra dormir en un sillón. Desde hace unos meses, escupe sangre. Ha intentado ocultármelo. Te habrás dado cuenta de que ha adelgazado mucho... John, te llamo porque le he convencido de que vaya al hospital Monte Sinaí, allí hay un programa para los voluntarios de World Trade Center.

—¡Por fin! Enhorabuena, Karen. Hace mucho que se lo digo, desde que acabaron las obras, en realidad. Empezó a toser cuando todavía estábamos en el foso. Decía que era un resfriado, de trabajar de noche bajo la lluvia, pero no era eso. Era el polvo, Karen, todo ese polvo asqueroso que nos tragamos en la Zona Cero. Ha esperado demasiado...

—Ya lo sé, he leído los artículos. John, no sabes lo preocupada que estoy. Dice que se le pasará, pero va a peor. Te llamo porque tiene una cita mañana

por la tarde. No quiere que le acompañe, y en el trabajo lo tengo mal para escaparme, así que he pensado que igual tú podías pasarte por allí... No sé si me entiendes, para que no esté solo si le dan una mala noticia.

—Tienes razón. ¿A qué hora es la cita?

—Me ha dicho que después de comer, pero creo que hay que esperar mucho.

—Mira, mañana estaré en un curso en el sindicato, pero terminaremos hacia las tres. Es en la sede, en Park Avenue. Casi puedo ir a pie. ¿Te parece que le llame antes?

—No, ni se te ocurra. Ya le conoces, te dirá que no vayas. Quizá puedas convencerle de que pasabas por allí, para informarte sobre el programa de salud.

—Vale, Karen, eso haré. Hace diez días que no le veo. Me dijo que tenía una obra pequeña, la ampliación de un supermercado en Queens, mientras yo hacía el curso.

—No ha ido. En realidad, sospecho que ese trabajo nunca existió. La verdad es que ya no puede trabajar. Se ahoga solo de subir la escalera para venir a mi casa. ¿Te das cuenta? Ha tenido que llegar a este punto para aceptar ir al médico. John, tengo miedo de que sea muy grave, una de esas enfermedades pulmonares de las que hablan los periódicos. Cientos de bomberos y de *ironworkers* están cayendo enfermos. Os han envenenado en esa maldita obra.

—No era una obra, Karen, era nuestro deber. Pero te entiendo. Pasaré por el Monte Sinaí, me encontraré con Andy en un pasillo. Te llamo mañana por la noche. Gracias por decírmelo. Todo irá bien, no te preocupes.

—Muchas gracias, John. Un beso.

¡Joder! ¡Lo sabía! La tos le impide respirar. Cuando se publicó el primer artículo sobre los síntomas en el *Daily News*, a principios de 2002, lo

llamaron «la tos del World Trade Center». Se lo enseñé a Andy y le dije: «Ya ves lo que te espera si no llevas la máscara todo el rato». Y me contestó cualquier cosa, no sé. Y ahora esto.

Al día siguiente, a las tres de la tarde, voy a ver al profesor —he empezado a principios de año la formación para ascender a capataz— y le digo que tengo que salir antes.

Tres estaciones de metro más allá salgo en la acera de Central Park, a cien metros del hospital Monte Sinaí. En la vidriera de la entrada, un cartel indica: WORLD TRADE CENTER – PROGRAMA DE SEGUIMIENTO MÉDICO. Un largo pasillo a la derecha, una puerta de dos hojas, sala de espera. Ahí está. Ha adelgazado mucho, tiene los ojos hundidos, la piel gris y cerúlea.

—John, ¿qué haces aquí?

—¡Andy! ¡Qué casualidad! Podrías haberme avisado. ¿Es la primera vez que vienes? Con el tiempo que llevo dándote la lata para que te hagas una radiografía del pulmón... A mí me manda el sindicato, por lo del curso. Visita obligatoria al Monte Sinaí para todos los voluntarios del 11 de septiembre. Tenía la intención de hacerlo de todas formas. ¿Cómo va lo de la tos?

Baja la vista, fija la mirada en los pies.

—Bueno, no muy bien. Ha empeorado últimamente. Me cuesta respirar, sobre todo de noche, así que he pensado que...

—¡Claro que sí! Cabezota, ¿te acuerdas de cuántas veces te dije que no te quitaras la máscara, que cambiaras los filtros cada dos horas? ¿Cuántas veces te dije que fueras al médico?

—Sí, Cat, ya lo sé. Lo intenté. Intenté no quitarme la máscara, pero con ella no conseguía respirar. Salvo con la última que nos dieron casi al final, la grande.

—Bueno, ahora te harán una radiografía, se lo cuentas al doctor, todo irá

bien. Tiene que haber tratamientos para curarte.

Entra una enfermera con una carpeta en la mano.

—Andrew Conners, el doctor Mudd le verá en la puerta 4.

—Hasta ahora, Andy. Me quedo aquí, tengo que rellenar unos formularios para el curso. Te espero, si quieres.

—Vale, Cat.

En la sala de espera, cuatro sillas están ocupadas por tres hombres y una mujer. La ropa, el calzado, las manos: todos están allí por lo mismo. Uno me reconoce, me hace una señal con la cabeza, baja la mirada a su *Sports Illustrated*.

En una mesa baja, hay folletos donde se describe el programa: está financiado por fundaciones privadas, no hay que pagar nada, incluso sin seguro de enfermedad; primer reconocimiento completo, seguimiento médico anual, tratamiento con los mejores especialistas. Las primeras líneas dicen que la caída de las Torres Gemelas provocó una nube de residuos que contenían 1,8 millones de toneladas de contaminantes, algunos de alta toxicidad.

Me acerco a una secretaria que está detrás de un mostrador.

—Disculpe, señorita. He pasado nueve meses en la Zona Cero, soy *ironworker*. He venido a acompañar a un amigo. ¿Cree que puedo apuntarme al programa? ¿Puedo pasar el reconocimiento?

—Por supuesto, puede solicitarlo sin problema. Le doy los formularios. Luego tendrá que pedir cita. Hay una espera de tres o cuatro semanas, en función de su disponibilidad.

—Ah... ¿Y hoy?

—Hoy es imposible.

Empiezo a llenar las cuatro páginas. Llegada a la zona: 11 de septiembre de 2001 por la noche. Fin de misión: 28 de mayo de 2002. Tendré que hacer

fotocopias, buscar mis nóminas, fotocopiar las autorizaciones de acceso. En la línea «Consumo de alcohol» marco la casilla: «Moderado». En cuanto me hagan el primer análisis se van a dar cuenta. Ya me explicaré cuando llegue el momento.

Miro el reloj. Media hora. Leo todos los folletos, los testimonios de los bomberos y los policías, que cantan las alabanzas del programa. Historias llenas de esperanza, sonrisas, curaciones. Una hora. Me levanto.

—Disculpe de nuevo. Estoy esperando a Andrew Conners. ¿Cree que le falta mucho?

—Conners... Conners... Creo que ya ha terminado. Sí, se ha marchado.

—¿Cómo que se ha marchado? No le he visto salir.

—Igual ha salido por la otra puerta, la que da a la avenida Madison. Está más cerca de la consulta del doctor Mudd.

—La otra puerta... Bueno, gracias. Mañana traeré todos los papeles.

En la calle, llamo a Andy al móvil. Buzón de voz. Karen, que trabaja en una panadería, tampoco contesta. Acelero hasta la parada de metro. Algo menos de una hora para llegar a Bay Ridge. Andy vive a dos calles de mi casa. Llamo a la puerta. Nada. Vuelvo a llamarle al móvil. Escucho el timbre del teléfono al otro lado de la puerta.

—Andy, no seas imbécil. Sé que estás ahí. Abre. ¿Por qué te has marchado así? Te dije que te esperaba.

Doy cuatro golpecitos.

—Andy, mierda, abre, soy yo. ¡Abre!

Ruido de pasos, vuelta a la cerradura, pero la puerta sigue cerrada. La abro y entro. Andy está sentado en el sillón de cuero del salón, con la barbilla apoyada en las manos.

—¿Qué haces? ¿No te has acordado de que te esperaba?

—Lo siento, Cat. No he tenido fuerzas. Es malo. Ya lo sospechaba, pero es

peor.

—¿Qué pasa?

—El doctor dice que es fibrosis pulmonar. No hay medicinas, no hay tratamiento. Fase avanzada. Me ha dado seis meses, un año como mucho.

—¡Joder! ¡No puede ser!

—Tenías razón con lo de la máscara. Es lo primero que me ha preguntado. Le he dicho que la usaba a veces, pero no todo el rato. No soy el único. El doctor ha sido muy claro, de hecho, lo prefiero así. Dice que es uno de los casos más graves que ha visto, que me he tragado un montón de porquerías, mucho amianto. Los pulmones se me están cerrando, están cicatrizando por dentro. Me voy a asfixiar.

—Mierda, Andy, tiene que haber algo, un tratamiento. Hay que buscar una segunda opinión.

—Sabes tan bien como yo que en el programa de Monte Sinaí trabajan los mejores. Ya has leído los folletos, los primeros muertos son del año pasado. Me van a hacer un escáner, y me sacarán un trozo de pulmón con un tubito, pero el doctor dice que no quiere darme falsas esperanzas. Estoy aviado, Cat. Me voy a morir. Ese desgraciado de Bin Laden tendrá una víctima más.

—¿Has hablado con Karen? ¿Ya lo sabe?

—Ha llamado tres veces. ¿Te importa hablar con ella? Yo no soy capaz. Dile que la veré mañana, si quiere, pero que ahora necesito estar solo.

—Ah, no, no te vas a quedar solo precisamente esta noche. Me quedo contigo. Te voy a preparar...

—Cat, por favor. Voy a intentar dormir. No puedo más. Gracias por haber venido, pero no puedo más.

Al día siguiente, y todos los demás, pasé a verle por la mañana y por la tarde. Su estado empeoró, como si el hecho de saberlo hubiera debilitado sus defensas. Una semana después, el escáner confirmó el diagnóstico. Los

médicos renunciaron a la biopsia, no había duda de que era una fibrosis en estado avanzado. No volvió a trabajar. Se encerró en su casa, ya no veía a nadie, salvo a Karen y a mí.

El 12 de enero acudo a mi primera cita en el Monte Sinaí: radiografía pulmonar.

Tras la mesa, el doctor Raymond Mudd, con el pelo cortado a cepillo y un bigote de morsa gris coronando una amplia sonrisa, cuelga las radiografías de un armario con luz.

—Bueno, joven, no está mal, nada mal. Veo en su historial que trabajó en la Zona Cero, desde el primer día hasta el último. ¿Es usted policía? ¿Bombero?

—*Ironworker.*

—Ah, en principio, eso conlleva más riesgo, por los sopletes... Bueno, tengo que confesar que nunca había visto a nadie con los pulmones en tan buen estado después de pasar allí tanto tiempo. Unas pequeñas manchas, pero nada grave. ¿Cómo lo hizo?

—La máscara. Llevé la máscara todo el tiempo, cambiaba los filtros constantemente. Desde el primer momento supe que estábamos respirando veneno.

—Le felicito. Es exactamente eso, veneno, y de los peores. No he visto una mezcla así en treinta años de carrera. Para empezar, está el cemento, miles de toneladas de cemento pulverizado. Solo el polvo tiene un pH de entre 10 y 11, lo que, hablando en cristiano, equivale a respirar desatascador deshidratado. Si sumamos el amianto en cantidades industriales, las partículas de cristal microscópicas y, durante los primeros días, los residuos de combustión del queroseno, dioxinas, disolventes, cientos de productos químicos, metales pesados y residuos de cuerpos humanos pulverizados, se obtiene un caldero de la bruja de toxicidad inenarrable. Va a ser una

hecatombe. Usted hizo lo correcto, pero no todo el mundo está en la misma situación. ¿Es que las máscaras no eran obligatorias? ¿No había?

—Más o menos. Los primeros días eran muy malas, de papel, y se taponaban en tres minutos. Luego llegaron otras algo mejores, pero había que tener cuidado, cambiar los filtros, no quitárselas para hablar por la radio. A veces era casi imposible. Algunos nunca llegaron a acostumbrarse. Ya ha visto a mi amigo Andy Conners, creo...

—¿Conoce a Andrew Conners?

—Andy es como un hermano. Somos indios, mohawk del norte, llevamos veinte años trabajando juntos. ¿Está muy grave?

—No le voy a mentir, es un caso desesperado. Está condenado, no se lo he ocultado. Me he quedado con sus análisis y radiografías para mostrárselos a mis internos y a los colegas. Es el caso más grave que hemos visto desde que empezó el programa. Tiene los pulmones más sucios que un minero del carbón jubilado. Cuando estos órganos sufren una agresión tan brutal reaccionan creando cicatrices. El diagnóstico es claro, pronto necesitará asistencia respiratoria permanente, pero el oxígeno no le salvará. Dentro de poco no podrá caminar, ni comer. Será el final.

—¿No hay tratamiento? ¿No hay medicinas?

—Nada, lo siento. En casos menos avanzados a veces podemos ralentizar la evolución, aunque no detenerla ni invertirla. Pero en este caso no hay nada que hacer, solo aliviar el dolor.

—Nos decían que usásemos la máscara, había carteles recordándolo, pero nadie nos explicó la magnitud del riesgo, el grado de toxicidad del aire. De haberlo sabido...

—Pero hay algo peor, amigo mío. Al principio del programa, porque me hacía la misma pregunta, investigué un poco. Encontré una declaración oficial de la directora de la Agencia Federal de Medio Ambiente que decía, el

18 de septiembre, una semana después del ataque, que... espere, lo tengo por aquí, se lo leo: «Me complace confirmar a los neoyorquinos que el aire que respiran es sano. No tienen por qué preocuparse por las cuestiones medioambientales cuando regresen a sus casas y puestos de trabajo».

—Tremendo, ¿no?

—Tremendo, irresponsable, criminal, pero sobre todo político. Recuerde: una semana después del 11 de septiembre, la prioridad de la administración era abrir de nuevo Wall Street, a cien metros de lo que ustedes llamaban «el montón», donde los incendios seguían humeando.

—Hubo incendios subterráneos hasta finales de noviembre.

—Sí, había que mostrar a cualquier precio que Estados Unidos estaba herido, pero no de gravedad. Yo creo que este comunicado de la Agencia lo dictó la Casa Blanca. No me extrañaría que nos encontráramos con años de pleitos, toneladas de denuncias y acciones colectivas. Tendría que informarse. Para su amigo es demasiado tarde, pero seguro que no será el único.

—Sí. Lo hablaré con el sindicato.

—Le voy a pedir un escáner, para ver más de cerca esas manchitas. Pero no se preocupe, no cabe duda, es benigno. En cambio, hay otra cosa que quiero hablar con usted. Tengo sus análisis. ¿Tiene algún problema con el alcohol?

Intento minimizar, decirle que bebo a veces una cerveza o dos a última hora de la tarde, con los amigos, al salir de la obra. Leo en sus ojos que no se lo cree. Ha comprendido. Entonces se lo cuento todo.

El primer trago de bourbon a los quince años para cruzar el puente viejo de Kahnawake. La botella escondida en el vestuario del centro de aprendizaje. El vértigo paralizante que solo logro domesticar con el alcohol. El miedo. La vergüenza. La petaca siempre en el bolsillo. Estratagemas para ocultarlo. La puerta del baño, las miradas de los que se han dado cuenta. El desprecio de

los suertudos que lo tienen fácil. El valor de mi padre, su muerte fulminante. La leyenda de los caminantes del cielo, los *skywalkers*, valerosos guerreros mohawk que ignoran el miedo, equilibristas de los rascacielos, héroes de su pueblo, constructores de América.

—Ya ve, doctor. A pesar de los horrores de la Zona Cero, los cuerpos despedazados, el fuego, el humo, las visiones del infierno, por primera vez no tuve que esconderme al amanecer para tomar un trago antes de subirme al ascensor. No sé por qué, pero incluso cuando había que elevarse por encima de los escombros en las cestas para cortar el acero en las alturas, nunca tuve vértigo.

—¿Y luego ha vuelto a trabajar en una obra ordinaria?

—En realidad, no. Me contrataron inmediatamente después para la construcción de las torres Time Warner, en Central Park Oeste, pero les pedí que no me pusieran a conectar. Para nosotros, «conectar» quiere decir trabajar en las alturas, montar vigas en lo más alto, en el cielo. Eso ya no consigo hacerlo ni siquiera con alcohol. Puede que sea cosa de la edad. Hay que dejar sitio a los jóvenes. Estoy preparando los exámenes de capataz, para dirigir las operaciones sin tener que subir a lo más alto. Quiero trabajar en la construcción de lo que ocupará el lugar de las torres. Luego podré jubilarme.

—Sus análisis muestran que sigue bebiendo, señor... LaLiberté. Es un nombre canadiense francés, ¿no?

—Es canadiense, pero no francés, doctor. Es canadiense mohawk. Quisiera dejarlo, ahora incluso consigo beber menos... Pero hace tanto tiempo... ¡No es fácil!

—Mire, ha tenido suerte. Ha tomado las precauciones necesarias, va a superar sin consecuencias una aventura en la que muchos valientes, todos esos héroes del 11 de septiembre, han perdido la vida o la salud. Pero si sigue por ese camino, le matará el alcohol. De una forma u otra, le matará.

—Ya lo sé, doctor, gracias. Lo intentaré. Es la primera vez que hablo de ello con alguien. Y con lo de Andy, ¿se puede hacer algo?

—No mucho, me temo. Estar a su lado. Cada vez será menos autónomo. Necesitará una silla de ruedas, en unas semanas, unos meses como máximo. Le voy a recetar un medicamento en aerosol, con una máquina, pero no me hago ilusiones. Su estado es muy grave. Va a morir.

En primavera, Andy ya no tenía fuerzas para levantarse del sillón. Se quedó allí seis semanas, con la mirada perdida, conectado permanentemente a un respirador eléctrico que ronroneaba en el salón. Casi no comía, aspiraba el aire con largos silbidos roncós. Se apagaba. Una mañana, cuando Karen entró en el piso, había dejado de respirar.

24

Nueva York *27 de abril de 2005*

En la foto ampliada, Joe Regis, mohawk de Kahnawake, está a horcajadas sobre una viga, de espaldas, con el torso desnudo y un casco rojo en la cabeza. Con el brazo derecho, enguantado hasta el codo, enrosca con todas sus fuerzas una tuerca con una llave de cola. Conecta el acero en lo alto del Chase Manhattan Bank en construcción, en 1960. Ante él está el tejado de cobre verde del Manhattan Company Building, construido treinta años antes. Las cimas de Manhattan. Al fondo se ve la bahía, luego el océano y, por fin, el horizonte. Reina sobre la ciudad. El cartel, de un metro por dos, indica la entrada a la exposición: BOOMING OUT, LOS IRONWORKERS MOHAWK CONSTRUYEN NUEVA YORK.

Va a permanecer seis meses en el Museo Nacional de los Indios Americanos, la antigua aduana, tras sus monumentales columnas de piedra en la punta sur de Manhattan.

Dentro hay una foto ampliada en un panel de madera. En ella aparecen dos hermanos Diabo en 1916 fijando una viga en el puente de Hell Gate, en el puerto de Nueva York. Al lado, en una foto en color del año 2000, unos carpinteros del cielo rodean, en el *topping-out* de la torre Bear Stearns, en

Manhattan, un árbol de Navidad colocado sobre la viga más alta, por encima de una bandera estadounidense.

En la segunda sala, un cartel presenta una vista aérea de la torre Sur del World Trade Center en construcción, en 1970. El texto que la acompaña está firmado: «Jack LaLiberté, mohawk de Kahnawake. Entrevista en la obra»:

Para nosotros, montadores del acero indios, los rascacielos son nuestras pirámides de Egipto, nuestro Empire State Building, nuestras obras maestras. Nuestros padres y abuelos, y nuestros ancestros antes que ellos, construyeron los puentes, las ciudades y los monumentos del hombre blanco. Pasarelas, montañas de hierro, ciudades de América. Antes de la invasión de nuestras tierras éramos carpinteros, constructores de casas alargadas. Cuando nuestros antepasados entendieron que no iban a derrotar al invasor venido del Este, se ganaron un hueco en este nuevo mundo con esfuerzo y sudor, valentía y sangre. Nos enorgullecemos de ello. No tenemos nada que ver con su sentimiento de culpa, que pretenden acallar con subsidios, desgravaciones en tabaco o licencias para abrir casinos. El *ironworker* no vive de la caridad. Al caminar por una viga sobre Manhattan, al ensamblar manualmente las piezas de sus catedrales de acero, yo no estoy en su universo sino en el mío. Camino por donde nadie ha caminado antes. Por el cielo. Con las águilas.

Nueva York
1 de septiembre de 2012

Me pasé semanas, meses, buscándola entre los escombros. Me pasé horas excavando y creí haberla encontrado al menos diez veces. Soñé con ella por las noches. Volví al cementerio de las Torres Gemelas, en Staten Island, pero nada. Desapareció en ese infierno, como los muebles que se volatilizaron, como la carlinga de los aviones o los cuerpos pulverizados, de los que no se encontró ni un átomo. ¡Me habría gustado tanto tenerla esta noche!

Sentado en un cajón con la etiqueta «Piezas de ascensor» en lo alto de la estructura, aún desnuda, de la Freedom Tower, en plena noche veraniega, cierro los ojos y me imagino la odisea de la llave de cola de mi padre, Jack LaLiberté, al que llamaban Tool.

La compró mi bisabuelo en Canadá en los años veinte, se usó en el Chrysler Building, en puentes y rascacielos de Nueva York y de otros lugares. Colgada a su cintura, golpeando los muslos de tres generaciones. Su herramienta, su emblema, su tomahawk. Pasajera clandestina en el tejado de las Torres Gemelas, desaparecida en el naufragio del 11 de septiembre. Perdida. ¿Dónde estará? Me cuesta trabajo creer que esté destruida. Está ahí, en algún sitio, puede que muy cerca.

He llegado a la verja principal de la obra a última hora, con mi bolsa de lona en la mano. Soy el primer capataz, los vigilantes me conocen, los he saludado.

—Hola, muchachos. Tengo que preparar una cosa para mañana por la mañana. ¿Me podéis desbloquear el ascensor B? Gracias, Buenas noches.

La ceremonia del *topping-out* fue anteayer. El promotor, Larry Silverstein, el estado de Nueva York y el gobernador de la ciudad han hecho las cosas a lo grande, recalcando mucho el símbolo del renacer. El edificio más alto del hemisferio Norte. Un nuevo faro para la democracia. Un homenaje a los héroes, al valor de Estados Unidos. Cuando hayan puesto la antena medirá 541 metros, o 1776 pies, en recuerdo del año de la Declaración de Independencia. Todo el mundo pasa por delante de la firma que ha puesto en una viga el presidente Obama, que ha escrito: «Recordamos, reconstruimos, regresamos más fuertes».

En recuerdo de mi padre, el único que murió en la construcción de las Torres Gemelas, me propusieron que yo apretara a mano, entre aplausos, el último bulón. Un cámara lo grabó todo y prometió mandarme el archivo por correo electrónico. La fotógrafa Kathryn Martins también vino. Me ha dedicado el primer ejemplar de su libro de fotos, que se titula: *Arriba del todo. Los héroes de la Freedom Tower*. Regalaron uno a todos los invitados, y en el mío puso una dedicatoria dándome las gracias.

Es la una de la madrugada y estoy a cuatrocientos metros sobre Manhattan.

La ciudad se duerme, su ritmo decae, su respiración se apacigua. La luna se pone en el horizonte. La brisa marina sube desde la bahía y se mezcla con las corrientes de aire, refresca la noche. Al oeste, en la otra orilla, está la inmensidad del continente americano. Aviones poniéndose en posición para entrar en las pistas del aeropuerto de Newark. El brillo azul de una luz giratoria que va por la New Jersey Turnpike. Estoy demasiado lejos para oír

la sirena. Las guirnaldas del puente de Verrazano. Una patrullera de la Guardia Costera, su línea fluorescente entre las sombras de los paquidermos que duermen delante de Port Elizabeth. El batir de alas de una gaviota. Un transbordador amarillo acercándose a la estación marítima de Whitehall. El halo luminoso de la ciudad deja ver el oro de la antorcha de la estatua de la Libertad, su silueta apenas visible sobre la plata de las aguas.

Pienso en Wild Bill Cooper, el amigo de mi padre que escondió su *spudwrench* en lo alto de la torre en 1970. Murió el año pasado en Kahnawake. La última vez que le vi, me contó la historia del puente de Bayonne, ese arco monumental que veo, a lo lejos, como un compás gigante iluminado por sus farolas. Lo diseñó el ingeniero que investigó e hizo el informe sobre el desastre del puente de Quebec en 1907.

Wild Bill recordaba que, de pequeño, sus padres le tenían prohibido jugar con los chicos del clan LaLiberté, esos traidores, porque uno de sus antepasados vendió a los suyos cuando se salvó él solo, como un cobarde, al darse cuenta de que el puente se iba a derrumbar. Hemos tenido que defendernos de esa maldición generación tras generación, negar que nuestro antepasado fuese un traidor, explicar que intentó dar la alarma pero que nadie le hizo caso.

Me pongo el frontal y saco de la bolsa una caja de tabaco de madera. En la tapa pone «Rocky Ford», y está dibujado un guerrero siux o cheyenne de cuclillas en lo alto de una roca, con pinturas de guerra en la cara y un arco en la mano. Me la encontré en casa, en un cajón. Cuando era pequeño guardaba ahí las canicas y los soldaditos de plástico. La abro sobre mis rodillas. Del bolsillo de la cazadora saco una garra de oso. Luego un rollo de tela: es un cinturón *wampum* que cosió y bordó mi madre para un aniversario. Lo desenrollo e ilumino los motivos de colores, azul y negro: el San Lorenzo, las casas de Kahnawake, el *skyline* de Nueva York, dos osos andando por el

bosque. Me llevo la garra a los labios y la pongo sobre el cinturón, y lo vuelvo a enrollar. Ato las tiras de piel y cierro la caja.

Añado una foto de Jack, tan pequeña y borrosa que no se le reconoce, pero yo sé que es él, en lo alto de un edificio, no sabría decir cuál. Pongo también mi pase de entrada a las obras del One World Trade Center: «John LaLiberté – Jefe de obra».

Saco de la bolsa una caja metálica y meto en ella mi llave de cola. Hace años que no la uso, desde que me ascendieron a capataz. Además, no he tenido hijos varones. Pongo una capa de hojas de tabaco que un amigo me ha traído del huerto de la casa alargada de Akwesasne. Escojo las tres de mayor tamaño. Cierro la caja, larga y rectangular, como un pequeño féretro, y la afianzo con varias vueltas de cinta adhesiva negra.

En el punto donde se unen dos vigas en I, en una esquina, con vistas a las fuentes construidas en el lugar donde estuvieron las Torres Gemelas, he encontrado el sitio apropiado. Saco de la bolsa los trozos de metal cortado y las cajas de masilla de soldar. Preparo la mezcla y la extiendo por el borde de una de las placas metálicas, la coloco y la mantengo con firmeza a la espera de que endurezca.

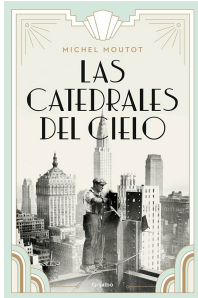
En el suelo pongo un cuenco de barro y desmenuzo hojas de tabaco. Me llevo la caja de hierro a la frente, la bajo y fijo la tapa.

Ya está. Invisible. Mañana pasaré para asegurarme de que nadie lo haya notado. Me arrodillo en las chapas de metal, saco el mechero y enciendo una hoja de tabaco, que meto en el cuenco. Lo protejo del viento con las dos manos. Me inclino y soplo en las llamas, que tienen reflejos amarillos, luego azules, luego verdes. Me pongo de pie y esbozo una danza. Murmuro los primeros compases de un canto de muerte y luego el principio de la oración de acción de gracias, *Ohenten Kariwatekwen*; no recuerdo cómo sigue.

Las volutas de humo se elevan, envuelven la caja de acero, desaparecen en

el cielo.

«Un viaje extraordinario y épico por tres generaciones de una estirpe de obreros sin vértigo que construyeron auténticas catedrales de acero»



Nueva York, 11 de septiembre de 2001. John LaLiberté, un indio mohawk y trabajador del acero como sus antepasados, acaba de presenciar el derrumbe de las Torres Gemelas y, soplete en mano, penetra como voluntario en ese infierno de la Zona Cero cortando las vigas en búsqueda de supervivientes. La historia de su familia está ligada a la silueta urbana de Nueva York. Su propio padre participó en la construcción de esas mismas Torres.

Nueva York, 1968. Jack LaLiberté participa en la construcción de las llamadas Torres Gemelas. Esta obra colosal ha creado una gran expectación y se convertirá en los rascacielos más altos del mundo hasta entonces. Durante unos días lo acompaña por la ciudad su hijo John, quien años más tarde seguirá los pasos de su padre como *ironworker* igual que Jack siguió los del suyo y abandonó la reserva para aprender el oficio que ha unido las últimas generaciones de indios mohawks.

Kahnawake (Canadá), 1886. Un grupo de adolescentes de la tribu de los mohawks, entre ellos Manish, aprende el oficio de montadores y remachadores de estructuras metálicas. Los aprendices se inician en una obra ferroviaria que pretende unir Canadá y Estados Unidos mediante un puente sobre el río San Lorenzo. Pronto comienza a correr la leyenda de que los

hombres de esa tribu no conocen el vértigo y que por eso son capaces de trabajar donde otros no se atreverían ni a subirse. Manish LaLiberté encabeza una saga de trabajadores del acero que transformará el corazón de Nueva York: desde las primeras construcciones del siglo xx hasta las Torres Gemelas y la posterior construcción de la Torre de la Libertad.

Tres generaciones de una familia de indios mohawks han levantado la silueta urbana de Nueva York a lo largo del siglo xx.

En esta apasionante novela se descubre la historia de esta estirpe de trabajadores del acero que trepó a las alturas para construir los rascacielos más emblemáticos de la ciudad. Padres e hijos, y antes los abuelos de esta singular tribu americana, han caminado por donde nadie antes lo había hecho: por el cielo, junto a las águilas.

«Me encanta cómo Moutot combina las diferentes historias reales y ficticias dotando de un aire épico a la novela. Se trata casi de un libro de aventuras donde los mohawks cuentan su orgullo de pertenecer a un pueblo de constructores»

L'Express

«Entre información y ficción, Michel Moutot encuentra el equilibrio y firma un libro, por momentos, vertiginoso»

Télérama

«Una obra monumental. Una novela documental de un ingenio insólito. Un fresco brillante. Moutot nos eleva sobre el vacío, sobre esas vigas

**inestables donde los mohawks, artesanos del acero, sueñan con
encontrarse»**

Unwalkers

Michel Moutot (Narbona, 1961) es periodista de la Agencia France Presse (AFP). Corresponsal en Nueva York en 2001, recibió el premio Louis Hachette por su cobertura de los atentados del 11-S. En 1999 fue galardonado con el premio Albert Londres, el más prestigioso de la prensa francesa, por su trabajo sobre la guerra de Kosovo. Corresponsal en Lyon, Beirut, Nairobi y Nueva York ha cubierto una quincena de conflictos, entre los que se incluyen la guerra del Golfo y la de la ex Yugoslavia. En la actualidad trabaja como reportero especializado en cuestiones de terrorismo internacional en la sede de la AFP de París.

Con *Las catedrales del cielo*, Moutot ha sido galardonado con el Premio de los lectores a la mejor novela de Points 2016, el Premio Gironde Nouvelles écritures 2015 y el Premio Cinélect 2016. El dramaturgo Emmanuel Meirieu adaptará la novela para el teatro.

Título original: *Ciel d'Acier*

Edición en formato digital: enero de 2018

© 2015, Arléa – París, Francia

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2018, Elena Bernardo Gil y Alicia Martorell, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Yolanda Artola

Ilustración de portada: © Charles C. Ebbets / Ebbets Photo-graphics / Age Fotostock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-253-5608-7

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Las catedrales del cielo

1. Nueva York, 12 de septiembre de 2001
2. Kahnawake (Canadá), junio de 1886
3. Nueva York, agosto de 1968
4. Nueva York, 12 de septiembre de 2001
5. Kahnawake (Canadá), junio de 1886
6. Nueva York, marzo de 1970
7. Nueva York, 14 de septiembre de 2001
8. Montreal, marzo de 1885
9. Nueva York, noviembre de 1970
10. Kahnawake (Canadá), 18 de septiembre de 2001
11. Quebec, abril de 1907
12. Reserva mohawk de Kahnawake, noviembre de 1970
13. Quebec, agosto de 1907
14. Nueva York, 25 de septiembre de 2001
15. Quebec, octubre de 1907
16. Nueva York, septiembre de 2011
17. Nueva York, octubre de 2001

18. Sausalito (California), diciembre de 1908
19. Nueva York, octubre de 2011
20. Nueva York, noviembre de 2001
21. Nueva York, mayo de 2002
22. Chapel Hill (Carolina del Norte), octubre de 2002
23. Nueva York, diciembre de 2003
24. Nueva York, 27 de abril de 2005
25. Nueva York, 1 de septiembre de 2012

Sobre este libro

Sobre Michel Moutot

Créditos